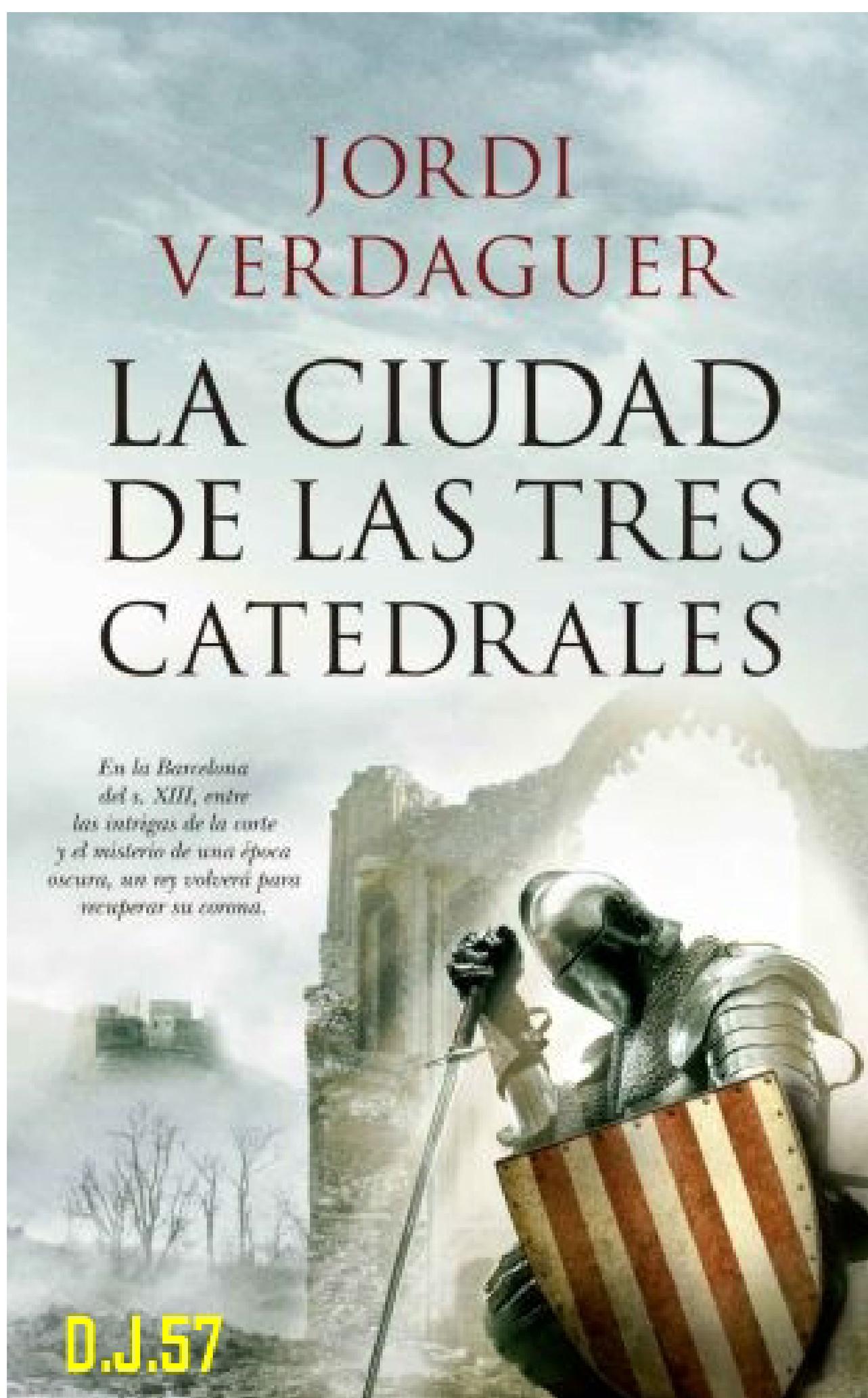


JORDI
VERDAGUER

LA CIUDAD DE LAS TRES CATEDRALES

*En la Barcelona
del s. XIII, entre
las intrigas de la corte
y el misterio de una época
oscura, un rey valdrá para
recuperar su corona.*

D.J.57



Jordi Verdaguer

La ciudad de las tres catedrales

© Jordi Verdaguer Vila-Sivill 2018

© Editorial Almuzara, s.l., 2018

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Editorial Almuzara • Colección Novela histórica

Director editorial: Antonio Cuesta

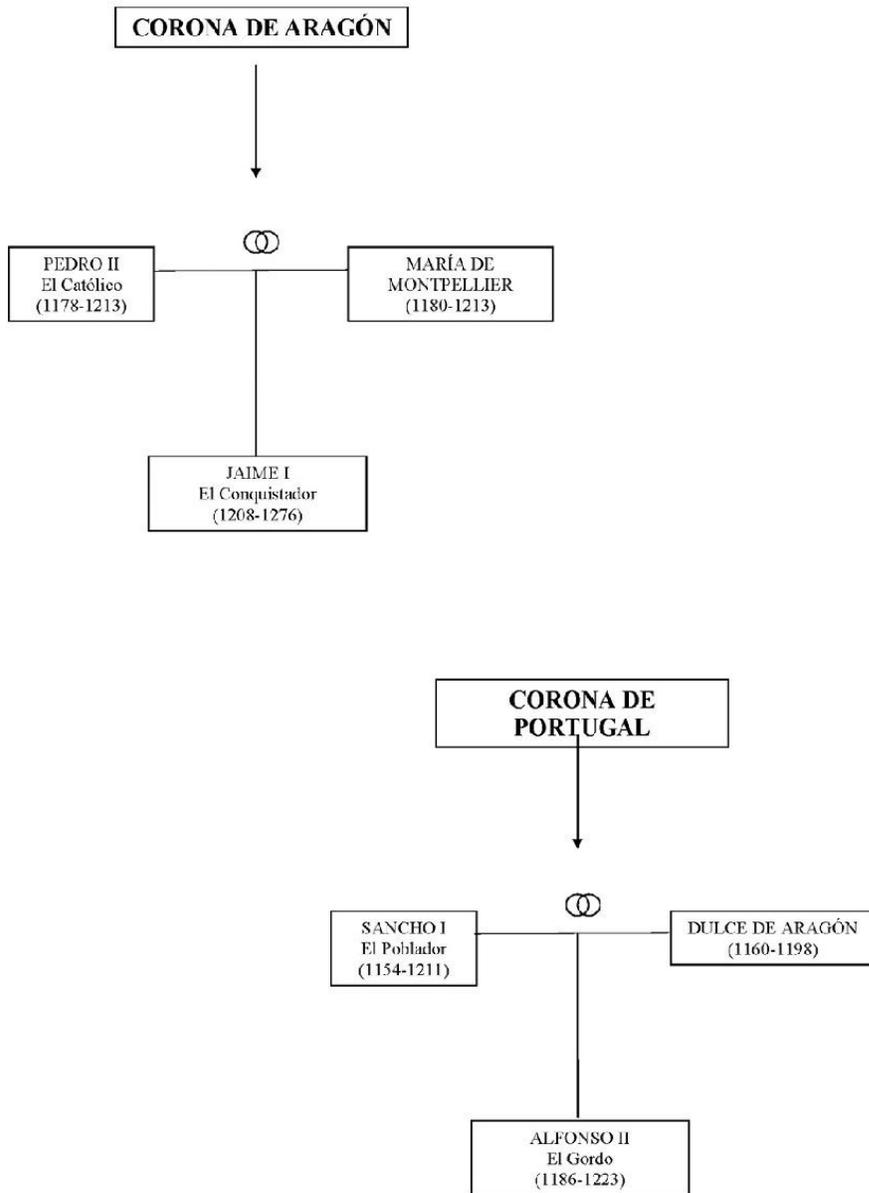
www.editorialalmuzara.com

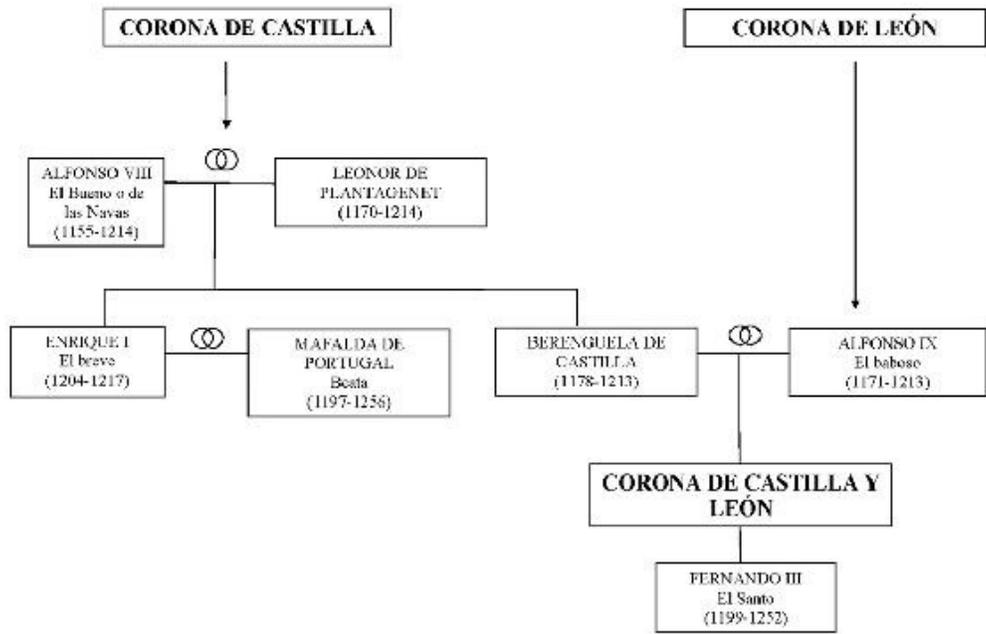
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-17558-21-5

*A mi madre, por su cariño, ternura y sacrificio. Por las noches de
insomnio y desvelo, en las que engendró amor y alumbró vida.
«El Golem es al rabino que lo creó lo que el hombre es a Dios, y es
también lo que el poema al poeta».*
Jorge Luis Borges

PERSONAJES DE SANGRE REAL





OTROS PERSONAJES

HERNÁN. Valiente doncel que desconoce su origen. Es llamado a Barcelona por extraños motivos.

CABEZA BRAVA. Conocido como Don López Díaz de Haro. Es hijo del Señor de Vizcaya, y vasallo del rey de Castilla. Gran Caballero y héroe de la batalla de Navas de Tolosa.

DALMACIO CREIXELL. Noble Catalán. Dirigió las tropas en la batalla de Navas de Tolosa.

JOSÉ DE AZAGRA. Hijo del señor de Albarracín, territorio independiente enclavado entre Castilla y Aragón, que no conocía otro vasallaje que el de la Virgen María.

BRIANDA RODRÍGUEZ. Antigua novia y amante de Dalmacio Cressell. Actualmente es la amante de Don Álvaro Núñez de Lara.

NUR. Esclava circasiana al servicio del califa de Mallorca, para el que trabaja de espía y prostituta.

CONSTANZA. Hija de Hayzam, princesa hebrea.

FRAY RAYMUNDO DE PEÑAFORT. Monje dominico, que aspira a obtener el poder en la ciudad de Barcelona.

HAYZAM. Valido del rey Pedro II de Aragón, y jefe de la aljaima hebrea.

PEDRO NONASCO. Noble occitano favorable a los cátaros.

EL BUFÓN. Judío que oculta su identidad bajo una apariencia inocente.

ROBERT DE BLASI. Mayordomo real. Noble al servicio de Fray Raymundo de Peñafort.

ÁLVARO NÚÑEZ DE LARA. Conde pendenciero e intrigante que ansía obtener todo el poder en Castilla.

EL GOLEM. Es un ser creado por los judíos a partir de los misteriosos secretos de sus textos bíblicos.

Prólogo

Apreciado lector, sé que nadie va a creer la historia que te voy a contar pero, por inverosímil que parezca, es cierta. Ejercicio de abogado en Barcelona, soy escritor especializado en el estudio de la cultura árabe y, por circunstancias de la vida, me desplazé a la Universidad de Damasco, donde di clases de español y atendí clases de árabe. Esos años se contaron entre los más felices de mi vida. Adoraba mi trabajo, desarrollado entre alumnos ávidos de aprender y el amor a una joven árabe.

La dicha no duró mucho. Al cabo de un tiempo estalló la guerra de Siria. Yo me resistí a abandonar Damasco. Me sentía parte de esa hermosa ciudad. Un día me llamaron de la Embajada de España. El arzobispado siriaco ortodoxo había pedido un filólogo para traducir unos manuscritos escritos en ladino^[1], recientemente descubiertos en los sótanos del Santuario de la Virgen en Homs. En esas fechas el Gobierno español había ordenado desalojar la Embajada y cerrar el Instituto Cervantes, por lo que yo era la única persona que podía ayudar a la iglesia siriano ortodoxa.

Accedí movido por la curiosidad del escritor y la temeridad de la juventud. Al cabo de dos días me vino a recoger a casa un joven sacerdote de la iglesia siriana, regordete y simpático, que conducía un mercedes viejo y destartado. Iba vestido con una túnica amplia y de mangas largas, como la de nuestros magistrados, y cubría la cabeza con un bonete cilíndrico de unos quince centímetros de alto. De su cuello colgaba una cruz. El sacerdote, además de tener el coche sucio y lleno de trastos, desprendía un intenso olor corporal. Comprobé con horror que no callaba mientras conducía, al tiempo que me iba mirando y gesticulando, por lo que estuvo a punto de provocar más de un accidente. Me puse nervioso. Le exigí que callase y tuviera cuidado con la carretera.

Cruzamos la hermosa tierra de Siria, que tanto me recordaba a mi patria, con extensiones grandísimas de naranjos y limoneros que se perdían en la planicie entre viñedos e inmensos arriates de algarrobales y almendros. El Ejército sirio se hacía omnipresente y los controles eran constantes.

Tras cuatro horas de viaje, al caer de un atardecer otoñal, llegamos al santuario conocido como la iglesia del Sagrado Cinturón de Santa María. El edificio actual estaba construido sobre una iglesia subterránea que databa del año 50 d. C. Era

la sede del arzobispado sirio ortodoxo. Se elevaba como una fortaleza sobre una pequeña colina que sobresalía en una planicie yerma de arena y piedra. Cruzamos la muralla construida por sillares de mampostería que circundaba el monasterio y descubrí una construcción medieval, de un estilo un poco confuso, con contrafuertes, arcos rematados por floridas ojivas y ventanucos románicos. Una hermosa buganvilla con sus campanillas violetas cubría la fachada.

El coche se detuvo delante de una maciza portalada donde me esperaba el obispo de la iglesia ortodoxa siriaca, su santidad Ignacio Aphrem II Karim, un hombre mayor, con una gran barba blanca y una gafas de concha, vestido con una túnica blanca con mangas, tocado con un bonete y un velo que le cubría parte de la espalda, y tenía sobre su pecho una cruz. Estaba acompañado por dos monjes que vestían igual que el chófer. Todos me dieron dos besos en las mejillas, saludo habitual en Medio Oriente al que no me habitué nunca. Cruzamos un claustro cubierto de hiedras y madreselvas, cuyas piedras, a pesar de la notoria vejez del monasterio, desafiaban valientemente los años y las inclemencias del tiempo. Llegamos a una capilla cubierta de frescos bizantinos, en cuyo altar, y dentro de una urna de plata, se veneraba un cinturón ancestral que, según la tradición, había pertenecido a la Virgen María.

Me arrodillé delante de la reliquia y recé una oración, que no tuvo un efecto tranquilizador, sino al contrario. Me vinieron unos pensamientos tristes, inquietantes y desoladores. Miré al obispo. Le pregunté si desalojarían el monasterio ante el avance del estado islámico. Me respondió que prefería morir en su monasterio al lado de Dios que morir huyendo, dejando aquello que le fue dado en custodia, y que contaba con más de diez siglos consagrados a la adoración y la penitencia. Seguidamente me condujeron a una habitación situada en los sótanos, con arcos rematados por floridas ojivas. El obispo extrajo de un estante unos manuscritos unidos por un trozo de cuero y los depositó encima de una mesa de madera de olivo.

—Esto es lo que hemos descubierto y quisiéramos que lo tradujese.

—¿Sabe de dónde provienen? —pregunté con recelo.

—No, y eso es lo extraño. En este monasterio somos muy escrupulosos con nuestros archivos.

Me dejó solo en la húmeda estancia, cogí el fajo con los manuscritos, deshice con suavidad el cuero que los aprisionaba y examiné, fascinado, las misteriosas letras de aquellos textos. De repente un escalofrío recorrió mi cuerpo. Parecía como si una presencia me acompañase. La luz de la única lámpara parpadeó, al

tiempo que un soplo de aire frío invadió la habitación. El viento hizo caer al suelo uno de los manuscritos. Lo cogí con temor, pues la estancia no tenía ventanas y la puerta estaba cerrada. Lo empecé a traducir...

«Pienso en el daño que puedo hacer a la criatura si desvelo su existencia. Lo mejor será que cuando termine la historia rompa los papeles que estoy escribiendo o los envíe muy lejos, a otro país, pues la historia la escriben los gobernantes y a nosotros solo se nos permite sufrir la humillación de los poderosos».

Quise leer más, pero me pareció oír unos ruidos y la luz se apagó; sentí la presencia de los espíritus de los santos monjes que dormían en el pequeño cementerio conventual. La sombra del que había escrito aquellas líneas flotaba en torno al convento. Le pedí al Obispo que me permitiese llevarlos a mi domicilio. Los caracteres eran difíciles de descifrar y estaban escritos con un tinte desgastado por el tiempo. Necesitaba más luz, un espacio más grande y mis diccionarios. El obispo accedió a mi petición, con el compromiso de devolverlos junto con la traducción, y me los llevé con sumo cuidado a mi apartamento de Damasco, donde los empecé a estudiar, comprobando que fechas, personas y lugares se ajustaban a la realidad. Sin embargo, me sorprendió la presencia en el relato de un ser, para mí desconocido, que los judíos llaman «Golem». Por ello pensé que el relato era pura fantasía.

Recuerdo que aquel día, cuando el coche volvía a Damasco, me giré para contemplar por última vez aquella reliquia del pasado. El sol se había retirado, dejando el monasterio en esa media claridad propicia al misterio o al ensueño que arranca un destello de poesía en las cosas y en el alma cuando el día muere. Acaricié los manuscritos, pensé en la secreta historia que atesoraban sus caracteres viejos y gastados.

Al cabo de unas semanas tuve que interrumpir mi trabajo, ya que el Estado Islámico empezó a bombardear Damasco, por lo que fui evacuado de Siria y obligado a volver a España. Con la confusión del momento, no pude devolver los manuscritos y me los llevé conmigo a España con la intención de acabar de traducirlos y devolverlos después de la guerra.

El mismo día que abandonaba Siria la iglesia de Homs fue dinamitada por los islamistas, el patriarca siríaco decapitado y los monjes crucificados.

Cuando volví a Barcelona archivé el manuscrito y continué con mi rutina. Al cabo de un tiempo fui elegido consejero nacional de Unión Democrática de Cataluña y contactó conmigo un compañero de partido, a la sazón director

general de Asuntos Religiosos de la Generalitat, quien, viendo mi cultura y mi dominio de las lenguas orientales, me invitó a tomar parte de las reuniones de una asociación religiosa llamada Asociación de Amigos y Devotos de Fray Raymundo de Peñafort. Dicha asociación estaba ubicada en los sótanos del monasterio de los dominicos de la calle Bailén, en Barcelona.

Entré a formar parte de la asociación, confiando en la bondad de sus intenciones, pero con el tiempo me di cuenta de que dicha asociación ansiaba resucitar a un inquisidor muerto hacía más de setecientos años, llamado San Raymundo de Peñafort, y sus rituales incluían rezos blasfemos, así como el estudio de las ciencias ocultas y del *Zohar* o el libro del esplendor de los judíos.

Cada siete de enero los miembros de la asociación celebraban una ceremonia en la catedral de Barcelona, delante del sepulcro de San Raymundo, invocando su resurrección. La primera y única vez que asistí a dicha misa, justo en el momento de la consagración una ráfaga de aire apagó la vela que quemaba delante de mí. Tuve la misma sensación que en aquel sótano de arcos ojivales del monasterio de Homs. Me pareció oír unos ruidos, sentí la presencia de los espíritus de los santos monjes que dormían en aquel pequeño cementerio conventual. Noté que alguien clavaba la vista en mí desde un punto de la catedral. Alcé la vista al coro del templo y descubrí a un ser monstruoso. Una sensación de terror recorrió mi cuerpo, pues era el mismo que se describía en el manuscrito de la iglesia del Sagrado Cinturón de Santa María de Homs.

Instintivamente, fijé mis ojos interrogantes en los del oscuro personaje que me había introducido en aquella «congregación» y vi que en su mirada aleteaba el mal, un mal antiguo, un mal cruel. Aquel hombre sabía y conocía la existencia de ese ser. Abandoné con premura aquel lugar, prometiéndome a mí mismo no regresar nunca más.

Cuando regresé a mi casa desarchivé los manuscritos y me puse a traducir los textos. Desde ese día no volví a pisar las oficinas de la asociación. Aun así, como la mayoría de miembros de la asociación eran a su vez miembros del partido democristiano denominado Unión Democrática de Cataluña, no me pude desvincular de ellos, y me hicieron la vida imposible dentro del partido, bloqueándome los correos electrónicos y apartándome de las funciones de mi cargo. Notifiqué los hechos al entonces presidente del partido señor Durán y Lleida, quien hizo caso omiso a mis correos.

Al final me vi obligado a presentar la dimisión de mi cargo de consejero nacional y a darme de baja como militante del partido. También remití una carta

al entonces arzobispo de Barcelona, reverendísimo señor Martínez Sistach, exponiéndole los hechos, quien también me dio la llamada por respuesta.

Hoy sé que esa hermandad no me dejará en paz y suelo girarme por la calle, descubriendo a algún extraño que observa mis movimientos. Temen que desvele los secretos de la Asociación de Amigos y Devotos de San Raymundo de Peñafort. Pero por admiración y respeto a los personajes históricos del manuscrito hallado en el monasterio de Homs, que amaron, vivieron y sufrieron aquella época tumultuosa en la que el amor de unas madres por sus hijos se antepuso a la adversidad y alzó en el pavés a los reyes más poderosos de la península, debo terminar esta traducción antes de que nuestros gobernantes descubran mis verdaderas intenciones e impidan su publicación.

Previo a relatarte la historia de los hechos tal y como pasaron, debo evocar aquellos tiempos tumultuosos de la Edad Media en la península ibérica. En esa época, la mitad norte de la península estaba en manos cristianas y se dividía en cinco reinos y un señorío. Por un lado, los reinos de Castilla, León, Navarra, Aragón y Portugal, y por otro el señorío de Albarracín, que no reconocía otro vasallaje que el de la Virgen María. La mitad sur seguía en manos de los árabes.

Los reinos cristianos de la Península acababan de sufrir su peor derrota desde el inicio de la Reconquista. Las tropas de almohades y etíopes de Aben Juzef Almansur venidas de África habían derrotado al ejército cristiano en Alarcos, sitiando Illiescas y amenazando a la ciudad de Toledo. La población estaba aterrorizada.

En esas horas de desesperación y vigilia, otra amenaza se cernía sobre la integridad territorial de los reinos cristianos de la antigua Hispania romana. El papado, instigado por los franceses, preparaba una cruzada contra los condados occitanos de Tolosa y de la Provenza, vasallos del reino de Aragón.

Mientras, extraños sucesos ocurrían en la ciudad de Barcelona, también conocida como la Ciudad de las Tres Catedrales...

¹ Antiguo español de los judíos que fueron expulsados de España.

CAPÍTULO I. AÑO 1207

MARÍA DE MONTPELLIER, REINA DE ARAGÓN.

ENGAÑO REAL

Todo pasó hace tiempo, mucho tiempo, en el año del Señor de 1207, cuando fue concebido un heredero de sangre real por medio del engaño. Los hechos verídicos relatados en crónicas pasadas son decisivos para entender la historia del nobilísimo pueblo catalán que tan valerosamente defendió sus derechos y libertades frente a la tiranía de los poderosos, pero para ello tengo que trasladarme a aquella ciudad del sur de Francia, cuna de uno de los hechos más trascendentales de nuestra historia.

A orillas del río Lez y situada en un terreno ondulado se encontraba el recinto amurallado de la ciudad de Montpellier, en el que contrastaban los barrios apretujados y oscuros con el barrio del centro de la villa, ocupado por recios edificios y por el palacio real, en uno de cuyos aposentos se inicia este relato. En esa época la ciudad de Montpellier pertenecía a la Corona de Aragón por el matrimonio de conveniencia y no consumado entre María de Montpellier y Pedro II de Aragón.

La noche en la que cambió la historia de los reinos hispanos, la escasa luz de la lumbre de una chimenea iluminaba un lecho real. Sobre sus finas telas una princesa esperaba entregarse al sacrificio. Era alta y rubia, de porte aristocrático. Tenía la piel tersa y suave. Los senos turgentes y altivos, los pezones pequeños y endentados. Entre las piernas una mata de vello oscuro y rizado. Un manto de seda y un antifaz en la cara cubrían su desnudez.

Unos pasos retumbaron en los corredores. Se oyó un estruendo. Alguien había empujado con fuerza las puertas de la cámara. Ella tuvo miedo. Se rehízo. Entró un hombre cubierto con pieles y de aspecto fiero. Necesitaba saciar sus instintos primarios con una doncella de piel joven y tersa. La vio recostada en la cama. Ella se levantó. Él fue hacia ella. Se quitó las pieles y le arrebató la capa de seda que la envolvía. La princesa se cubrió los pechos con un brazo y con el otro el pubis. La vulnerabilidad de ella excitaba al caballero, que la atrajo violentamente hacia él. Ella sintió el frío de la cota de malla del caballero. La dama estaba inmovilizada por el terror. Él le estiró el cabello y, cuando tuvo su cara mirando

al techo, le besó con fuerza los labios. Luego se levantó la túnica y se bajó los calzones. Ella notó en su interior el duro miembro del caballero.

La doncella no podía soportarlo, gimió de dolor. Retrocedió. Él se excitó todavía más; abofeteó a la princesa y la empujó a la cama. Ató las muñecas de la infeliz desdichada en el dosel del lecho real con su cinturón de cuero y le empujó las rodillas para alzarle el trasero. Le dio un fuerte azote y, antes de que pudiera reaccionar, la penetró. Ella chillaba, al tiempo que sentía cómo se le rompía el alma. Él notó la resistencia del himen, volvió a empujar brutalmente. Su único interés era culminar el asalto sexual a la infeliz desdichada. A él le costó un esfuerzo y a ella el insoportable dolor de ser la primera vez.

La joven volvió a gritar con angustioso desespero, se corrió, se desmoronó. Él siguió embistiendo. No se detuvo; empujó una y otra vez; volvió a inundarla, alcanzó el clímax y cayó rendido al lado de la cama.

La mujer se desató. El cuero había cedido. Se sentía sucia por dentro. Tenía frío, asco, náuseas. Era como si la hubiesen dejado caer en un profundo y oscuro abismo. La habían violado. Aun así, sintió lástima por el rey. No podía odiar al futuro padre de su hijo. Apestaba y ni tan siquiera se había sacado la cota de malla. ¡Dios, cómo había querido a ese hombre y qué mal la había tratado!

Herida, dolorida, sudorosa y ensangrentada, pero orgullosa y altiva recitó en silencio y llorosa un *Pater Noster* cuyas palabras se perdieron entre las piedras milenarias del viejo palacio de la ciudad de Montpellier.

Escondidos en un recodo de la cámara real, tres hombres observaban lo sucedido. Dos iban vestidos de sedas y brocados; el arzobispo de Montpellier y un notario. El último iba ataviado con una casulla negra; era Fray Raymundo de Peñafort.

La doncella se levantó; le era difícil tenerse en pie, se sentía rota y magullada. Quería salir de la habitación antes de que el rey la descubriese. El monarca reaccionó, tuvo un presentimiento.

—¡Detente, puta! —le dijo con ira mientras le agarraba con violencia la mano. Ella intentó zafarse, pero no pudo. El rey Pedro, el Católico, se alzó, cogió una tea, la encendió en la lumbre de la chimenea y pasó la llama por la cara de la desdichada.

—¡Vos! —exclamó airado y asombrado.

—¡Sí! —reconoció ella, orgullosa.

—¡Me engañasteis!

—Os recuerdo que soy vuestra esposa y, si Dios quiere, la madre de vuestro

hijo.

—Voto a Dios, ¿cómo fuiste capaz, desdichada?

—Era la única manera de que consumaseis el matrimonio.

—¡Maldita arpía! Yo pagué por tener una virgen.

—Y eso es lo que tuvisteis, ¡la virginidad de la mujer rechazada! —respondió con ira, al tiempo que le lanzaba en la cara las monedas de oro recibidas y exclamaba—: Aquí tenéis de vuelta vuestro oro. El servicio era gratis.

—¡Putra! —La insultó, al tiempo que la zarandeaba con fuerza y le golpeaba el rostro. Lo habían engañado. No era la dama que le habían prometido los ricohombres de la ciudad, sino que era su detestada esposa, Doña María de Montpellier.

—Sí, fui una prostituta —le contestó con ira—, como las que frecuentáis. Por Dios, ¿creéis que no lo sabía? ¿Que no he padecido en silencio vuestros desaires? ¿Creéis que no he sufrido al ver cómo la gente me compadecía? ¿Que no he llorado sola en el silencio de mis aposentos? Por vuestra culpa me he convertido en una ramera, sí, la mejor de ellas; he sido la alumna más aventajada de la meretriz de Montpellier, pero no os preocupéis. No he permitido que ninguno de mis «clientes» cruzase el umbral de mi vagina. Vuestros súbditos no os engañaron; me he mantenido virgen para vos, mi marido.

—¡Perra, vuelve a tu arroyo! ¡A mí no me verás nunca más! —exclamó el monarca, al tiempo que le abofeteaba con fuerza la cara. Ella lo miró altiva.

—Mi dueño y señor, me podéis pegar cuanto os plazca, pero mejor haríais en cumplir vuestras obligaciones para conmigo.

—Va, va, va... ¿esos son vuestros modales de clase? —dijo rencoroso—. Me vendieron a una princesa y solo tengo una fregona.

El rey se vistió con rapidez y premura, le invadía el mal humor de haber dado rienda suelta a sus instintos. No quería a ningún heredero con esa mujer. Convocó a sus caballeros y salió al galope de Montpellier para no volver jamás.

En la cámara real los tres testigos salieron de sus escondrijos. Dos de ellos intentaban consolar a la dama, que entre sollozos cubría su desnudez con una sábana. En cambio, Fray Raymundo se regodeaba con disimulo de la infeliz desdichada. No le importaban los sentimientos de la que se había sacrificado y había sido violada por el bien del país.

—Me siento tan mal... —confesó entre sollozos la noble dama a Fray Raymundo de Peñafort. Puso la cabeza en su regazo; se sentía sucia por dentro, como si fuera una vulgar ramera.

—Yo me siento peor que vos por no haber hecho nada, pero no temáis, tenéis mi absolución, se hizo por el bien del reino —contestó el intrigante clérigo, acariciándole el cabello—. Era preciso concebir un heredero delante de tres testigos. Así el rey no podrá alegar nunca que no yació con vos. Solo nos queda rezar para que os quedéis embarazada.

La dama lloraba. Su sacrificio quizás habría valido la pena, pero se encontraba tan abandonada, tan desdeñada, tan sola. Y con el alma rota.

Mientras, su doncella se reunía con ella y le decía:

—¡No lloréis, mi señora! Habéis hecho bien. En este mundo las mujeres no podemos decidir, somos meros instrumentos de los hombres.

—Si Dios me da este niño, ¡juro por la Virgen María que entre los reyes sobresaldrá por su buen gobierno y llevará a este país y a toda la cristiandad a la gloria! —exclamó la reina.

—Será el mejor rey del mundo, pero todo lo deberá a vuestro sacrificio, señora —respondió la doncella compungida, previendo las glorias de ese niño, cuyo nombre sería recordado en letras de oro por los libros de historia como Jaime I, el Conquistador.

- A altas horas de la noche, en la judería de la ciudad de Barcelona, se oyó una canción, una canción olvidada, una canción que presagiaba malas nuevas...

«Nai nai, yo tengo una muñeca...

Nai nai, de paja fina...

Nai nai, para abanicar a una niña...

Que no tenga nunca calor».

Se hizo un gran silencio en la ciudad, que fue roto por el estadillo cada vez más furioso del mar sobre las piedras del lejano baluarte de las Drassanes, que recordaban a los gritos de auxilio de los que se ahogaron sin recibir cristiana sepultura. En los aleros de los tejados de pizarra negruzca y en las cornisas de los ventanales se refugiaban los gorriones sin atreverse a piar siquiera, muertos de espanto.

Una sombra venida del inframundo cruzó las calles y, de repente, se tornó invisible. Un temblor recorrió los muros, había ruidos que resonaban en los tejados de la calle Marlet y caían al Rec Comptal. Una ola de terror recorrió a los habitantes de la aljaima, sabían que era un ser humano no nacido de

madre; ensamblado de piezas distintas. Hacía más de ciento treinta y seis años desde su última aparición.

Las viejas murmuraban en silencio. Volvieron a revivir la leyenda del fantasmal Golem, ese hombre artificial que una vez aquí, en el gueto, un rabino especializado en la cábala formó de los cuatro elementos y destinó a una existencia automática, sin pensamientos ni emociones. Eran señales de malos augurios para la ciudad de Barcelona. No tardarían en sucederse los asesinatos.

CAPÍTULO II. AGOSTO 1195

DERROTA DE ALARCOS-BERENGUELA DE CASTILLA

Doce años y medio antes del engaño real acaecido en Montpellier tuvo lugar una de las mayores derrotas del ejército cristiano frente a los invasores musulmanes. Los reinos del norte de la península estaban aterrados. Las tierras de frontera con los árabes se habían llenado de esclavos, aldeas arrasadas, campos calcinados, hombres crucificados y con las cabezas cortadas.

Mediaba julio, caluroso y seco. En las cimas de Sierra Morena la nieve, que suele ser duradera, se había derretido. Los ejércitos cristianos huían en desbandada de la ciudad de Alarcos hacia el seguro refugio de Illescas. Los dirigía Alfonso VIII de Castilla, hijo de Sancho II, «el Deseado», y Blanca de Pamplona. Las huestes musulmanas capitaneadas por Aben Juzef Almansur los perseguían. Aquí y allá, las caras desencajadas y pálidas; los ojos con expresión de locura, aquellas infelices mujeres apretando a sus pequeños entre sus brazos, temiendo ser alcanzados por unos enemigos sin compasión ni respeto hacia los vencidos.

La feroz batalla por defender la ciudad había desembocado en un sangriento cuerpo a cuerpo, de gritos enfurecidos de unos y otros, mezclados con los lamentos de agonía de los que caían sin salvación, para dejar paso a una desesperada salida de los sitiados en busca de refugio. Alarcos había sido abandonada a su suerte. Los invasores hicieron una gran mortandad, saqueando las casas, los templos y cuanto había a su alrededor. Los atacantes violaron a las mujeres que no habían podido huir e hicieron muchos cautivos y todos ellos fueron llevados en cadenas hasta Córdoba, para ser vendidos allí o pedir rescate por ellos a sus familiares. Las monjas se resistieron a abandonar el santuario de la Virgen de Alarcos, creyendo que el infiel respetaría el recinto sagrado y las dejaría en paz, pero lo asaltaron, las violaron y luego las crucificaron. En la ciudad todo eran lamentos de desespero, sollozos y lágrimas.

En medio de la huida, en la que los caballos se encabritaban, adelantaban, retrocedían agotados y sudorosos, el valeroso caballero don Pablo Alonso de Monteagudo y el intrépido arzobispo don Martín, junto a los caballeros de

Calatrava, bajo el lema de «Santiago y cierra, España» lograron a costa de sus vidas, reavivar el valor de los hombres y reorganizarlos para salvar a los que se batían en retirada.

El sol caía a plomo sobre los huidos, rodeados por nubes ingentes de polvo, gritos, chillidos, empapados de sudor y acompañados por el hedor de las heces de la caballería. Estaban sumidos en la pesadumbre y el desespero de saber que si los atrapaban los moros, los harían prisioneros y los venderían como esclavos en África.

Acompañaba a las tropas huidas una silla de manos llevada a hombros de varios forzudos esclavos negros. El sitial escondía a una joven mujer que intentaba distanciarse del desastre, recatada tras el lujo de unas cortinillas de seda. Los soldados miraban hacia la litera con aspecto tosco y disgustado. El rey derrotado se acercó a la silla de manos y mandó a los portadores que se detuvieran. Los esclavos dejaron su pesado fardo con suavidad en el suelo. Una mano blanca y femenina de uñas pintadas y piel adobada con cosméticos, donde las sortijas brillaban con destellos de distintos colores, apartó, cautelosa, la seda carmesí de las cortinillas.

—¿Ya hemos llegado? —le preguntó al rey.

—Ya estamos a la altura de Illescas, Noemí —le respondió el monarca con frialdad.

—Nos aplastarán, señor. Son una muchedumbre. Mejor rendirse —dijo la hermosa joven de ascendencia hebrea, fijando sus hermosos ojos verdes en los del rey. La judía había abandonado la prudencia sin apercibir el enojo del rey.

—¡No sabéis lo que decís! ¡Un caballero cristiano no se rinde jamás ante un infiel! Antes la muerte —le dijo, molesto, el rey. Este era bajo y grueso, y en la frente tenía una herida de la que le brotaba abundante sangre. No estaba para sandeces.

—Vos sois hombre y valeroso, señor, mas yo soy una infeliz mujer cobarde y asustadiza —se lamentó, doliente, la hermosa judía—. Mi ánimo se encoge ante la visión horrenda de la carnicería —añadió con coquetería.

El rey la miró con un gran desencanto. Recapacitó, contempló el ejército derrotado, que huía en medio del tórrido calor del verano. Se pasó una mano por la herida, de la que seguía cayendo la sangre. Recordó a su esposa, la hermosa y exquisita reina que un día llegó desde Inglaterra, rubia, blanca rosada, fina; la esposa menospreciada por el amor deshonesto de esta mujer, que era una afrenta

para la cristiandad tanto como para la soberana; la mujer cobarde que en el momento de peligro trataba de ponerse a salvo, dejando deshonorado a su amante.

Hermosa era en verdad la judía que jamás amó al rey ni sintió otra cosa sino un inmoderado amor hacia sí misma y una gran codicia de riquezas, honores y grandezas.

—Harto sé que vuestro gran amor no llega al extremo de exponeros a un saetazo ni a los peligros de una retirada. Mas no importa. En Illescas quedaréis, mal que os pese—. Y con una seña dio órdenes a los esclavos negros de volver a coger la litera. Antes se abalanzó sobre la hebrea.

—¿Qué hacéis! ¿Os habéis vuelto loco? —exclamó ella chillando.

—Sí, locura fue amaros, me hechizasteis, sucia arpía —dijo, al tiempo que rompía un trozo de tela del brial de la judía y se vendaba la herida.

Tras varias horas de huida, y bajo un calor sofocante apenas templado por la brisa del anochecer, llegaron a Illescas. La villa se encontraba apilada a los pies del Alcázar. El recinto de las murallas estaba reforzado por espléndidas torres. A la ciudad se entraba por tres puertas, que aquella mañana se hicieron pequeñas para dejar pasar a la gran multitud de refugiados. El pueblo los recibió en silencio. Tenían miedo. Los almohades habían invadido el valle del Tajo y estaban a las puertas de Toledo, Madrid y Guadalajara.

Una vez el ejército hubo entrado, se organizó la defensa. Era inminente un asedio, pero Illescas tenía excelentes defensas y estaba bien abastecida.

Un rumor de desconfianza y desaliento corría entre las filas de los soldados cristianos a raíz de la presencia de la amante judía del rey. Los castellanos culpaban de la catástrofe a la maldita mujer.

Eran horas difíciles, en las que se debía decidir el futuro del reino, y urgía tomar decisiones trascendentales para la historia del país.

Primeramente, y haciéndose eco del sentir de su pueblo, y al objeto de subir la moral del ejército, el rey sacrificó a su joven amante, entregándola a la tropa para el divertimento de esta, pero antes volvió a contemplar la gran belleza de su pieza más valorada. Pensó que los soldados estarían contentos.

En segundo lugar, se trasladó a una casona destartada y fría con estancias de grandes dimensiones con patios y salas de armas, que había sido habilitada como hospital de campaña y centro de operativa del ejército vencido. Allí lo esperaban los caballeros, los nobles y los obispos, así como el delegado de su primo Alfonso IX de León.

Castilla no podía hacer frente a esta nueva invasión sola y precisaba la ayuda

del rey de León para vencer a la morisma. Por ello Alfonso VIII de Castilla prometió en matrimonio a su joven hija Berenguela con su primo, el viejo rey Alfonso IX de León, conocido con el sobrenombre del Baboso. De poca estatura, corpulento, de más de 120 kilos, embutidos en un traje ceñido, cara rolliza, con un gran bigote, de frente arrugada y ojos lagrimosos, que le daban un aspecto extraño. Se movía con dificultad por su peso y porque arrastraba el pie izquierdo debido a una cojera. Había repudiado a su primera mujer, doña María Teresa de Portugal, y la había obligado a ingresar en un convento. El leonés tenía fama de sádico con las mujeres, pero al rey castellano poco le importó entregar a su hija en manos de ese perverso.

Esa misma noche, la muchedumbre de musulmanes que sitiaba las villas de Illescas y de Toledo abandonó los cercos por desconocidas razones que la historia no consigna. La cristiandad había sido salvada por un golpe de la fortuna.

En las tiendas del ejército reverberaron los gritos de la amante del rey demandando auxilio. Primero la violaron los militares de alta graduación; luego fue la soldadesca. Hasta que, vejada, dolorida y lesionada, perdió el conocimiento. Era preciso que se mantuviera con vida para poderla juzgar por delito de lesa majestad.

- En Toledo, conocedores de la derrota de Alarcos, vivían las horas en espera de un asedio, vigilantes noche y día. La reina Leonor, desesperada, pasaba los días entre rezos, solicitando la intervención divina para lograr la victoria y que su marido dejase los amores con la judía Noemí. Su hija, doña Berenguela, ajena a los planes de boda de su padre, pasaba las tardes mirando, ensoñada con sus ojos azules, pensativos y tristes, la meseta. Apoyaba sus finas manos sobre una almena de las torres del Alcázar. Sus briales escarlata y sus blancas tocas, sus collares de rubíes y diamantes, su sencillo y rubio tocado... Soñaba con su amado príncipe de Aragón, Pedro, con quien había tenido un idilio en Zaragoza y que había sido prometido a otra mujer, doña María de Montpellier.

—Qué pensáis, señora —le dijo el jovenzuelo Cabeza Brava, diez años más joven que la princesa. Era hijo del señor de Vizcaya y vasallo del rey de Castilla. A su tierna edad era un valiente luchador.

—Nada, perdonad —le respondió la joven, atraída por la amabilidad y la

cortesía del muchacho.

—Pues bajad. El día es demasiado caluroso para pasarlo encima de esta almena, donde los rayos del sol pueden afean vuestra belleza y volveros la piel como la de una vulgar campesina.

—Ja, ja... No creáis, amigo mío. A veces lo preferiría. Su vida seguro que es más fácil que la mía —respondió con franqueza.

Y sus miradas se cruzaron. Ella, agradecida; él, solicitante. Ella se incomodó. Había algo que sobrepasaba la ternura...

Los días pasaban y la princesa mitigaba su dolor con la compañía de Cabeza Brava. Él era mozo y gallardo. Ella sobrellevó su inquietud pensando que era un sofoco de verano.

La belleza magnífica de doña Berenguela, junto a su coquetería femenina, hicieron mella en el muchacho, que por las noches se despertaba miles de veces con un estremecimiento y en un insomnio delicioso pensando en la princesa. En su mente revivían palabras y frases sueltas de las charlas que mantenían. Sin darse cuenta franqueó los umbrales que separan la adolescencia de la juventud.

Los días pasaban y la traza de Cabeza Brava era la del enamorado que sirve a su amada. Y todo él andaba lleno de ese aire de posesión que da el amor cuando es correspondido, y ella lo atosigaba a todas horas con recados, servicios y encomiendas pueriles; solo para tenerle a su lado. Pero él buscaba algo más, y cuando miraba la boca y el bello cuerpo de ella se inflamaba de una secreta tentación.

Una tarde, en una de las estancias del palacio, él no se pudo contener más. Acarició la cara de la princesa y le dio un beso. Un fugaz relámpago de deseo iluminó la cara de la doncella. Era la señal que había estado esperando; venció sus miedos, los convencionalismos sociales, primero se aseguró de que estaban solos y luego le devolvió el beso. Cabeza Brava la cogió con fuerza y la atrajo para sí. Se empezaron a manosear, él intentó introducir su mano dentro del escote de ella. La princesa lo rechazó, pero luego notó el duro miembro del caballero. Tenía curiosidad, pasó su mano por la entrepierna de él. Él la siguió tocando. Su mano cruzó el escote y le sobó los pechos. Ella pensó en el infierno, las ánimas en pena, los miedos, las blasfemias. Tuvo miedo. Aquello era pecado y ella era princesa.

—Teneos, señor —dijo ella, apartándolo.

—¡Por Dios y mi ánima! Si habéis sido vos la que me incitasteis a besaros

—respondió él, sorprendido.

—No tal, y si así fue, perdonadme caballero. Yo solo he amado a un hombre. Ese es hoy el rey de Aragón, y me debo a lo que sobre mí decida mi dueño y señor, que es mi padre.

—Dejaos llevar, señora —le rogó el muchacho, deseoso de proseguir con el placentero escarceo.

—No, vos sois harto joven. ¡Idos, por Dios! —dijo ella como si no hubiese pasado nada.

—¡Sois una falsa! Os habéis reído de mí —le respondió él con rabia.

—¡Me faltáis, caballero! No hice tal cosa, y si os di esa sensación os pido perdón —dijo con orgullo la princesa.

—¡Malhaya, lengua de víbora! Quizás no fuera vuestra intención, pero buscasteis en mí la distracción propia de una muchacha consentida y caprichosa. Fui vuestro divertimento — respondió el caballero, enojado.

—No es cierto. Quizás sin querer transgredimos el umbral de la amistad. Pero yo no os puedo amar —dijo ella, apesadumbrada.

—Os deseo lo peor —exclamó el joven, dolido y abandonando la estancia, al tiempo que la princesa se recostaba en un sitio y rompía a llorar.

Semanas más tarde, doña Berenguela fue llevada a León a conocer a su marido. Una sensación de inquietud ensombrecía las facciones de la dama, bajo la mirada compasiva de pajes y doncellas. Cuando la princesa conoció al rey viejo y baboso que le asignaban de marido volvió a llorar, excusando sus lágrimas con la emoción del momento. Era el sacrificio que le correspondía por ser mujer. Era una pobre miserable, ofrecida en pago de una alianza, cuyo único fin era satisfacer a un marido vicioso y darle hijos con los que asegurar un heredero varón.

- En Barcelona, en una lúgubre habitación del último piso de una posada, toallas, sábanas y mantas ensangrentadas se distribuían de forma desordenada, y la sangre goteaba bajo un lecho en un tintineo lúgubre.

La posadera había hecho llamar al médico judío. El parto de la huésped se había complicado. El médico, cuando vio el estado de la paciente, estuvo a punto de abandonar la estancia. Si la mujer fallecía sería acusado ante la Inquisición. Se fijó en la madre, que era una joven muy atractiva, aunque en

su actual estado no lo pareciese. Estaba medio muerta. Aun así, ella lo miró con ojos suplicantes y le imploró:

—¡Salvad a mi hijo!

El profundo amor materno que vio en los ojos de esa mujer pudo contra el temor a la tortura y la muerte. Entonces decidió ayudar a la desdichada joven. Después de unas friegas, le hizo recobrar el sentido y hasta el niño, que estaba medio ahogado tras una vigorosa respiración artificial, volvió a la vida. El médico judío arrojó al niño y lo dejó al lado de la madre. Ella tocó la piel de su hijo, sus manecitas de ángel y le retiró las babitas de sus labios de querubín.

Sintió la dicha más bella de su triste vida. Lo abrazó. Lloró por aquel niño que no podría ver crecer y al que puso por nombre Hernán. Fue un último intento, una vana ilusión. Este niño representaba el fin de sus ilusiones de juventud. Se juró a sí misma ser fuerte y no volver a llorar nunca más. Cogió la cruz que colgaba de su cuello, la arrancó con fuerza y la tiró al suelo. Maldijo el momento en que creyó en Dios.

Al cabo de dos días, la huésped dejó la posada y le dio una suma a la hostelera para que colocase al niño en una familia respetable. Esta se quedó con el dinero y entregó el recién nacido a la iglesia de Sarriá.

El día en que nació Hernán, un perro cogió su placenta con los incisivos y la llevó a una de las esquinas de la casa, donde, hambriento, empezó a devorarla, previendo un futuro plagado de dificultades y enemigos.

El destino había hecho nacer al recién nacido con dos marcas imperceptibles en las muñecas, donde se podía leer la palabra «emet» (verdad) en la de la derecha y «mert» (muerte) en la izquierda. Eran las marcas del elegido.

CAPÍTULO III. Invierno de 1207. MONASTERIO DE SAN MIGUEL DE CUIXÁ

Una cortina de luz plateada cubría el sol, anunciando una nevada, mientras un águila planeaba en lo alto del valle. El eco de su sonido reverberaba entre los abruptos senderos pirenaicos y las sendas pedregosas, quebradas y difíciles.

Hacía dos días que el rey Pedro el Católico de Aragón y su séquito habían salido de Montpellier y cruzaban con gran dificultad por un desfiladero. Al lado del rey cabalgaba su valido, el príncipe Hayzam. Era un judío alto, magro, canoso, de nariz aguileña y aspecto imponente. Destacaba por su mirada profunda, inteligente y resignada. En su porte oriental llevaba la sangre de la familia real del pueblo de Israel.

—¡Voto a mil pares de demonios si este camino no es la ruta del mismo infierno! —exclamó el rey, al tiempo que su caballo relinchaba. Una de sus patas había resbalado en el hielo. El rey golpeó con el acicate el dorso del animal.

—Estamos a punto de llegar, no os apuréis, majestad. Además, este camino de penitencia os llevará directo al cielo — manifestó el judío.

—¡Ay, ay! ¡Ya está ese sucio judío con sus bromas! —replicó sarcástico un extraño personaje corcovado y giboso, vestido de terciopelo y cubierto con un gorro en forma de cono, con un cascabel de plata en el extremo.

—¿Qué sabéis vos de eso, si no sois más que un judío? — reprimió el rey al israelita con evidente malicia, al tiempo que volvía a golpear con el acicate a su caballo.

—Habéis razón, majestad —le contestó, sumiso y resignado, el orgulloso valido del rey, no pudiendo reprimir una mirada de desprecio al bufón. El enano sonrió. Se jactaba de jugar con la cambiante voluntad real.

Los copos de nieve empezaron a caer, un frío gélido helaba el ambiente. La ascensión cada vez se hacía más penosa. Al rato, el viento llevó el redoble de unas campanas.

—¡Por fin! —exclamó Hayzam, aliviado, y al punto, entre las montañas, apareció la imponente silueta del monasterio de San Miguel de Cuixá, rodeado por el macizo del Canigó.

A medida que se acercaban al cenobio se hacía visible el magnífico conjunto

de varios edificios protegidos por recios muros y compuestos por la iglesia, el convento, diversas naves, bodegas, sótanos y una hospedería. Toda la comunidad benedictina los esperaba a las puertas del monasterio, concededores de que las visitas del monarca suponían siempre privilegios y donativos. Cuando llegaron, el prior se adelantó a recibir al rey, pero no se humilló ante su monarca y se limitó a atenderle con la corrección y sin el servilismo de quien ha nacido de una clara estirpe.

—¿Ya ha llegado? —preguntó el rey al prior.

—Sí, hace días que os espera —contestó el monje, imperturbable. El rey escuchó y calló. Su rostro reflejaba un claro desagrado.

Los monjes acompañaron a los huéspedes a los aposentos reales y luego los invitaron a celebrar las vísperas, ante el sepulcro del antiguo abad, abierto de par en par y situado ante el altar. Era el día de difuntos, el prior había ordenado abrir el sepulcro para que los monjes contemplasen el espectáculo del cuerpo descompuesto del abad Oliva y así meditasen sobre la vanidad, flaqueza y miseria de las grandezas humanas. Dentro de un sencillo sarcófago de madera se podían vislumbrar los huesos amarillos del esqueleto, recubierto por los retazos de una cogulla sucia y raída.

Uno de los presentes cruzó una fría mirada con el rey. Sin embargo, sonrió al ver al bufón. Se dirigieron una discreta mirada de asentimiento. Hayzan los vio. Calló. Era el poderoso delegado papal. Sabía que la iglesia de Roma tenía el poder de coronar y destronar a los reyes a su antojo y conveniencia, planeando matrimonios y alianzas.

El prior, delante de un facistol, empezó a hablar de la muerte, de que esta vida era un camino de sufrimiento y mortificación para alcanzar la salvación en el más allá.

Los presentes recitaron al unísono la salmodia de la «autorrenunciación», el consabido *memento mori*, que recordaba a los presentes el camino de la muerte, al tiempo que el abad leía el libro del Apocalipsis:

«... fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él...».

Terminada la ceremonia religiosa, el prior guio al monarca y a su séquito a su despacho, donde amplios arcos góticos sostenían una sala austera. Una sencilla

cruz de madera presidía la estancia pobremente amueblada con sillas y una mesa que hacía las veces de escritorio. Una humilde lumbre calentaba el ambiente.

En el exterior del monasterio se había desatado una gran nevada. Soplaban un viento glacial que movía las copas de los árboles y provocaba un silbido ensordecedor.

El rey entró en la sala acompañado por el príncipe Hayzam y el bufón. El representante de la Santa Sede frunció el ceño y solicitó con malos modos que el israelita abandonase la estancia. No quería nada con ese judío, raza execrada y miserable. El rey accedió y requirió a su valido que se retirase. Necesitaba pactar con ese cardenal.

El príncipe hebreo intentó replicar, pero por prudencia calló, apretó los nudillos y se retiró con rabia. Cada vez se hacían más frecuentes los desplantes del rey. Recordaba la juventud del monarca, cuando por orden expresa del difunto Alfonso II había adiestrado al joven príncipe en el manejo de las armas y en los asuntos de Estado. ¡Cuánta ingratitud!

Quedó el rey, el bufón, el prior y el delegado papal. El bufón se sentó en el suelo. El prior estaba embobado mirando al enano. Esa cara, ahora envejecida, la conocía de su vida anterior enterrada al entrar en el convento. ¿Pero de quién era? ¿Y por qué Dios se lo enviaba ahora?

—Si les parece empezaremos rezando por el buen fin de esta entrevista —dijo el delegado papal, rompiendo la introspección del prior.

—Déjelo y vamos al grano —ordenó el rey. Tenía prisa.

—Habéis llegado con dos días de retraso —le reprochó el delegado papal con frialdad.

—Un asunto me retuvo en Montpellier —manifestó el monarca con altanería.

—Espero que fuera para bien —respondió el representante papal con el sarcasmo de quien conoce la verdad.

El rey no respondió e intentó encauzar la conversación hacia el tema que le preocupaba. Mientras, la nieve seguía batiendo con fuerza los muros del monasterio y la oscuridad más absoluta cubría la tierra.

—Sabed que he organizado una rota contra los almohades para obtener la revancha de Alarcos, en la que voy a congrega a todos los reyes de la cristiandad y la dirigirá mi escudero, don Dalmacio Creixell —dijo.

—Sí, y por ello el papa os está enormemente agradecido y os ha concedido el título de alférez papal y del Católico, por vuestra defensa de la Iglesia católica —respondió el delegado papal.

—¡Eso no me basta! ¡Necesito que la Iglesia contribuya económicamente! — exclamó el rey dando un golpe en la mesa.

—La Iglesia es pobre —contestó el sacerdote sin perder la compostura.

—Ja, ja, ja... Eso no se lo cree nadie. Además, cuantas más tierras conquiste, más diezmos cobrará Roma —añadió el monarca con cinismo.

—¡Que nuestro Señor Jesucristo os escuche! Si así fuera, la Iglesia podría contribuir con una cuarta parte de los diezmos —respondió, conciliador.

—¡Los necesito todos! —exclamó el rey sin dar lugar a la réplica.

—¡Por la Virgen María! La Iglesia necesita los diezmos para subsistir. Como máximo os podría ofrecer la mitad.

—¿Y respecto de la anulación de mi matrimonio? —preguntó antes de responder al delegado papal, pensando en casarse con la rica doña María de Montferrat, con quien ya tenía planes de boda, y así solventar los graves problemas económicos de su reino.

El delegado papal lo miró.

—Respecto a eso, no, porque, según nos dijeron, consumasteis el matrimonio.

Se hizo un silencio, el silencio tenso previo a un desastre. El monarca reaccionó como un animal herido y respondió enojado, al tiempo que volvía a dar un golpe sobre la mesa:

—¡Voto va! Quien os dijo eso mintió.

Se miraron los dos, desafiantes, cual gallos antes de una pelea. El delegado papal esbozó una sonrisa. En ese momento el rey se dio cuenta de que todo había sido un plan previamente orquestado.

—¡Soy el rey de Aragón y conde de Barcelona! Me habéis de conceder la nulidad, tal y como se la habéis concedido por dos veces al degenerado rey de León —exclamó con ira.

Ajeno a la discusión, el prior no podía dejar de observar al bufón, quien rechazaba la mirada, intentando ocultar el rostro.

—Majestad, conteneos. A mí no me podéis dar órdenes, no soy vuestro súbdito —contestó con voz pausada el representante papal.

—¡Voto al demonio! No sois más que un intrigante político, como todos. Retiraos de mi presencia —le ordenó el rey, al tiempo que rompía la mesa de madera con un tercer golpe.

El delegado papal no se movió. El rey miró al abad esperando su apoyo. Este bajó los ojos. El Santo Padre se había vuelto a salir con la suya. En ese momento el viento batió la rama de uno de los árboles contra el vitral de la sala y lo hizo

estallar en mil pedazos. El monarca abandonó la estancia enfadado y colérico. En su arrebato tropezó con el bufón, que estaba sentado en el suelo. El rey pudo mantener el equilibrio, pero reaccionó propinando una patada al bufón que lo tumbó, haciendo que el bonete saltara por los aires y dejando el rostro del enano al descubierto.

—Suerte que me haces reír, si no... Tú me incitaste a ir a Montpellier, ¡perro!
—exclamó el rey, cerrando la estancia con un portazo.

El prior reconoció al enano. Revivió tiempos pasados en la ciudad de Praga. ¿Qué hacía aquí y como bufón de un rey cristiano? Hubo un cruce de miradas: la del prior interrogante, la del bufón con vergüenza, arrepentimiento y miedo a ser descubierto.

El prior calló. No le era dado torcer los designios de la Providencia.

El rey volvió a sus aposentos malhumorado y descompuesto. Odiaba a la Iglesia, pero no podía enfrentarse a ella. Descargó su ira en los criados que lo asistían con premura. Los humilló y maltrató. Se sintió mejor. Se recostó sobre el lecho y, tras recordar cómo había vejado a su mujer, sonrió. Al final pudo conciliar el sueño.

- En otro lado del monasterio, en los aposentos del abad, se oyó el sordo chasquido de unos azotes desgarrando carnes humanas. La visión del bufón había perturbado al prior. Tras una larga oración se había entregado a una dura penitencia, para colmar el agobio de su alma turbada y pedir el perdón de sus culpas. Exhausto, dejó caer la fusta ensangrentada en el suelo y se recostó en el lecho. Se durmió. Soñó. Empezó a sudar. Hacía calor y las moscas zumbaban con insistencia. El hedor era insoportable.

Recordó una tarde delante de la iglesia de Tyn, en la ciudad de Praga, cuando en su condición de príncipe de la cristiandad se encontraba al mando del ejército de la Santa Inquisición. La plaza estaba llena de cuerpos humanos caídos. Bandadas de ratas pululaban husmeantes y se movían entre los cadáveres con brusquedad, pisando sin piedad aquellos rostros llenos de sangre.

Grupos de soldados vigilaban y se dedicaban a quitar los muertos de en medio de la calle, arrinconándolos a las paredes para que no impidieran el paso de los caballos. Un niño muerto aparecía sentado en la acera con la

espalda apoyada en la pared. Su rostro, caído sobre el hombro, parecía sonreír.

En el centro de la plaza, la cabeza del monstruo colgaba de una cuerda en lo alto del patíbulo y el viento la movía de un lado a otro.

El entonces príncipe miraba aquella catástrofe auspiciada por el Santo Oficio, cuando se topó con la figura que hoy había identificado como el bufón y que deambulaba por entre los cadáveres.

—¡Alto! —le gritó.

A lo que este le respondió, amenazante:

—Ya fuisteis servidos, la cabeza del Golem que yo creé cuelga del garfio del cadalso. Más no os vanagloriéis de ello. Su sangre caerá sobre la Santa Inquisición y los judíos que me traicionaron. ¡Malditos, malditos, malditos seáis todos! ¡Y maldito seas tú, que fuiste el elegido para matar a mi criatura!

Y ante los ojos atónitos y aterrados del guerrero, aquel que ahora se hacía pasar por bufón desapareció. El primero volvió a contemplar los cuerpos sin vida, cerró los ojos, intentó dominar las náuseas.

De repente oyó un rumor de risas y voces que brotaban alegremente. Haciendo acopio de sus fuerzas volvió a abrir los ojos. La plaza se había llenado de gente, turbas de hombres y mujeres salidos de la nada, que iban desnudando a los cadáveres, alzándolos y tirándolos después de sacarles la ropa, apretándoles el vientre con las rodillas para quitarles el calzado. Unos llegaban jadeantes para tomar parte en el botín; otros se marchaban con los brazos llenos de prendas. Era un ir y venir, un día de feria. La gente se disputaba el botín entre sí con despreciable avaricia. Los muertos desnudos yacían abandonados en posturas grotescas.

Toda la energía y fortaleza del caballero se vinieron al suelo. Una pesadísima losa de remordimientos se abatió sobre su alma, aplastándola. Decidió abandonar sus cargos, las comodidades de su palacio y retirarse del mundo.

La imagen se difuminó y se empezó a escuchar un repiqueteo constante:

—Toc toc, toc.

—Toc, toc, toc —se volvió a oír con más insistencia.

El abad se despertó. Lo primero que vio fue una imagen de la Virgen María iluminada por la débil luz de una vela. Luego miró sus muñecas y en la derecha vio la palabra «emet» (verdad) y en la izquierda la de «mert»

(muerte). ¿Por qué Dios lo había escogido a él? ¿Por qué lo había marcado con una carga tan pesada? Pero el Golem ya estaba muerto. Tuvo un momento de paz. Todo fue un sueño. Se tranquilizó, pero al rato:

—Toc, toc, toc... Toc, toc, toc.

Alguien llamaba a la puerta del aposento del abad. Este se levantó y abrió la puerta de su estancia, que daba al corredor. La nevada había cesado. El viento pirenaico barría la nieve y el hielo del patio del monasterio. El abad no vio nada. El patio estaba vacío, pero intuía que ahí había algo. Volvió a su habitación, cuando tuvo una visión que lo aterró. Intentó gritar, pero no tuvo aliento. El corazón empezó a bombear con fuerza. La dolorosa línea azul y roja de sus arterias se colapsó. La saliva le empezó a caer de la boca. Sus piernas cedieron, cayó al suelo, su corazón dio un último latido, pero antes pronunció una palabra:

—Golem...

El monasterio volvió a quedar en silencio. La oscuridad de la noche lo cubría todo, solo quedaban las luces de dos lámparas de plata que quemaban día y noche en el altar mayor, iluminando el túmulo con el cadáver del abad Oliva y su mandíbula negra y desdentada.

Y en esa noche terrible se escucharon las voces graves de un miserere cantado por los que vuelven al mundo después de muertos y saben lo que es morir en pecado. Sus voces graves y solemnes salidas del fondo de la tierra rezaban por el alma de un Golem y un abad muertos, así como por la lúgubre aparición de otro Golem y el esperanzador nacimiento de un nuevo elegido.

- A la mañana siguiente, cuando entraron los pajes a vestirlo, el rey ya había salido a entrevistarse con el prior. Pero cuando el monarca llegó a la puerta del despacho del abad, tres monjes le barraron el paso.

—Abrid al rey —exclamó con ira.

—No se puede —le respondió el fraile de mayor edad.

—¿Cómo osáis contravenir al rey? ¡Abrid esas puertas! ¡Os lo ordeno, ratas inmundas! —El monarca parecía a punto de la locura.

—Os pido que recapacitéis en la tolerancia piadosa de la comprensión y la disculpa —le aconsejó uno de los monjes con humildad.

Estas palabras excitaron aún más al monarca.

—¡Calla, perro! Dime ¿quién es el abad? ¡Seguro que está intrigando con el delegado papal!

—El delegado papal marchó a buena mañana y el abad se ha reencontrado con Dios —continuó pausadamente el monje.

—¡No! Es algo más, esa alta alcornica que se vislumbra tras de sus ropajes, esa mirada altiva, ¿quién es? Decidme.

—El abad renunció a su nombre, adoptó el hábito; su vida ya ha terminado, ya no es de este mundo.

—¡Mientes, rufián! Tu prior ayer me engañó. ¡Es un maldito papista! Lo tenía que haber castigado por no haberse arrodillado ante mí el día que llegué a este maldito monasterio.

En ese punto el rey cogió al monje por el hábito y lo tiró con fuerza hacia él. El monje no ofreció resistencia. Sus compañeros intentaron separarlos.

—¡Rata inmunda! Te vuelvo a repetir que anoche vuestro abad jugó conmigo. Suerte de tu hábito, si no... —Y lo soltó dándole un empujón que lo lanzó al suelo, junto con sus compañeros. El monarca salió del monasterio con una cólera inmensa que le congestionaba el rostro.

El séquito real hacía rato que aguardaba al monarca en el patio del cenobio. El rey montó en el caballo con el semblante tosco y el ceño fruncido. Dio orden de marcha, al tiempo que una figura encorvada y baja salía del monasterio corriendo, haciendo sonar el cascabel de su bonete. Era el bufón que se había dormido y acababa de detenerse frente a una mula e intentaba subirse encima del animal. Este rebuznó y empezó a dar coces. El bufón cayó sobre la nieve sin recibir ningún rasguño. El monarca sonrió.

Hayzam hizo una mueca. Ese bufón era un ser astuto e inteligente que sabía aparentar una idiotez que no tenía.

- Nueve meses más tarde nacía en Montpellier el esperado príncipe. Doña María de Montpellier no sabía qué nombre ponerle, y al final optó por dejarlo en manos de la Providencia, por lo que la madre devotamente quemó doce cirios con el nombre de cada uno de los doce apóstoles, siendo el último en consumirse el de Jaime, y así bautizaron al bebé.

La reina estaba en deuda con Fray Raymundo de Peñafort. Había prometido entregarle un objeto a cambio de su intervención en el engaño para lograr la consumación del matrimonio real. El premio era aquello que

su madre, la reina Eudoxia Commena de Constantinopla, esposa del rey de Jerusalén, más apreciaba. Aquello que había distraído de la Corte de Bizancio. Así, una noche sin luna, en compañía de su doncella, se entrevistó con el fraile dominico para darle el valioso fardo.

—Cuidad de él y no hagáis un mal uso —le dijo doña María de Montpellier con un nudo en la garganta, sin atreverse a mirarle a los ojos.

—Descuidad. En mí queda bien guardado el secreto —respondió el fraile esbozando una sonrisa irónica.

En ese momento la reina elevó los ojos al inquisidor. Una sensación de horror cubrió su rostro al descubrir en su interlocutor una mirada en la que aleteaba la crueldad, una crueldad antigua, bestial.

Cuando la negra figura desapareció de entre las sombras, la doncella preguntó a la reina:

—¿Creéis que hemos hecho bien? Ese hombre, a pesar de su alta condición de monje de la orden mendicante de los dominicos, tiene fama de nigromante.

—¡Callad! No invoquéis al demonio. He hecho lo que mi conciencia me dictaba, no hay peligro.

- En el reino de León, la reina doña Berenguela, tras doce años y medio de matrimonio con Alfonso el Baboso, había tenido cinco hijos. Su primogénito Fernando apenas contaba once años y medio de edad.

Una noche, el Baboso le volvió a exigir que cumpliera con sus obligaciones conyugales. Mandó que se desnudara. Doña Berenguela lo miró, vio a aquel ser repulsivo, su poca estatura, su corpulencia de más de ciento veinte kilos, sus carnes flácidas, los pliegues de su piel, su cara rolliza, con un gran bigote, de frente arrugada y ojos lagrimosos, que le daban un aspecto extraño. Por primera vez en doce años lo apartó con evidente asco.

—¿Qué hacéis? —dijo el rey, molesto.

—¿No lo veis? Está claro. No volveré a someterme a vuestros apetitos sexuales.

—Sois mi mujer, estáis obligada a ello —dijo con ira.

—¡Jamás! ¡Yo nací libre! ¡No estoy obligada a nada!

—¡Llamaré a la guardia! —exclamó el rey, enojado.

—Podéis llamar a quien más os plazca, pero no creo que os convenga que os vean así —dijo irónica, al tiempo que cogía un orinal y le vaciaba el contenido sobre la cabeza.

—¡Os enjuiciaré! —exclamó fuera de sí, mientras sentía el repulsivo líquido recorriéndole el cuerpo.

—¡No seréis capaz! Soy infanta de Castilla, no una vulgar ramera —respondió con orgullo, al tiempo que abandonaba los aposentos, dejando la oronda figura del rey solicitando el auxilio de los criados.

Esa misma noche la reina rebelde huyó a Castilla con sus hijos pequeños, dejando a su hijo Fernando de once años y medio en la Corte de León. Era el heredero y no quería que su padre lo desheredase a favor de las hijas habidas en el primer matrimonio. Rezó desde el fondo de su corazón para que su hijo no se pareciera al padre que tanto daño le había hecho y que el callado sufrimiento de todos esos años de matrimonio hubiera valido la pena.

Poco sabía aquella valerosa madre, que guardaba en su regazo el angelical sueño de sus hijos pequeños, que aquel primogénito que dejaba en León un día reinaría en Castilla y León con el nombre de Fernando III el Santo y sería recordado y honrado por su virtud, arrojo y valor por toda la eternidad en la capilla real de la catedral de Sevilla.

CAPÍTULO IV. Septiembre de 1212

HERNÁN Y LOS TRES CABALLEROS

Una calurosa mañana de finales de septiembre del año 1212, Hernán andaba por el polvoriento camino que cruzaba Collserola y llevaba a Barcelona. Se trataba de un muchacho de dieciséis años de edad, con la inexperiencia de la adolescencia, pero decidido, temeroso y audaz. Era robusto, moreno y rasgos elegantes. Vestía un modesto traje de paño que envolvía en una capa parda, y llevaba un fardo en la espalda. De su cinto colgaba una pequeña daga. En su inocencia nunca habría sido capaz de imaginarse los terribles sucesos que se iban a desarrollar en la ciudad de Barcelona y de los que, sin quererlo, fue protagonista.

Había vivido los años de indolente felicidad infantil en el monasterio de San Juan de la Peña, en los dulces valles de Aragón. En medio del ambiente de unos monjes bondadosos dedicados a educar a los alumnos del orfanato, donde imperaba un ambiente distendido y alegre, iluminado por un gran compañerismo. Recordaba las luminosas mañanas, las comidas en esa estancia enorme repleta de mesas, las clases que abrían sus ventanales a un río cuajado de sauces. Se vio a sí mismo ensimismado mirando un simple gorrión yendo de rama en rama. Su destino quedó turbado cuando una noche lluviosa y oscura llegó al monasterio un misterioso mensaje del mayordomo de la Corte, el amanerado don Robert de Blasi, que ordenaba al prior su traslado a la catedral-monasterio de los dominicos en Barcelona.

La inesperada misiva reabrió el debate entre los monjes sobre su ascendencia. Muchos decían que su porte y sus rasgos finos y elegantes revelaban una alta cuna, pero todo eran meras suposiciones. Lo cierto es que nadie sabía de dónde venía ni quiénes eran sus padres. Los monjes siempre le decían que lo encontraron en una noche de tormenta colgado del aldabón de la puerta del monasterio. El cenobio había sido su casa y su hogar desde entonces, al igual que era la morada de otros muchos niños huérfanos, a los que se les daba comida y educación. Por ello a todos menos al abad les extrañó la misteriosa carta. El día de la despedida el prior lo convocó en su despacho:

—Hernán, los frailes te hemos cuidado y educado como a un hijo, tienes las

cualidades para ser un gran guerrero, el futuro te abrirá grandes posibilidades, pero cuando te domine el desánimo y la duda recuerda tus años de infancia, el cariño y amor que te dimos. Ellos serán tu luz en la oscuridad. Piensa que este es un mundo donde el demonio está siempre al acecho y solo es capaz de triunfar el puro de corazón. Recuerda la máxima de este monasterio, alma *mater* de tu educación:

*«Busca en el esfuerzo la luz
y dentro de tu corazón la armonía de Dios».*

—Pero vucencia, voy a otro monasterio, estaré como en casa.

—Como en casa no, estimado Hernán. Que nuestro señor te proteja del mal — dijo, haciendo con emoción la señal de la cruz en su frente—. Y oculta las marcas de tus muñecas con estas muñequeras de cuero. Fuera de aquí podrían ser malinterpretadas.

—Así lo haré, pero no entiendo el porqué. Decidme, vucencia, ¿qué significan las marcas? ¿Quién ha enviado el mensaje? ¿Por qué alguien se interesa por un insignificante huérfano y me manda ir a Barcelona?

—Paciencia, muchacho. En esta vida cada uno tiene escrito el destino en el libro misterioso de la Providencia. Yo soy un humilde abad de un monasterio alejado del mundo. No puedo responder aquello que ignoro, un día se te revelará la verdad. Aquí te doy unos pergaminos en los que se reescribirá aquello que Dios dispuso para ti.

—Pero páter, ¿para qué reescribir algo que ya está escrito? — preguntó mirando con sorpresa el legajo sin anotación alguna que le ofrecía el abad.

—A veces lo que ya está escrito se puede cambiar. Llena tu vida de bondad, el mal ya te tentará... — y en ese momento las campanas del monasterio entonaron el canto triste y lánguido del toque de ánimas llamando a la oración por aquellos que ya no están.

Nunca antes Hernán había sentido el dolor de la despedida. Atrás dejaba a los monjes que habían sido sus profesores, a sus compañeros y amigos. Y una niñez dichosa cuajada de innumerables recuerdos. No lloró, pero sus ojos se humedecieron.

Desde los vitrales del monasterio el prior lo contemplaba, mientras decía en voz baja:

—Tu corazón es noble, demasiado para este mundo traidor. Dios te acompañe, querido Hernán, y ojalá no mueras en el intento por sobrevivir en esta vida llena de traiciones y desengaños.

Mientras el muchacho emprendía el camino hacia la ciudad de Barcelona, el viento se colaba por entre las ramas de los sauces, las urracas graznaban alarmadas y alguna alimaña se deslizaba por el suelo, pero en la inocencia de su juventud Hernán no atendía a las advertencias del destino y dejaba errar sus ojos soñadores. Le obsesionaba la esperanza de reencontrarse con su madre. Tenía la ilusión de que era ella quien le había mandado llamar. Siempre la tenía presente, noche y día.

Pasó por fecundos campos, frondosos olivares, ricos viñedos, tupidos pinares, umbrosas y desordenadas alamedas. Eran días felices, en que los labriegos cantaban arando, cavando o acarreando las trojes, y acompañaban el canto con rimas dulces y claras plañideras de moras remembranzas. Volaban las palomas bajo la dulce caricia del sol.

Una noche, cuando ya estaba a punto de alcanzar las montañas de Collserola, pernoctó en el monasterio de San Cugat. Soplaban un viento frío. En la celda que le asignaron, y a la luz de una vela, sacó el legajo de pergaminos; estaban impolutos, sin mancha alguna. No había entendido las palabras del abad sobre quién debía de reescribir algo que ya estaba escrito. Buscó un tintero y lo acercó a los folios en blanco dispuesto a narrar su historia, cuando sintió una presencia. Tuvo miedo. El pasillo que daba a las otras celdas estaba pálidamente iluminado por el escaso parpadear de unas antorchas. Vio una luz que escapaba de dentro de una de ellas. La puerta estaba entreabierta. La abrió; una manada de murciélagos salieron en desbandada, tirándolo al suelo. Notó que las muñecas le quemaban. En ese momento vio una enorme figura, medio hombre medio criatura, que se abalanzaba hacia él con paso firme. Empezó a chillar. Se oyeron los pasos de los monjes acercándose. La criatura había desaparecido.

Hernán volvió a su celda avergonzado por haber despertado a los frailes, cuando descubrió con sorpresa que la tinta había caído sobre uno de los pergaminos dibujando un plano de los reinos hispanos en aquel año del señor de 1212. Se asustó y los dobló con rapidez. Alrededor de aquellos pergaminos flotaba algo tenebroso.

- A la mañana siguiente el muchacho se despertó aturdido por la visión del día anterior. Miró las marcas de sus muñecas. Volvió a ocultarlas con unas cintas que encontró en el establo del monasterio y emprendió el camino de ascenso por las montañas de Collserola. A media tarde, cuando apretaba el

calor, el sopor del cansancio del viaje quedó interrumpido por el rebote de los cascos de tres corceles subiendo una cuesta. Eran las imponentes cabalgaduras de tres guerreros cristianos. Cuando Hernán los vio, quedó impresionado de su apostura. Revivió en ellos sus lecturas de niñez, cuando distraía de la biblioteca alguno de los libros de caballerías prohibidos para los alumnos. Al igual que en sus lecturas infantiles, los tres iban cubiertos por un amplio sayo de paño oscuro y vestidos con una armadura gastada por años de contiendas y con las espadas cubiertas por el moho con sabor a sangre mora.

¿Quién no había oído hablar de los valerosos caballeros cristianos que habían combatido en las algaradas contra la morisma? ¿Qué joven no había deseado alcanzar honores y gloria como ellos? Sus ancestros tuvieron que soportar la terrible dureza del invasor musulmán. Las ciudades que se resistían fueron arrasadas o quemadas y las iglesias derruidas. A los hombres se les mataba normalmente crucificados o decapitados, y las mujeres y los niños eran esclavizados, siendo estos últimos islamizados a la fuerza. En algunos casos los hombres jóvenes que se libraban de la muerte trabajaban como esclavos en sus antiguas tierras. Llevaban quinientos años de guerra contra el invasor musulmán y todo aquel que se distinguiese en la batalla era reverenciado por toda la población.

Los caballos iban al trote, por lo que no tardaron en alcanzar a Hernán. Pasaron al lado del muchacho, dejando un reguero de polvo. Sus ojos lloraban por la espesa humareda de los cascos de sus monturas, pero Hernán seguía hipnotizado, con la vista fija en ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó a unas mujeres que lavaban la ropa en una acequia, al lado de una alberca.

—¿No los conoces, muchacho? —inquirieron con enojo

—Perdón, vengo del monasterio de San Juan de la Peña — intentó disculparse, contrariado por su ignorancia.

—¡Esos frailes están demasiado interesados en enseñar latines! ¡En nuestra época esto no pasaba! —dijeron con cierto enojo, para continuar—: Ellos son don Dalmacio Creixell, Cabeza Brava y José de Azagra. Son los héroes de Navas de Tolosa, los que nos han salvado de una nueva invasión morisca.

Hernán las dejó comentando las nuevas, los últimos cotilleos y hasta las últimas calumnias infames. Vio un grupo de chiquillos de su edad que

jugaban junto a una alberca, riendo unas veces y otras tirándose de las greñas. Tuvo una sensación de nostalgia de sus tiempos en el monasterio de San Juan de la Peña, pero le movía el deseo de reencontrar a su madre. Debía seguir adelante.

Al rato, cuando estaba a la altura de una ermita conocida con el nombre de Santa Creu d'Olorda, vislumbró de nuevo a los tres caballeros, que estaban dando de beber a sus caballos.

No se atrevió a perturbar a los guerreros, así que optó por dejarlos atrás. Pero al rato, sintiéndose desfallecido y cansado, prefirió retroceder. Se detuvo a unos metros de distancia de donde estaban los caballeros, oculto entre unos zarzales. Estaban hablando entre ellos:

—Dalmacio, ¿nos diréis ahora por qué nos habéis convocado para venir a Barcelona? —le dijo un apuesto joven de pelo negro, de nombre Cabeza Brava, a otro que debía rozar los cuarenta años de edad.

—Sí, creo que ya puedo. Los reyes vencedores de Navas de Tolosa nos han solicitado que vayamos a la Ciudad Condal para unirnos a las tropas del rey Pedro II al objeto de expulsar a los musulmanes de Mallorca.

—¿Pero vos creéis que esta vez va en serio? Llevamos muchos años luchando contra la invasión mora y siempre nos vence nuestra desunión — dijo Cabeza Brava, quien en su juventud había tenido escauceos amorosos con Berenguela de Castilla.

—¡No llaméis a la mala suerte! Por una vez iremos todos a la una. Para ello los reyes vencedores de Navas de Tolosa han planeado que el rey Pedro II inicie el ataque final preparando una flota de barcos en el puerto de Salou con el fin de reconquistar para la cristiandad la isla de Mallorca. Al mismo tiempo Castilla, Navarra y Portugal iniciarán la ofensiva por tierra, para acabar con el reino árabe del sur de la península. Pero hemos de mantener el mayor de los sigilos, que no se enteren los judíos.

—¡Voto al demonio! Dios los maldiga, fueron ellos los que abrieron las puertas de la península a los invasores musulmanes. No dejan de ser un pueblo maldito que solo trae desgracias. No sé qué esperan los reyes de la península para expulsarlos —afirmó un caballero rubio y de ojos azules de nombre José de Azagra.

—Creo que os excedéis en vuestros comentarios, amigo. Barcelona tiene una de las mayores juderías de Europa. Los condes-reyes siempre han protegido a esa raza. Incluso el valido del rey es un príncipe israelita. Creo

que buena parte de nuestra prosperidad se debe a ellos —respondió Dalmacio Creixell.

—¡No tal! Se dice que bajo esa protección están desarrollando la misteriosa cábala —añadió José de Azagra.

—¡Qué sabéis vos de eso! —exclamó Dalmacio Creixell, sorprendido.

—¿Qué quiere decir cábala? —preguntó Cabeza Brava, intrigado.

—Es magia negra que despierta seres del inframundo —contestó José de Azagra.

—¡Mentís! Eso son artes del diablo, prohibidas a los hombres —añadió con determinación.

En ese punto de la conversación, Hernán no se dio cuenta de que Cabeza Brava abandonaba la reunión.

—¡Vos siempre a la greña, amigo! ¡Bah! Podéis creer lo que queráis, pero se dice que en Barcelona están pasando muchos sucesos del inframundo, de extrañas criaturas creadas de la nada para combatir a los cristianos y que ellos llaman Golems. En las tierras de mi padre, libres de judíos, esto no pasa —añadió José de Azagra.

En ese momento, Hernán sintió un dolor muy fuerte en el cuello. Alguien lo presionaba y lo estaba elevando del suelo. El dolor aumentaba. El muchacho empezó a chillar. Los dos caballeros se giraron hacia donde estaba Hernán, desenvainando sus espadas.

—¡Ja, ja, ja! Acabo de cazar un ratoncillo —dijo Cabeza Brava, que había desaparecido de la conversación y ahora elevaba a Hernán del suelo, cogido por el cuello.

—¡Dejadme! —exclamó el muchacho sacando las agallas de su interior, mientras daba puñetazos al aire.

—¡Voto a todos los santos! El ratoncillo es guerrero. Dinos ratoncillo, ¿por qué escuchabas? —preguntó Cabeza Brava apretándole el cuello con más fuerza.

—¡No escuchaba! —exclamó Hernán con dificultad. Casi no podía articular palabra, cada vez le estrechaba más la garganta.

—Venga, malandrín de baja estofa, ¿quién eres?

—Carezco de nombre, soy huérfano. Si bien me llaman Hernán, de niño me dejaron a las puertas del monasterio de San Juan de la Peña. ¡Pero por Dios, soltadme, me hacéis daño! —dijo a Cabeza Brava con un hilo de voz.

En el forcejeo le dio una patada a José de Azagra. Este le respondió con

una bofetada. Cabeza Brava lo sacudió y lo tiró al suelo.

—Lo hemos de matar para que no hable —exclamó Cabeza Brava con ira, al tiempo que Hernán se levantaba sacándose la arena de la cara.

Dalmacio Creixell se dirigió a Hernán y le dijo:

—Muchacho, haz una reverencia a don José Ruiz de Azagra, primogénito de la orgullosa casa del señorío de Albarracín, y discúlpate. Su padre no ha querido rendir vasallaje a ningún monarca de la tierra. Aun así es respetado por todos los reyes de la península y es el primero en contribuir en la guerra y en las mesnadas contra los moros. Se autoproclama vasallo de la Virgen María.

El muchacho miró el acero de las espadas de los caballeros, debía obedecer. Aun así tenía el espíritu rebelde...

—Señor —dijo el muchacho adelantando una de las piernas y bajando la espalda hacia delante, simulando sumisión, al tiempo que cogía arena del suelo y, con una sonrisa malévolamente, se la tiraba a la cara.

El caballero apartó la cara y le dio una bofetada. Hernán sintió que todo le daba vueltas, mientras la sangre se agolpaba en su mejilla.

—Uff... —dijo poniéndose la mano en el rostro. Los monjes nunca le habían pegado, y eso dolía.

—¿Cómo os atrevéis, sucio mocososo, hijo del estiércol? ¡Muere, sucio reptil! —exclamó con rabia José de Azagra, defendiendo a su compañero de batalla. Alzó la espada. Hernán esquivó el acero con gran agilidad y este quedó clavado en el suelo.

—Parece que el muchacho tiene maneras de héroe. Acabemos —dijo Cabeza Brava yendo hacia Hernán con el hierro de su espada en alto.

Hernán se vio perdido, su vida no podía terminar aquí. En ese momento intervino Dalmacio Creixell. Algo le había hecho sentirse atraído hacia el muchacho, algo que no llegó a entender hasta mucho más tarde. El caballero era un valiente catalán, a quien los tres reyes presentes en la batalla de Navas de Tolosa habían encargado de común acuerdo los haces de la batalla. Era bajo, moreno, con una incipiente calvicie y sus ojos adivinaban una inteligencia despierta.

—¡Basta! Dejad al muchacho. Es orgulloso y valiente. Faltan hombres con esas facultades. Os perdono siempre que juréis no revelar cuanto habéis oído —dijo el caballero catalán.

—Juro por lo más sagrado. Por mi madre —exclamó el muchacho,

agradecido.

—¿Acaso no sois huérfano? Vuestra madre debía de ser una prostituta — se mofó Cabeza Brava.

—Es posible que sea huérfano, pero en mí anida el deseo de que mi madre esté viva y pueda llegar a conocerla. Vos no podéis entender. Mi deseo es parte de mi existencia. Y os ruego retiréis vuestras palabras —respondió Hernán enfadado y cogió una piedra del suelo—. Aun en el caso de que mi madre hubiese sido una prostituta, como decís, todavía la amaría más, pues la vida no se lo habría puesto fácil—. Estaba a punto de lanzar la piedra contra el caballero.

—Vos lo habéis decidido. ¡Muere, muchacho! —exclamó Cabeza Brava alzando la espada.

—Amigo Cabeza Brava —dijo Dalmacio Creixell, conciliador—, disculpad a este muchacho. Ha sido bravo y se lo merece y, aunque a veces lo olvidemos, todos tenemos una madre.

—Habéis razón, su hidalguía lo honra —dijo Cabeza Brava, bajando la espada, para luego añadir — Pero si me vuelve a amenazar, juro por lo más sagrado que le rebano el pescuezo por muy hidalgo que sea.

Sus palabras provocaron la risa de todos los presentes. Hernán se había ganado la estima de los tres caballeros.

—Decidnos, muchacho, ¿adónde vais? —le preguntó José de Azagra, intrigado.

—Voy a la catedral-convento de los dominicos, en el centro de la ciudad.

Aquellas palabras fueron como si una bandada de aire frío hubiese cruzado entre ellos. Los tres hombres se miraron con desconfianza. Era la misma desconfianza que Hernán había visto en los ojos de los monjes de los conventos que había ido cruzando. Callaron. Don Dalmacio miró al muchacho con compasión y ternura. No entendía a este muchacho que iba de convento en convento. Carecía de aspecto místico y encogido para ser destinado a la vida monástica. Era de complexión fuerte y prometía una hermosura que ya despuntaba. Pero visto el lugar a donde se dirigía, podía convertirse en el peor de los criminales....

—Si queréis os acompañamos hasta el convento de los dominicos — respondió cortés José de Azagra. Podía tener sus temores acerca de los frailes del convento, pero no le era dado quebrar el destino del muchacho.

—No puedo. Antes he de pernoctar en la iglesia de Sarriá. Así me lo

indicó el abad de mi monasterio —excusó con pena.

—¡Voto va, muchacho, que no os vamos a dejar solo, ahora que compartimos un secreto! —exclamó Cabeza Brava.

—Os podemos dejar en la villa de Sarriá, nos va de camino. Hemos de alcanzar Barcelona antes del toque de queda —dijo Dalmacio Creixell.

—No quisiera molestaros —excusó por educación.

—Vamos, zagal, montad en mi caballo, que aun cansado nos podrá llevar a los dos —añadió Dalmacio Creixell, tendiéndole la mano y sonriéndole. El muchacho se subió a la grupa del alazán como un experto jinete, tal y como había hecho con las mulas de los frailes del monasterio donde se educó. Comprobó que llevaba el fajo de pergaminos en los que se debía transcribir aquello dispuesto en el libro misterioso de la Providencia, y que tras la aparición del Golem en el monasterio de Sant Cugat no había vuelto a abrir.

Hernán abrazó con fuerza el torso de Dalmacio Creixell. Se sentía protegido. Tuvo miedo que el caballero descubriese las marcas de sus muñecas. Se tranquilizó. Las muñequeras de cuero habían cumplido su objetivo, ocultando de la vista de los caballeros su misterioso secreto. Soñó en reencontrar a su madre y tener una vida plena de felicidad. En su candor de juventud, no podía ni imaginarse el negro futuro que le esperaba en la Ciudad Condal, que truncaría su infancia feliz y lo llevaría a sufrir el peor de los suplicios.

CAPÍTULO V. Roma

EL PAPA INOCENCIO III

En otro lugar de Europa, rodeada de monumentales palacios y hermosas iglesias, situada entre las siete colinas y el río Tíber, se erigía la ciudad eterna, otrora capital de un antiguo imperio, con sus foros, coliseos, termas y arcos triunfales, y ahora capital de la religión cristiana que aspiraba a seguir gobernando el mundo con una corte de eclesiásticos y el poder de un Dios castigador.

En el recinto de la basílica de San Pedro, el Santo Padre Inocencio III estaba reunido con su secretario. Debían dirimir las disputas entre los reinos y la herejía recién surgida en Occitania, que podía acabar con el poder de la Iglesia. Dichos territorios eran fedatarios del rey de Francia y del rey de Aragón.

Ambos paseaban por los jardines del Vaticano, donde viejos pinos de anchas copas y altos cipreses delimitaban un espacio yermo cubierto de pinaza y una ligera escarcha. Iban vestidos de sedas, oro y plata, y llevaban un servidor que portaba unas pieles, previendo los primeros fríos de un día de otoño. Otro séquito de servidores estaba pendiente de sus mínimos deseos.

—Nos ha venido a ver el delegado francés, pretende los territorios de Occitania, fedatarios del rey de Aragón. A cambio nos ha prometido duplicar los diezmos de la Iglesia.

—¿Vos qué haríais? —preguntó a su secretario, poniéndolo a prueba.

—¿Debo pensar en el bien de la Iglesia? —quiso saber este, solícito. Era nuevo en el cargo.

—El bien de la Iglesia es el de la grandeza de Roma. Recordadlo. Cuanto más grande sea Roma, más dinero cobraremos —respondió frotándose las manos.

—En ese caso debemos favorecer los designios de Francia —dijo el secretario intuyendo la respuesta que quería el Santo Padre.

—Exacto, si llega el caso, convocaremos una cruzada contra ellos —afirmó sin ni tan siquiera inmutarse.

—Pero, ¿cómo? ¿Cristianos contra cristianos? —preguntó el secretario, sorprendido.

—No. ¡Pensad! Cristianos que pagan tributos a Roma y cristianos que no quieren pagar. Primero convocaremos un concilio, luego los excomulgaremos,

confiscaremos sus bienes y los condenaremos a la esclavitud. Después ya veremos —exclamó el Santo Padre, justificándose.

—Pero Aragón se va a oponer, son súbditos suyos —objetó el secretario.

—¿Aragón? ¡No sabéis lo que decís! Ya conocéis de sobra a esos hispanos amantes de causas perdidas. Son capaces de anteponer el honor y la religión a sus propios intereses. No os preocupéis, ya los doblegaremos.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó, todavía reacio—. El rey de Aragón, junto al de Castilla y Navarra, acaba de vencer a los moros en la batalla de Navas de Tolosa.

—Y les estamos agradecidos, pero es mejor que se vuelvan a pelear entre ellos y, si llegado el caso hemos de excomulgar a Pedro II, también lo haremos —se regodeaba, demostrando su superioridad intelectual.

—Pero retrasaremos la Reconquista y perjudicaremos al pueblo —objetó el secretario.

—Señor, ¿acaso no os dije que Roma antes que todo? —respondió el Santo Padre, molesto por las preguntas del secretario que herían su ego.

—Entiendo ¿pero cómo vamos a ser capaces de desbancar la alianza de los tres reyes vencedores de las Navas de Tolosa? — insistió, incrédulo.

—Eso, amigo mío, debemos dejarlo a Fray Raymundo, que es el especialista en el arte de crear rumores —dijo pensando en cambiar al secretario por otro más inteligente.

—A la larga ese fraile puede ser peligroso para nuestros intereses —El secretario conocía su procedencia, cómo había ascendido y su avaricia—. Además, es homosexual —añadió con evidente desagrado.

—¡Callad! ¿Acaso no dijo Jesús que «quien esté libre de pecado que tire la primera piedra»? De momento nos es útil, es nuestro hombre en Barcelona —respondió el Santo Padre—. Si algún día nos estorba ya lo eliminaremos—. El secretario tuvo un pensamiento fugaz hacia su antiguo antecesor que desapareció misteriosamente. El papa empezó a recelar; su colaborador era demasiado honrado.

—Otra cosa, su santidad. ¿Qué hacemos con el Baboso? Es un putero y un degenerado.

—Sí, pero es un putero que es rey. Os ruego que no lo olvidéis —dijo excusándolo—. Es el que mejor sirve a nuestros intereses. Ya le he anulado dos matrimonios, me está muy agradecido. A propósito, venid conmigo a las

catacumbas. Os quiero enseñar algo—. El Santo Padre seguía desconfiando de su secretario.

Inocencio III ordenó a su séquito que volviera a palacio, al tiempo que se dirigió a uno de los laterales del jardín, se situó ante una puerta de hierro, y la abrió con una llave que llevaba en uno de sus bolsillos. La puerta daba acceso a unas escaleras que se adentraban al centro de la tierra. El Santo Padre encendió una tea e inició el descenso.

El camino era muy corto y pronto desembocaron en una gran sala iluminada por unos amplios ventanales desde los que se vislumbraba toda Roma.

—La vista es maravillosa —exclamó el visitante.

—Estas estancias solo las conozco yo y mis colaboradores más íntimos. Vos sois nuevo, tenéis mi confianza y las debéis conocer. Aquí se almacenan todos los conocimientos de la humanidad —le dijo, al tiempo que lo iba llevando por estancias repletas de anaqueles con libros escrupulosamente ordenados.

—¿Y estos libros? —preguntó admirado por la cantidad y la calidad de los incunables.

—El Vaticano prefiere tenerlos escondidos. Son el saber oculto, los misterios, aquello que es mejor que no se sepa. Son transcripciones en lenguas perdidas donde se almacena todo el conocimiento de la humanidad.

—No entiendo —dijo sorprendido.

—Podrían desviar a nuestros feligreses del correcto entendimiento. Un exceso de conocimiento los puede hacer libres.

Cruzaron unos pasillos interminables y al final llegaron a una sala circular iluminada por una pequeña bóveda. El papa temió que su nuevo ayudante pudiera desvelar los secretos del Vaticano. Quizás la solución no era sustituirlo...

—Aquí están todas las biblias prohibidas, los libros santos, judíos, zoroastras y musulmanes, en fin, los deseos y anhelos de los humanos en la historia del mundo.

El visitante fijó su vista en una cabeza disecada. Era el rostro de un humanoide, que estaba situado encima de una mesa en uno de los corredores. Era un ser terrible, con las mandíbulas salidas. Un híbrido entre el hombre y el lobo,

—¿Qué es este ser deforme? —dijo señalando el cráneo.

—Eso es un Golem, un ser creado por los judíos de acuerdo con sus textos

antiguos. Pero hasta los judíos le tienen miedo. Hemos intentado desvelar el secreto de su creación, aunque no hemos podido.

—¿Pero eso existe? —preguntó el secretario con horror.

—Sí, aquí tenéis la prueba. Dicen que aparece cada cierto tiempo. Espero que no vaya a más, si no la Iglesia habrá de intervenir y eso supone exterminar a los judíos de la faz de la tierra.

—¿Cuándo apareció el último?

—El último es este. Lo capturamos en la ciudad de Praga, pero su creador huyó, y ahora nos informan que ha aparecido otro Golem en Barcelona. Siempre he dudado de que los catalanes sean realmente cristianos—. El Santo Padre cavilaba cómo deshacerse de su secretario.

—¡Voto al diablo! Claro que lo son. ¿Qué queréis decir? — preguntó sorprendido el secretario. Se le estaban desvelando demasiados misterios a la vez.

—Siempre me ha intrigado la existencia de tres catedrales en Barcelona. ¿No os parece extraño?

—No, una para los pobres, otra para los ricos y otra para los dominicos.

—Sí, una para los pobres, otra para los ricos y otra para el diablo... —dijo esbozando una sonrisa—. Pero bueno, el diablo también es obra de Dios —añadió de forma irónica—. Sin la amenaza del infierno nosotros no existiríamos.

—Yo no le daría más importancia —añadió el secretario queriendo dar por zanjada la conversación y abandonar esas estancias—. Seguro que la construcción de las tres catedrales fue motivada por el arrepentimiento y la fe en nuestro Dios cristiano, pero ahora que me habláis de los catalanes, se me olvidó recordaros que doña María de Montpellier hace una semana que espera que le deis audiencia.

—Uff... Esa señora... Algo me dice que me agobiará hasta que no haya coronado a su hijo rey de Aragón. De todas formas, ¿qué puedo esperar de una princesa que por lo visto se hizo pasar por una prostituta para lograr que su marido fornicase con ella?

—Señor, esa mujer tiene sentido de Estado —dijo con respeto el secretario, harto de la hipocresía de esa corte de curas. Cuando terminara la reunión, abandonaría su puesto y regresaría a su pueblo. Y pensar que su madre estaba orgullosa de él por su cargo en el Vaticano...

—María de Montpellier es un ser inteligente. Lástima que haya nacido hembra. De todas formas, y volviendo a lo hablado, encargad a Fray Raymundo que

investigue la aparición de un Golem en Barcelona, y para ello autorízale a incendiar la judería si fuera preciso—. El papa había tomado una decisión respecto de su colaborador.

—Así haré —dijo el secretario besándole rendidamente el anillo de la mano y dejando aquellas estancias que lo asfixiaban. ¡Qué lejos quedaban los días en que creía en una Iglesia de los pobres y los necesitados!

Cuando el servidor subió a la superficie el Santo Padre accionó una palanca. El suelo se abrió debajo de los pies del secretario y este cayó dentro de un agujero oscuro.

La inocente víctima contempló con terror el claustrofóbico agujero, un temblor recorrió su cuerpo. No quería ser enterrado en vida. Sintió asfixia, suplicó, gritó, lloró. Pidió auxilio: nadie lo escuchó. En su desespero empezó a golpear las paredes de su prisión; las arañó con fuerza. Finalmente desistió, lesionado y agotado. Sintió las heridas y los moratones, las piernas le flaquearon. Le dolió el cuerpo. La sangre tiñó el suelo de rojo. Con un resignado desaliento se dejó caer sobre las frías losas cubiertas por la oscuridad de la muerte. De cuclillas, sus grandes ojos azules siguieron llorando de forma desconsolada, mientras su tierna boca pronunciaba su más bello anhelo: «¡Madre!».

CAPÍTULO VI. EL PUEBLO DE ISRAEL

La ciudad de Barcelona tenía en su interior el barrio judío diferenciado del resto por un murallón y guardado por unas férreas puertas que se cerraban desde fuera. Dentro se agrupaban las casas en medio de sórdidas callejas malolientes.

En el aire flotaba la electricidad de una tormenta a punto de estallar. La judería, a las diez de esta noche oscurísima, era un desierto en el que campaban los perros hambrientos.

El pueblo de Israel de Barcelona estaba reunido en una sala situada bajo la sinagoga mayor, en el centro de la aljaima^[2]. Tenía la fachada grafiada con flores de clara reminiscencia oriental. El sótano estaba compuesto por una habitación rectangular, con una mesa en el centro y rodeada de bancos. Los judíos más ancianos ocupaban los asientos a primer término. El príncipe Hayzam estaba sentado junto con el gran rabino detrás de una mesa presidiendo la reunión. Era el consejo de las doce tribus. Solo se reunían cuando los sucesos eran muy graves.

Un silencio expectante reinaba en la sala. Nadie parecía darse cuenta de que el calor era sofocante y de que el humo de unas teas llenaba el recinto. El príncipe Hayzam tomó la palabra:

—Hijos de Moisés y de Jacob, se presagian cosas malas. El Golem, aquel ser recluido en una habitación sin puertas ni ventanas ha vuelto a aparecer—. La sala se llenó de murmullos. Hayzam prosiguió con su discurso—. La última aparición tuvo lugar cuando el hijo primogénito del conde don Ramón Berenguer I de Barcelona, el infante don Pedro Ramón, asesinó a su madrastra, la reina Almodis en el año 1071.

—Entonces volverán a haber asesinatos y nos volverán a culpar a los judíos —dijo una voz expresando el ánimo de los presentes.

—Exacto, estoy muy preocupado y por eso os he mandado convocar —respondió el príncipe.

—Eso no es más que una leyenda —exclamó uno de los muchachos que estaba presente. En la sala se elevó un murmullo en contra del parecer del joven.

—¡Callad! El joven tiene derecho a disentir. Muchacho, te equivocas, la juventud es de por sí arriesgada y muchas veces no atiende a razones. Por ello te has de fijar en la experiencia de tus mayores. Nuestra vida ya ha corrido y

cuando el tiempo se nos hace más escaso buscamos únicamente ser luz y ejemplo para nuestro pueblo.

—Habéis razón, pero también tenéis que entender que dude de algo que mi mente no alcanza a comprender —respondió el muchacho, respetuoso con sus mayores.

—Lo sé y lo entiendo. En todo caso es una cuestión de fe. Nuestra religión nos habla de la cábala, la posibilidad de interpretar las escrituras y asemejarnos a Dios. No sé si los rabinos te habrán enseñado que en nuestros textos sagrados se habla de un objeto muy preciado llamado el zohar, al que los cristianos llaman la piedra filosofal.

—Sí, lo hicieron. Me hablaron de una piedra redondeada que estaba guardada en el arca de la alianza y que desapareció con el saqueo y la destrucción del templo.

—Pues bien. Es justamente a través de esa piedra que se puede crear a un ser vivo.

—Pero si la piedra se perdió, ¿en qué afecta a los judíos?

—Mucho, pues la criatura que describen los textos ha vuelto a la vida.

—¿Queréis decir que hay un judío que tiene la piedra?

—Exacto, y ese judío es el que creó al Golem. Hace años que lo buscamos y con él a la piedra filosofal o el zohar para poder controlar a esa criatura. Si no lo logramos, la aljaima corre un gran peligro.

Hayzam calló que la tradición hablaba de una cámara en donde estaba la solución del enigma. Una cámara oculta en los intrincados pasadizos subterráneos de la ciudad de Barcelona.

—¿Cómo debemos actuar? —preguntó uno de los presentes con gran preocupación.

—Es preciso encontrar al judío que creó a la bestia. Por ello os he reunido. Debéis desconfiar de los extranjeros, de aquellos que no os suenen, de los que se comporten extrañamente y denunciarlo de inmediato.

Mientras, una persona baja y encorvada entraba en la gran sala abarrotada. Los presentes no se apercebieron del nuevo intruso, que escuchó con evidente interés todo lo que se hablaba. Era el bufón que se había sacado el bonete con el cascabel e iba cubierto con una túnica para no ser descubierto. Nadie reconoció en él al judío que estaba traicionando el pueblo de Israel.

—¿Si encontramos al Golem cómo lo matamos? —preguntó otro de los reunidos.

—No os enfrentéis a él. Debéis comunicarlo de inmediato. Solo los elegidos podemos acabar con él —dijo sin dar lugar a la réplica y dando la conversación por terminada. Ya había hablado demasiado.

Cuando salió Hayzam todos los judíos del consistorio se pusieron en pie y, con las manos cruzadas sobre el pecho, se inclinaron profunda y humildemente en ángulo recto hacía su señor de estirpe real. La tormenta había estallado en todo su furor. Horrisonos truenos parecían sacudir la aljaima. Un gran diluvio de agua inundaba las calles de la judería. Un trueno cayó sobre una de las torres de la sinagoga mayor. Era una señal de mal agüero.

- En Toledo, doña Berenguela volvió a subir a la torre del alcázar. Habían pasado más de diez años desde que se encontró en el mismo lugar con Cabeza Brava. Entre las sombras de la noche volvió a contemplar la ciudad: la meseta castellana, las lejanas montañas. Desde que regresó de León, su padre se había negado a recibirla. Su cerebro estaba embotado por la cruel y sucesiva racha de pensamientos tristes que la habían atormentado durante el viaje de vuelta de León.

El paisaje ejerció una acción sedante sobre sus nervios excitados. Era como si la paz del campo y el silencio nocturno tendieran su manto de calma encima de aquel pobre corazón ahído de dolores, inquietudes y sufrimientos. Sus ojos conturbados por las lágrimas repararon con dificultad en un ave que volaba libre. Multitud de estrellas refulgían con la esperanzadora luz de la eternidad. Recordó la imagen de la oronda figura del Baboso con el orín cayéndole por el cuerpo. En su cara se esbozó una sonrisa.

CAPÍTULO VII. LAS TRES CATEDRALES

Hernán y los tres caballeros dejaron Santa Creu d'Olorda y cruzaron entre los pinares de las montañas de Collserola. El día avanzaba y el calor era menos intenso. Se oía el zumbido de las cigarras. El muchacho estaba intranquilo, la ciudad de la que tanto le habían hablado estaba muy cerca. Iba a las grupas del caballo de Dalmacio Creixell, sentía fijados en él los ojos de los transeúntes, que no entendían qué hacía un mozalbete en el caballo del héroe de las Navas de Tolosa.

—¡Por Dios! Contadme la batalla de Navas de Tolosa —dijo con la natural impaciencia de un zagal.

—Os la contaré, muchacho, tal y como la he contado millares de veces. Formamos un gigantesco ejército los castellanos y catalanes junto a tropas venidas de fuera, en las puertas de Toledo. En Castilla y el reino de Aragón la leva general puso las armas en manos de todos aquellos que estaban en edad de poderlas sostener, quedando el agro castellano y aragonés solitario y yermo al cuidado de los viejos, mujeres y niños.

—Lo tenías que haber visto, jovencito —añadió Cabeza Brava—. Era un espectáculo fabuloso, con flamear de estandartes y banderas, ensordecedor estruendo de máquinas de guerra, de cascos de caballos, de cantos bélicos. Nos pusimos en marcha y al tercer día llegamos a Malagón. Al vernos los moros huyeron asustados, dejándonos la fortaleza libre —añadió Cabeza Brava.

Dalmacio Creixell continuó el relato:

—Tenéis razón. Enardecidos por esta victoria, continuamos nuestra marcha, hasta llegar a la villa de Calatrava. También en este caso, los moros, viendo nuestro ejército, entregaron la villa. Los cristianos acordamos restituirla a los Caballeros de Calatrava. El ejército extranjero que acompañaba a los reyes aragonés y castellano se opuso, porque quería parte del botín y ello propició que los franceses Guillermo de Amanien y el obispo de Nantes dejaran las tropas.

—¡Dios maldiga a esos franceses! —exclamó Cabeza Brava—. Por su culpa la desmoralización se apoderó del ánimo de los soldados, pero estaba escrito que del mal saldría el bien. Los reyes mandaron alumbrar las hogueras que de antiguo piden auxilio a los reinos cristianos de la península y el señor de Albarracín y el rey de Navarra contestaron la llamada. Y he aquí cómo la tristeza

de la partida de los extranjeros se trocó en alegría y regocijo, cuando los vimos aparecer con sus mesnadas.

—Entonces la victoria ya era vuestra —añadió Hernán con inocencia.

—No, la retirada de los moros obedecía a un fin, y así se hicieron fuertes en las alturas y desfiladeros de Sierra Morena, que era paso obligado de los cristianos —dijo José de Azagra.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Hernán intrigado.

—La solución nos la dio la Providencia.

—¡Voto va!... ¡No! —exclamó Hernán pensando que le tomaban el pelo.

—Sí, incrédulo muchacho. Habiendo recuperado Alarcos, estaban los tres reyes junto al señor de Albarracín, cuando de entre las ruinas, y tras haber orado en la catedral destruida, se nos apareció un pastorcillo. Era un mozalbete joven, renegrecido por el sol de Andalucía. Iba mal vestido y descalzo, pero en sus ojos aleteaba una mirada de lealtad y honradez —añadió José de Azagra callando para coger aliento.

—Seguid, caballero, os lo ruego.

—Ya voy, mozalbete. No me dejáis ni respirar —replicó Dalmacio Creixell, para luego añadir—: el recién llegado se ofreció a pasar el ejército cristiano por un desfiladero que no había sido tomado por el ejército enemigo.

—¿Os confiasteis de un desconocido? —preguntó Hernán con asombro.

—Sí, porque su mirada era clara, limpia y leal. Y siguiendo sus disposiciones comenzamos a mover a la gente, a levantar tiendas, a embalar bagajes, a poner en marcha la intendencia y las máquinas de guerra. Caminamos en pos del pastorcillo y subiendo la ladera del monte pasamos por peñascos empinados, hasta llegar a encumbrar lo más alto de la Sierra Morena, desde donde descendimos al llano de las Navas de Tolosa. Mientras, los moros, ajenos a nuestro avance y a ese sendero que solo conocía el pastorcillo, siguieron firmes en sus puestos, guardando los pasos de Sierra Morena —afirmó de nuevo Dalmacio Creixell.

—Y allá tuvo lugar la batalla —afirmó, emocionado.

—Sí, en la vanguardia iba el escuadrón mandado por mí. Del escuadrón central cuidaba José de Azagra, junto a su padre, el señor de Albarracín, los caballeros templarios y de otras órdenes y milicias. En la retaguardia quedaban los prelados y el rey don Alonso de Castilla. Los reyes de Aragón y Navarra, con sus gentes, fortificaban los flancos: el navarro a la derecha, el aragonés a la izquierda.

—¿Y Cabeza Brava?

—Esperad, chiquillo, no os adelantéis. El choque fue tan feroz que el éxito del combate estuvo indeciso, pero al atardecer tuvo lugar la definitiva acometida de los cristianos. Un escuadrón al mando de Cabeza Brava salió de donde nadie sabía. Y con estruendo de clarines y tambores, flamear de banderas y estrellar de aceros cayó sobre la morisma y decidió la batalla. Al final, la victoria fue de los cristianos y allí mismo el arzobispo don Rodrigo se hincó de rodillas entonando el *Tedeum*, contestado a coro por la victoriosa muchedumbre.

—¿Y qué se hizo del pastorcillo?

—El pastor se despidió del ejército antes de la batalla, diciendo que la Virgen Nuestra Señora nos daría el triunfo, tras lo que desapareció tal y como había aparecido.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó el muchacho todavía incrédulo.

—Son épocas de milagros y misterios, mi querido muchacho —respondió Cabeza Brava.

—¡Por Dios! Cómo me hubiese gustado haber estado ahí y haber sido partícipe de la victoria contra las huestes moras...

—¡Ja, ja, ja! Pero para ello tendríais que haber crecido y haber sido nombrado caballero.

«Alcanzar la condición de caballero», pensó Hernán para sí. Esa había sido su máxima ilusión desde niño.

Los tres jinetes miraron al muchacho con aire paternal. Les estaba cayendo bien. Cuando llegaron a la cumbre del monte Tibidabo, Hernán tuvo una de aquellas visiones que no se olvidan nunca. Desde la montaña vislumbraba un impresionante panorama. A sus pies estaba la ciudad de Barcelona, delimitada por los ríos Besós y Llobregat. Destacaba la catedral de la Seu, la catedral de Santa María del Mar y la catedral de los dominicos, en medio de un sinfín de callejones, plazuelas, iglesias, palacios y casas sencillas pegadas unas con otras. La ciudad estaba protegida por soberbias murallas con torres almenadas y amplios fosos en la parte de tierra, y por un baluarte en la parte del puerto. El muchacho vio un ingente tráfico de hombres y mercancías accediendo a las puertas de entrada de la ciudad, y un próspero ir y venir de barcos. Lo que más le sorprendió fue la visión del mar en el horizonte. Tuvo una sensación de paz y libertad como nunca antes la había sentido.

—Por fin hemos llegado. ¡Aquí tenéis mi ciudad! —exclamó el jinete barcelonés—. Dicen que en esta montaña el diablo tentó a Jesucristo. «Tibidabo» viene de las palabras «Tivi dabo»: todo esto te daré... Allá, a lo lejos los días de

claridad, se puede ver la isla de Mallorca. ¡Si Dios quiere muy pronto la recuperaremos para la cristiandad!

—¡Voto a Dios, pues el panorama es magnífico! —contestó Cabeza Brava, asombrado.

—Sí, y es la única capital con tres catedrales. Los campanarios distinguen cada una de ellas. A la derecha, más cerca del mar, la catedral del Mar, o la de los pobres. Un poco más a la derecha, la catedral de la Santa Cruz, o la de los nobles, y si miramos a la izquierda vemos la catedral-monasterio de los dominicos, que es donde os esperan —dijo con un deje de compasión.

—Parece que estén formando un triángulo —añadió José de Azagra.

—Sí, eso dicen. Hay una historia sobre eso. Algún día os la explicaré. En estas épocas, mejor ser cautos. Hasta el aire tiene oídos.

Mientras iban bajando por la ladera, descubrían la montaña de Montjuic. Dalmacio Creixell explicó que el nombre se debía al hecho de que allí vivía una comunidad de judíos.

—A este paso no tardarán en mezclarse con los cristianos — comentó Cabeza Brava.

—Dios no lo quiera —dijo José de Azagra, serio.

En el camino a la Ciudad Condal llegaron a un grupo de casas coronadas por una iglesia. La luz minvante del anochecer lo iba apagando todo. Se oyó el toque de ánimas. Cruzaron el pueblo y se detuvieron en la entrada del templo que lindaba con un cementerio. Las calles estaban desiertas.

—Ya hemos llegado. Esta es la iglesia de San Vicente de Sarriá —dijo Dalmacio Creixell.

Hernán querría haber demorado la llegada, se sentía muy a gusto con los caballeros. Bajó del alazán y estrechó la mano del que lo había llevado a la grupa de su corcel, preguntándole esperanzado:

—¿Algún día podré contarme entre vuestras tropas?

—Claro, muchacho. Si alguna vez sentís deseos de empuñar una lanza, preguntad por el capitán Dalmacio Creixell. Con mucho gusto os tendré en cuenta. ¡Quedad con Dios, noble muchacho!

—Con él quedéis, nobles caballeros.

—Tomad —dijo Dalmacio Creixell, entregándole su anillo —Esta joya será un talismán que os abrirá las puertas de mi palacio, por si alguna vez necesitáis llegar a él. Este anillo perteneció a alguien muy querido.

Hernán miró la sortija de oro. Tenía engarzado un gran diamante. ¿Cómo un

caballero le daba a él, un simple huérfano, un regalo?

—¿Cómo os lo puedo agradecer?

—Dicen que lo conveniente es que me entreguéis algo a cambio.

—Lo único que tengo son estos pergaminos —respondió con pena de dejar aquello que le fue entregado por el abad de San Juan de la Peña y que debían reescribir su vida de conformidad con el libro misterioso de la Providencia.

—Eso me vale muchacho, has hecho un buen cambio, una joya por unos papeles.

Hernán se entristeció, esos no eran unos simples papeles... En ese momento, Cabeza Brava añadió con chanza:

—Cuando seáis mayor os llevaré a ver a las cortesanas. Ya veréis...

—Dejadlo —contestó Dalmacio Creixell—. Tiempo de sobra tendrá de sufrir y rabiarse por una mujer, si es que llega a hombre. No llaméis al amor antes de tiempo. Mientras sea niño será feliz, aunque allá donde va no creo que la felicidad le dé para mucho.

Hernán no entendió. Su mirada era la de un niño ignorante en los asuntos de los mayores. ¡Cuánto hubiera dado por crecer de golpe, y parecerse a esos caballeros! Nadie hubiese dicho en ese momento que sus vidas quedarían unidas por la fatalidad del destino.

—Dios os lo pague, buenos caballeros.

—Hoy por nosotros y mañana por vos. Seréis un buen caballero, ya veréis —dijo Dalmacio Creixell, al tiempo que los tres guerreros espoleaban sus caballos y desaparecían en la oscuridad de la noche.

Hernán se quedó solo delante del cementerio. Una espesa niebla lo cubría todo. Se le antojaron sombras de desolación y muerte. Vio una lechuza que salía de una tumba. Pensó en las palabras sobre la cábala. En los sucesos del inframundo que sucedían en la Ciudad Condal. En los seres creados para combatir a los cristianos. En los Golems. En los cristianos crucificados por los musulmanes. En las cabezas cortadas. Sintió que los espíritus de los muertos lo contemplaban.

Vio con terror que los tres caballeros se alejaban. Apretó con fuerza el anillo que le había regalado Dalmacio Creixell; nunca había tenido en sus manos un objeto tan valioso. Una rata cruzó, presurosa, entre los sepulcros. Miró la pesada puerta de madera remachada con clavos de hierro que cerraba la iglesia. Se le antojó la misma puerta del infierno.

CAPÍTULO VIII. LA CIUDAD DE BARCELONA Y LA SUMISIÓN DE DON ALFONSO VIII, «EL BUENO», REY DE CASTILLA

Barcelona, ciudad amada y ciudad odiada. Ella es parte de la presente historia, pues sin su magnetismo, misterio y belleza, y el carácter perseverante y luchador de sus habitantes, los presentes hechos no habrían sucedido nunca.

Esa noche la oscuridad se cernía sobre las altas murallas de la Ciudad Condal, que se alzaban, majestuosas, sobre el llano delimitado entre los ríos Llobregat y Besós. Reverberaban los ecos de los soldados que, desde las altas torres de vigilancia, anunciaban una noche tranquila y sin novedad. Desde la periferia de la villa de Sarriá, tres caballeros espolearon sus monturas. Si se demoraban no podrían entrar en la ciudad. Los caballos piafaron y se inició una carrera desenfrenada. Atravesaron huertos y sembrados. Estaban cerca de las murallas cuando oyeron la última alerta del centinela.

—Vive Dios si llegaremos.

—A fe de mi madre que sí.

Por entre los campos, Cabeza Brava espoleó con fuerza el caballo. Quería llegar cuanto antes. Sus compañeros espolearon también sus monturas. Sus cascos resonaron en el campo.

Los tres amigos estimularon a los caballos con el acicate. Empezaron una carrera vertiginosa. Dejaron volar sus capas al aire. Cabeza Brava llevaba la delantera. Volvió la cabeza con frecuencia para saber si lo alcanzaban. José de Azagra estaba a punto de llegar a su altura. Dalmacio Creixell se vio viejo para el trote y detuvo en seco su montura. Mientras, las puertas de las murallas se iban cerrando con gran estrépito.

El galope de los jinetes más jóvenes era desenfrenado. Se había establecido un pugilato de gran velocidad entre ellos. Sentían la fuerza del aire que les detenía el avance. Se sentían libres, libres con el valor y la fuerza de victorias pasadas.

En ese momento se oyó la queda en Barcelona, las puertas estaban a punto de cerrarse.

Cabeza Brava y José de Azagra espolearon aún más sus caballos. Al final, los purasangres se detuvieron, agotados y sudorosos, ante el puente que cruzaba y

daba acceso a las puertas de la fortaleza, firmemente cerradas. Al rato llegó don Dalmacio Creixell, que se sacó el capacete sonriendo.

—Vaya, vaya, con la juventud...

—Hemos llegado tarde —dijo Cabeza Brava todavía jadeante, mirando la puerta norte de la ciudad presidida por la enorme estatua del arcángel Gabriel, con la espada en alto, símbolo de la victoria.

—No es posible —contestó José de Azagra.

—Como soy hijo de mi padre que vamos a entrar —replicó con firmeza Dalmacio Creixell.

Sus voces hicieron que el centinela del Portal del Ángel los mirase desde lo alto de las murallas almenadas con recelo.

—No podéis pasar. Acaba de sonar la queda.

—¡Malhaya, lengua de víbora! ¡Dejadnos entrar en el acto o yo mismo me abriré paso mal que os pese! —exclamó, enérgico, Dalmacio Creixell—. Voto a Dios, rufianes. Dejad paso al hijo del Ilustre don José Ruiz de Azagra, señor de Albarracín y vasallo de la Virgen María, a don Lope Díaz de Aro, conocido por Cabeza Brava, hijo del señor de Vizcaya, y a mí mismo, don Dalmacio Creixell, héroes todos de la batalla de las Navas de Tolosa. Gozamos del privilegio de poder transitar con la queda —añadió el caballero catalán.

—Danos paso, mandrín, o te cortaré la cabeza para colgarla de la espada de ese ángel que preside la puerta de entrada a la ciudad —añadió Cabeza Brava.

Al rato, otro centinela se unió al primero, miró a los caballeros, reconoció entre ellos el escudo de armas del héroe de Navas de Tolosa, don Dalmacio Creixell.

—Abre, malpocado, si no quieres que el rey y todo el pueblo deje caer en ti su ira —le dijo el centinela recién llegado a su compañero.

—Pero... —intentó justificarse.

—No hay peros que valgan. Esos tres caballeros son héroes. La gente los adora como a sus dioses. No te resistas o saldrás mal parado. Nunca se sabe cómo reaccionan los poderosos.

El vigilante, temeroso de la reacción de sus superiores, aceptó los argumentos de su compañero, y abrió las pesadas puertas, que daban entrada a la avenida del Ángel, con amplios edificios porticados a ambos lados y una calle ancha, con el suelo de adoquines. A medida que los caballeros iban avanzando, se sucedían las callejuelas estrechas y sucias y las casas apiñadas de las clases populares. Nadie transitaba por las calles, el silencio era total.

—¿Y esos callejones? —dijo con desconfianza José de Azagra, mirando a

ambos lados.

En Barcelona abundan los callejones sin salida, con su nombre, su numeración y su faro, para dar fe de que poseen categoría de calle.

Los callejones muestran las grandes losas transversales que indican el curso de la cloaca —añadió Dalmacio Creixell.

—Uff... Casas estrechas y calles oscuras. No me esperaba esto. Aquí la gente vive como en un hormiguero —señaló Cabeza Brava.

—Sí, un hormiguero, pero nadie nos recibe. En todos los pueblos nos han aclamado, pero aquí no. ¿Por qué? —preguntó Cabeza Brava.

—Es la queda —añadió José de Azagra, intentando justificar a los conciudadanos de Dalmacio Creixell.

—Voto va. Sabéis que eso no es cierto. La gente en otros lugares ha roto la queda para vernos.

—Quizás no sabían de nuestra llegada —afirmó Dalmacio Creixell sin convencimiento.

Pasaron por dos altas torres romanas, dejando la catedral a mano izquierda. Iban camino al palacio real. Las calles seguían desiertas.

—Esto eran las antiguas murallas romanas. En muchos tramos la ciudad aún dispone de un doble cinturón de murallas, las modernas, y las antiguas —añadió Dalmacio Creixell para cambiar de tema.

—Con esta doble muralla estaremos doblemente seguros —bromeó José de Azagra, dando por zanjada la controversia anterior.

—Eso depende. A veces es peor el peligro de dentro que el de afuera —sentenció Dalmacio Creixell. Se sentía intranquilo. En las cortes reales siempre aleteaban las traiciones y la inquina.

—¿Cómo son las mujeres catalanas? —preguntó Cabeza Brava con su habitual naturalidad, yendo directamente a lo que le interesaba.

—¡Ja, ja, ja! Eso, amigo mío, lo habrás de descubrir por ti mismo y, tal y como eres, no creo que te cueste mucho —añadió con chanza Dalmacio Creixell.

- En Toledo, el rey Alfonso VIII había retornado victorioso de la batalla de Navas de Tolosa. El pueblo lo esperaba con palmas y aclamaciones, pero faltaba la persona que él más quería: su mujer, doña Leonor de Plantagenet. La reina no había olvidado la grave afrenta de su esposo, al encamarse con

una muchacha judía treinta años más joven que ella. Desde la derrota de Alarcos no se habían vuelto a hablar.

El rey se dirigió al alcázar, donde insistió en ver a la reina. Sus damas le impidieron el paso. La reina no quería nada con su marido. El rey insistió. Se impuso. Era el dueño y señor del reino y de todo lo que había en él. La reina al final accedió.

El marido entró en los aposentos de su mujer. Esta se encontraba a oscuras, refugiada en el hueco de un ventanal con crucero, mirando en primer lugar el inmediato jardín y los muros que lo cercaban, forrados de madresevas, para luego fijar su mirada en el bosque, la pradera y el río Tajo deslizándose entre la vegetación de sus orillas. La mujer se había preparado para el enfrentamiento.

—Hasta hoy os he permitido vuestros desaires. ¡Pero ya basta! ¡Sois mi mujer y me debéis obediencia! —ordenó el rey.

—Una cosa es obediencia y otra esclavitud —respondió airada—. Estamos casados ante los ojos de Dios, pero ello no me obliga a asumir vuestras faltas.

—¡Señora! —exclamó el marido, sorprendido.

—¡Mi rey y señor! ¿Acaso creéis que no soy consciente que por culpa de vuestra amante os indispusisteis con la Providencia? Sufristeis una derrota en Alarcos y por ello jurasteis ante vuestras tropas que os reconciliaríais conmigo.

—Sois hartamente inteligente —dijo, molesto.

—Lo sé, y sé que ello os molesta. Sois un vanidoso —respondió, altanera.

—¡Sucia arpía! ¡Soy el rey! —exclamó con ira, alzando la mano.

—¡Teneos! Lo sé, y también sois un marido al que tengo estima, pero os impongo una condición para reconciliaros conmigo —objetó con malicia. No le tenía miedo al monarca.

—¡Voto va! Jamás he aceptado condiciones de una hembra —dijo, colérico, con el brazo en alto.

—Haced lo que os plazca, señor. Pero ateneos a las consecuencias —respondió, amenazadora.

El rey valoró las palabras de su mujer, vio su fortaleza y bajó la mano:

—Decidme.

—Que recibáis a vuestra hija Berenguela. Desde que escapó de León os habéis negado a atenderla.

—Ella incumplió sus deberes conyugales.

—¡No es cierto! Ella huyó de un hombre que la maltrataba. Y es vuestra hija.

—¡No sigáis! ¡Eso son sensiblerías de mujeres! —exclamó, consternado.

—¡Haced como queráis! ¡Pero ella y yo nos iremos a Inglaterra! —exclamo ella desafiante.

—¡Malhaya! ¡Mala mujer! No podéis, os lo impediré.

—Ponedme a prueba —dijo altiva.

—¡Tenéis una lengua de víbora que no controláis! Por culpa de vuestra hija Berenguela, el rey de León se negó a combatir con los reyes de la cristiandad en las Navas de Tolosa.

—Aun así, ganasteis.

La reina lo volvió a mirar con desafío.

—Está bien, la recibiré —dijo vencido, incapaz de seguir discutiendo con su mujer.

—No sabéis, mi dueño, cómo os agradezco estas palabras — contestó la reina, complacida.

Se besaron, al tiempo que entraba en la habitación un chiquillo de cuatro años, rubio y de buena figura, y con inocente candor fue a donde estaban sus padres.

—¡Papá! ¡Papá! —exclamó abrazando las piernas de su progenitor.

—He aquí el futuro. Un día tú reinarás en Castilla —afirmó el rey alzando a su hijo.

Desde ese día el rey de Castilla, Alfonso VIII, fue conocido como «Alfonso, el Bueno». Y su hijo entraría en la historia por ser el rey que menos tiempo gobernó en el trono castellano.

CAPÍTULO IX. DON ALFONSO IX, «EL BABOSO» REY DE LEÓN, Y LAS PRIMERAS MUERTES EN BARCELONA

El paisaje tenía tonos de púrpura. Las nieves coronaban las cimas de Mampodre y las de Sierras Altas. En los salones del Palacio Real de León (compuesto de ricas estancias con recios muros adornados con tapices y alfombras de acuerdo con el gusto oriental) hacía días que se encontraban reunidos los grandes señores de la nobleza y los altos dignatarios de la Iglesia, esperando el comienzo de las Cortes. Hacía frío. El rey no había encendido la lumbre, los miembros de la Corte se abrigaban con ricos mantos, en los que sobresalían el oro y las piedras de los colgantes y los anillos.

Bajo los soportales de la Plaza Mayor corría un cierzo helado que cortaba la cara. Los escuderos e hidalgos se frotaban las manos para entrar en calor, mientras esperaban a sus señores.

En una de las habitaciones del Palacio Real de León, sumida en la semioscuridad y calentada por la lumbre de una enorme chimenea, reverberaba la voz del rey Alfonso IX, el Baboso, que no había superado el «desplante» de doña Berenguela, a la que odiaba desde el fondo de su corazón. Con los años se había vuelto más irascible y más vicioso:

—Para empezar, quiero que conozcas la parte más valiosa de mi cuerpo, mi favorita, a la que le tengo mucho cariño —dijo el rey.

Se bajó los calzones, al tiempo que una doncella se arrodilló ante el rey, le cogió el miembro con ambas manos y se lo colocó en sus labios, mientras cerraba los ojos. Lo introdujo en su boca lentamente y lo empezó a chupar con evidente lascivia. Luego retiró el miembro de su boca y pasó la lengua por la impresionante erección.

¡Pom, pom, pom! Alguien golpeó la puerta con estridencia.

—¡Marchaos! —exclamó el rey.

¡Pom, pom, pom! Alguien volvía a golpear la puerta.

—¡Voto a Dios! Si no cesáis os mandaré a la picota —exclamó el rey, indignado.

¡Pom, pom, pom! Resonó con fuerza, al tiempo que el miembro del rey se

volvía flácido. Ella paró en seco. Él se subió los calzones con rabia y se cubrió con una capa.

—¡Juro que mandaré ajusticiar a este hijo de su madre! — Estaba indignado.

Fue con ira a donde estaba la puerta y la abrió de forma brusca.

—¿Cómo osáis, bellaco? ¡Hijo de la gran perra! ¡Excremento de infiel! ¡Ah! Eres tú... —dijo al ver ante él a su hijo Fernando, engendrado con la odiada Berenguela de Castilla.

—¿Y quién si no, padre? —le respondió con ironía.

—¡Idos con vuestra madre al reino de Castilla, malhaya! ¡Nunca tenía que haber fornicado con esa maldita mujer! — En el fondo envidiaba a su hijo. Era guapo, gentil y con capacidad de mando, y además era joven. ¡Cómo le recordaba a doña Berenguela!

—¡Dejad a mi madre en paz! Los asuntos de estado os requieren. Las Cortes os esperan —exclamó con autoridad y respeto.

—Asuntos de estado..., asuntos de estado... ¿Acaso mi suegro, el rey de Castilla, me entrega el reino? —dijo más tranquilo. Sentía un íntimo placer menospreciando a su hijo.

—No, señor, sabéis perfectamente que acaba de morir el rey de Portugal, Sancho I, dejando en testamento a sus hijas cinco estados. Sin estar de acuerdo su hijo Alfonso II, el Gordo, con dicho reparto, se ha puesto a recobrar los estados de sus hermanas por las armas. Las princesas os han solicitado a vos que las amparéis.

—¡Ya tardáis, bellaco, en decírmelo! ¡Portugal es fedatario del reino de León, y ese gordo seboso no puede hacer nada sin consultarme antes. Además, ha de venir a León y rendirme pleitesía. Es menester que nos preparemos para la guerra si no lo hace.

—Por eso os he venido a avisar, padre y señor. Las Cortes os esperan para tomar una decisión. ¡Además, las convocasteis vos! —respondió con desespero.

—¡Basta! Podíais haber escogido otro momento. Nunca seréis bueno para gobernar —Le dijo, al tiempo que cerró la puerta sin despedirse. El heredero se sintió invadido por la rabia.

El rey se sacó la capa y se volvió a bajar los calzones.

—¿Quién era? —le preguntó al rey la joven amante que seguía recostada en el lecho.

—Mi hijo Fernando, el hijo de mi segunda mujer, Berenguela de Castilla.

—¿El heredero? —le preguntó con un claro interés.

—Sí, si antes no nombro a las hijas de mi primera esposa, María Teresa de Portugal.

—En todo caso, si no os doy antes un hijo mío —afirmó la doncella con voz melosa, acariciando el cuerpo del rey.

—Pero antes hemos de finalizar lo que hemos empezado — le dijo con evidente lascivia, al tiempo que se acercó a ella totalmente desnudo.

Los grandes señores de la nobleza y los altos dignatarios de la Iglesia seguían esperando al rey para dar comienzo a las Cortes. Bajo los soportales de la plaza Mayor seguía corriendo un cierzo helado que cortaba la cara. Al tiempo que Fernando salía del palacio, apretando los nudillos. Cómo odiaba a aquella bola de sebo patética en que se había convertido su padre. Cuánto hubiese dado por escapar de León y volver a Castilla con su madre, pero esta le había aconsejado permanecer en León para defender sus legítimos derechos

- En las sombrías e intrincadas callejas de la Judería, traspuesta la ferrada puerta que separa este barrio del resto de la ciudad de Barcelona, se hacían más frecuentes las apariciones del Golem. Incluso había habido judíos que juraban haberlo visto de día. El terror invadía las casas, el monstruo no tardaría en atacar. Todo sucedería como antaño y parecía que los acontecimientos se iban a precipitar. Todo el mundo cerraba con trancas puertas y ventanas.

Los judíos desconfiaban unos de los otros, sospechaban de su vecino, de su misma familia, creían ver por todos lados al traidor que había creado el Golem. La vida en la aljaima se había vuelto un infierno.

Esa noche, en las caballerizas reales, los caballos relincharon nerviosos, triscando sus patas en el duro suelo de los establos, al tiempo que los perros que guardaban las instalaciones empezaron a ladrar. Uno de ellos atacó a una sombra, se sucedió un duro combate. El perro saltó sobre el contrincante e intentó morderlo. Este le dio un zarpazo en el vientre y dejó al can muerto en el suelo, con los intestinos dispersados a su alrededor. Los otros perros pusieron la cola entre las patas y enmudecieron.

Alguien gritó:

—¡El Golem ya ha actuado!

Los judíos fueron a buscar a Hayzam a palacio. Y este organizó las tropas y ordenó rastrear toda la judería en busca del Golem. El príncipe había

desistido de encontrar al judío que había creado a la criatura. Todos los sospechosos habían resultado inocentes.

Hayzam consultó con el Consejo de Rabinos las medidas a tomar y acordaron matar a un cordero macho de un año y sin defecto, de conformidad con las disposiciones de la Tora, que establecían que «el ángel de la muerte pasaría de largo de las casas de Israel marcadas por la sangre de un cordero». Lo desangraron y rociaron con su sangre las jambas y el dintel de la puerta de sus casas. Pero este remedio no serviría para nada y el terrible fin del pueblo de Israel estaba cerca.

CAPÍTULO X. REUNIÓN DE LOS CABALLEROS CON EL CONDE-REY PEDRO II DE ARAGÓN Y ASESINATO DEL DONCEL

Los tres caballeros llegaron a la plaza situada delante del palacio real. Este era un imponente edificio de piedra con ventanales góticos y una alta torre, situado en la plaza del rey, lindante a mano derecha con la iglesia de Santa Águeda, a su izquierda con el archivo de la Corona de Aragón, y enfrente de un patio. Las puertas estaban cerradas. No había nadie para atenderlos. Empezaron a dar voces. La noche era cerrada, las teas del patio se habían apagado. Los caballos triscaban sus patas en el fango. Empezó a soplar un viento que anunciaba tormenta.

—¡Voto va! Parece desierto —dijo Cabeza Brava.

—No me fío. Esto me recuerda las emboscadas sarracenas —añadió Dalmacio Creixell.

De repente se oyó un estruendo. Desde el palacio abrieron las puertas y salieron unos guerreros. De la alta torre también aparecieron unos arqueros armados con arcos y flechas. Una hilera de soldados cerró la plaza.

—¡Por Santiago y la gloria de nuestra tierra! ¡Esto es una encerrona! —manifestó José de Azagra.

—Mantened las espadas en alto, defendeos con los escudos y cubríos las espaldas —dijo Dalmacio Creixell a sus amigos, al tiempo que se dirigía a los soldados—. Soy catalán como vosotros, súbdito del rey y héroe de las Navas de Tolosa. Exijo ver al monarca.

No obtuvo ninguna respuesta.

—¿Así tratáis en Barcelona a los héroes de las Navas de Tolosa? —exclamó Cabeza Brava, incrédulo ante lo que veía.

Los tres jinetes juntaron sus cabalgaduras, dándose la espalda, dispuestos a dar batalla. Los arqueros tensaron las cuerdas. Empezó a diluviar.

Dalmacio Creixell lamentó haber conducido a sus amigos a una emboscada burda, baja y sucia en su propia casa. Exclamó con ira:

—¡Por la Virgen de Montserrat! ¿Esta es la hospitalidad catalana? Ese es el

archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres. Haced el favor, dejadnos ver al rey.

En ese momento, ante la sorpresa de agresores y agredidos, se abrió una de las puertas, se oyó el sonido de un cascabel, y salió un bufón corcovado y jiñoso, que rodó por las escaleras y, con una pirueta, dio un salto y se colocó al lado de los caballeros. Hizo una reverencia.

—Barcelona es eso y mucho más, caballeros. Es la patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de grandes amistades en sitio y belleza única.

Nadie se movió. Estaban estupefactos, no sabían qué hacer. No podían disparar las flechas. El bufón dependía directamente del rey, era quien lo entretenía en sus horas de ocio.

—Por fin alguien cuerdo —exclamó Dalmacio Creixell.

—Os agradezco el cumplido, pero nunca las cosas son lo que parecen —respondió el bufón, para luego añadir—: Habéis de saber que no sois bienvenidos en Barcelona y debéis cuidaros del mayordomo del rey. Es embaucador y traicionero.

—¿Quién sois vos? —preguntó Dalmacio Creixell, sorprendido, pues no lo conocía ni a él ni al supuesto mayordomo. Ambos eran nuevos en la Corte.

—Un mero títere de feria en esta Corte corrupta e hipócrita —respondió haciendo una genuflexión y moviendo el bonete, en medio de la cortina de agua que caía del cielo, para luego desaparecer como por arte de magia.

—¡Maldito bufón! ¡Siempre en medio! Perdonad a esta innoble criatura. Soy el mayordomo del rey, don Robert de Blasi. Pensábamos que erais unos malhechores. Castigaré al capitán de la guardia por ello —dijo un hombre de aspecto afeminado que acababa de salir del palacio, molesto por cuanto el bufón le había deshecho su plan para acabar con los caballeros. Para luego añadir—: ¿Traen audiencia?

—Claro que traemos audiencia, la audiencia de jornadas afrontando el calor, los peligros, el hambre y las incomodidades, y aún venís con trámites y ceremonias. ¡Dejadnos pasar, bellaco! —exclamó Cabeza Brava, explotando de ira y alzando la espada.

—No puedo despertar al rey —se excusó, molesto, el recién llegado. Era delgado, castaño y con los ojos saltones. Sus formas y el timbre de voz eran muy amaneradas.

—Vos sabréis, pero yo no querría estar en vuestro pellejo, ya conocéis los

cambios de humor del monarca. Y si llega a sus oídos que os habéis negado a dar audiencia a estos tres caballeros a quien el pueblo adora, igual acabáis colgado como un cerdo en las alturas de la picota —dijo Dalmacio Creixell, altanero.

Tras un breve silencio, el mayordomo recapacitó y accedió a conducir a los tres caballeros a través de corredores iluminados por la parpadeante luz de unas teas, hasta una magnífica estancia con entablamentos tallados en ricas maderas y artesonado maravilloso. El rey estaba sentado en un sitial, cerca de una monumental chimenea donde ardían troncos de encina y leña seca de pino. Estaba abrigado con unas pieles. Tenía el aspecto enfermizo, estaba muy delgado, su cara lucía pálida y con arrugas, las canas cubrían su cabello. A su lado estaba el príncipe Hayzam, con talante preocupado. Los tres caballeros se sorprendieron del aspecto del monarca y de que no estuviera durmiendo como había manifestado el bufón. Se inclinaron ante el rey y le hicieron el besamanos.

El mayordomo fingió salir de la habitación y aprovechó para esconderse tras unos espesos cortinajes para espiar lo que hablaban.

—Perdonad el altercado. Buscaremos al culpable, pero habéis llegado cuando ya ha sonado la queda —dijo Hayzam, que permanecía de pie al lado del monarca.

—Tenemos derecho a transitar con la queda —manifestó con enojo José de Azagra.

—¿Por qué habéis venido? —preguntó el rey con voz cansada.

Los tres caballeros se sorprendieron por la pregunta. Traían la misión de conquistar Mallorca. El rey de Aragón era plenamente conocedor de ello. Aun así, Dalmacio Creixell no quiso contradecir al monarca y contestó con estudiado fingimiento.

—Hemos venido para hacer un receso en la guerra contra la morisma y a rendir pleitesía al rey más importante de las Españas, que por otro lado me honró en tenerlo como mi dueño y señor.

Cabeza Brava miró sorprendido a José de Azagra. Dalmacio Creixell les conminó al silencio. Era mejor hacerse el ingenuo.

—Tendría que castigaros, pero alzaos, caballeros. Me hicisteis un gran servicio y también al país, por eso no os puedo reprochar nada..., no os puedo reprochar nada... —El monarca tenía los ojos cerrados. Parecía como ido. Su cansancio se hacía más evidente. Cogió la manta de pieles y se abrigó. Tosió. Prosiguió—. Hayzam, sigue con lo que estabas exponiendo.

—¡Señor! ¡Son cuestiones de Estado! —replicó Hayzam, enojado por cuanto

no podía dar a conocer los planes del rey en público.

—¡Voto a Dios! Os ordeno proseguir, Hayzam —dijo, al tiempo que volvía a toser.

Hayzam obedeció. El rey era el dueño de sus vidas y haciendas. Prosiguió:

—En las ciudades de Occitania, la situación empeora día a día. Está triunfando la corriente que aboga por una Iglesia pobre en contra de los excesos y lujos del Vaticano. En consecuencia, nuestros súbditos se han negado a pagar los diezmos a los sacerdotes. Y ahora el rey de Francia quiere aprovechar la situación para atacarlos en nombre de la Iglesia católica.

—¿Y el papa qué dice? —preguntó Dalmacio Creixell, mientras que observaba al rey, que parecía embobado.

—El Santo Padre está en la tesitura de apoyar los planes del rey de Francia. De momento han excomulgado el catarismo y han condenado a los cátaros a la esclavitud. En los Estados Vaticanos y Francia se han abierto mercados de esclavos que están siendo muy lucrativos para el papado.

—¡Basta! ¡Os podéis retirar!

Hayzam obedeció. Conocía los cambios de humor del monarca. Era el dueño de la vida y la hacienda de sus súbditos por la gracia de Dios.

El rey dejó pasar unos minutos de silencio, en que observó a los tres caballeros sin dejar entrever lo que pensaba. Tiritaba. Se abrigó más. Volvió a toser. Se quedó ensimismado mirando el crepitar de las llamas. Al rato, el rey pareció despertar de su letargo y dijo en voz baja:

—Decidme, fiel Dalmacio. ¿Vos creéis en la Providencia?

—Señor, ¿y acaso no fue victoriosa la batalla de Navas de Tolosa? ¿No os acordáis cuando Dios nos envió a un pastor que se nos apareció en el campo y nos condujo a la victoria, para desaparecer después?

—Habéis razón, pero esta vez creo que la Providencia me será esquiva. Tengo miedo.

—Pero conserváis la Tizona, la espada del casal de Barcelona —comentó Dalmacio Creixell.

—Sí, por eso siempre la guardo cerca de mí. —La espada era su único talismán. Rememoró la leyenda según la que el rey que perdiera esa espada moriría sin honores. Tuvo la imagen fugaz del lago del estanque de Sant Celoni, de la Perxa del Astor, vio el humo que salía del agua, los cañaverales, oyó el gorgoteo del agua...

—Tenemos una misión. Debemos embarcar la flota y atacar Mallorca —

replicó Dalmacio Creixell, rompiendo la introspección del rey.

—No puedo —dijo con los ojos vidriosos—. Si Francia ataca a mis súbditos habré de defenderlos. Y ahora dejadme, debo descansar. Hace días que no logro conciliar el sueño. Esta maldita enfermedad me está matando y este dolor de cabeza...

Mientras, Robert de Blasi dejó caer una irónica sonrisa detrás del tupido dosel de una cortina.

—Pero, majestad... —replicó Dalmacio Creixell.

—¡Callad! Está decidido —dijo alzándose y dejando caer la manta—. En vuestro honor organizaré un banquete y un torneo para celebrar la victoria de Navas de Tolosa.

Llamó a sus servidores. Acudieron dos pajes con unos cenofales para acompañar al rey a sus aposentos, junto con el mayordomo. Los caballeros se retiraron. En la calle seguía descargando la tempestad: un aguacero tras otro.

El rey cogió su espada, la desenvainó. La acercó a la lumbre. La luz iluminó la hoja de acero y en ella brilló una inscripción: «Para proteger lo que nos espreciado». Se puso a llorar amargamente.

Fue a donde estaba la jarra de vino, se sirvió varias copas y reclamó los servicios de una mujer. Volvió a toser.

Un trueno retumbó en las estancias iluminando un rey dominado por la gula y los vicios. Era el lloro del cielo por el fin de una época que haría peligrar la continuidad del casal de Barcelona.

- Los tres caballeros salieron del palacio real y se dirigieron en medio de la lluvia y los rayos al solar de Dalmacio Creixell, en la calle Montcada, donde se alojarían mientras durara su estancia en la Ciudad Condal.

—¡Voto a mil pares de demonios! ¡Vaya noche! Jamás me habían tratado de forma tan extraña. Primero me intentan asesinar y luego me invitan a una fiesta —manifestó José de Azagra, sorprendido por las reacciones del rey. ¿Acaso es esta la cortesía catalana?

—No, mi querido amigo. Esto son las intrigas de la Corte, y en cuanto al rey, tiene sífilis —respondió Dalmacio Creixell, preocupado.

—¿Y el Gobierno quién lo lleva? —preguntó José de Azagra.

—De momento lo lleva el príncipe Hayzam, pero como habéis podido comprobar, tiene los días contados. Y luego está ese bufón, que aparenta

una imbecilidad que no tiene, y ese mayordomo, que destaca por su cobardía.

—Lo mejor será que volvamos a nuestra tierra y notifiquemos a los otros reinos cristianos las nuevas —dijo José de Azagra, cauteloso.

—No podéis. Nos han invitado a una fiesta y a un torneo — replicó Dalmacio Creixell. Necesitaba mantener a los caballeros en la ciudad para combatir las intrigas que se estaban fraguando contra el reino.

—Sus súbditos han sido excomulgados y esclavizados, y lo único que se le ocurre es organizar una fiesta —reiteró José de Azagra, extrañado—. Ya me habían advertido que Barcelona era un nido de intrigas y que fuera con cuidado de no deambular con descuido por esta traidora ciudad.

—Habéis razón, no os dije toda la verdad, hay un vacío de poder. El rey es voluble y está enfermo, pero nunca pensé que la situación pudiera haber llegado a este extremo.

—¡Ja, ja! Siempre pensé que nos engañabais y nos traíais a Barcelona para algo más que para unirnos a un ejército que todavía no había sido convocado al objeto de conquistar Mallorca. ¡Esto me pasa por fiarme de un catalán! —exclamó Cabeza Brava con chanza.

Los tres caballeros espolearon con fuerza sus monturas al objeto de llegar cuanto antes al palacio de Dalmacio Creixell para encontrar refugio y abrigo ante la tormenta.

- Esa misma noche un doncel pasó por el palacio real sin detenerse. Se escondía tras unos muros, guareciéndose de la lluvia, para luego cruzar, presuroso, por entre los soportales. En sus ojos se descubría la ensoñación de la juventud, donde la adolescencia ponía brillos de pasión, nostalgia y quimeras locas. Iba vestido de azul con una monterilla con una pluma de la que se escapaban unos mechones color de oro. Los ojos pardos, rasgados. Era el paje de un gran señor. Tenía prisa, había quebrantado el toque de queda, porque quería ver a su amada. Resoplaba nervioso y fatigado. Si lo descubría la ronda lo enviarían al calabozo. Estaba empapado.

Paró para coger aliento y ver si amainaba el temporal. Pero la lluvia seguía repicando con fuerza sobre las paredes de toscos adobes o piedras calizas, y los tejados de pizarra de aquellas casas miserables apilotonadas entre sí. El doncel prosiguió su camino hacia el palacio de Montcada, donde

lo esperaba su amada. Entre las calles desiertas escuchó un eco. Creyó advertir el rebullir de respiraciones jadeantes y frases ahogadas. Se detuvo. Tuvo la sensación de que una presencia invisible andaba muy cerca de él, pero en la calleja no transitaba un alma. Su amada, una jovencita morena de ojos grandes, se alteró por la tardanza. Temía que le pudiera haber pasado algo a su novio.

En la oscuridad de la calle Platería alguien seguía al joven enamorado en medio de la tormenta. El muchacho temblaba por el frío, estaba empapado. Se giró y vio detrás de él a una figura. No pudo discernir si era un animal o un hombre. Empezó a correr huyendo del peligro. La monterilla con una pluma cayó al suelo, dejando al descubierto el cabello rubio.

Las llamaradas de los relámpagos entraron por los postigos de las puertas y los resquicios de las ventanas, a la par que el agua discurría por las callejas, desbordando el Rec Comptal. Mientras, en las calles desiertas de Barcelona, el joven enamorado amplió la distancia que lo separaba de su perseguidor. Se metió en un *cul de sac*. La tea que debía iluminar la calle estaba apagada. Tuvo miedo. Aporreó insistentemente los portales de la calle sin salida. Nadie le abrió. Se oyeron los chillidos de las ratas que salían del Rec Comptal.

El joven resbaló con el agua caída de la lluvia, no podía ir más allá, la calle no tenía salida. Entonces se arrimó a la pared, la sombra acechaba, se oyó el silencio de la muerte. Unas manos asieron el cuello del joven, que intentó defenderse. Su contrincante era mucho más fuerte. El joven miró al desconocido con ojos interrogantes, antes de expirar rogando por su prometida. El asesino desvistió al joven y le puso una cadena de púas alrededor de la cintura que desgarraba la piel tersa, sin vida. Un reguero de sangre manchó los restos del vestido azul y la lluvia la desperdigó por las losas transversales, hasta unirse con las aguas de la cloaca que discurrían a través del Rec Comptal. Los cirios encendidos ante dos hornacinas de los santos, protegidos de la lluvia, parpadearon oscilantes hasta apagarse. Una doncella en el palacio de Montcada rompió a llorar. Era un lloro desconsolado por un amor que no volvería a ver...

Alguien gritó: «¡El Golem!» «¡El Golem!». El asesino huyó.

- Un velo sombrío de penumbra y muerte parecía cubrir la ciudad de

Barcelona. El huracán tormentoso, precursor del otoño, barría las calles desiertas. Se escuchaba una canción que se mezclaba con el fragor espantoso de la tempestad que seguía descargando con furia sobre la ciudad.

«Nai nai, yo tengo una muñeca...

Nai nai, mi niña de ropa fina...».

Mientras, un ser no engendrado de madre jugaba con una muñeca de trapo en una habitación sin puertas ni ventanas. Encima de un camastro tenía una monterilla con una pluma.

CAPÍTULO XI. HERNÁN Y LA CATEDRAL. MONASTERIO DE LOS DOMINICOS

Cuando los tres caballeros dejaron a Hernán en la iglesia de Sarriá, este tuvo conciencia de que nada iba a ser igual. Era noche cerrada, el viento precursor de la tormenta empujaba la reja del cementerio, que chirriaba de forma estridente, mientras hacía remolinos con las hojas muertas del suelo. El muchacho picó con fuerza el aldabón del templo. El sonido turbó el sepulcral silencio de la iglesia de Sarriá y reverberó, hueco, en la estancia decorada con imágenes religiosas y velas de sebo, y se extendió a su camposanto, donde un grupo de cuervos salieron en desbandada de entre las tumbas. Hernán sintió que ahí fuera, en algún lugar oculto, estaba el mal.

Apretó la espalda contra la jamba de la puerta, al tiempo que oyó el descorrer de baldas y cerrojos, y el portón chirrió sobre sus pernios faltos de grasa. Le abrió un monje delgado y demacrado, que al muchacho se le antojó un espectro. Su primer impulso fue echar a correr, pero los caballeros ya se habían ido y a sus espaldas tenía el cementerio lleno de cuervos. Pensó en los horrores del infierno.

El cura lo miró con desconfianza al principio y luego con gran ternura.

—Eres Hernán —le dijo con una sonrisa en los labios, que endulzaron su rostro.

Esas palabras lo tranquilizaron.

—Pero vos, ¿cómo sabéis...?

—El prior de vuestro monasterio me envió un aviso.

—Os agradezco vuestra hospitalidad.

—¡No tal! Es un gran gozo para mí el verte —siguió con honda emoción—. Entra, muchacho, debes estar muerto de hambre.

Hernán dudaba, pero había algo en ese hombre que le resultaba familiar y le daba mucha tranquilidad.

—¡Aldonza! —llamó el cura en voz alta.

Nadie le respondió.

—¡Aldonza! —siguió insistiendo.

—¡Voto a mil pares de demonios! ¡Deje de llamarme y venga a la cocina! ¡La cena ya está! —se oyó desde la oscuridad de las estancias.

Hernán y el párroco cruzaron un corredor y llegaron a la cocina, donde les esperaba una mujer entrada en años, con un delantal de arpillera y aspecto fiero. Estaba a punto de echar una reprimenda al párroco cuando vio a Hernán.

—¡Por la Virgen del Amor Hermoso! —exclamó dejando caer un jarrón que asía con las manos y que se rompió con gran estruendo al tocar el suelo.

—Aldonza, ¡deje de mirar al chico y tráigale algo para comer! —exclamó el cura, impaciente.

—Sí, sí... —respondió ella con sobresalto.

La anciana preparó a Hernán confituras e hidromiel, que este comió con avidez, mientras ella lo miraba con gran ternura.

—Decidme —preguntó el cura a Hernán con curiosidad—, ¿acaso os han hablado de vuestra procedencia?

—No. De pequeño me dejaron en el monasterio de San Juan de la Peña, donde los monjes cuidaron de mí con amor. Primero pensaron que cogería el hábito como ellos, pero luego vieron que no servía para la vida monástica —respondió el muchacho, solícito.

—¿Vuestro abad nunca os dijo nada? —preguntó el cura, al tiempo que un haz de luz le brilló en los ojos.

—No. ¿Qué me tenía que decir? Él siempre fue sincero conmigo. —La pregunta le resultó extraña. ¿Por qué el abad le había de decir algo? ¿Y de qué conocía al abad al párroco de Sarriá?

El párroco calló. No le era dado dar esas respuestas.

Esa noche Hernán durmió como un rey bajo unos mullidos almohadones. A medianoche el cura y la sirvienta entreabrieron la puerta. En el dormitorio había paz, se respiraba el silencio de la inocencia. Miraron al muchacho con cariño.

—Realmente tiene la misma apostura que su padre y la hermosura de su madre. Si él supiera... —dijo el cura.

—¡Mírelo! Cristo Bendito, si ayer aún gateaba. Pobre criatura —respondió la vieja doncella.

—Pss... Calle. Le podría oír. No desvele algo que debe permanecer en secreto.

Por las ventanas se coló el ulular del viento y el retumbo de los truenos, junto al siniestro aullido de los lobos. La tormenta empezó a caer sobre el pueblo. A partir de aquella noche Hernán se vería obligado a enfrentarse a un mundo hostil para poder sobrevivir.

- Amaneció un día claro y luminoso. Hernán dejó Sarria y se encaminó al interior de la ciudad de Barcelona por la antigua vía romana cruzando la Puertaferriosa. Nunca antes se había enfrentado al bullicio de una gran ciudad. Le sorprendió la gran cantidad de población que vivía hacinada en un espacio delimitado por unas murallas. Gente entrando y saliendo, carros, mercancías, griterío. Paradas de comerciantes en la calle, saltimbanquis y músicos. Preguntó por el monasterio de los dominicos. Un hombre le indicó, al tiempo que otro le robaba el fardo. Hernán lo persiguió desesperado. En su bolsa llevaba, además de sus pertenencias y el dinero, todas sus cartas de presentación y credenciales. El ladrón se escabulló entre la multitud. Hernán se sintió perdido. Tuvo miedo, solo, en una ciudad en donde no conocía a nadie. Veía a gente gritar..., pelearse..., y reír..., y eso aumentaba su agobio y su sensación de soledad. Tocó su jubón y comprobó que no le habían robado el anillo de don Dalmacio Creixell. Se tranquilizó.

Cuando llegó al portal de la impotente catedral-monasterio de los dominicos se quedó impresionado. Era una soberbia construcción que se elevaba al cielo, cubierta de imágenes de lagartos que abrían sus fauces hacia el exterior. Daban miedo. El monasterio tenía un tráfico incesante de gente acarreado mercancías. Eran los diezmos que hacían rica a la Iglesia y pobres a los ciudadanos. Santa Catalina, llamada catedral de los frailes, rivalizaba en belleza con la iglesia de Santa María del Mar, conocida como la catedral sin claustro y sede de la *peixeteria*. Se decía que en la sala de lectura del monasterio era imposible lanzar una pelota desde un extremo y que llegara al otro. La biblioteca tenía veintidós mil volúmenes.

Hernán entró en lo que parecía un gran almacén y se presentó ante un fraile obeso que apuntaba sobre una libreta con sus dedos gordos y sudorosos las mercancías entregadas.

—Dios os guarde.

—¿Qué traéis? —le dijo sin tan siquiera mirarlo.

—Señor, soy Hernán, del monasterio de San Juan de la Peña. Me han enviado a estudiar aquí.

El cura alzó la cabeza. Entonces vio en el muchacho a un niño sin nada que ofrecer al monasterio y exclamó:

—¡Bah, mocosos! Despeja cuanto antes...

—No puedo. ¡Me han enviado aquí para estudiar!

—Vuélvete o te haré azotar. ¡Fuera, sucio muchacho!

—No me moveré —dijo sin pensar en las consecuencias.

—¡Voto a Dios! ¿Qué es ese escándalo? —exclamó otro sacerdote que acababa de llegar al almacén.

—Un sucio mocoso que se quiere colar en el monasterio — respondió el gordo seboso.

—¡No soy un sucio mocoso! Vengo del monasterio de San Juan de la Peña —exclamó Hernán con orgullo.

—¡Ah! ¡Vos sois el mozalbete que viene del campo! — exclamó el sacerdote que acababa de llegar.

—¡Por María la Virgen! ¿Cómo no me lo dijiste, bravo muchacho? Os esperábamos con impaciencia —dijo el monje con una sonrisa forzada, dejando ver una boca desdentada, mientras gotas de sudor caían de su rostro, enrojecido por el exceso de grasa. Hernán empezó a desconfiar.

Lo guiaron a través de corredores, mientras se iban abriendo pesadas puertas, que se cerraban inmediatamente una vez cruzadas. Tuvo una sensación de asfixia, algo en su interior le decía que huyese de aquel lugar, pero ya no podía.

Lo instalaron en un cuarto, donde otro monje le cortó el pelo a la romana y le hizo la tonsura. Lo vistió con un sayo de lana gruesa y le dio un rosario. Hernán no sabía cómo reaccionar, estaba abrumado. No entendía el objeto que le habían dado: una cadena de dieces de madera con una cruz. El monje lo miró.

—Esto es un rosario, sirve para rezar, cada diez de madera se corresponde con una oración, nos lo enseñó como ofrecimiento a María santísima el fraile de Caleruega. Es nuevo en el cristianismo, aquí se utiliza mucho.

A Hernán le extrañó no oír los ruidos de los muchachos. El silencio era sepulcral. Cuando las sombras del crepúsculo invadieron el gris uniformado del monasterio, lo llevaron a un claustro rematado por arcos con floridas ojivas, en cuyo centro reinaba, como un soberano de ultratumba, una estatua con la capucha sobre los ojos y las manos cruzadas sobre los pliegues del sayal.

Hernán miró a lo alto y vio el torreón del monasterio, iluminado por una luz roja que recordaba los suplicios del infierno. Se llenó de una sensación de profunda tristeza.

Enfilaron una tosca escalera de piedras y entraron en una gran sala situada en el sobreclaustro. Las paredes encaladas. Todo era austero y simple. En la

pared una tosca imagen del Cristo en el Calvario. Un sinfín de literas permanecían alineadas en filas. Le asignaron un jergón. El resto de alumnos ya dormía. Miró las paredes cubiertas de unas manchas negras de humo; vio un insecto subiendo una de las paredes. A su alrededor esqueletos mutilados de estos mismos insectos. Descubrió entonces que los estudiantes mataban a los bichos y a las chinches quemándolas con una vela o con la lamparilla, y dejaban estos rastros.

Los nervios y la novedad hicieron que Hernán no pudiera dormir. A medianoche una sombra cruzó en dirección a una de las literas, luego se oyeron crujidos, mientras en la gran sala se oían cuchicheos y risas. Al rato la sombra volvió a cruzar la sala en sentido contrario.

Hernán tuvo miedo, pensó en las palabras del prior: «Busca en el esfuerzo la luz y dentro de tu corazón la armonía de Dios». Soñó con su madre, le pidió protección. Al rato se durmió.

Cuando la luz del amanecer se colaba por los vitrales góticos de la gran sala, empezó a sonar una campana. Los alumnos se alinearon delante de los camastros. Hernán hizo lo mismo. Nadie hablaba. Miró a sus compañeros, los había de muchas edades; de menos de seis años y mayores como ese judas, negruzco grandote malcarado, tosco. Se lo quedó mirando de forma amenazadora.

Los alumnos se pusieron en movimiento. El silencio era total. Parecían un ejército nacido de la ultratumba. Entraron dentro de una sala donde habían preparado el desayuno. Un cura en un facistol iba recitando las verdades sobre la Santa Trinidad.

Era un ambiente extraño, diferente de aquel del otro monasterio, en que la mañana despuntaba con las vocecillas chillonas, argentinas de los mocosos. Estos iban limpios y bien peinados, y sonreían a los maestros. Desfilaban con algazara; explotaban en gritos. Hernán notó que aquel judas malcarado lo volvió a mirar. Se incomodó.

Por doquier surgía el panorama de la melancolía, del encierro, las paredes hoscas, los suelos sucios, los pupitres negros, el silencio de cementerio. El aire maloliente y la luz mezquina. La relación entre los alumnos era odiosa y antipática. Las horas rígidas de clase, sometidos a humillaciones, despertaban en Hernán deseos de rebeldía, de huir de esa cárcel. Por las noches cerraba los ojos y soñaba con su madre. Le invadía una sensación de

amor y ternura que lo reconfortaba. Sabía que se reencontraría con ella, ya fuera en la tierra o en el cielo.

Un día, en la clase de Teología, un chico ayudó a Hernán con los textos sagrados. El judas lo vio y le dio un manotazo a aquel que había intentado ayudar al recién llegado. Hernán no entendió. El agresor mantuvo una mirada desafiante. Un chiquillo jovencito y pecoso que estaba sentado detrás de él le dijo a media voz:

—No te dejes amedrentar por ese. Hazle frente.

En ese instante el fraile empezó a explicarles textos sagrados aprendidos de memoria, así como leyendas sobre la Santa Trinidad.

El muchacho miró aquellos pupitres. «Qué diferente», pensó de aquellos frailes del monasterio de San Juan de la Peña, de aquel otro ambiente y de aquel abad bondadoso.

—¿Quién eres? —le preguntó Hernán al chico pecoso una vez terminó la clase.

—Soy Pablo, hijo de una familia ennoblecida recientemente. Ese bruto amedrenta a los pequeños con sus amenazas y voces. Es inferior a ellos. Esclarecidas familias de Castilla, Asturias y el País Vasco. Pero aun así le temen. Por lo visto tiene parientes entre los curas. Otro consejo, aquí no hallarás a ningún amigo. Obedece humildemente las órdenes y hazte el distraído cuando los demás gasten bromas. Los sacerdotes tienen entre nosotros a espías. Y tú y yo no somos amigos.

—¡Voto va! ¿Bromeas?

—No, aquí no hay amigos, solo compañeros de clase. O sobrevives o fracasas.

—Pero, no entiendo...

—¡Ja, ja, ja! Se nota que vives en el campo. Vale la pena aguantar por un puesto en la Corte, por un futuro honorable, por una vida rodeada de poder y riqueza.

—Quizás yo sea de campo, pero este servilismo, esta falta de libertad... ¡Esto es peor que una cárcel!

—Te equivocas, aquí nos educan para la vida. O te adaptas o te van a hacer adaptar.

—En mi condición de chico de campo, yo vengo de un sitio que tú no podrías ni soñar, donde los niños juegan, alborotan y ríen pensando siempre

en esa dulce emoción de libertad, y aquí me siento como un pájaro cautivo de estos muros llenos de tristeza y humedad.

Pablo lo miró como quien mira a un loco, y quizás lo estaba. La vida no le había preparado para esto. Esa noche tampoco pudo dormir. Sintió un vacío en el estómago. Al filo de la medianoche vio brillar una luz roja a través de las altas ventanas de uno de los torreones del monasterio. Se santiguó. Tenía miedo. Aquello era el infierno. Añoró su monasterio, sus frailes, sus amigos, buscó en su interior la paz; se durmió.

Pasaban las semanas. Hernán se aborrecía y se despreciaba a sí mismo por no haber previsto que aquello era una encerrona. Se sentía solo. Estaba hundido. No tenía amigos, los alumnos le hacían el vacío. Incluso Pablo se alejó de él. Se reían a sus espaldas. Un día abrió la taquilla donde guardaba sus cosas y le habían puesto unas cucarachas que salieron disparadas. No podía más. La desesperación le embargaba. Un monje lo atizó delante de los demás. Lloró delante de todos. Lo tuvieron por un débil.

—Ahora, sucio huérfano, saca tu rosario y rézale a la Virgen —le dijo el cura sin ningún tipo de piedad. Hernán tenía la autoestima por el suelo. Era lo que buscaban. Hacían con él lo que querían.

—No sé, no sé cómo se hace. —No sabía ni dónde estaba. Perdió el control sobre sí mismo. Todo le daba igual.

—¡De rodillas! A ver... Alguien que le diga a este inútil cómo se reza el Santo Rosario. —Y así le hicieron poner de rodillas, mientras le enseñaban a pasar las cuentas, desgranando una sarta de dieces de madera con el que ir diciendo los aves.

—«Ave María purísima, sin pecado concebida... *Ave purificata novis...*».

Mientras, los alumnos le iban dando cachetes en el cuello y se reían de él.

Una vez terminó de rezar el rosario y cesaron las bromas y cachetes, lo dejaron solo y dolorido, velando al santísimo. Sus oraciones, antaño revestidas de amor, ahora sonaban huecas. Ni tan siquiera el recuerdo de su madre era el mismo. La buscaba en sus sueños y no la encontraba.

Estaba cansado y dolorido. Se durmió en el suelo de la iglesia. Al rato lo despertó el ruido de unas risas. Se levantó y descubrió al fondo del altar una puerta entreabierta. Se asomó y vio con asombro a un grupo de sacerdotes que bebían y se saciaban. A su alrededor unas mujeres con delantales de arpillera los servían y ellos las magreaban sin ningún pudor. Se sintió atraído por las doncellas, sus curvas, sus caderas. Quiso mirar más, pero no

se atrevió; quizás lo descubrirían. Siguió por un estrecho corredor y unas empinadas escaleras de madera a lo alto de una torre. Desembocó en un vestíbulo cerrado por una puerta de madera con clavos, que por sus ranuras y postigos dejaba ir una luz roja. Tuvo miedo. Se dio cuenta de que era el mismo torreón en el que brillaba una luz roja, recuerdo de la ultratumba. Volvió corriendo tras de sus pasos.

Desde ese día se dedicó a sobrevivir. Se volvió desconfiado y arisco. Intentaba pasar lo más desapercibido posible, pero sabía que tarde o temprano algo le ocurriría, y ese algo vendría de ese judas negruzco, grandote, malcarado y tosco.

CAPÍTULO XII. LAPIDACIÓN EN TOLEDO DE LA JUDÍA NOEMÍ Y SUMISIÓN DE DOÑA BERENGUELA, EXREINA DE LEÓN Y PRINCESA DE CASTILLA

Amanecía un día encapotado en el duro páramo castellano, cubierto por una ligera capa de nieve. Aquí y allá molinos sin uso, y derruidos corrales brindaban su cobijo al ganado lanar, riqueza casi única en aquellos momentos de guerra y carestía. El pueblo malvivía esperanzado en un futuro mejor.

En Toledo, en la plaza Zocodober, se juzgaba a una mujer. Era la judía Noemí, la antigua amante del rey Alfonso VIII, el Bueno. El tribunal la había considerado culpable de adulterio y había acordado que la pena fuera la lapidación en medio de la plaza. La condena se ejecutaría de inmediato. Los hermosos ojos verdes de la desdichada dejaban entrever dos lágrimas. Todavía tenía los vestidos rasgados y las heridas de las continuas violaciones de la soldadesca. Su condena también suponía la ruina de su familia. Su belleza, sed de poder y dinero la había llevado a la perdición.

Los alguaciles situaron a la joven judía en medio de la plaza. Iba cubierta por un sencillo vestido de seda. El populacho la rodeaba. Su serena belleza..., su juventud... Al principio nadie se atrevía a agredir a una mujer tan hermosa, pero alguien tiró la primera piedra. Detrás de esta otra y otra. Al final todos los congregados intervinieron en el macabro espectáculo. Era una forma de saciar su envidia, sus frustrantes expectativas, la amargura de su vida. La judía recibió la primera piedra con estoicismo, altanera y desafiante.

La segunda piedra le provocó una herida que tiñó todo el vestido de sangre. Al final un aluvión de piedras la hicieron caer al suelo.

La doncella intentó levantarse, pero no pudo. Las heridas y las nuevas pedradas la debilitaron. El populacho cuanto más vulnerable la veía más se excitaba. Le tiraban más piedras y con más brío. Al final la muchacha expiró en medio de las pedradas y de los aplausos de la muchedumbre. De su deslumbrante belleza solo quedó un bulto deforme cubierto de sangre.

• Entre tanto, en una estancia del alcázar, decorada al estilo oriental, con alfombras de Asia, porosas cortinas de seda y almohadones de Damasco, ardía un fuego bien cebado en el hogar de una chimenea de mármol. De un pebetero oriental despedían nubes de humo saturado de esencias balsámicas. El rey Alfonso VIII, el Bueno, se reunía con su hija, tal y como le había prometido a su esposa. Padre e hija se miraron con evidente tirantez. Él, altivo y enojado; ella, sumisa, buscaba el reconocimiento del padre.

—Al final os habéis salido con la vuestra —le dijo el rey.

—¿Cómo decís? —preguntó ella, sorprendida. No esperaba un ataque.

—Os resististeis a ese matrimonio y habéis escapado de vuestro marido legítimo como una vulgar delincuente.

—¡Voto a la Virgen del Amor Hermoso que no es cierto! — Estaba desarmada ante su padre. Se dio cuenta de que había cambiado un marido degenerado por un padre idealizado.

—¡Mentís! —respondió el rey, autoritario.

—¡Jamás! Yo os obedecí, me casé con quien me asignasteis, pero me ocultasteis que era un viejo seboso y a más degenerado. Cumplí como mujer. Le di cinco hijos. Pero no aguantaba más. ¡Era un puerco! —dijo con asco.

—Señora, teneos. Es un rey y vuestro esposo. Le debéis obediencia y respeto.

—¡No le debo nada! Ese hombre es la viva imagen de un sapo, por muy rey que sea —exclamó, enojada.

—Reunirme con vos fue un error —dijo el rey, airado y altanero.

—¡Padre! Vos no sabéis de lo que es capaz el Baboso. Es un perverso, un demente sexual, por eso escapé a Castilla.

—¡Basta! ¡Estáis peor de lo que pensaba! Lo mejor será que entréis en un convento. De momento idos a Valladolid. Ya os avisaré.

—¡Me queréis meter a monja, como la primera mujer del Baboso, la desgraciada María Teresa de Portugal! ¿No veis que yo no tengo culpa de nada?

—¡Callad! Nos hemos hablado, sois mi hija. ¡Obedeced! — exclamó el rey, tras lo que la dejó sola y resignada con su futuro.

- Días más tarde subieron a doña Berenguela en un coche de caballos y la trasladaron a la ciudad de Valladolid. La niebla cubría los extensos campos con su blancura. El intenso frío pellizcaba las orejas y las narices de la infanta y se colaba por el grueso tejido de su capa. Tenía los pies helados. Los copos de nieve empezaron a caer blandamente sobre el suelo. La tristeza del duro invierno oprimía el corazón de la desdichada. El coche de caballos iba dejando tras de sí la meseta y enfilaba el sinuoso y oscuro camino de herradura de una loma cuajada de espesas encinas cubiertas de nieve. En Valladolid la princesa debía esperar las noticias de su padre y que le indicase el convento en el que tenía que entrar a profesar. Se sintió culpable de haber roto su matrimonio. Lamentó no haberse despedido de su hermano Enrique y de su madre Leonor.

En el coche la acompañaban sus cuatro hijos pequeños, puesto que el mayor había quedado en León. También iba su siniestro consejero, Garci Lorenzo, alto, delgado, con la cara chupada y una cicatriz en una de las mejillas. Doña Berenguela, salvo en casos extremos, era incapaz de tomar decisiones por sí sola. Había sido educada para tener siempre a un hombre a su lado que la aconsejase y guiase. Su confesor y hombre de confianza hacía tiempo había marchado a peregrinar a Jerusalén y no había vuelto.

El rey, demasiado preocupado en la deshonra de su hija, no se dio cuenta que una amenaza se cernía sobre Castilla. Fray Raymundo estaba intrigando junto a la casa de los Lara. El trono peligraba.

- Mientras, en los establos de un caserío de la localidad de Portilla de la Reina de León, rodeado por una pradera cubierta de escarcha, y circundado por fragosos bosques de encinas, pinos, tajos, robles y castaños, bañados por las aguas del río Yuso y situados entre cuatro peñas, estaba todo preparado para celebrar una boda.

La zona era rica en vegetación y agua, que provenía de los cercanos Picos de Europa, cubiertos por la nieve. El ambiente estaba lleno de la suave fragancia y de la dulzura y grata tibieza de un airecillo fresco templado por el sol. Había amanecido un día sin nubes. Un grupo de gaiteros debía amenizar la velada. Estaba todo a punto. Los padrinos, el cura, la lumbre alimentada con una gran provisión de leña de carrascas, los invitados, las mesas con vino, hogazas de pan, carne de cerdo salada, una olla de

verduras, así como varios cochinillos y dos corderos, que debidamente empalados se asaban lentamente sobre unas brasas en el exterior de la edificación, despidiendo un aroma irresistible. El hambre acuciaba, los invitados se impacientaban. Aquellos que debían venir se estaban retrasando.

En las profundidades del bosque se produjo un súbito temblor. El persistente graznido de los grajos cambió por el insistente galopar de caballos. Al rato, en la tupida floresta de robles y encinas, aparecieron los caballeros que habían estado esperando. Era el séquito real del rey de León apodado el Baboso.

Venía a reclamar su «derecho de pernada» o «derecho de la primera noche». Al principio de su reinado este rey era temido por sus desmanes. Sin embargo, a medida que fue envejeciendo, y desde la anulación de su último matrimonio con doña Berenguela, se había vuelto un ser grotesco, objeto de mofa, burla y estima por parte de sus súbditos.

El rey, demasiado grueso para subir a un caballo, iba en una silla de manos portada por cuatro corpulentos negros. Vestía a la moda oriental, con sedas y brocados, y llevaba collares y anillos.

Los súbditos que antaño lo recibían con temor y odio ahora lo recibieron con aplausos. El rey bajó con dignidad del baldaquino. Los anfitriones ya le tenían preparado el vino y un cortejo de mujeres vestidas a la romana, que danzaban en su honor, mientras le iban dando vino. Vestían con trajes ceñidos y escotados.

El rey, borracho, intentaba perseguir a las bailarinas y palpar sus carnes. El pueblo reía y los validos de la Corte miraban la escena complacidos. Les interesaba tener al rey distraído, para evitar que tomase ninguna decisión.

Tras el baile, y cuando el rey ya estaba lo suficiente mareado, le presentaron a la feliz pareja que se iba a casar. Previamente habían sustituido a la doncella por una prostituta de grandes pechos, con afeites en la cara y bermellón en los labios. El rey miró aquellos pechos y desapareció con la prostituta por los aposentos del caserío.

La actitud del rey de León fue contestada con vítores por el pueblo, que amaba a su monarca, pues su mujeriego reinado era de paz engendradora de prosperidades.

CAPÍTULO XIII. CONSTANZA Y DON JOSÉ DE AZAGRA

Unas semanas más tarde, los tres héroes salían del palacio de Dalmacio Creixell montados a caballo. Los primeros días de su estancia en Barcelona, la presencia de los caballeros fue silenciada por las autoridades, pero la noticia no tardó en extenderse por la ciudad y pronto fueron aclamados por toda la población.

La multitud se agolpaba en la calle Montcada para verlos salir. A lo alto de las casas, y entre la ropa tendida de los balcones, los vecinos les tiraban flores. La calle era estrecha y se hacía difícil transitar por ella. Las mujeres alzaban a sus hijos para que tocasen a los caballeros. Los muchachos acariciaban a los caballos de sus héroes. Ropa tendida en los balcones, gente entusiasta. Ellos saludaban agradecidos. Cabeza Brava iniciaba un trote airoso y hacía que su caballo se elevase sobre las patas traseras, encandilando a las mujeres. Sin embargo, cada día el número de personas que los esperaban era menor. Ese día cruzaron por la calle Montcada y enfilaron por la calle Princesa.

—¡Uff! Pronto no nos va a recordar nadie —dijo Cabeza Brava con pesar.

—Ya sabéis, la gloria es efímera, amigo mío —respondió Dalmacio Creixell con una sonrisa.

Se pararon a la altura de la plaza del Ángel, para dejar paso a una cortesana. Iba cubierta por un velo y vestía una túnica de color azul pálido, con ceñidor recamado de oro y piedras preciosas. Le acompañaba su comitiva de pajes y dueñas. Sus hermosas y esbeltas líneas delataban una doncella principal. Se oyeron los crujidos de unas ruedas. Un carromato se abalanzó sobre la doncella. La muchacha, viéndose incapaz de reaccionar, gritó. José de Azagra hincó los talones a su montura, que tomó la carrera, y justo antes de la colisión pudo arrancar a la doncella del suelo, recibéndola en sus brazos. La apretó fuertemente contra su pecho y, cuando la tuvo fuera de peligro, lleno de curiosidad le alzó el velo que la envolvía y descubrió, asombrado, la maravillosa belleza de una joven, que no contaba más de diecisiete años de edad. Tenía la tez blanca, el pelo rubio y la boca describía una deliciosa curva que escondía una maravillosa dentadura del color de la nieve. Sobre el pecho llevaba un broche

con el símbolo de David que sujetaba un manto de terciopelo azul que hacía juego con sus ojos. Ella lo miró con ternura, le sonrió y le dijo:

—Gracias, mi salvador. —Tras lo que se desmayó.

Si deliciosa era la hermosura de la dama, todavía más hechicera y deliciosa resultaba su voz, que tenía el timbre propio de la caricia. José de Azagra tuvo un estremecimiento. Instintivamente besó la frente de la princesa. Fue un momento fugaz y hermoso, en que el mundo pareció desaparecer. Jamás sintió tanta dicha.

El séquito de la dama lo rodeó. El caballero, todavía confuso y aturdido, entregó el cuerpo de la doncella todavía inerte a su séquito de pajes y doncellas. Eran judíos. Raza execrada y miserable para los señores de Albarracín. Sus prejuicios pudieron más que sus sentimientos. Se giró buscando a sus compañeros, que estaban al lado de la carreta.

—Creo que esta carreta iba dirigida a nosotros —dijo Dalmacio Creixell, examinando el corte de las cuerdas que sujetaban la correcha.

—¡Voto va! Esta es la segunda vez que nos intentan asesinar.

—Habremos de extremar las precauciones —respondió Dalmacio Creixell.

José de Azagra no contestó. Necesitaba saber quién era la joven que había salvado. Recordó el momento en que la besó. Tuvo un sentimiento de felicidad.

—Os vemos muy callado —dijeron sus amigos con chanza.

—Quizás sea por esa mujer —respondió con una sonrisa José de Azagra.

—Ya sabéis que no me gustan estas cortes tan grandes. Hay demasiadas mujeres —respondió Cabeza Brava.

—¿Y qué os han hecho las mujeres?

—Son instrumentos del diablo.

—No todas. Algunas son buenas y hay en el cielo santas muy santas —dijo José de Azagra.

—Serán las menos. Por regla general son malas. ¿Para qué creéis que se componen y se adornan con joyas y se visten con trajes lujuriosos? —argumentó Cabeza Brava.

—Para estar más bellas —respondió Dalmacio Creixell.

—Exacto. Para aumentar el señuelo de esta belleza que es la tentación y perdición de los hombres. Hasta de los más cabales —volvió a insistir Cabeza Brava.

—Sea como sea, tenemos un secreto que guardar, y mejor no nos dejemos engatusar por las mujeres —replicó Dalmacio Creixell.

—Esto no te pasará a ti, Dalmacio. Eres frío como un témpano y duro como

una peña —sentenció Cabeza Brava con un ligero reproche.

Llegaron a la plaza San Miguel, donde había infinidad de paradas alineadas, con unos toldos y todo tipo de mercancías. Hacía frío, los comerciantes se abrigaban con pieles o intentaban calentarse con pequeños braseros. Se veían hombres y mujeres amasando pastas, partiendo leña, alimentando hornos con carbones, vacas rumiando delante del follaje, gallinas picoteando el suelo y niños harapientos ajenos al ajetreo de sus mayores, cuya suciedad y piojos no les hacía menos alegres y ruidosos. Llegaban las voces de los vendedores, ruidos de animales, rechinar de carromatos y tronar de yunques. Olía a sal, salmuera, especias y comida.

Los negocios iban bien, la ciudad era rica, aunque últimamente el trigo parecía escasear. Había gran cantidad de gente comprando. La multitud se apartaba al verlos. Ya no los iba a esperar a las puertas del palacio de don Dalmacio, pero aún eran famosos, cientos de chiquillos los seguían vociferando. El pueblo sonreía a los guerreros de Navas de Tolosa. Las jóvenes doncellas suspiraban por su juventud y gallardía. Los muchachos sentían la admiración hacia sus héroes.

La alegría se rompió tras la aparición de un grupo de curas que cruzaban vestidos de negro, seguidos de nobles y sambenitos, presididos por Fray Raymundo bajo palio. Los transeúntes se apartaron para darles paso. Los mercaderes pararon las ventas y los regateos. Se santiguaron.

Los chiquillos huyeron asustados.

Fray Raymundo vio a los tres caballeros, mandó parar la procesión y se dirigió a donde ellos estaban. Se detuvieron ante sus caballos; estos relincharon asustados.

—Buen Dalmacio. ¡Qué sorpresa! ¡Habéis vuelto! ¡Cuánto tiempo! Me han dicho que habéis logrado una gran victoria para la cristiandad.

—Creo que me habríais preferido muerto en el campo de batalla o en una de vuestras encerronas. En cuanto a la victoria, no fue para la cristiandad, sino para nuestros reyes —dijo mirando a sus dos compañeros. De todas formas, gracias —dijo Dalmacio con forzada cortesía—. Nobleza obliga. ¿Conocéis a don José de Azagra y a Cabeza Brava?

—¡Cómo no! Vos sois el conocido hijo del gran señor de Albarracín, vasallo de la Virgen María, y que os hayáis entre los dos reinos más fuertes de la península, Aragón y Castilla, como lazo de unión para ocultar resquemores, limar esperezas y estrechar amistades —le dijo a don José de Azagra con gran hipocresía, para

luego añadir con un deje no exento de ironía—: Y debéis mantener las piras de leña de los Pirineos.

—Veo que estáis bien informado —respondió el señor de Azagra, intentando esconder el desagrado que el fraile le provocaba.

—¿Y quién no? Vos siempre habéis mediado entre Castilla y Aragón. Y en cuanto a vos —comentó dirigiéndose a Cabeza Brava con un cierto desprecio—, me han dicho que sois un segundón sin fortuna y buscáis un empleo.

—No es tal —dijo reteniendo la ira.

—Yo os puedo ofrecer un cargo —respondió condescendiente.

—Señor, si buscase un empleo, ni por todo el oro del mundo trabajaría por vos —respondió altivo, al tiempo que espoleaba su caballo y marchaba, no sin antes despedirles con un «¡Con Dios!».

José de Azagra también espoleó su caballo y siguió a su compañero. Tampoco le gustaba ese cura. Fray Raymundo cogió la brinda del caballo de Dalmacio Creixell, al tiempo que le decía:

—Mejor que os vayáis de Barcelona.

—¡Voto va! Nos iremos cuando queramos —replicó, orgulloso, Dalmacio Creixell.

—Como queráis, pero habéis de saber que ha llegado doña Brianda Rodríguez —dijo el fraile con maldad.

—¡Idos al diablo, sucio fraile! —respondió dolido, al tiempo que liberaba la brinda y espoleaba su caballo.

Dalmacio Creixell se reunió con sus compañeros a la altura de la plaza de San Justo y Pastor. Se sentían violentados por la actitud del fraile. Habían estado a punto de desenvainar sus espadas

—¡Uff! Yo no aguantaré mucho en esta ciudad. En las batallas tienes el enemigo de frente. En cambio, aquí parece que todo el mundo sea tu enemigo —dijo Cabeza Brava.

—¡Bienvenido a la Corte! —exclamó Dalmacio Creixell.

—Ese hombre es la peste —dijo José de Azagra.

—No entiendo lo de las piras de leña. ¿Qué quiso decir el fraile? —preguntó Cabeza Brava.

—Es un juramento antiguo. Con la invasión de los árabes, los reyes cristianos de la península situaron en las montañas unas piras de leña con las que anunciar invasiones musulmanas y solicitar ayudas. Todos los reyes juraron ayudarse mutuamente y la forma de materializar la solicitud de ayuda eran las piras.

Encargaron al señor de Albarracín para que las mantuviera. Por ello los señores de Albarracín tenemos paso franco por los distintos reinos para mantener las piras. Y si un rey pide ayuda, los otros debemos ayudarlo. La última vez que se utilizaron fue en la batalla de Navas de Tolosa.

—¿Y si los reyes no responden a la llamada? —volvió a preguntar Cabeza Brava.

—Debemos —dijo sin dar lugar a replica—. Fue un juramento hecho ante el Dios de los cristianos por los primeros reyes de la Reconquista. Si uno no lo hace está faltando a su juramento y a su honra.

—¡Voto al diablo! Pues el Baboso no respondió a la llamada de Navas de Tolosa —recordó Cabeza Brava.

—Ese es un caso aparte—dijo José de Azagra, dolido.

—Lo que no entiendo es por qué el fraile lo ha mencionado justo ahora —comentó Dalmacio Creixell.

Los tres caballeros cruzaron delante del palacio de los Nas, donde estaba la mancebía de la ciudad, al lado de la calle de los calceteros. Las mujeres, pintadas de bermellón y con los pechos ajustados en estrechos corpiños, los saludaban desde el balcón.

—Uff, eso es muy duro para mí —dijo Cabeza Brava—. Sabéis que por culpa de la guerra hace seis meses que no he fornicado con ninguna hembra.

Sus dos compañeros sonrieron.

—¿Acaso nosotros hemos tenido más suerte?

—Pero vosotros sois virtuosos —replicó Cabeza Brava.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué tiene que ver la virtud con la necesidad?

Una melodía interrumpió la disputa. Se fue haciendo más fuerte. Era una canción árabe arrullada al compás de una pandereta.

Fueron hacia donde salía la melodía. Vieron un círculo de curiosos; se acercaron. En medio de ellos una bella muchacha árabe, alta y con una larga cabellera negra bailaba al ritmo de una pandereta. Cabeza Brava se la quedó mirando.

—¿Quién es? —preguntó a uno de los espectadores.

—Es una árabe de nombre Nur. Hace unos días que ha llegado. Dicen que era la mujer más bella del harén del califa de Mallorca y escapó huyendo a Barcelona.

Cabeza Brava la volvió a mirar. Sus ojos se cruzaron con los de la bailarina. Nur lo vio; él solicitó, demandando. Ella entendió, sonrió y continuó bailando.

El caballero la siguió con la mirada. La suave melodía se fue haciendo más fuerte. Nur se empezó a mover poco a poco, con suavidad, despacio, indolentemente, como la madrugada de un día de verano, para posteriormente alzarse e iniciar un rítmico movimiento con las manos y los pies. La música se volvió más fluida, los pasos más firmes. Era la luz del mediodía, el cénit de un baile, de desamor, perfidia y orgullo.

Sus sentimientos explotaron. Cabeza Brava sintió la necesidad de abrazar a la bailarina. Se encontró preso por esa danza. Nur lo notó, conocía a los hombres. Cabeza Brava siguió solicitando con la mirada, ella respondió con la callada arrogancia y el mudo desdén.

La música llegó a su fin. Nur dio una vuelta alrededor del círculo de curiosos y con la mano derecha, en un descuido calculado, dejó ir una de las porosas sedas en el sorprendido rostro de Cabeza Brava. Este sintió cómo se le inflamaban los instintos.

La bailarina salió del círculo que la rodeaba, se alejó un poco, miró con profundidad y lascivia a Cabeza Brava. Éste se dejó llevar por sus instintos y la siguió. Ella se perdió por uno de los callejones.

—¡Prestad atención, no sea una emboscada! —exclamó José de Azagra.

—¡No tengáis cuidado! —le respondió Cabeza Brava sin escucharlo. Podía más su atracción sexual hacia la bailarina.

La persiguió por las callejas, él ignoraba a dónde lo llevaba. Al rato, en un callejón apartado, ella se giró e hizo que el caballero se detuviera. Nur tenía una mirada de resignación triste y dulce, mezclada con algo de dicha y de ternura. Agarró la mano del caballero. De sus ojos brotó una mirada lánguida. Supo aprovechar la situación y con sumo cuidado le dijo al caballero unas palabras llenas de estudiada dulzura. Sabía cómo engatusar a los hombres. Le acarició el rostro. Él no estaba para preámbulos. Le soltó la mano para inmovilizarle la cara y besarla con furia. «Despacio», le dijo Nur, al tiempo que él se quitó la cota de malla y las prendas. Ella también se desvistió. Estaba preciosa; su piel tersa, sus suaves líneas, la juventud. Él la deseaba, besó sus pechos y le mordió los pezones.

La musulmana notó su miembro recto y duro cerca de su pubis. Él la miró complacido y la empezó a penetrar con un ritmo lento. Ella cerró los ojos. Le agradaba sentirse poseída e instintivamente lo abrazó más. Nur notaba su pelvis recibiendo el sexo del caballero. Se unió a él, gimiendo en voz alta. Él se retiró suavemente y volvió a colmarla muy despacio. Ella quería más. Sus dedos

encontraron el camino hasta su pelo sedoso y rebelde, mientras él seguía moviéndose muy despacio, dentro y fuera, una y otra vez...

—Más rápido, más rápido, por favor —repitió la bailarina totalmente excitada.

El caballero bajó la vista, la miró triunfante, la besó con dureza, y luego empezó a moverse con furia, castigador e implacable. Adoptó un ritmo palpitante. Nur empezó a acelerarse, sus piernas se tensaron. Gimió. Estalló de forma escandalosa y arrolladora, al tiempo que él seguía dándole. Él se corrió en su interior; su miembro se volvió flácido.

—¡Uff! Moza, qué bien has estado. Me he de ir, mis amigos me esperan —dijo sonriendo.

Una vez vestido se giró y le dio una moneda de oro. Nur seguía desnuda. Cabeza Brava notó que se le volvían a inflamar los instintos. Sus amigos lo aguardaban.

El Golem, desde lo alto de la catedral de la Seu de Barcelona también la contemplaba. Una lágrima cayó de sus enormes ojos oscuros. Quizás porque nunca fue capaz de amar... Tal vez porque nunca fue capaz de estar a solas con una mujer... Llevaba una muñeca entre las garras.

- Cabeza Brava volvió, satisfecho, a donde estaban sus amigos, que lo esperaban entre chanzas y risas.

—Venga, conquistador, ahora ya no podrás decir que llevas meses sin estar con mujer alguna —dijo José de Azagra.

—No y a fe de Dios que era buena. Si no llega a ser por vosotros fornicó con ella otra vez.

—Gracias, semental, por tu consideración hacia tus amigos—respondió sonriendo Dalmacio Creixell.

Los tres jinetes cruzaron el segundo recinto amurallado por la puerta nueva, con casas porticadas y un callejón con arco. Y llegaron a la plaza de San Agustín, que separaba el lugar donde residían los judíos mediante un puente llamado el Pont d'en Campderá.

—En otros tiempos estas puertas se cerraban por la noche y solo se permitía salir a los hebreos durante el día.

—Pobre gente —dijo Cabeza Brava

—¿Qué decís, amigo? Tendrían que estar agradecidos porque se les dejan vivir aquí —añadió José de Azagra.

—Nada es gratis. Ellos han de pagar impuestos al reino y salen muy rentables —añadió Dalmacio Creixell.

—Aun así, seguro que hacen lucrativos negocios a costa de los cristianos —añadió José de Azagra, sin dar lugar a la réplica.

Cruzaron el puente y sortearon el laberinto de escusados callejones hasta llegar al centro del barrio judío. Sus habitantes vestían túnicas orientales y turbantes amarillos, se respiraba una sensación de inquietud. La gente se escondía al verlos.

—¡Uff, qué peste! Aquí todo son acequias y *recs* a campo abierto —exclamó Cabeza Brava.

—Es el malsano olor de los judíos —dijo José de Azagra cubriéndose la nariz. Sus amigos no le respondieron, no podían hacer nada ante su clara animadversión a los judíos.

Los tres caballeros se extrañaron al ver que en todas las puertas de la judería había símbolos judíos rotulados en rojo. Parecían hechos con sangre. Al paso de los caballeros se cerraban esas mismas puertas con pasadores y cerrojos. La comunidad judía tenía miedo al Golem y a la presencia de cristianos en su gueto.

Los caballeros estaban intranquilos, sentían la necesidad de dejar el barrio, cuando vieron a una vieja en una de las esquinas que jugaba con una baraja. Largas greñas entrecanas, hirsutas como cerdas, le encuadraban el rostro de líneas acusadas, casi anatómicas. Cubría el cuello con un pañuelo rojo. Era la única persona en un barrio que se había quedado vacío.

—¿Juegan ustedes al tarot? —les preguntó la vieja.

—¿Al tarot? ¡No! Por supuesto —respondió José de Azagra. Aun así, se acercó a la vieja. Tenía una curiosidad que rayaba la superstición.

—Saben que el tarot tiene veintiún personajes, tantos como letras tiene el alfabeto hebreo. Estas cartas muestran imágenes, que son claramente símbolos: el loco, la muerte, el demonio, el juicio final... ¿Quieren que les lea el futuro?

—¡Seguid! —dijo Cabeza Brava, ante las reticencias de José de Azagra y Dalmacio Creixell.

—Os echaré las cartas, pero antes debéis cortar la baraja. Cabeza Brava hizo lo que le dijo la anciana. Esta escogió cuatro cartas y las puso sobre la mesa. Luego la vieja, con una mano arrugada, las fue descubriendo una a una.

—Vamos a ver... La muerte, pero he aquí el comodín y el sol: la resurrección. Ello significa el Golem —dijo un tanto asustada—, del que se dice que, igual que fue a la tumba incorrupto, así resucitará en el Día del Juicio Final.

Se miraron los tres caballeros con sorpresa. No sabían de qué hablaba la anciana.

—Nuestras abuelas dicen de él que vive por debajo de la tierra en una habitación sin puertas ni ventanas, desde la cual es imposible entenderse con los hombres. Debéis buscar al elegido. Él ya os ha encontrado.

—¿Qué tenemos que ver nosotros con ese monstruo y con el elegido? —preguntó Dalmacio Creixell.

—Eso no lo puedo decir yo. Las cartas han hablado.

—¡Voto al infierno! ¡Mentís, bruja! —dijo Cabeza Brava desenfundando la espada.

—Penetraréis en corredores tenebrosos de los que nadie ha encontrado la salida —siguió diciendo la anciana, ajena a la actitud de Cabeza Brava.

—¡He dicho que calles, vieja! —exclamó, al tiempo que se veía rodeado por varios comerciantes judíos que habían salido de la nada y tenían una actitud amenazante hacia los cristianos.

—Venga, señores, vámonos —dijo José de Azagra, al tiempo que le daba una patada a la mesa y volaba la cuarta carta, con la imagen donde un hombre colgaba de una cuerda entre el cielo y la tierra; la cabeza hacia abajo, los brazos atados a la espalda y la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, a modo de cruz, sobre un triángulo invertido.

—¿Vos qué veis? —le preguntó Cabeza Brava a la anciana con temor.

—Eso es el mal. Id con cuidado amigos, serios peligros os acechan —respondió la vieja para luego añadir, dirigiéndose a José de Azagra—. Y vos, caballero, no os cerréis al amor venga de donde venga. Pensad que los judíos también somos humanos.

José de Azagra simuló no oír las palabras de la vieja. ¿Cómo un Azagra podía enamorarse de una judía? Eso era absurdo.

- Los tres caballeros se apresuraron a salir del barrio judío. Querían olvidar el incidente con rapidez. Cuando llegaron a la plaza conocida como el Salón de San Juan, vieron gran cantidad de gente y guardias dispersando a

la multitud. Les informaron de que habían descubierto el amarillento cuerpo de un mozo joven colgado de una cuerda cabeza abajo, su rubia cabellera teñida de rojo, los brazos atados a la espalda y la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, a modo de cruz, sobre un triángulo invertido. Estaba rodeado de moscas, llevaba un cinturón metálico dotado de puntas atado firmemente al muslo, dando lugar a heridas desde donde manaba una sangre espesa, que estaba encharcada en el suelo.

Vieron a los lejos al príncipe Hayzam, Dalmacio Creixell se avanzó a su encuentro.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, al tiempo que el otro le indicaba el objeto metálico que llevaba el cadáver:

—¿Sabéis que es ese objeto? —preguntó el príncipe Hayzam.

—Pienso que un cilicio, pero no puede ser, eso solo lo llevan las ordenes monásticas

—Exacto. Es un accesorio utilizado para provocar deliberadamente dolor o castidad, emulando el padecimiento de Cristo en el Calvario. Y además la víctima está girada cabeza abajo. No hay duda. ¡Es la cruz del diablo! —dijo con pesar.

En ese momento apareció Fray Raymundo rodeado con un grupo de frailes y con un calculado fingimiento se arrodilló, cogió un trozo de tela azul del desgarrado traje del doncel y, mojándolo en sangre, lo alzó y manifestó ante el público:

—¡Es señal del demonio, el demonio está en nuestra ciudad! Es de justicia intervenir cuanto antes y acabar con esa raza judía que mató a Cristo.

Los reunidos empezaron a rumorear en contra de Hayzam

—Mejor os vayáis —le aconsejó Dalmacio Creixell a Hayzam, temiendo la reacción del pueblo.

Los tres caballeros se miraron. Quizás el augurio de la anciana judía estaba en lo cierto.

CAPÍTULO XIV. BRIANDA RODRÍGUEZ, MADRE DE HERNÁN

La vida de Hernán había sido un caminar alegre por sendas de flores, sin que las preocupaciones del mañana enturbiasen sus sueños. Hasta que al fin la realidad, con un golpe terrible, lo había puesto frente a la vida, desarmado y débil. Aquello no era una escuela. No se pretendía educar a los alumnos, sino que se les inculcaba la lealtad al líder. Este estaba por encima del bien y del mal, y sus decisiones eran infalibles.

Siempre que podían Hernán y su compañero Pablo se aventuraban por los pasillos del monasterio en busca de una salida que les permitiese acceder a la libertad. Pero con el tiempo, Pablo cambió. Renunció a escapar. Prefirió la sumisión. Hernán se compadeció de Pablo, pero él no iba a decaer en su intento. Debía huir.

Las raciones cada día eran más escasas. La disciplina muy dura. En clase siempre tenían el cuerpo curvado sobre los pupitres, forzados a no hablar, no moverse, permaneciendo como esfinges petrificadas. Los frailes habían hecho de ellos unos autómatas. Eran incapaces de pensar por sí mismos.

Todas las mañanas se rezaba una acción de gracias por Fray Raymundo de Peñafort. Él los cuidaba, los alimentaba y les daba techo. Y por la gracia de Dios era el abad del monasterio y el escogido para regir las riendas de su destino.

Un día el profesor les preguntó de dónde venía la educación. Hernán, harto de ese ambiente, de esa soledad, contestó recordando a aquellos monjes que se desvivían por sus alumnos en San Juan de la Peña, que según Platón y Aristóteles educar era atreverse a pensar en libertad, volar y arriesgarse, ser capaz de razonar por uno mismo sin tutores ni muletas.

El cura lo miró con desprecio.

—Veo que no solo leéis libros prohibidos, sino que además adolecéis del pecado de la soberbia, y eso lo hemos de cambiar.

Llevaron a Hernán a una sala sin ventanas presidida por un crucifijo enorme de un Cristo agonizante. Lo dejaron en la semioscuridad de una vela que apenas alumbraba. Lo hicieron esperar. En la soledad de la estancia el muchacho sufrió la horrible angustia de la espera de un castigo. Cuando su mente estaba a punto

de estallar por la incertidumbre, se oyeron los estridentes pernios de una puerta que se abría. Entró un fraile alto, huesudo, un poco encorvado y de grandes orejas. Hernán tuvo miedo. Creyó que era la muerte que lo había venido a buscar. Luego advirtió que era Fray Raymundo de Peñafort. Este lo miró con severidad. Hernán temió lo peor. Así estuvieron un rato de silencio, de terror, hasta que el cura se decidió a hablar:

—Os parecéis a vuestra madre —dijo con seriedad.

—¿Pero vos sabéis? —preguntó, sorprendido.

—¡Callad! ¡Aquí solo hablo yo! —exclamó con severidad—. Sois orgulloso y soberbio como vuestro padre, y esa educación que os han dado en ese monasterio de campo. ¡Merecéis una sanción que doblegue vuestra rebeldía!

Lo castigó a fregar el suelo del monasterio de rodillas y con un paño durante una semana. Sus compañeros se rieron de Hernán. Un día el judas negruzco, grandote, malcarado, tosco, escupió el suelo donde fregaba, y lo insultó. Hernán soportó la afrenta. Pablo no lo ayudó, se reunió con los otros a reírse de su antiguo amigo.

Hernán, acostumbrado al cariño de la gente y al afecto, se iba apagando poco a poco como una flor que se marchita por falta de la luz del sol. Su alegría murió y su sonrisa se volvió amargada, triste y pálida. Se desmoronó, era una persona enferma. Apenas lograba conciliar el sueño y buscaba y no encontraba el anhelo de su madre. Era como si Dios lo hubiese abandonado.

Un día un chiquillo fue azotado con severidad en el patio del convento, pues había intentado robar comida de la cocina. Las raciones eran escasas. Se decía que era para incentivar el intelecto de los alumnos. Mientras los frailes no cesaban de comer. Lo que era válido para ellos no lo era para sus pupilos.

El mismo día que azotaban al chiquillo un ciempiés ascendía por la pared de las habitaciones de los alumnos. El insecto detuvo su cuerpo amarillo, alargado y estrecho. Con las patas delanteras empezó a restregarse las antenas y su esquelética mandíbula. Los muchachos observaban con apetito a su presa. Uno de ellos avanzó su mano para cogerlo. El animal escapó, raudo, por entre las hendiduras de las piedras.

Los internos llevaban en la cara el estigma del hambre, del insomnio y del miedo. Los únicos motivos que ayudaban a Hernán a no sucumbir eran el recuerdo de su madre y el ansia por descubrir la causa por la que Fray Raymundo parecía conocer a sus padres. Una fría mañana de enero, festividad de los padres dominicos, los reunieron en el patio del monasterio cubierto de nieve.

El frío era intenso. Fray Raymundo, cubierto de pieles y al abrigo de un brasero, les dio un sermón de más de una hora que finalizaba:

—Estáis aquí para convertirlos en superhombres. En este convento os extraeremos el alma para volvéroslo a introducir. ¡Seréis la envidia del mundo!

Hubo una fuerte ovación. Hernán también aplaudió de forma automática, sin saber por qué. ¿Qué hacía él allá en medio? No tenía a ningún amigo dentro del monasterio. Ni siquiera Pablo le dirigía la palabra. Era extraño. En Aragón era el amo del monasterio y aquí el ambiente era extraño y parecía no conocer a nadie. Sentía que su autoestima iba disminuyendo día a día, este ambiente lo anulaba. Y al final caería.

Esa noche Hernán se escapó a aquellos solitarios y fríos corredores que conocía tan bien. Buscaba una salida a la libertad. Pablo lo siguió con la mirada.

Hernán llegó a aquella estancia en lo alto de una torre que lo tenía tan intrigado. La puerta estaba entreabierta. La empujó y accedió a una gran estancia circular, con altos ventanales abiertos a la brisa del mar y al graznar de las gaviotas, desde la que se vislumbraba toda Barcelona. Se quedó boquiabierto, contempló la tranquila inmensidad del azul del mar, las barcas regresaban de la pesca, moteando el mar con la blancura de sus velas latinas. Una vez en la playa los hombres, con el agua hasta la rodilla, empujaban los botes hasta encallarlos en la arena. Las mujeres se arremolinaban alrededor de las barcas recién varadas para recoger en grandes canastas el pescado. Hernán, desde su posición, se imaginaba los gritos de alborozo y las exclamaciones de alegría.

Luego se giró, vio la vega verde sembrada de casitas y de huertos, donde árboles y cultivos recibían el calor de sol, y a lo lejos las montañas de Collserola cubiertas de encinares y pinos. Se entristeció. Si pudiera contactar con los caballeros que conoció en Collserola...

En medio de la estancia había una pira donde ardían unas brasas. Era la luz que veía por la noche y atemorizaba a los alumnos. No era cosa de Dios, sino de los hombres. Rodeando la cámara se habían dispuesto arcones en los que se guardaban los leños.

Hernán estaba tan absorto que no vio a una mujer bellísima que lo miraba de hito en hito con los ojos llenos de pasmo. Era doña Brianda que lo contemplaba atónita, como si se tratara de una aparición. Sorprendentes reminiscencias traían a la mente de la castellana el increíble parecido de Hernán con el hombre que ella tanto había amado. Recordó a aquel niño que dejó abandonado en una posada. Recordó sus manitas, su dulce sonrisa... Pero no era posible, no podía

volver a aparecer ahora que sus desvelos estaban a punto de coronar el triunfo. Cuando Hernán, sobresaltado, la descubrió, ella se llevó el dedo índice a los labios, en señal de silencio. Su belleza era serena, pero había algo de trágico en ella.

Se oyeron los rumores de unos pasos. La mujer le indicó con signos que se fuera a esconder detrás de uno de los arcones. Acompañó sus movimientos con una ternura verdaderamente maternal. Ese muchacho era aquel bebé que abrazó un día y besó con, infinito cariño. Una madre no se equivoca nunca. Debía protegerlo; aun así, ella debía seguir con sus proyectos.

Varios monjes se precipitaron en la estancia junto a Pablo. Se sorprendieron al encontrar a la dama.

—Doña Brianda —dijo uno de ellos—. ¿No habéis visto a un mozalbete?

—No. Aquí, como podéis ver, solo estoy yo.

—Pero... nos había dicho... —añadió señalando a Pablo.

—Señores ¡Me insultáis! ¿Acaso dudáis de mi palabra? —respondió altiva.

—¡Voto va! ¡Jamás! Os ruego que nos perdonéis —dijeron, al tiempo que inspeccionaban con la vista la estancia. El monje abofeteó a Pablo, recriminándole haber dado una falsa noticia y anunciándole un castigo terrible. Una mirada de terror aleteó en los ojos del muchacho. La mujer salió con los monjes, pero antes sus ojos se cruzaron con los de Hernán. Ella le sonrió con una ternura amable y buena, no exenta de temor. Él se apaciguó. Esperó un rato que se le hizo eterno, y volvió al patio del monasterio, donde se cruzó con Pablo. Este tenía la cara demacrada. Lo habían atizado con un látigo de cuero rematado con clavos de plomo hasta dejarlo al borde del desmayo. Sintió un profundo odio hacia Hernán y le preguntó:

—¿Has ido al torreón?

—¿Al torreón? —preguntó Hernán.

—¡Engendro del diablo! ¡Niñato de pueblo! No me vengas con excusas. Sé que has estado ahí. Por tu culpa me han castigado —exclamó, enojado.

—¿Sabes? —le respondió—. Eres un mal nacido.

—Y tú un huérfano de mierda —le devolvió el insulto en donde a Hernán más le dolía. Este no se pudo contener y le dio una bofetada en la cara. Hernán era más fuerte que él y además Pablo estaba débil por la paliza que le habían dado.

—Me las pagarás —dijo con ira, poniéndose una mano en la mejilla dolorida.

Hernán había roto su sumisión, su suerte en la catedral-monasterio estaba echada. O se rebelaba o moría.

Esa noche, mientras Hernán dormía, notó que una mano extraña se colaba con sigilo de reptil por entre las sábanas de su cama y le acariciaba la entrepierna. Hernán sintió sorpresa y timidez a la vez, notó cómo su miembro se iba endureciendo, soñó con aquellas mujeres que veía desde la torre. Abrió los ojos y vio que la mano pertenecía a aquel judas que lo había insultado.

Por un momento dudó. Tuvo miedo. Pero luego pensó en sus frailes, en sus compañeros del monasterio de San Juan de la Peña, pensó en su madre, que nunca conoció. Por él, por sus frailes, por sus compañeros, por su madre, le dio un manotazo que lo tiró al suelo.

—¡Por Dios que me las pagarás! —exclamó.

Debía huir, si no este ambiente lo iba a destrozar. ¿Pero cómo? Ya lo había intentado, pero los pasadizos no llevaban a ninguna parte. El monasterio quedaba cerrado como un castillo feudal. Aquella noche no durmió. Tenía la certeza de que a la mañana siguiente le esperaba algo terrible. Cuando amaneció en la enorme sala donde dormían se respiraba un silencio cortante y extraño. Miró a sus compañeros, lo rehuían. Estaba desconcertado y aterrado.

Fueron en fila a rezar los maitines.

—Silencio —dijo el cura—. Hemos de rezar una acción de gracias por Fray Raymundo de Peñafort—. Nadie se sentó a su lado. Todos se alejaban de él como si fuera un apestado. Algo estaba a punto de ocurrir.

Pensó en que aquel monasterio sería su tumba. Rezó por su alma. Cuando salieron al patio, los alumnos lo acorralaron. Entre ellos estaba Pablo.

Ese judas se adelantó y entre varios le dieron una paliza. Lo inmovilizaron, negándole la posibilidad de defensa. Se sucedieron las patadas y puñetazos. Al final, cuando Hernán ya no podía sentir más dolor, pararon. El zagal se sintió morir. La sangre corría por su boca, por su nariz, por el torso. Todo le dolía. No entendía tanta maldad. Los monjes miraban a los alumnos, complacidos. Le echaron la culpa a Hernán. Era una mala influencia para los otros muchachos. Era una manzana podrida, podía contaminar a sus compañeros. Era mejor aislarlo.

Lo llevaron, a través de unas escaleras alumbradas por teas resinosas que despedían un humo irrespirable, y lo lanzaron al suelo de un antro negro y espantoso, propicio a sumir en el horror. Aquella cárcel era un tormento infinito para su alma, deseosa de libertad, el suplicio de una cámara cerrada a toda luz de sol y de alegría que avivaba su desesperación.

Aporreó la puerta con insistencia, no podía aguantar más, estaba derrotado,

habían vencido su voluntad. Se echó a llorar. Al final el cansancio le pudo y se durmió.

- En el mismo monasterio de los dominicos, en un lugar secreto alejado de posibles indiscreciones, Fray Raymundo se reunía con Robert de Blasi. La estancia era muy húmeda, con formaciones verdes de moho por las paredes, donde el agua goteaba del techo y un pequeño ventanal angosto situado al nivel de las bóvedas intentaba purificar la atmosfera cargada y pestilente. Una tea iluminaba el negro techo de la sala.

—Habéis llegado pronto —dijo Fray Raymundo de Peñafort.

—Conozco todos los subterráneos de la ciudad. Me puedo desplazar con facilidad de un palacio a otro y de una iglesia a otra — le respondió el mayordomo real con su habitual tono afeminado.

—Bien decís. Me costó descubrirlo y creo que os enseñé bien. —El fraile conocía que bajo la ciudad de Barcelona había otra ciudad, bajo los cimientos de sus iglesias había otras iglesias subterráneas bajas, oscuras y ciegas cubiertas de pasillos y de misterio.

—¿Qué noticias me traéis?

—Tal y como me indicasteis, he repartido vuestro oro y he hecho correr el rumor de que la hambruna de la ciudad es culpa de los castellanos que han acaparado todo el trigo y no lo quieren vender a Cataluña.

—¡Dios sea loado! Todo sale según lo previsto. Me acaban de notificar que se ha recrudecido el conflicto entre Alfonso, el Gordo de Portugal y sus hermanas por la herencia de su padre. Debemos atizar el odio entre los príncipes portugueses e involucrar en él a León y Castilla. De esta forma evitaremos que Castilla apoye al rey de Aragón en un posible conflicto contra Francia.

—¿Cómo lo haréis, señor?

—¿Menosprecias acaso mis capacidades? No debéis olvidar que tengo a mi servicio a doña Brianda Rodríguez, amante de don Álvaro de Lara.

—Esa mujer es hermosa como ninguna, aunque las canas empiezan a cubrir su cabello. Pero debéis vigilarla. Antes fue la prometida de don Dalmacio Creixell.

—No tengáis cuidado, es una mujer ambiciosa, por dinero sería capaz de todo. Pero, aparte de tener amantes, un día también fue madre y eso me

preocupa. Por muy dura que fuera su decisión, al abandonar a su hijo, es posible que un día se arrepienta y la ambición no sea lo único que la mueva. Pero entonces podré chantajearla con la vida del niño que dejó abandonado.

—¿Su hijo es el chico que trajimos por medio de engaño del monasterio de San Juan de la Peña?

—Bien decís —dijo, orgulloso del plan que había trazado.

—¿Creéis que podremos doblegar la voluntad de ese chico? Tiene el carácter de su padre —objetó el mayordomo real con su tono afeminado.

—Ya lo he hecho, no os preocupéis, es bueno de corazón, necesita del cariño de los demás. Hará lo que le pidamos. Es incapaz de estar solo. Y en cuanto al resto de los chiquillos, ya sabéis que hay que seguir los planes, operar con poca gente en un terreno limitado. Hemos de concentrar nuestros esfuerzos sobre objetivos principales y dar directamente en el blanco, y para ello necesitamos juventudes bien entrenadas y con una fe ciega en lo que hacemos. Una vez las élites hayan actuado, el resto ya moverá las masas. El adoctrinamiento sigue su curso espléndidamente.

»Ahora idos y seguid suministrando mujeres jóvenes al monarca. Nos interesa un rey vencido por el vicio que no tenga la voluntad de volver con su mujer y su hijo. Y, lo más importante, que sea capaz de ejecutar lo pactado y echar fuera de palacio al príncipe Hayzam y desterrarlo a su judería, de donde no tenía que haber salido nunca.

• A media tarde, en el palacio real de Barcelona, el rey solicitó la presencia del príncipe Hayzam. Estaba a punto de comunicarle una decisión trascendental para el reino, movido por la influencia de su mayordomo, Robert de Blasi.

—Hayzam, amigo, venid a mi lado. Ya sabéis que mi amor por vos es tan fuerte y tan vivo como ese amor de ayer, y os pido, en nombre de ese amor, que me pongáis atención y no os toméis a mal lo que os voy a decir —dijo con voz paternal.

—Vuestras palabras no pueden herir a este seguro servidor vuestro. Seguid, señor. Os escucho con atención. —Esa fingida consideración le aterraba, su inteligencia le obligaba a fingir.

—Sin duda, conocéis que los estados del reino andan soliviantados contra

vos y vuestro gobierno —dijo recitando un discurso aprendido de antemano.

—¡Voto va! Pero esto son falsedades, meros rumores movidos por mis enemigos. ¿Acaso su alteza los cree?

—No, pero si ellos lo creen, mal es que yo no lo crea. Por eso yo os demando que os retiréis a la judería hasta que os vuelva a llamar. —El tono de la voz del rey se hizo más duro.

—¿Pero vos creéis que los estados cambiarán su opinión respecto de mí? —Sabía que si dimitía no lo iban a volver a llamar y necesitaba ganar tiempo.

—En efecto, la gente es mudable y los que hoy os odian, pronto han de solicitar vuestra vuelta. No os demoréis en darme vuestra dimisión, pues esto es lo que os cumple hacer y estad cierto que si no obráis como os digo, podrá venir una época en que, aun cuando lo quiera, no os podré socorrer —afirmó con severidad.

—Sí haré, jamás opuse resistencia a las decisiones del rey; si bien mejor terminen los festejos y los invitados se hayan ido de Barcelona. Ya sabéis cómo es la gente. Luego murmurarán en contra del reino —replicó Hayzam.

—Así haremos, pero cuando se hayan ido, fuerza es que os vayáis vos también. Esta será la postrera vez que me es dado avisaros que graves peligros os rodean —dijo dando el asunto por zanjado.

Se hacía evidente que en la Corte de los condes-reyes se estaba desarrollando una guerra encarnizada por el control del poder, avivada por las ambiciones, los odios y las conveniencias. Los espías pululaban en todos los circuitos políticos y religiosos de la ciudad. Las calles de Barcelona se habían vuelto muy peligrosas para los forasteros.

CAPÍTULO XV. EL TORNEO DEL BORNE

Las fiestas convocadas en honor a la victoria de las Navas de Tolosa no desmerecieron la fama de la ciudad de Barcelona, y así hubo refocilos populares, bailes en medios de las plazas, tablados donde los sotadores y juglares representaban sus farsas groseras, las tradicionales danzas de espadas de clara reminiscencia goda y los fuegos de artificio, por los que enloquecían las muchedumbres. Había abundancia de vino, leche y miel, reparto de blancas hogazas de pan y entrada libre en el campo de liza donde los caballeros bohordaban, corrían caños y sorteaban las dificultades de aquel entretenido juego de la sortija, tan en boga por aquellos días.

Serían las últimas fiestas en muchos años, tras las que la ciudad, alegre y confiada, estaría a punto de ser invadida. El punto álgido de los festejos serían el baile real y el torneo.

La tarde era serena y el cielo de un azul muy vivo. Las golondrinas habían vuelto a sus nidos desde la lejana África, anunciando la llegada de la primavera. En el paseo del Borne se sucedieron los torneos caballerescos. Se circunscribía al trayecto entre la calle de Montcada y la del Rec. Era el lugar predilecto de la nobleza para justas y torneos. La gente reía y disfrutaba, se engalanaban con lo mejor de su pobre vestuario y olvidaba sus miserias diarias.

El camino que conducía desde el palacio de Dalmacio Creixell hasta la plaza del Borne se encontraba cubierto por arcos de cedro y flores silvestres. La plaza estaba rodeada de tribunas con gruesos cortinajes, tenía el aspecto de las grandes solemnidades populares. A lo largo del recorrido hasta la plaza había bancas de tablas, en las que se apretujaban los artículos más variados, que eran publicitados con las vociferantes voces de los comerciantes. El sol calentaba lo suyo y en medio del griterío de los vendedores ambulantes había un mosqueo de risas y de charlas, un alborozo de saludos, un bullicio de mocedades que se encontraban, y en mitad del estruendo el fondo musical de los laúdes de los trovadores, los chistes de los sotadores y las cabriolas dislocadas y cómicas de los juglares.

Las tribunas de la plaza del Borne estaban llenas de gentes llegadas de otros lugares. Había sido anunciado por los pregoneros que tendría lugar la justa de caballeros. Estos venían armados como de costumbre, acompañados de sus escuderos y pajes. El gentío llenaba la plaza del Borne. El rey, acompañado de

los nobles y clérigos, ocupaba una tribuna. En la tribuna adyacente había la nobleza y los hombres ricos de la ciudad, destacando la silueta de una bella doncella vestida de brocado blanco y adornada con perlas.

En frente de la tribuna estaban Cabeza Brava y José de Azagra, quienes no podían dejar de contemplar a la dama cubierta con el velo, preguntándose si la conocían.

Los heraldos anunciaron que el ganador del torneo podría coronar a la «Reina del amor y la belleza». En ese momento la dama se levantó el largo velo brocado en oro, descubriendo una cara hechicera y hermosa. Don José de Azagra, al oír aquella proclama, y ver a la dama, olvidó sus reticencias, sintió que debía de participar en el torneo, y así se escabulló de donde los otros estaban.

Sonaron los tambores, dando comienzo a la contienda. Los cascabeles del bufón repiquetearon alegres, al ligero movimiento de la mano del rey.

Se sucedieron los combates entre los distintos caballeros, sonar de clarines y trompetas, los gritos del público y, cuando el torneo tocaba a su fin, el vencedor, para desespero del príncipe Hayzam era el caballero patrocinado por Fray Raymundo de Peñafort, que había hecho morder el polvo a todos los contrincantes que con él quisieron luchar. Los heraldos anunciaron que el vencedor estaba preso a combatir nuevamente con quien quisiera medir en armas el siguiente combate. La arena se llenó de los muchachos de la catedral-monasterio de Santa Catalina.

De repente apareció en la justa un caballero en un brioso caballo blanco, vestido con su armadura. El talante era gallardo, la celada le ocultaba el rostro y, a requerimientos del heraldo para que se identificase, respondió que tenía hecho el voto al Apóstol Santiago de no descubrir su rostro hasta que los moros no hubiesen abandonado definitivamente la península.

El guerrero solicitó permiso para luchar por la belleza de una dama y el mismo le fue concedido. Si vencía podría elegir a la «Reina del amor y la belleza», que había de coronarlo de laurel en premio de su victoria. Cabeza Brava percibió rápidamente que el caballo llevaba en las cinchas la imagen de la Virgen María, reconociendo a don José de Azagra en la persona que se escondía bajo esa armadura. Doña Constanza siguió los movimientos del recién llegado a la contienda con una apasionada ansiedad. Había algo en aquel caballero que la atraía como un secreto anhelo dictado por el corazón.

El rey mandó despejar la arena. Lanzó el guante al palenque y se reinició el torneo. Había una gran expectación, el combate se preveía encarnizado. El

silencio reinó en las gradas. Se prohibía, bajo pena de muerte, turbar a los combatientes hasta finalizar la contienda.

José de Azagra espoléó su caballo y, cubierto con su escudo en una mano y armado con la lanza en la otra, se dirigió hacia donde estaba su contrincante. Los dos se embistieron y las puntas de las lanzas aporrearon los escudos. José de Azagra vaciló en su montura. Se sostuvo y, tras otra acometida, cayó del caballo y besó el suelo. Constanza se levantó de su asiento, aterrada, previendo el fatal desenlace. Pero José de Azagra esperó astutamente a que su contrincante se dirigiera a él a todo galope. Con un movimiento rápido José de Azagra agarró la lanza de su oponente, la estiró con fuerza y tiró al jinete al suelo. El agredido se levantó dolorido. Se miraron frente a frente. Desenvainaron sus espadas. Se oyó el batir de hierros toledanos. José de Azagra, en un movimiento rápido, hizo saltar por los aires la espada de su contrincante, cayendo en la arena. Este corrió a buscarlo, pero Jaime se adelantó, llegó antes y alejó con una patada el arma de su adversario. Lo golpeó y este cayó definitivamente en medio del palenque.

En las gradas resonó un grito unánime. José de Azagra aguardó a que su adversario diese señales de querer continuar la batalla. No lo hizo. Entonces José de Azagra le puso la mano en el cuello y en todos los ámbitos de la liza estalló un aplauso. Los clarines y los timbales tocaron una marcha triunfal, mientras el caballero volvía a montar a caballo y daba una vuelta a la arena bajo el delirio de la multitud y la sensación de alivio del príncipe Hayzam, que veía al caballero patrocinado por su adversario vencido y humillado. Fray Raymundo y sus secuaces abandonaron el campo de liza a todo correr.

Cuando el caballero se acercó al pie de la tribuna del rey para solicitar de él la venia de nombrar a la «Reina del amor y la belleza», este accedió y le entregó la corona de laurel que debía dar a su amada. La expectación fue enorme cuando José de Azagra recogió la corona con la punta de la lanza. Todas las damas soñaban con el presente del gallardo caballero. Este se detuvo frente a la tribuna de Constanza y, sin vacilar un solo instante, depositó a los pies de la doncella la corona de laurel que le acababa de entregar el conde de Barcelona, que la proclamada la «Reina del amor y la belleza», y en el sonar de los tambores tuvo un sentimiento de suma dicha. La israelita miró al campeón del torneo con gran admiración, para descubrir con horror que del antebrazo del caballero, y por la parte externa de la armadura, le corría un delgado hilillo de sangre. El bravo guerrero había sido herido. La doncella, sin pensarlo, se sacó su propio velo, maravilla de gasas sutiles con bordados de oro y perlas, se lo arrancó de un tirón,

bajó al campo de liza y se lo dio al caballero para que con él se limpiara la herida.

José de Azagra lo cogió agradecido, lo besó lentamente, lo deslizó en el interior de su jubón y le dijo:

—Gracias, mi señora. Lo llevaré cerca de mi corazón.

—Señor, no fue ese mi objetivo. Os lo di para que os vendaseis vuestra herida —dijo ella, inocente.

—Prefiero morir desangrado antes que manchar de rojo este trofeo —respondió, cortés.

—Decidme vuestro nombre caballero.

—No haré tal, hice una promesa —le dijo, al tiempo que le hacía una reverencia y abandonaba el palenque.

La doncella quedó sola en el campo de liza, con una sensación mezcla de franco enamoramiento, rabia, impotencia y soledad. Su padre se le acercó contrariado y molesto.

—Señora, por Dios, no os pongáis por más tiempo en evidencia. Vais a ser objeto de los crueles chismes de la Corte. Ya sabéis que por nuestra condición de judíos somos el primer objetivo de nuestros enemigos. Un error significa poner en peligro a toda la aljaima de Barcelona.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, solícita.

—Apartaros de él y de cualquier otro pretendiente cristiano. Sois mi hija y princesa de Israel. No tenéis nada que envidiarles respecto a títulos, honores y privilegios, pero un hombre que no sea de nuestra religión temo que un día os haga daño.

—Lo siento —dijo ella, compungida, al príncipe Hayzam—. No hubo intento —. Había sido educada para obedecer y no trasgredir las estrictas normas de la aljaima hebrea.

- Ajeno a la escena de Constanza con su padre, José de Azagra volvió a donde lo esperaba Cabeza Brava.

—¡Dios mío, os han herido! —exclamó Cabeza Brava al ver el hilillo de sangre que le caía por un costado.

—Es un arañazo sin importancia que no me impedirá ir al baile esta noche —sonrió alegremente José de Azagra.

—¿Por qué no habéis descubierto vuestra identidad?

—Soy un Azagra, no me puedo mezclar con una judía —dijo con orgullo.

—Entonces, ¿por qué lo habéis hecho?

—No lo sé, no fui yo, lo hice por jugar. ¿Viste su cara de asombro y agradecimiento? Cuando quiero también puedo superaros —contestó con fanfarronería, al tiempo que sujetaba con fuerza la prenda de la dama.

- Esa noche alguien apedreó las casas de judíos y castellanos. Se acusaba a los primeros por ser infieles y culpables del asesinato de un joven y a los segundos por subir el precio del trigo. El rumor empezaba a correr por corrillos y tabernas. No tardaría en hacer mella en la población y sería el desencadenante del mayor baño de sangre inocente que se recuerda en la ciudad de Barcelona.

CAPÍTULO XVI. PEDRO NONASCO

En un denso bosque de Occitania, el rumor de los árboles, movidos por el viento, era romanza medrosa, terrible narración de unos hechos endemoniados. Los cascos de una montura rompieron un silencio sepulcral. La densa vegetación y los altos árboles dejaban pasar apenas los rayos de sol. Todavía hacía frío, aunque la primavera iba avanzando, y los días se hacían más largos. No se oía a ningún pájaro. Ni tan siquiera circulaba el aire. La atmósfera estaba muy cargada.

Un caballero de unos treinta años de edad, alto y magro, vestido con rica y sobria elegancia, con un traje azul recamado en oro, montaba un magnífico caballo bayo oscuro. Lamentaba haber tomado este atajo. Podía ser objeto de emboscadas. De repente el caballo relinchó y se detuvo. Unas gotas de sangre salpicaron el cuerpo del jinete. Este miró con horror el suelo impregnado de charcos rojos, al igual que la corteza de los árboles. Temió lo peor. Desenvainó su espada. Miró a lo alto. Le pareció oír unas voces. Era época de supersticiones. Hasta él, un hombre de la nueva religión tenía miedo. Pensó que podía ser un trago o un demonio.

—¡Voto a Dios y a la Virgen! ¡Seas quien seas, manifiéstate, criatura del inframundo! —exclamó con voz grave.

—¿Quién sois vos, que venís a turbar la muerte infame a que nos han condenado? —respondió una voz débil desde las alturas.

—Un cristiano temeroso de Dios. ¿Y vos? —respondió con un barboteo.

—¿Cristiano de qué bando?

El jinete se tranquilizó. No había duda de que la voz era humana. Todo debía tener una explicación lógica. Miró fijamente a las alturas y vio cómo negras formas se movían en las ramas. Se santiguó. Eran hombres clavados en los troncos de los árboles, con los brazos abiertos en cruz. Algunos estaban desnudos. La mayoría muertos.

En su condición de noble idealista, defensor de los ideales de libertad e igualdad de la nueva religión cátara, no pudo contener la emoción. Sus ojos se le llenaron de lágrimas, nunca habría imaginado que la humanidad pudiera llegar a una crueldad tan extrema.

—¿Quién sois vos que venís a turbar la triste agonía de estos cátaros? —le

preguntó otra vez la voz desde las alturas.

—No temáis. Soy Pedro Nonasco. Representante de la ciudad de Arlés. Vengo de la fortaleza de Montsegur y voy a reunirme con los representantes de las ciudades de Toulouse, Carcasson, Narvone, Nimes y Montpellier.

—¡Uff, alabado sea el Señor! Vuestra fama os precede. Por un momento pensé que erais nuestros verdugos que habían vuelto —dijo aliviado, para luego añadir tras un rato de silencio—: Noble Pedro Nonasco, os he de hacer una súplica.

—Decidme, hermano —respondió dispuesto a ayudar a ese agonizante que había sido condenado a morir de forma tal salvaje.

—Apiadaos de estos pecadores y dadnos cristiana sepultura —imploró con dificultad, al tiempo que un líquido amarilloso le salía por la boca, salpicándole el cuerpo.

—Así haré —dijo mientras trepaba por el árbol, y con ayuda de un puñal desclavaba las muñecas y los talones del desgraciado. Antes tuvo que ahuyentar a los mosquitos que sorbían la sangre de las heridas. Un olor fétido se desprendía de aquel hombre. El recién llegado se tapó la cara con una venda, sus ojos se enrojecieron y vomitó un par de veces.

«Por Dios», pensó Pedro Nonasco que seguía sin dar crédito a tanta inhumanidad. Descolgó el cuerpo casi sin vida. Las manos y los pies del caballero estaban destrozados. Unos harapos cubrían el cuerpo semidesnudo. El caballero lo miró y le dijo:

—Soy Jacques de Termes, señor de la ciudad del mismo nombre, y estos son mis hombres. —Calló, tosió varias veces y volvió a escupir un líquido amarillento y viscoso.

Esta vez fue Pedro Nonasco el que tomó la palabra:

—No os esforcéis, caballero. —Se apiadó de la belleza del crucificado, de su juventud, su gallardía.

—Mi castillo fue asaltado por los millares de mercenarios reclutados por el rey de Francia de conformidad con las disposiciones de Inocencio III.

—Todos sabemos que lo que se disfrazó como una guerra santa, fue realmente una guerra de anexión y conquista por parte de Francia —dijo Pedro Nonasco apenado.

—Y el peor de todos es ese demonio de Simón de Monfort. Es el que dirige ese ejército de mercenarios, de gente sin escrúpulos, que vive de la marginación, gente que viola y saquea a placer. —Calló, la fatiga lo embargaba, para luego continuar—: Habéis de saber que, tras días de asedio, rendimos la plaza. Simón

de Monfort se comprometió a respetar nuestras vidas y propiedades, pero cuando abrimos las puertas y sus mercenarios entraron en mi ciudad hubo matanzas y pillaje. No respetaron a nadie. Más de veinte mil personas que estaban bajo mi protección fueron muertas atravesadas a cuchillo o espada. —Jacques de Termes cogió aliento, para luego exclamar con ira—: ¡Dios! Lo más duro fue ver cómo trataron a mi familia. El interlocutor tenía los ojos idos, tosió sangre junto al líquido viscoso y amarillento, y se volvió a detener.

—¡Por la Virgen del Amor Hermoso! ¡Debéis parar! ¡No habléis más! —exclamó Pedro Nonasco, al tiempo que espantaba a las moscas. Luego cogió al caballero en su regazo y le sostuvo la cabeza. Se notaba que era un caballero principal; sus rasgos, su aristocracia, sus formas.

—¡Voto va! ¡Dejadme! Quiero continuar —dijo volviendo a toser sangre—. Os he de explicar mi historia para que la contéis a las generaciones futuras y sepan el daño que nos hicieron este ejército de bárbaros. A mí, en un primer momento, me mantuvieron con vida para que contemplase cómo mi mujer, Guiraude de Laurac, y nuestros cuatro hijos eran librados a la brutalidad de los soldados. Estos se ensañaron con mi familia y los violaron a todos, —Empezó a sollozar—. ¡Dios, cuánta maldad! Eran tan guapos, mi mujer, con sus trenzas de oro y mis hijos que se le parecían tanto... —comentó interrumpiéndose para reiniciar—. Habíamos sido tan felices, nos amábamos con locura. Éramos la envidia de toda Occitania. Mis hijos eran mi honra y mi dicha. Eran iguales físicamente, pero con almas muy diferentes. Uno quería ser guerrero, el otro músico, los otros dos solo querían jugar. Ellos eran la luz de mi vida; mi alegría. Me lo robaron todo. Y mi mujer era la madre que todo hombre hubiese querido —dijo sollozando—. ¡Dios, cuánta maldad!

—Por la Virgen y los ángeles, caballero... —Se le habían contagiado los sollozos. No podía aguantar aquello. Un insecto salió por entre una de las heridas del caballero. Pedro Nonasco le tapó la boca al caballero. No quería oír más.

El moribundo le retiró la mano con un gran esfuerzo y prosiguió:

—Después de ensañarse con mi familia los arrastraron fuera del castillo y los arrojaron a un pozo, donde perecieron bajo el peso de las piedras con que lo rellenaron —dijo con los ojos secos, pues no tenía más lágrimas—. Luego a mí y a mis otros caballeros, que nos habíamos rendido confiados en la bondad de esos demonios, nos condenaron a morir crucificados. Por eso no quiero que me

salvéis, no tengo por quién continuar viviendo. Solo le pido a Dios que me permita reunirme en el cielo con mi mujer y mis hijos.

—Parad, caballero —insistió Pedro Nonasco. Este esfuerzo iba a matar al crucificado, pero su interlocutor no le hizo caso. Prosiguió.

—¡Este es un mundo de putas! ¡Ni valores ni nada! ¡No me tenía que haber enfrentado al Vaticano! —exclamó con el corazón compungido.

—Tened fe, noble caballero. No todo está perdido. Simón de Monfort ha fracasado en su asedio sobre la ciudad de Toulouse y los grandes barones de la Occitania, los condes de Toulouse, Comminges, Foix y el vizconde de Bearn han unido sus fuerzas y han pasado a la contraofensiva, y en calidad de fedatarios del rey de Aragón, y sabiendo que solos no pueden obtener la victoria, se dirigen a la ciudad de Barcelona para entrevistarse con el monarca y solicitar su ayuda.

—Gracias, compañero, vuestras palabras reconfortan mi muerte —dijo, al tiempo que recordaba las extensiones de espliego que rodeaban su castillo y decía—: ¿Habéis visto qué hermoso está el campo florido y el olor a paz y felicidad? Y pensar que fue en esta tierra de Provenza donde un pueblo creyó en la posibilidad de redención y libertad... ¡Callad! Están ahí, los veo. ¡Son mi mujer y mis hijos, que me esperan y sonríen! ¿No los ve cómo juegan? Oigo sus risas. Ya voy, Guiraude, ya voy... —En ese momento el caballero expiró. Su interlocutor derramó las últimas lágrimas que le quedaban.

Pedro Nonasco descolgó uno a uno a todos los cadáveres y les dio cristiana sepultura. Sus ojos se habían secado. Sintió que su alegría, que nacía de un corazón generoso, había muerto. Unas palabras del difunto resonaban en su mente. «¡Este es un mundo de putas! ¡Ni valores ni nada!». Imaginó aquellos cuatro niños con cara angelical y una vida por delante asesinados y violados junto a su madre, delante de su padre. Este, impotente, desesperado, y al borde de la locura, no pudo hacer nada.

- En el reino de Aragón, ante la gravedad de los acontecimientos en el sur de Francia, la agresividad del enemigo y la posibilidad de un enfrentamiento armado, el rey aragonés decidió entregar a su hijo Jaime a Simón de Monfort como prenda para evitar la guerra. Esta noticia recorrió de boca en boca por toda la ciudad de Barcelona; era una noticia sucia y cobarde. El pueblo de la Ciudad Condal estaba indignado con su monarca.

Con este acto el rey demostraba su cobardía, la debilidad del reino, y se ponía a merced de los enemigos.

Lo que no supo hacer un padre por su hijo lo hizo su madre, y esa santa mujer, que llamaron «la Desdeñada», dejó su palacio de Montpellier, de donde había llegado hacía unas semanas, y se volvió a trasladar a Roma para implorar al Santo Padre por la vida de su hijo. El papa era el único que podía salvarlo y ella estaba dispuesta a entregar su vida si hacía falta. Del sacrificio de esta valerosa mujer nació la gloria del casal de Barcelona.

CAPÍTULO XVII. LA CATEDRAL DE LOS RICOS

La catedral de Barcelona elevaba sus torres puntiagudas sobre la ciudad. Era la magna obra de la gente adinerada, que proyectaba su dominio sobre los barrios humildes. Frente a ella la catedral de los pobres también elevaba su altiva y orgullosa silueta enmarcada en un magnífico rosetón que proyectaba su luz en el interior, contraponiendo el lujo a la sencillez y los excesos frente a la austeridad. La primera fue hecha con oro y la otra con las privaciones y la humildad del pueblo.

En la catedral de los pobres reinaba la paz y el silencio de sus magníficos vitrales de vivos colores. La catedral de los ricos encerraba en su oscuro interior un halo de misterio lúgubre y fatal, marcado por los estigmas del crimen y de la condenación. Sus muros se llenaron de la sangre de los constructores, de las conspiraciones y de los asesinatos. Luego los muros fueron encalados o raspados y las marcas desaparecieron de la vista. Aun así, el rastro de la sangre derramada permanecería en el interior de los muros de la catedral, como parte de la misma por los siglos de los siglos, reteniendo el alma de los que en ella se desangraron.

Esa noche una sombra penetró en la catedral de los ricos, sostenida por ocho pilares dispuestos de dos en dos, que soportaban una doble bóveda ojival. Varias filas de bancos dispuestas horizontalmente estaban situadas entre las columnas y separadas por un pasillo central.

Reinaba el silencio y una oscuridad cortada por la tenue claridad de las velas. Los pasos del intruso retumbaron por la estancia adornada con inmóviles estatuas de santos y un altar de plata y oro rica y profusamente trabajado.

Un gato permanecía inmóvil, conteniendo la respiración, con el pelo erizado, acurrucado en la penumbra. Oía cómo la sangre de las arterias le golpeaba en las sienes. Aguardaba la oportunidad de salir a un refugio más seguro.

Los pasos se dirigieron al lado del altar, donde se alzaba un estrado de brocado de oro, adosado al muro, en el que se había abierto un acceso privado que daba a la biblioteca de la catedral.

A esa hora las mesas de pino rodeadas de anaqueles con miles de incunables estaban vacías. Solo quedaba el archivero, que estaba estudiando los valiosos manuscritos que relataban la creación de la ciudad. La noche lo había sorprendido con el desconcertante descubrimiento de la influencia hebraica en la

arquitectura de Barcelona. Necesitaba encontrar soluciones. ¿Por qué algunos manuscritos hablaban de un ojo de Dios en medio de un triángulo como elemento arquitectónico? Sus ojos ya no podían leer más. La luz de las velas no era suficiente. Necesitaba reposo. Apagó los candelabros y cruzó la catedral para buscar la salida.

Las capillas y la nave central se encontraban en un absoluto silencio, roto por el crepitar de alguna tea antes de apagarse. El archivero tuvo una sensación extraña, como si alguien lo observase. Miró alrededor suyo. Vio las estatuas de los santos sin vida que lo miraban y las tumbas de los que ya no estaban.

—¿Quién vive? —dijo algo alarmado.

Oyó a un gato que maullaba, lo buscó por entre la catedral, y lo encontró en el coro. El gato estaba asustado. El archivero se acercó a él, lo cogió entre los brazos y lo empezó a acariciar, cuando un objeto cortó el aire y le desgarró la espalda. El gato saltó, huyendo, al tiempo que el cuerpo del archivero caía al suelo en medio de un charco de sangre, alumbrada por los cirios rojos de la capilla de un sepulcro.

- En medio de la oscuridad de los pasadizos subterráneos de la ciudad de Barcelona, reverberaban los chillidos de una criatura cubierta de pelo, con largos brazos caídos, los dientes alargados y saliva derramándose de entre los incisivos.

La bestia entró en una mísera habitación sin puertas ni ventanas, tristemente amueblada con un camastro y alumbrada por unos cenofales de bronce. Encima del lecho había una muñeca de trapo, y una monterilla con una pluma. La criatura cogió a la muñeca con cuidado. Jugó con ella. La puso a bailar sobre la cama imitando a la bailarina que vio en la plaza de la catedral. Empezó a cantar una canción:

«Nai nai, yo tengo un abanico...

Nai nai, de paja fina...

Nai nai, para abanicar a una niña...

Que no tenga nunca calor».

De la oscuridad de la habitación, donde los cenofales no iluminaban, se escuchó el sonido de un cascabel y surgió el bufón que fue directo al Golem para arrebatarse la muñeca.

—¿No te he dicho que no debes jugar con muñecas? La gente empieza a

hablar de ti. No tardarán en darte búsqueda. Mejor te quedes recluido y no te muevas más.

Cada vez que ese hombre se enfrentaba a la criatura, en la frente de la bestia se dibujaba la palabra «emert», «verdad», al tiempo que esta bajaba la cabeza en señal de sumisión.

Pero esa noche los ojos de la criatura se tornaron de un rojo intenso. Estaba cerca el momento en que aquel ser creado para no tener sentimientos se rebelaría contra su amo.

- Esa misma noche una espesa niebla subía de los ríos Besós y Llobregat y cubría toda Barcelona. En los mesones y tabernas de la ciudad se dieron por ciertos los rumores de que los judíos habían resucitado a un ser monstruoso, y los castellanos estaban acaparando el trigo. La ciudad había quedado desabastecida a pesar de la riqueza de los campos de Aragón, en contraposición a las penurias de Castilla debidas a la peste.

En medio de las tinieblas de la plazuela de San Felipe Neri, varios ciudadanos que salían de una taberna ubicada en la vecina calle de San Severo, borrachos de hidromiel y excitados por unos muchachos del templo de los dominicos que corrían de casa en casa, de tugurio en tugurio y de mesón en mesón, asaltaron a un judío. Se oyeron atroces blasfemias y gritos. Los agresores se enfrentaron al indefenso israelita, lanzándolo al suelo y lo cosieron a puñaladas, ensañándose con su cuerpo con sadismo. El cadáver quedó sangrante en la vecina calleja de la bajada de Santa Eulalia. Los asesinos huyeron. Nadie se compadeció del israelita que yacía agonizante.

CAPÍTULO XVIII. EL BAILE EN EL PALACIO REAL

Esa noche no hubo queda. Los festejos por la victoria de las Navas de Tolosa estaban a punto de finalizar, con una fiesta para la nobleza y los altos cargos militares en el palacio de los condes de Barcelona. El pueblo estaba congregado alrededor del palacio real. Disfrutaba viendo pasar a príncipes y a nobles; sus carrozas; sus siervos; su ostentosa riqueza... Se imaginaban una vida idílica de ensueño, muy distinta de la suya.

Las nubes y brumas se disiparon y descubrieron un cielo sin luna lleno de estrellas. En la plaza del Rey se iban deteniendo los carromatos, al tiempo que bajaban los invitados. Dos pajes recibían a los cortesanos con reverencias. El mayordomo real, Robert de Blasi, iba anunciando a los comensales.

Dalmacio Creixell y Pedro de Azagra llegaron cuando la fiesta ya había empezado. Habían estado esperando a Cabeza Brava, pero este no había llegado. Sabían que su amigo odiaba esos lugares donde las mujeres se alhajaban y perfumaban buscando únicamente la perdición de los hombres.

En palacio, el amplio salón del trono, decorado con hermosos tapices y soportado por arcos de herradura, estaba repleto. Una orquesta tenía a punto los instrumentos. En la tarima, al lado del trono del rey, la infanta doña Leonor de Castilla observaba una Corte que le era ajena. Acababa de llegar de su reino, para convertirse en un mero instrumento de cambio y casarse con un noble catalán con el fin de afianzar la tradicional amistad entre Aragón y Castilla. Erguía orgullosa su joven y esbelta figura, acicalada con joyas y brocados. Sus rizos de oro y su tocado sutil podían haber deslumbrado en la sala, pero una enorme nariz puntiaguda afeaba su rostro, contrastando con la belleza de su hermana Berenguela de Castilla. Toda la Corte esperaba al rey para iniciar la celebración.

—¿No creéis que el rey se demora mucho? —preguntó, ansiosa, doña Leonor a su doncella.

—Debe tener asuntos de estado —dijo intentado excusar una tardanza que constituía un gran insulto hacia el orgullo castellano.

—¿Os place la Corte catalana? —le preguntó la doncella a doña Leonor de Castilla.

—¡La odio! ¿Cómo me puede placer una Corte a la que he venido por la fuerza

para casarme con un hombre al que ni tan siquiera conozco? Me casan para convertirme en un mero instrumento de la intriga —dijo, resignada.

—No es así, señora —le respondió la sirvienta sin convencimiento, al tiempo que pensaba que su nariz tampoco la ayudaba en el cometido de encontrar marido.

—Sí, es algo bastardo y vil. ¿Qué le importa a mi padre mi vida y mis sueños de juventud? —dijo, apesadumbrada—. Hizo lo mismo con mi hermana Berenguela.

Los pajes hicieron sonar las trompetas, anunciando que el rey se acercaba. Ella mudó sus reproches y lamentos por una risa cristalina con la camarera y unos gestecillos llenos de coquetería. Le habían enseñado a disimular sus sentimientos.

El rey entró en la estancia bajo palio, en medio del lujo y el boato, vestido con un gran manto de tisú y enjoyado con el cetro y la corona real, mientras los cortesanos hacían un pasillo rindiéndole pleitesía. Se le veía mejorado, ya no tosía. Detrás del rey iba el bufón moviendo el bonete y haciendo sonar el cascabel, acercándose a las damas y asustándolas con sus cabriolas y caretos. Se hacía el gracioso dando volteretas en el suelo.

El rey subió a su sitial y saludó a la infanta y a las damas, que le respondieron con una reverencia. El bufón se encaramó en el remate gótico del sitial de su señor, haciendo un verdadero equilibrio. Los reunidos aplaudieron la destreza del bufón. El rey lo distinguió, dándole de comer unas golosinas con su misma mano. Él las cogió, agradecido, pero su mirada tenía una tristeza profunda, una tristeza antigua.

El príncipe Hayzam miró con desprecio al bufón. Con sus fantochadas estaba distraendo al rey de las preocupantes obligaciones de la Corte. Las noticias del sur de Francia eran fatales, pero las de Barcelona no eran mejores. Ese fraile poderoso, la aljaima hebrea en peligro, y ahora ese rumor que se expandía como la peste en contra de los castellanos. El rey no podía abandonar Barcelona y dejar el poder.

El mayordomo de palacio anunció a Fray Raymundo de Peñafort. Este entró vestido con el púrpura cardenalicio y le dirigió una mirada de desafío al príncipe Hayzam.

—¿Cómo se atreve si no es cardenal? —le preguntó José de Azagra a Dalmacio Creixell.

—Es un verdadero hijo de Satanás. Todo lo que hace está previamente

pensado. Ahora incluso se permite llegar tarde y de rojo, para que todo el mundo lo vea. Le está sacando protagonismo al monarca —exclamó Dalmacio Creixell.

—Decidme algo más de ese hombre —le solicitó José de Azagra.

—Se dice que tiene tratos con el diablo y con la Santa Sede, valga la semejanza —afirmó mientras su compañero le hacía una mueca de disgusto—. También se comenta que posee los conjuros, las evocaciones y las fórmulas de los alquimistas, y ya sabéis, cuando el agua suena...

»Nació en un pueblo llamado Vilafranca del Penedés. Sus padres eran payeses de remense ligados por perpetuidad al suelo y ese hubiese sido su destino si el cura del pueblo no se hubiera fijado en su inteligencia despierta. Gracias a él inició los estudios para el sacerdocio y, superada la Teología, se dedicó con gran ímpetu al estudio de las decretales: el decreto de Graciano, las capitulares de Carlomagno. Luego estudió Medicina y las artes liberales, superó licenciatura, tesis y doctorado en Artes. Estudió latín, griego, hebreo, le dominaba una fiebre de conocimientos y tenía un enorme empeño en atesorar ciencia. El príncipe Hayzam, asombrado por sus cualidades, lo puso como consejero del reino y ahora no puede sacarlo. Se ha vuelto demasiado poderoso y sabe demasiadas cosas.

—¿No lo vio venir? —preguntó José de Azagra.

—No. Él era servicial en grado sumo, pero en el fondo era astuto y avaricioso, jugó con la buena fe del príncipe. Convenció a Hayzam de que le nombrase para altas funciones honoríficas. El israelita veía en él a un trabajador leal y honrado. El fraile tejió una red de adeptos, de gente que le debía favores dentro del Gobierno, y cuando logró sus objetivos descubrió su propia naturaleza. Ahora se ha afianzado en el poder y Hayzam no puede hacer nada. Y esta traición, para alguien de sangre real judía como Hayzam, duele mucho. Incluso ha ennoblecido su apellido llamándose de Peñafort y ha hecho que nombren a su padre alcalde de Vilafranca y a su madre dama de la Corte.

—¡Uff! En el señorío de Albarracín, mi padre ya le hubiera cortado la cabeza —dijo José de Azagra con determinación.

Los salterios iniciaron la acostumbrada contradanza.

—Pero divirtámonos. Tiempo tendremos para preocuparnos. Ved a las hermosas catalanas con sus lujosos vestidos. ¡Amar a una mujer es alcanzar la gloria! —sentenció Dalmacio Creixell, mientras contemplaba absorto a una cortesana a quien no esperaba. Los recuerdos afloraban en su pensamiento. Primero tuvo una sensación de odio y luego lo invadió la ternura.

Salió a la pista de baile y, en el compás del círculo de los que bailaban, coincidió con doña Brianda Rodríguez, y se situó al lado de la bella dama.

Ambos ya se habían visto. No podían simular una sorpresa que no tenían. Se conocían demasiado.

—¡Cuánto tiempo! —exclamó Dalmacio Creixell besándole la mano.

—Sí, hace mucho. Casi parece una eternidad —respondió ella, turbada.

—Pero vos estáis igual de hermosa.

—Siempre fuisteis un caballero, Dalmacio —respondió doña Brianda halagada.

—Y vos... una dama —añadió él sin convencimiento.

—¿Acaso lo dudabais? —dijo ella enojada, con la mirada fija en él.

—No —contestó, serio, al tiempo que la cogió de la mano con fuerza—. Salgamos a la galería. La noche está tan hermosa que convida a pasear bajo las estrellas.

Desde el balcón de palacio se vislumbraba Santa María del Mar con sus vidrieras, sus piedras imponentes y hermosas, y su patio cuajado de moreras. Soplaban una brisa tranquila.

—Felicidades, Dalmacio. Ahora tenéis lujo y honores, fuiste el vencedor en la batalla de Navas de Tolosa —dijo ella intentando congraciarse con el caballero.

—¿Me felicitáis vos a mí? —preguntó, incrédulo.

—Sí —le dijo mientras doña Brianda alzaba la boca buscando los labios del caballero. Él dudó.

—¿Sabéis cómo he deseado este momento? Estáis muy hermosa, con placer os besaría, pero no —le dijo, al tiempo que apartaba la cara de ella, rechazándola—. No me esperasteis cuando yo no tenía nada más que ofreceros que un apellido ilustre pero arruinado por siglos de despilfarro, y ahora que yo soy rico y vos estáis en brazos de otro hombre, ahora os ofrecéis.

—¡Por la Virgen del Amor Hermoso! ¿Qué decís, Dalmacio? Eso no fue así, yo no quise arruinar vuestro futuro.

—¿Mi futuro? Tengo gloria, pero carezco de familia. Voy solo por el mundo. ¡Qué no hubiera dado por casarme con vos!

—Todavía estamos a tiempo —dijo ella, esperanzada.

—¡Va! ¡Mentís! Todo el mundo sabe que ahora sois la amante de ese Álvaro Núñez de Lara.

—Y si lo soy, ¿qué? ¡Yo jamás os hice daño! —exclamó ella, enojada.

—¡Sí que me lo hicisteis! —respondió el caballero con determinación.

—Yo no os podía estar esperando siempre a que os decidieseis. Los meses pasaban, no podía continuar con la incertidumbre. Cuando volví de Toledo no llovió durante nueve meses consecutivos y los labradores se vieron obligados a desamparar las tierras y a marchar en busca de trabajo a otras regiones. La falta de brazos y abandono de los campos por hombres y mozos ensombrecieron los días de victoria. El pueblo pasaba hambre, el precio del pan no paraba de subir, la gente sufría. Me vi obligada a buscar mi sustento —narró con lágrimas en los ojos—. Incluso el arzobispo Rodrigo ayudó con su propio peculio y predicó sin parar a los ricos para que acudieran a socorrer a sus hermanos.

—Podíais haber trabajado.

—¡Por favor! ¿Una mujer de mi condición? ¡No me hagáis reír!

—¿Mejor hacer de prostituta que trabajar? En serio. ¿Vos creéis que vuestro amante, ese don Álvaro de Lara, se va a casar con vos? Él está felizmente casado.

—Os equivocáis. El Santo Padre puede anular su matrimonio.

—¡Va! Él no es lo suficientemente importante. Solo se anulan los matrimonios de los reyes.

—Ella puede morir —exclamó, desesperada por los reproches de su antiguo prometido.

—No me lo puedo creer. ¿Acaso pensáis asesinarla? ¡No seríais capaz, desdichada! Don Álvaro de Lara pretende ser rey de Castilla, pero vos nunca seréis reina. Me dais miedo.

Ella le dio una bofetada en la cara. Y pensar que lo hizo todo por él. No quiso darle a conocer su embarazo. No quiso que él se casara por obligación con ella. Tampoco quiso exponerlo al escándalo y ahora así se lo agradecía...

- En la sala de baile la música se interrumpió ante la llegada de unos inesperados invitados. Los presentes se giraron, intrigados y sorprendidos hacia la puerta de acceso a la sala para conocer la identidad de los que entraban. Eran los condes de Tolosa y de Foix, cuñados y deudos del rey de Aragón.

Cruzaron el salón y se situaron delante del rey. Los acompañaba un hombre ciego.

El rey reaccionó molesto por la intromisión que turbaba la fiesta. No quería afrontar los problemas, pero al ver que eran sus deudos y que todos

los presentes en la sala lo miraban expectantes se levantó, bajó de la tarima y recibió a los inesperados invitados con las manos abiertas.

—Bienvenidos, hermanos. ¿Pero quién es ese hombre ciego?

—Es un testigo, las tropas francesas han vuelto a cruzar nuestras fronteras. Él os explicará, viene de Albi. Los soldados de Simón de Monfort han profanado las iglesias, han asesinado a los niños, golpeándolos contra las paredes, han violado a las mujeres y han ejecutado a todos los hombres menos a uno, al que le han sacado los ojos —dijo el conde de Tolosa.

—¡Malditos sean! No me han declarado la guerra. ¿Dónde está Dalmacio? ¡Por Dios, llamad a mi capitán! —ordenó cruzando una mirada con Fray Raymundo de Peñafort y Hayzam. El rey parecía a punto de locura. Se arrodilló delante del hombre ciego y lo arrojó con su manto, al tiempo que pasó sus dedos por los orificios de los ojos.

- Afuera, en el jardín, la entereza de doña Brianda se había venido abajo. Se arrepintió de haber abofeteado a su antiguo prometido. Él había sido su único amor. Lo había querido con locura. Se tapó la cara con las manos

—Perdonadme, Dalmacio, esto es muy duro para mí. Si vos supierais... En Barcelona he visto el fruto de nuestro amor, he pensado mucho, estoy dispuesta a renunciar a todo, pero os necesito. Si vos no me salváis caeré en el precipicio más profundo.

Él la miró con ojos desafiantes.

—Lo nuestro tenía que haber sido un amor para siempre. ¡Me engañasteis!

—¡Por Dios, no fue mi intención! Entendedme..., perdonadme..., os lo suplico..., por vos..., por mí... ¿No os acordáis de aquellos días en que paseábamos nuestra juventud, de las tardes cuando me hablabais de vuestros proyectos y yo de los míos? Vos fuisteis mi primer amor, luego la vida cambió para los dos.

Él la miró con gran ternura. Estuvo a punto de quedar convencido.

—Ejem..., ejem...—dijo la voz de un paje, interrumpiendo la conversación y evaporando la magia de un momento que lo podía haber cambiado todo.

—¡Voto va! ¡Maldito intruso! Dadme una excusa u os abriré en canal por

habernos interrumpido —exclamó don Dalmacio, airado. Había recuperado su temple y frialdad.

—Perdonad, señor, os llama el rey y os buscan por todo el palacio. —Se disculpó cortésmente el paje, acostumbrado a los desaires de los poderosos.

Don Dalmacio no se dignó contestar al paje. Se dirigió a doña Brianda y le dijo con un cierto sarcasmo:

—Os beso las manos y espero que me reconozcáis como el más leal de vuestros amigos y el más respetuoso de vuestros servidores.

Ella supo encajar el desaire y le respondió en tono conciliador:

—No me volveré a rebajar por vos y no me volveréis a rechazar. Sin embargo, permitidme que os avise, por el amor que un día nos tuvimos. Este país está al borde del abismo, y mirad bien de qué bando estáis.

—¡Ja, ja, ja! No me creo que os hayáis vuelto honrada —le dijo con desdén, al tiempo que la dejaba.

Ella intentó responder. No pudo. Lo había amado tanto... Quizás si el caballero le hubiese dado una oportunidad... Rompió a llorar. Fueron las primeras lágrimas desde que alumbró a Hernán. El llanto devolvió la bondad a aquella alma conturbada.

—¿Os envió a alguien? —preguntó el paje a doña Brianda, sintiendo compasión por las lágrimas de una mujer tan bella.

—No me enviéis a nadie, prefiero estar sola. La noche convida al silencio —dijo conteniendo el llanto, al tiempo que se adentraba en el jardín. Miró, nostálgica, las moreras, el silencio la entristeció más. Lloró amargamente, no había tenido el valor de confesarle aquello que le ocultó tanto tiempo. ¡Podían haber sido una familia feliz educando a su hijo! ¡Cuántas ilusiones truncadas! Había desgraciado su vida y la de los suyos, y ya no tenía remedio.

Y aquellos llantos murieron entre los tiestos de claveles, geranios y malvarrosas, bajo un cielo donde las estrellas titilaban con todo su esplendor. Las campanas de la catedral dieron con sonido plañidero los trágicos dobles del toque de ánimas.

- El rey se retiró con sus deudos y asesores, y ordenó que se volviese a reiniciar la música.

José de Azagra estaba a punto de dejar la fiesta e ir a encontrar a Cabeza

Brava, cuando lo vio aparecer, llevando con gentil elegancia sus mejores vestiduras; envuelto de una capa granate orlada con pieles de cibelina. Fue directamente a donde estaban los grupos de damas de doña Leonor de Castilla. La infanta castellana aparentó no verlo, reía, alborotaba y coqueteaba, pero mantenía siempre la mirada inquieta y expectante hacia el caballero. Cabeza Brava notó la expectación que causaba en la joven muchacha y fue por despecho a donde ella estaba. Sabía que era la hermana de la única mujer que lo había rechazado; le hizo una reverencia y le besó la mano. Le pidió un baile. Ella ignoraba la relación del caballero con su hermana. Aun así, se vio en la obligación de rehusar, no podía bailar con un segundón. En su fuero interno la infanta hubiese preferido menos respeto y algo más de audacia. Cabeza Brava escogió a otra pareja.

José de Azagra sonrió viendo a su amigo danzar como una peonza, y charlar por los codos. «Vaya con “el conquistador”», pensó mientras contemplaba a su compañero cómo se divertía, enamoraba y vivía ampliamente con un gozo que se escapaba por todos los poros de su cuerpo. «¡Vaya truhán! Y encima aparentaba que no le gustaban las mujeres porque se maquillaban y alhajaban», pensó José de Azagra con una sonrisa.

—Uff... ¿Habéis visto qué hombre? —le dijo la infanta a su camarera real, arrepentida por haber rechazado al caballero.

—Sí, pero habéis hecho bien rehusándolo. Ese hombre no os conviene, tiene fama de mujeriego y además no es príncipe, sino un simple segundón sin fortuna.

—¡Basta! ¡No sabéis lo que decís! ¿Acaso me conviene algún cortesano recientemente ennoblecido, que sin duda me dobla la edad? Vamos, mi dueña, no lo diréis en serio. Mirad en el pasado de cualquiera de esas raleas nobiliarias que hoy son la flor y nata de Cataluña, y veréis cómo nacieron de algún villorrio humilde.

También los ojos de Fray Raymundo se posaron, acariciantes, sobre la figura juvenil del mozo. Él lo notó y le lanzó una mirada desafiante y un escupitajo.

Doña Leonor no pudo frenar sus ansias y, saltándose las estrictas normas del protocolo de una infanta castellana, fue a donde estaba Cabeza Brava. Este se sorprendió por el atrevimiento. Las mujeres no podían tomar la iniciativa. Él aceptó el reto y cambió de pareja. Había sido más fácil de lo que esperaba. Bailaron entre las miradas atónitas de los presentes, al tiempo

que los ojos de ella adquirieron el brillo de la ilusión y la dicha, y los de él la lascivia ante una nueva presa.

José de Azagra observaba la fiesta con aburrimiento. Añoraba su Corte, modelo de austeridad. Se sentía cansado. Pensó en regresar al palacio de Dalmacio Creixell, cuando vio a aquella doncella que, salvó del accidente con el carromato, y por la que se batió en el duelo, nombrándola «Reina del Amor y la Belleza». Llevaba un vestido ceñido que realzaba su talle magnífico. José de Azagra se hizo el contradizo.

—¿Vos? —preguntó ella.

—¿Me recordáis? —le contestó él con agrado.

—Claro que os recuerdo, caballero. Me salvasteis y os estoy agradecida por eso. Me dijeron que vos erais el hijo del señor de Albarracín, quien odia a los judíos, y yo por ser una hija de Israel no soy merecedora de vuestra compañía. —Y lo dejó solo con la palabra en la boca. Él jamás hubiese esperado tal audacia de una mujer. Y encima había arriesgado su vida por ella en un torneo. Si hubiese podido habría abofeteado a esa engreída. Ese desplante hizo que el caballero amara todavía más a la dama y olvidase sus reticencias respecto de su condición de judía.

En otra parte de la sala Cabeza Brava acompañó a la infanta castellana junto con su sirvienta.

—¡Qué locura, señora! ¡Habéis quedado en evidencia ante toda la Corte del reino!

—¿Y qué más me da si así soy feliz?

—Vuestra felicidad será vuestra ruina —le dijo la doncella.

—¡Voto a la Virgen del Amor Hermoso! ¿Cómo puede ser la felicidad mala? —respondió ella.

—Yo ya os he advertido. Habéis de saber que un hombre en algún momento de vuestra vida os hará daño, y temo que sea este caballero del que os habéis encaprichado.

La actitud de la infanta estaba siendo objeto de cotilleos y reproches por las otras damas de la Corte, que la tildaban de casquivana y de indigna de matrimonio. En cambio, admiraban al caballero. Cabeza Brava sintió vibrar su exultante virilidad, se veía como un gallo revoloteando el gallinero. Fue a donde estaba José de Azagra. Lo vio preocupado.

—¿No os place la fiesta?

—No, me siento cansado —dijo, al tiempo que observó con amargura a la

joven judía.

—Vamos, os acompaño, amigo mío —respondió Cabeza Brava, dejando el gallinero revoloteado.

• Cuando Cabeza Brava y José de Azagra dejaban el palacio se cruzaron con Fray Raymundo, que los ignoró. Cabeza Brava se sintió ultrajado, le dirigió una mirada de odio y exclamó:

—Señor, creo que me odiáis por ser castellano.

—¿Quién dice que detesto a los castellanos? Al contrario, les admiro por su valor y arrojo —dijo con sorpresa e hipocresía.

—Pero vos estáis haciendo correr un rumor contra ellos.

—Eso no es cierto —añadió con cinismo— porque el odio es una potente arma, más potente que el oro, porque sin el odio los brazos no tienen fuerza para alzarse en pie de guerra. No puedo pretender fomentar el odio entre Castilla y Aragón, puesto que esta mecha una vez encendida destruirá toda relación entre los dos pueblos. Por otro lado, también sé que, muy a pesar mío, en las villas de Cataluña se rumorea que Castilla es un pueblo de hidalgos, orgulloso y despilfarrador. Y que vive a costa de robar las riquezas de los catalanes.

—Pero todo esto es falso.

—Ya lo sé. ¿Qué es la verdad? Lamentablemente, después de haberse impregnado de los rumores sin fundamento, las turbas estarán dispuestas a jurar por la Santa Madre Iglesia que es cierto, y si alguien pretende probarles lo contrario, lo insultarán y le escupirán en la cara con desprecio. El catalán tiene que pensar que es el más inteligente, el más fuerte y el más justo del mundo, y que sus dirigentes aman la libertad más que su vida. Así muy pronto la semilla de la rebelión se extenderá por toda Cataluña.

—Y con ello vos lograréis vuestros planes y alcanzaréis el poder. Sois un ser despreciable.

—Eso lo decís vos. Todo depende del cristal con que se mire y del bando en el que militéis —dijo, satisfecho—. Y tal y como están las cosas, os vuelvo a aconsejar por vuestra seguridad que os marchéis. Cuando yo llegue al poder, ya no seréis bien recibidos en esta ciudad.

—¡Sucio intrigante! ¡Ya nos estáis desterrando de esta tierra! ¡Jamás

aceptaremos las órdenes de un cura! Nos iremos cuando el rey nos lo mande.

—¡Vos sabréis! ¡Yo ya os he advertido! Con Dios —les dijo marchando en una carroza negra.

- Esa misma noche, el monarca despidió a sus deudos con buenas palabras, sin comprometerse. En las próximas semanas debía darles una respuesta trascendental para el futuro del país y para la continuidad de un Gobierno, marcado por las decisiones de un rey voluble y enfermo. Poco imaginaba Pedro II de Aragón que la respuesta le acarrearía la muerte más deshonrosa de la historia de la cristiandad.

- A la mañana siguiente, cuando la ciudad todavía estaba somnolienta, bajo las majestuosas bóvedas de la catedral de la Seu, resonaban los ecos del primer oficio. Los monjes iban entrando en larga fila en actitud de penitencia, mirando al suelo y calándose las capuchas. Se dispusieron ordenadamente en la sillería para iniciar el canto de maitines. El celebrante cogió el pesado libro de salmos, lo colocó encima del facistol y lo abrió. Una gota cayó del techo, manchando de rojo las partituras laboriosamente cinceladas con esmerados dibujos, y después de esta, otra y otras, en un reguero de sangre. El monje se apartó, asustado. Era cosa del diablo. Elevó la vista a las bóvedas y descubrió con estupor el cuerpo del archivero colgado cabeza abajo en una de las llaves, los brazos atados a la espalda y la pierna derecha cruzada sobre la izquierda a modo de cruz, sobre un triángulo invertido. Llevaba un cilicio del que iba cayendo la sangre.

Alguien empezó a correr el rumor de que era el demonio. El demonio estaba en Barcelona. Los vecinos empezaron a desconfiar unos de otros. La histeria colectiva se fue adueñando de la ciudad. La gente salía en grupos. Tenía miedo. Las campanas tocaban a muerto.

El pueblo empezó a apedrear las paradas de los israelitas en los mercados de la ciudad como justos culpables de todos los males que estaban assolando Barcelona. La situación era tan grave que en el aire flotaba, impalpable, una atmosfera cortante a punto de estallar.

Los judíos que vivían en Montjuic se desplazaron a la judería en busca de refugio escoltados por la guardia real. El monarca se había comprometido a

defenderlos y les había prohibido abandonar la ciudad, porque los judíos eran su primera fuente de ingresos. Estos, sin saberlo, bajo una aparente protección, se habían metido en la boca del lobo.

- Aprovechando el alboroto, un bufón entró en el edificio del arzobispado de la plaza Nueva sin ser visto, acompañado del imperceptible sonido de un cascabel. Lo recibió el mismo delegado papal del monasterio de San Miguel de Cuixá.

—Con Dios —dijo el delegado papal.

—Que el Dios de Abraham esté con usted, eminencia —respondió el bufón—. Os vengo a comunicar que el rey irá a batallar a tierras occitanas.

—¡Bravo! Ya sabéis que nos interesa que el rey perezca, así el Santo Padre podrá controlar la situación.

—Lo sé. Me han dicho que María de Montpellier está en Roma.

—Sí, solo vive para el príncipe Jaime y ha ofrecido al Santo Padre el reino de Aragón como feudo de la Santa Sede, si el papa salva a su hijo de las garras de Simón de Monfort.

—¡Voto va! Pero no puede. Eso solo le corresponde hacerlo al rey.

—Es cierto, pero por eso el Santo Padre no ha aceptado el ofrecimiento.

—¡Qué mujer! No sé de dónde saca las fuerzas para afrontar su destino —exclamó el bufón con admiración.

—Del amor, del amor a su hijo. Ella es madre antes que nada. Otra suerte habría corrido el reino de Aragón si esa mujer hubiese gobernado.

—¡Habéis razón! ¿Pero qué hacemos con Fray Raymundo? Cada día tiene más adeptos y más poder.

—Lo sé. De momento no haremos nada, pero lo hemos de controlar. Se cree muy inteligente y nos está haciendo todo el trabajo sucio. Quizás tuvimos que haberlo condenado por homosexual y por los sucesos de Santa Catalina. Pero el Santo Padre no quiso. Llegado el momento también podemos amenazarlo con su pasado. ¿Y vos cómo estáis, Loeb?

—Uff, callad... No descubráis mi identidad, aquí no. Vos os convertisteis, pero yo creé otra criatura y nos escondimos en los subterráneos de la ciudad —respondió el bufón.

—Una criatura que una vez asesinó a un compañero vuestro llamado Bonastruc Sa Porta, si no me equivoco... —dijo con mirada escrutadora.

—Ella no fue —respondió con sequedad, sin querer dar más información.

—¿Me dais vuestra palabra de que los asesinatos no vienen de vos? —preguntó con desconfianza.

—Claro, la tenéis, amigo. Además, si bien un día juré vengarme de los judíos que me traicionaron y de la Santa Inquisición, ahora solo busco proteger a la criatura que he vuelto a crear y por ella he accedido a ayudarlos.

—Entonces... ¿quién? —preguntó el delegado papal haciendo una pregunta al aire.

CAPÍTULO XIX. HERNÁN ESCAPA DEL MONASTERIO DE LOS DOMINICOS

Hernán estaba en los calabozos de la catedral-monasterio de Santa Catalina. Tenía el alma destrozada y el corazón dolorido. Aun así durmió de un tirón, reviviendo, con el dulce sopor de los sueños, el día en que el prior del monasterio de San Juan de la Peña, lo reprendió por haber hecho novillos en clase y por sus constantes bribonadas. Ese día había perseguido a los corderos del pastor con una ballesta y uno de ellos se había despeñado por un barranco. También había puesto una serpiente en el morral del cocinero con el consiguiente susto.

Pero en el fondo, el prior sabía que Hernán era bueno. Recordó su sonrisa, cómo le decía que haría mejor en hacerse con armas y con una cota, y un buen caballo, y no en aprender latines que no le servirían para nada. Pero cuando le preguntaba por su nacimiento callaba. No obstante, el muchacho sentía que su madre, allá donde estuviese, velaba por él. Llegar a conocerla era su único consuelo.

De repente sus sueños se oscurecieron y despertó a la dura realidad con la tenue luz de una tea que se colaba por el quicio de la puerta. Vio una yacija medio podrida en el suelo y un sinfín de alimañas que se paseaban por la paja de aquel calabozo. Recordó cómo le habían pegado. Estaba dolorido y oyó una voz a su lado. Se asustó. Le habían hecho tanto daño...

—*Vade retro*, Satanás! —exclamó, al tiempo que sentía náuseas y vomitaba.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo —dijo la voz.

—¿Quién eres? —preguntó con temor.

—Tú eres un novicio venido del monasterio de San Juan de la Peña.

—¿Cómo sabéis? ¿Acaso vos sois un nigromante y yo estoy en el infierno?

—No te asustes, jovencito —dijo aquella aparición con una voz apagada y desdentada—. Yo era hace años el hombre más feliz de la tierra. Hoy no podría encontrarse uno más desafortunado. Tengo afectadas las funciones cerebrales, las digestivas y las de visión. Has de saber que fui el antiguo abad de este monasterio, jugaron con mi buena fe y la de los que creían en mí, nos torturaron

y encerraron aquí. Yo soy el último que quedó en vida. A muchos se les infectaron las heridas, otros murieron desangrados.

En este momento se interrumpió. Tosió. Hernán solo veía un bulto cubierto con una tela. La luz era muy tenue. El hombre continuó su relato:

—Nuestra orden era una orden moderna fundada por Domingo de Guzmán, cuyo fin era introducir el rezo del Santo Rosario. Al principio había pocos novicios, y uno de ellos aparentaba ser todo bondad, pero nos engañó. Cuando ascendió dentro de la orden me acusó de haber sodomizado a un alumno y logró mi condena y mi reclusión. Solo aspiraba a obtener el poder, y el mal atrae el mal a su alrededor, recuérdalo

—¡Voto va, padre! ¿Qué me estáis diciendo? ¿Que un cura, un padre de la Iglesia, pretende el poder terrenal? —seguía desconfiando.

—Eres muy joven, Dios te ampare. Conoces muy poco de la naturaleza de los hombres. Ese cura no dudó en poner en marcha una máquina de enfangar, para quemar a posibles adversarios e inocular en los superiores el veneno de la duda o de la sospecha a propósito de algunos prelados, como fue mi caso. Es muy inteligente. Alguien dice que..., pero prefiero callar. En fin; sabe lo que quiere, lo viste a su manera y luego lo llama principios. Huye y avisa al príncipe Hayzam de lo que está sucediendo. Temo que mi antiguo pupilo no se contente con dominar a los dominicos y en su orgullo intente alcanzar las más altas cuotas de poder del reino. Es despreciable. Si retiras la paja que cubre el suelo, verás que en una esquina hay una trampa

—¿Y vos? ¿Por qué no os vais? —preguntó Hernán, continuando con su desconfianza.

—Mira mi cadena —dijo señalando una cadena que lo ataba a la pared. Y ahora, aunque pudiera, soy demasiado viejo, mis músculos no pasarían por estos pasillos. Ve y avisa al príncipe Hayzam de lo que está ocurriendo. Estoy seguro de que él cree que estoy muerto. Ve, te lo ruego. La trampa sale a la torre principal.

—¿Pero... y la Iglesia? La Iglesia no puede permitir estas cosas.

—La Iglesia se ha convertido en una institución más; prima el orgullo, el poder, el dinero. La Iglesia ya no es de los rechazados y los marginados como lo fue Jesús.

Hernán dudaba. No se contuvo y le preguntó:

—Teneos, por favor, y antes decidme: ¿vos sodomizasteis a ese joven?

—¡Vive Dios una y mil veces, muchacho! Tú eres muy joven para leer en la

maldad de la gente. Creí que tendría un juicio justo y nos condenaron a los dos. La sentencia estaba puesta de antemano. A la Santa Sede le interesaba estar a bien con Fray Raymundo. Al final ese chico murió a mi lado, era tan guapo... Antes de expirar se confesó y en el postrero acto del santo sacramento me contó la verdad, y por Dios que no me saco su cara de sufrimiento. Lo unció con los santos óleos mientras las lágrimas se derramaban por mi rostro, y el odio me corroía las entrañas. Quise detener el llanto, y el contacto del iris con el aceite santo me nubló la vista. Dios me castigó por haberme dejado llevar por la ira —relató con amargura y angustia.

—Siento haber dudado de vos —se excusó Hernán, arrepentido de sus palabras.

—Ve con cuidado, muchacho. El mal impera y, por Dios, por mí y por aquel novicio con cara de ángel, ayúdanos a derrotar a Fray Raymundo. Pero nunca dejes que el odio nuble tu entendimiento.

El anciano se acercó al muchacho, le buscó la frente y lo bendijo haciendo la señal de la cruz, tras lo que dijo:

—Por Dios, no te demores más y vete. Siento que vuelvo a estar con la paz de Cristo. Tu bondad ha hecho que hoy pueda perdonar a los que tanto mal me hicieron. Sé que Dios te ha enviado para salvarnos. Y en aquel momento expiró.

—¡Dios os tenga en su Gloria, buen hombre! —dijo Hernán con pesar, cerrándole los ojos, tras lo que buscó la trampilla, tal y como le había indicado el fraile. Escarbó en la paja llena de heces y excrementos. No encontraba nada. Se llenó de mugre, los insectos corrían por su cuerpo.

Al final, cuando los nervios estaban a punto de vencerlo, en la cuarta esquina encontró la trampilla. Estaba atascada por el tiempo, tenía una anilla de hierro en el centro. Cogió la tela que cubría el cadáver de su amigo y la pasó por la anilla. En el techo había otra anilla igual, introdujo el trozo de tela que le quedaba y logró mover la losa. Temió que el ruido hubiese alertado al carcelero. Vio un agujero que se adentraba por las profundidades. La oscuridad y los pasadizos subterráneos lo aterraban. Si quería huir no tenía otra opción. Aspiró aire.

Se lanzó por los estrechos corredores. Corrió como nunca lo había hecho. Su vida iba en ello. Tras un interminable sufrimiento de resbalones, golpes e incertezas, llegó a una sala rectangular, donde había una enorme piel de carnero, sujeta por cuerdas, que tenía dibujados los tres fachadas de tres catedrales, dispuestos en forma de triángulo, y en el centro un gran ojo. A su alrededor,

números y letras hebraicas en las que sobresalían dos palabras en hebreo; «zohar» y «piedra filosofal», y los dibujos de un grifo, un elefante y un guerrero.

Gruesas cortinas cubrían un ventanal desde el que se divisaba la catedral de la Seu y la catedral de Santa María del Mar. Pensó que estas dos, junto al templo de los dominicos hacían el triángulo rectángulo perfecto del dibujo.

Esparcidos por la habitación también había muchos objetos extraños; algunos de ellos parecían cilicios. Se fijó en un pergamino con el dibujo de una iglesia circundada por columnas romanas.

Escuchó las voces de alguien que se acercaba. Se escondió tras la cortina. Los dos interlocutores entraron en la estancia, sin sospechar la presencia de Hernán. Una de aquellas personas era doña Brianda Rodríguez y la otra Fray Raymundo de Peñafort.

Hernán escuchó, tras la cortina. El corazón le latía con violencia.

—Como dijisteis, la Casa de Lara está de vuestra parte. Los tres hijos del conde, don Nuño Pérez de Lara, están dispuestos a arrebatar el poder a la casa de Castro y decantar la Corte de Castilla a vuestro favor.

—Era previsible. Son gente poderosa en riqueza y aliados, y además están resentidos con la monarquía castellana desde que fueron derrotados por la casa de Castro en la batalla de Llobregat. Pronto la casa de los Lara será la más influyente en el reino de Castilla. Por ello necesito que os caséis con Álvaro de Lara, pues él aspira a ser rey de Castilla.

—¡Por la Virgen del Amor Hermoso! Está casado. Además, en Castilla reina Alfonso VIII, y si él muere reinará su hijo Enrique.

—Todo está en manos de la Providencia —dijo Fray Raymundo, al tiempo que vio reflejada en los ojos de la dama la sed de avaricia, oro y poder.

—Tenéis a mi hijo —dijo ella con su natural aplomo.

—¿Vos sabéis?

—Lo vi el otro día. Era él. Tenía los mismos rasgos que su padre. ¡Sois un ser despreciable!

—¡Ja, ja, ja! Yo creo que somos iguales. —Ella no escuchaba. Acababa de descubrir a Hernán, que asomaba su cara entre las cortinas.

—Sin duda me confundo —rectificó Doña Brianda. El fraile sospechó algo y miró hacia donde estaba Hernán. Pero no lo vio, se había escondido.

—¿Os sucede algo, señora? —preguntó el fraile todavía extrañado.

—No, nada, ha sido una ligera indisposición —respondió ella saliendo con

premura de la estancia, al tiempo que se abría otra puerta y aparecía un caballero que había estado esperando a que se fuera la dama.

—Cerrad la puerta, Robert de Blasi —dijo Fray Raymundo.

Una vez el mayordomo real se adentró en la estancia con sus maneras afeminadas, Hernán volvió a acercarse a la cortina y a observar lo que sucedía

—¿Habéis hecho mis gestiones?

—Sí, ya llegaron los espías y trajeron noticias.

—Decidme, presto.

—Como previsteis, el delegado papal se entrevistó con Alfonso VIII de Castilla para que mediase en la disputa entre Portugal y León. Alfonso VIII es demasiado bueno, quizás ayudaría a Cataluña contra Simón de Monfort, aunque el Santo Padre bendiga la cruzada y apoye a los franceses contra la herejía cátara.

—Entonces es menester que algo le ocurra cuando vaya a mediar entre Portugal y León, y lo sustituya su hijo Enrique. Por eso necesito que la casa de los Lara vuelva a ser la más importante en la Corte de Castilla.

—Señor, pensáis en todo.

—¡Decís verdad! Incluso he hecho correr un rumor en contra de los castellanos. A nadie le importará si Castilla no nos ayuda en la guerra; es más, incluso preferirán que no nos apoye. Ahora solo queda esperar a que el rey vaya a batallar al sur de Francia en defensa de sus súbditos. Ese será el momento para tomar el poder en Barcelona y obligar a Hayzam a darnos la llave para interpretar la piedra filosofal.

—Me descubro ante la inteligencia —declaró haciendo una reverencia, al tiempo que giraba la cabeza y se daba cuenta de la presencia de Hernán.

—¡Al intruso! —gritó.

«Que el diablo cargue con vos», pensó Hernán, al tiempo que escapaba a todo correr. Huyó por entre los pasadizos sin ningún objetivo fijo, cuando una mujer lo detuvo. Era doña Brianda Rodríguez.

—Os estaba esperando, mi bien. Dejad que os guíe —expresó con una mirada llena de ternura. Hernán se sintió niño otra vez.

—¿Lo haríais? —preguntó Hernán, sorprendido.

—Os debo algo —dijo acariciando maternalmente su pelo. Recordó la primera y última vez que abrazó a su hijo, cuando le dio el primer beso. Y aquella mujer, endurecida por la vida, se volvió a enternecer ante la presencia de su hijo amado.

Hernán no entendió y le respondió:

—La primera vez que os vi hubiese deseado que fuerais mi madre.

—¿La conocisteis? —preguntó ella, al tiempo que una lucha titánica y salvaje se libraba en su conturbado corazón. Palabras atropelladas acudían en tumulto a sus labios lívidos, que contuvo con desesperación, mientras intentaba serenar su emotividad con un esfuerzo que hizo que se desencajara su semblante. Estuvo a punto de desvelar su identidad, pero la felicidad de su hijo era antes que la suya propia. Dalmacio Creixell no había atendido sus ruegos para formar una familia y no quería que Hernán llevara el estigma del pasado de una madre soltera y con mala fama.

—Vine a Barcelona con el deseo de conocerla y ahora sé que ella desde el cielo me ayuda —respondió Hernán sin apercebir el sufrimiento de doña Brianda.

—Rezad por ella. Seguro que vuestra madre estaría orgullosa de vos —dijo, al tiempo que las lágrimas cubrían su rostro.

Y lo guio a través de intrincados pasadizos. Hernán se sentía a salvo; ella conocía el camino. Él sintió apaciguadas todas las inquietudes de su corazón. Atravesaron, rápido, un gran número de pasillos, galerías y salas que conducían por entre un auténtico laberinto a una puerta empotrada en el espesor de un muro. La dama le abrió con una llave y Hernán se vio ante la calle que siempre había inspeccionado desde la ventada.

—Ahora idos rápido —dijo con insistencia, en tanto que lo cogía fuerte de las manos.

—Os debo mi vida por dos veces —reconoció Hernán con ternura.

—Y yo os debo una disculpa. Id con Dios, cariño mío —expresó con un ligero temblor en el acento, único rastro de las lágrimas vertidas, al tiempo que le daba un beso—. Eres lo mejor que me ha pasado en mi triste vida—. Y en ese momento se juró a sí misma que, si lograba sus objetivos, su primer cometido sería compensar a su hijo por todo el amor que no pudo darle.

Hernán se despidió con dolor de aquella señora. Él se sentía triste y feliz a la vez. Con esa mujer había experimentado una sedante sensación de seguridad y descanso. Sin saberlo, había sentido el infinito amor de una madre por su único hijo.

- El muchacho vagó por las calles como un sonámbulo. Se alejaba de aquel lugar inmundo donde tanto daño le habían hecho. Se juró a sí mismo no volver a permitir que lo recluyesen como a un esclavo.

Llegó a la plaza del Pi, situada cerca de la catedral de la Seu o de los ricos, y que se caracterizaba por tener en su portal un pino centenario con un tronco y una copa cónica que cubría parte de la iglesia. Debajo del pino, una mujer destapaba una olla y removía el contenido con un largo cucharón de cobre, al tiempo que un olor sabroso se desparrama por el mercado. Cegado por el hambre, en un descuido de la mujer, cogió un mendrugo de pan, lo mojó en la olla y empezó a saborear ese manjar de dioses. No pensó en la trascendencia de sus actos, hasta que oyó una voz que decía:

—¡A mí! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Hernán salió huyendo a la desesperada. Sorteó el tronco del pino. No sabía a dónde ir. Se metió por la calle de Perot lo Lladre. La gente lo perseguía. Se vio acorralado. La calle no tenía salida. Logró escapar por entre las piernas de uno de los ciudadanos. Volvió a la plaza del Pi. Vio a la bailarina árabe. Ella lo miraba con compasión. Él sintió una impulsiva atracción hacia esa mujer de nombre Nur. Apartó la mirada. Siguió huyendo. Se volvió a esconder en la calle de Perot lo Lladre. Rezó porque sus perseguidores no volvieran a entrar por la misma calle. Cuando creía pasado el peligro, notó que le quemaban las muñecas y vio a un bufón que introducía una mano en un tragaluz y acariciaba a una criatura. No entendió. Se acercó, observó a un ser peludo, medio hombre medio bestia, que se giró hacia donde estaba el muchacho. Sus ojos brillaron en la oscuridad. Hernán sintió un horror inmenso. Era el mismo ser que vio en el monasterio de Sant Cugat.

Volvió a correr. Era una ciudad de locos.

En un portal en la calle de Espolsasacs oyó una voz que lo invitaba a entrar. Dudó. Pero no tenía otra salida. Era la bailarina árabe. Contempló su sonrisa, su belleza, la larga cabellera negra, los ojos marrones y profundos... Se sintió cautivado por la sensualidad femenina y experimentó un estímulo nuevo. Era como si de repente un espasmo recorriera todo su cuerpo. La siguió por unas escaleras angostas al piso superior.

—No te preocupes —le dijo Nur—. Ya estás a salvo. —Y ella le acarició la cara con una lentitud que se le hizo infinita. Él la empezó a besar. Fue algo natural, fue encadenando besos. Había sufrido tanto... Y ahora se sentía tan protegido... Después de cada beso murmuraba un sencillo «te quiero».

CAPÍTULO XX. CALIFATO DE MALLORCA

Meses antes, la luna iluminaba la hermosa bahía de Medina Mayurqa. Las suaves olas iban a morir en la playa en forma de herradura cuajada de pinos centenarios. Era una noche de verano, perfumada por el olor de los jazmines, los azahares y las madresevas. Las antorchas, situadas a la entrada del imponente alcázar de la Almudaina, guiaban a los invitados al fasto y esplendor oriental.

El califa Abu Yahya celebraba el fin del Ramadán presidiendo una fiesta en el palacio musulmán, donde los esclavos servían en bandejas de plata las más deliciosas viandas. Hermosas doncellas distribuían copas de oro repletas de licores y vino. La argentina luz de la noche iluminaba las joyas, sedas y brocados. Bellas esclavas, con insinuantes vestidos, danzaban al compás de los laúdes. Reverberaban la música y las risas.

La densa charla de los invitados fue interrumpida por el sonar de unas trompetas y al compás de los instrumentos de viento. Se recorrieron unas cortinas situadas en uno de los vértices, por donde entraron cuatro forzudos negros portando una silla de mano decorada por un fino trabajo de malaquita y cubierta por un gran manto de tisú. La depositaron con sumo cuidado en las tablas del improvisado escenario. Retiraron el fino tejido oriental que cubría el preciado transporte y apareció la figura de una bella mujer, reclinada.

Tras un silencio expectante, se oyó el despertar de una suave melodía que se fue haciendo más fuerte. La mujer se empezó a mover poco a poco, con suavidad, despacio, indolentemente, como la madrugada de un día de verano, para posteriormente alzarse e iniciar un rítmico movimiento con las manos y los pies. La música se volvió más fluida, los pasos más firmes, era la luz del mediodía, el cénit de un baile de desamor, perfidia, orgullo...

Los acordes fueron sonando y la incitante bailarina se movía como una sacerdotisa pagana ante un público entregado. Los presentes se sintieron transportados al sueño de una visión irreal donde se fundían placer, sensualidad y deseo.

La música cesó, al tiempo que la cortesana dio una vuelta alrededor de la estancia.

—¡Bravo! —exclamó entre aplausos el público, entregado. El califa miró los rostros de los hombres solicitando y los de las mujeres envidiando. Conocía la

naturaleza del ser humano. Sabía los instintos que era capaz de mover una mujer hermosa.

En ese momento le notificaron que la persona que estaba esperando había llegado. El califa conocía el rango del invitado y no lo quería hacer esperar. Lo hizo pasar. La bailarina seguía danzando. El invitado atravesó las salas del palacio, los magníficos jardines adornados por fuentes de agua cristalina y fue a donde el califa lo esperaba.

—*Assalamu alaikum* —saludó el califa.

—*Shalom* —respondió el invitado.

Se miraron los dos con profundo respeto. Ambos eran de sangre real. Sangre de los desiertos de Arabia. Sus ancestros fundaron imperios y estirpes. Se abrazaron y se dieron dos besos en las mejillas.

—He venido por... —le dijo Hayzam.

—Todo a su tiempo. Primero tomemos un té —le respondió el califa, mientras le ofrecía asiento en uno de los cojines de Damasco que cubrían las hermosas paredes tapizadas de seda. Era una cultura refinada; no conocía las prisas.

Lo hizo sentar a su lado, mientras la bailarina continuaba con otro baile voluptuoso y lento, al son de unos instrumentos de cuerda.

—¿Habéis venido para aceptar mi oferta y uniros a mis tropas? —preguntó el califa.

—¡Por Abraham y los profetas! Sabéis que eso no lo haré nunca — contestó el príncipe Hayzam.

—Vuestro pueblo siempre se ha decantado entre nosotros o los cristianos. Si bien es cierto que con la invasión estuvisteis a nuestro lado. No es menos cierto que en la batalla de Zalaca, con número de cincuenta mil, estuvisteis al lado de los cristianos. ¡Aclaraos, pueblo de Israel!

—Habéis razón, pero nuestro sino es buscar los mejores aliados. Somos un pueblo sin ejército y sin patria, cuyas únicas armas son el comercio y la economía, y lo único que desea es volver a su tierra.

—Jamás podréis volver y hacéis mal en aliaros con los cristianos. No dejan de ser un pueblo bárbaro que jamás reconocerá vuestras prendas. Además, vuestro rey es voluble y en su Corte de víboras, donde no hay mano dura, vuestra vida corre peligro. ¿Por qué habéis venido? —le preguntó el califa.

—Primero a saludaros, noble califa —respondió, cortés.

—Dejaos de cortesías, Hayzam. Hace años que nos conocemos y vos no hubierais hecho un viaje tan largo solo por eso. ¿Vuestra venida no estará

motivada por esa bestia que está asustando a la población de Barcelona y por ese fraile de una orden mendicante que os la tiene jurada?

—Pero, ¿cómo sabéis? —exclamó sintiéndose descubierta—. ¡Habéis razón! No se os puede ocultar nada —añadió recuperando la calma tras ese primer momento de sorpresa—. En el supuesto de que los acontecimientos se precipiten y mi pueblo se vea obligado a huir, os pido que nos acojáis en Mallorca.

—Dadlo por hecho, noble amigo, pero antes ¿me diréis como puedo convocar al Golem, y me descubriréis los secretos de la piedra filosofal? —dijo con una sonrisa, mientras cavilaba sobre los enormes beneficios que le reportaría acoger en Mallorca a la comunidad judía de Barcelona.

—Si tuviera esas respuestas hoy no estaría aquí. Dadlo por seguro. Estoy convencido que vos sabéis más del Golem que yo mismo, es por todos conocido que habéis una escuela de sabios sin parangón en el mundo —repuso Hayzam con exquisita educación, desviando la pregunta, al tiempo que ordenaba a su séquito que dejase una arqueta de roble con herrajes de bronce frente al califa. Y al abrirla brillaron en su interior multitud de piedras preciosas, que refulgían al mínimo destello de luz.

—No hacía falta —respondió el califa, complacido.

—Es el pago de vuestros barcos, en el caso de que nos tengáis que venir a rescatar.

Cuando Hayzam se fue, un miembro de la Corte que había estado atento a la conversación, de nombre Iskandar, le dijo al califa:

—¿Por qué no le habéis insistido sobre los secretos del Golem y la piedra filosofal?

—¿No veis que no me quería decir nada?

—¿Por qué no lo habéis hecho detener y torturar?

—Eso no hubiese sido elegante; él vino en son de paz. Además, Hayzam tiene los días contados.

—¿Socorreréis al pueblo judío, tal y como os ha pedido?

—¿Has visto el vuelo de las águilas? —le preguntó.

—Sí —respondió, sorprendido.

—Así es la política. Se ha de planear con el mejor viento —dijo, satisfecho—. Mi única incógnita es saber cómo responderá Barcelona a los acontecimientos que se le presentan, siempre ha sido una ciudad alegre y confiada, y tengo mis dudas que pueda salirse airosa...

La bailarina seguía danzando. Era una Corte en donde imperaba el lujo y la

sensualidad.

El califa juntó sus manos de forma pausada una y varias veces y, contestando el chasquido de sus palmas, entró en la habitación un hombre de edad avanzada, vestido con una túnica y en sus manos un rollo con un pergamino.

—¿Me habéis hecho llamar?

—Sí, noble Abdel Karim. Os solicité una consulta. Preciso que me deis vuestras conclusiones sobre la piedra filosofal o el zohar, no sea que los judíos intenten crear un ejército de humanoides.

—La piedra fue saqueada del templo de Jerusalén. Se perdió.

—No es posible, a mí no me consta así —dijo con autoridad.

—¡Reverenciado descendiente del profeta! ¡A vos no se os puede esconder nada! ¡Permitid que termine!

—¡Habéis razón! Soy impaciente, pero vos tardáis mucho en explicar lo que os requiero.

—Aun así, con posterioridad nos consta que se crearon esos humanoides —reconoció el noble Abdel Karim.

—Pero, ¿cómo se pudieron crear sin la piedra? —preguntó el califa.

—Los antiguos lo dejaron escrito en Barcelona.

—¿Cómo decís?

—La forma para que perdure la escritura es a través de la arquitectura. Era la manera que tenían los antiguos para evitar la destrucción de las invasiones.

—Entonces, por lo que entiendo, la solución está esculpida en la catedral...

—Exacto, en la catedral cristiana está ese lenguaje, el lenguaje de la vida, el lenguaje del universo. Allí está la respuesta. La mayoría de las catedrales fueron construidas por judíos conversos, que eran los que más conocimientos tenían de arquitectura y escultura.

—Por Allah, seguid, os lo ruego.

—Al principio se esculpió en la primera catedral situada en el Monte Taber, y rodeada de columnas romanas, cuyo nombre se recoge del lugar en que se produjo la transfiguración de Jesús, es decir, ese momento en que la naturaleza divina pasó a acompañar la apariencia humana del mesías cristiano.

—¡Por las barbas del profeta! Nada más apropiado para esconder el secreto de la creación.

—Así es, en efecto, y Almanzor intentó descubrirla, pero no halló nada. Por ello, ante la evidencia de que no podía hacerse con el secreto de la creación,

destruyó hace trescientos años la primera catedral de Barcelona, para evitar que los judíos pudieran construir un ejército.

—¿Entonces, la fórmula se perdió?

—No, se volvió a transcribir en una de las puertas de la nueva catedral.

—¿Cuál de ellas? En Barcelona hay tres.

—Bien decís. No se os puede esconder nada... Pero una de ellas sobresale sobre las otras dos: la de la Seu o la de los ricos. Las otras dos solo cumplen una función secundaria. Tal y como os he dicho, los antiguos no escribían en papel, escribían en los muros de las iglesias; así era eterno. Aquí tenéis el dibujo de la catedral de los ricos, en el que podéis ver el caballero, el escudero, el elefante y un animal alado que se enfrenta al caballero —explicó, al tiempo que desenvolvía el pergamino y lo extendía sobre una mesa.

—¿Y ese animal alado qué es?

—Es un grifo.

—¿Podría ser un Golem?

—Podría...

—¿Y esa cabeza de elefante?

—No sé, quizás la inteligencia.

—Por lo que veo, ahora nos toca a nosotros descifrar aquello que está escrito. Pero volviendo a las tres catedrales, ¿por qué tres y no una?

—Pienso que su disposición nos quiere indicar alguna cosa. Quizás el triángulo de Dios. Un triángulo que alberga un misterio en el centro. El misterio de la creación, como si fuera el ojo de Dios, que todo lo ve y todo lo puede. Precisamos enviar a alguien que investigue qué hay de cierto en todos estos datos y que descubra lo que la ciudad de Barcelona esconde.

—Así haré. Os podéis retirar, noble amigo —dijo el califa, al tiempo que focalizaba su atención en la bailarina que terminaba su baile y se dejaba caer. El califa se levantó, se acercó a ella y le echó unas monedas de oro sobre el cuerpo. Luego volvió a donde estaba Iskandar y le dijo:

—¿Habéis escuchado lo que ha dicho el noble Abdel Karim?

—Sí, honorable califa.

—Está decidido. Debéis descubrir el secreto de las tres catedrales. Iréis a Barcelona, os haréis pasar por una orquesta itinerante, vuestros músicos serán hombres entrenados para la acción y esa bailarina que está danzando para nosotros será el cebo.

—Mi señor, ¿os fiáis de una mujer?

—¡Callad! No pongáis en duda mis decisiones. Ella os será fiel, es la mejor de mi harén. Su padre es un príncipe circasiano que hice prisionero hace años.

—¿Y si no me responde?

—Si no os responde la matáis —sentenció al tiempo que los eunucos devolvían a la doncella a los aposentos prohibidos, donde las mujeres tienen como único objetivo agradar al califa.

- Al cabo de unos días, y cuando Iskandar estaba preparado para ir a Barcelona, el sultán lo mandó llamar. Estaba reunido con un cristiano de aspecto afeminado.

—Os presento a Robert de Blasi, mayordomo del rey y delegado de Fray Raymundo de Peñafort. Él será vuestro contacto y aliado en Barcelona.

Y en aquella hermosa isla de Mallorca se estaba desvelando el secreto de la ciudad de las tres catedrales, el ojo de Dios y de una criatura llamada Golem.

CAPÍTULO XXI. LA PIEDRA FILOSOFAL O ZOHAR Y LA ORGÍA

Hernán y Nur se siguieron besando con premura, como si les fuera la vida con ello. Él no conocía, pero sentía la necesidad de descubrir aquello que le había sido vedado hasta la fecha. Ella, en su experiencia, no sabía cómo reaccionar, aquello no estaba planificado, en sus cálculos no había previsto hacer el amor con un niño, que además era torpe y bruto.

—¡Hernán, para! —exclamó Nur, dándole un empujón.

Él volvió a abrazarla y besarla. Le gustaba ese juego tan desconocido y atrayente a la vez. ¡Por Dios y la Virgen! Cómo había deseado estar cerca de una mujer...

—¡Por favor, para, he dicho! Tu barba me irrita, eres un bruto, así no se hace, me harás daño...

Él se detuvo y Nur, con absoluta ternura, aproximó su rostro al de Hernán y lo besó lentamente, resiguiendo la línea de la boca. Este notó el dulce sabor de unos labios femeninos. Los dos amantes abrieron más las bocas. Las puntas de sus lenguas se unieron pausadamente al principio, pero luego con fuerza. El beso se volvió carnal, profundo, devorador. Él volvió a su brusquedad.

—¡Ayyy! ¡Me has mordido! —exclamó ella, separando sus rostros.

—Perdón, eres lo más sabroso que he tenido nunca —le dijo él, excusándose.

—¿No sabes decir nada más? —respondió mientras le daba un bofetón en la cara—. Todos los hombres me mienten y tú todavía no sabes. Eres adorable.

Entraron en la alcoba. Él se desvistió rápidamente y se enredó torpemente en las prendas de ella. Nur sonrió al ver la impericia del muchacho. No dejó que él la desnudara. Ella lo hizo lentamente, lo quería provocar. Él seguía excitado, no podía contenerse. Necesitaba poseerla. Contempló sus caderas, sus curvas, los pechos, el vello, pero algo sucedió... Hernán flaqueó, tuvo miedo de no estar a su altura. Ella entendió, lo rodeó cariñosamente con sus brazos, y él notó que la tensión por el fracaso lo abandonaba. Volvió a sentirse con fuerzas. Se sintió pletórico. Se recostaron. Ella lo notó en su interior. Con una embestida él se empezó a mover frenético, primitivo, desesperado. Escuchó la respiración entrecortada de ella. Volvió a empujar con fuerza, hasta que tuvo la sensación

más placentera de su vida. Su cuerpo se relajó y sintió que le invadía la felicidad. Se quedó quieto y cayó sobre ella. Luego la besó suavemente en los labios y se acurrucó a su vera.

—Sé que haría cualquier cosa por ti. Te quiero muchísimo —le dijo con franqueza, al tiempo que Nur le besaba la frente.

Él se durmió mientras la musulmana le acariciaba cariñosamente la cabeza. Ella sabía que el muchacho pronto la olvidaría.

- Amanecía. Nur ya se había ido, Hernán escuchó el piar de unos pájaros y se asomó a la ventana. Las calles eran muy estrechas; con la mano extendida podía tocar al vecino de enfrente. En uno de los extremos de la fachada vio el nido de unos gorriones.

También descubrió con sorpresa a una vieja mirando a través de la ventana de la casa al lado. Cerró el portón a toda prisa. Nur le había dejado un cuenco de leche y un mendrugo de pan. Comió con avidez. Era su mejor comida en mucho tiempo. Ayer él era el hombre más desdichado del mundo y hoy el más dichoso. Salió a la calle, se perdió por las callejuelas de Barcelona.

Hernán cruzó por la calle de Carders, que va desde la plazuela de Marcus a la plaza de San Agustín, habiendo sido uno de los trayectos de la romana Vía Augusta. Se paró delante del hostel de la Buena Suerte, mirando el flujo de comerciantes que venían a la ciudad para hacer negocios. Luego cruzó por la calle de los Mercaderes, que embellecieron con sus palacetes los comerciantes barceloneses enriquecidos. Pasó por la calle de les Tresvoltes, que ponía en comunicación la calle de la Tapinería con la plaza del Oli, para finalmente pasar por la calle de las capuchas, limitada por arcos y con porches, donde vendían cepillos para las damas y capuchones y gambetos para los hombres. Se paró delante de una de las puertas de la catedral de la Seu o de los ricos, vio la imagen de un caballero, un elefante, un grifo y unas letras hebreas que se asemejaban a unos dibujos trazados en una piel de cordero en las estancias del convento de Santa Catalina. Siguió por las calles estrechas observando un mundo nuevo y misterioso.

Estaba tan ensimismado en lo que veía que no supo volver a casa de Nur. Se perdió en los innumerables laberintos de la ciudad de Barcelona. Cruzó por casas humildes, donde se guardaban las cuerdas y utensilios de los *bastaixos* en espera de contrata. Había una ligera niebla.

Llegó a las puertas de la aljaima, se metió en las sombrías e intrincadas callejas de la judería. Iba arrimado a los aleros de los tejados, que en algunos puntos estrechos de las callejuelas parecía que iban a juntarse sobre su cabeza. De repente notó que sus muñecas le volvían a escocer.

Sin quererlo se metió en un *cul de sac* (un callejón sin salida). Vio que una sombra lo perseguía. Tuvo miedo. Empezó a andar de prisa entre la niebla. Una bestia lo acorraló. Era la criatura que acarició al bufón y que descubrió en la calle de Perot lo Lladre. Tenía los ojos llenos de ira, su mandíbula, la saliva cayendo... Cuando iba a atrapar a Hernán, alzando una de las garras, este lo pudo esquivar y echó a correr, demandando auxilio. Aun así, la garra de la bestia le hirió el brazo.

Desde las rendijas de puertas y ventanas se escucharon los gritos de Hernán solicitando auxilio, pero nadie salió a ayudarlo. Cuando el muchacho estaba a punto de alcanzar la puerta de salida al barrio de la judería se paró para coger aliento. El corazón le bombeaba con fuerza. Miró la herida provocada por aquella bestia. Eran cuatro arañazos hechos por unas uñas afiladas. La niebla seguía cubriendo el barrio de los israelitas. Era un paisaje del inframundo.

En la calle Marlet se sintió a salvo, se sentó totalmente agotado en un escalón, y tras un breve descanso, se vendó la herida con una tela arrancada de sus ropas. Al rato, unos sonidos lo volvieron a poner en guardia. Estos salían de un tragaluz a pie de calle, se acercó y tuvo una visión que le heló la sangre.

En aquellos sótanos, por debajo del nivel de la calle y a la luz de unas velas sonaban unos instrumentos de percusión. Vio a una mujer recostada sobre un diván. Llevaba unas telas que le cubrían el pubis y los pechos. Estaba rodeada por diez hombres desnudos. Ella iba chupando cada uno de los miembros de los hombres. Luego uno de ellos le sacó los trapos que llevaba y descubrió sus partes íntimas. Le azotó las nalgas, se puso encima del diván, le introdujo los dedos en la vagina, movió sus dedos despacio, dentro y fuera. Ella alzó las caderas. Trazó círculos alrededor del clítoris con el pulgar y luego lo presionó. Jadeó. Su cuerpo dio sacudidas. Él se inclinó y la besó sin dejar de mover los dedos dentro del sexo de ella, trazando círculos y presionando con el pulgar. Dejó los dedos y utilizó la lengua para acariciar el clítoris. Ella gimoteó, sintió sacudidas de placer. En su éxtasis perdió la noción de la realidad. Abrió las piernas. Él la penetró,

empujó con fuerza y cabalgó sobre ella una y otra vez. Luego retiró el miembro y ella se volvió a posicionar para chupar los miembros de los otros hombres. Sonó una música. La mujer estaba a punto del orgasmo.

Hernán tuvo miedo, aquello era el purgatorio. Esto no tenía nada que ver con su propia experiencia sobre el amor. Dios lo estaba castigando con visiones del inframundo. Intentó escapar, pero no pudo, los soldados del rey le cortaron el paso. Rompieron la puerta del antro donde se hacía la orgía y penetraron dentro con gran estruendo. Él no lo sabía, pero la aljaima se regía por sus propias normas, que eran muy diferentes a las de los cristianos. Tampoco entendía a los judíos, que habían matado a Jesucristo.

Los soldados detuvieron solo al instigador, de nombre Abulafia. A los otros los dejaron escapar.

Uno de los soldados se fijó en Hernán, por sus rasgos y vestiduras vio que no era judío lo retuvo, al tiempo que le decía a Hayzam:

—Señor, ¿qué hacemos con este cristiano?

Hayzam se acercó al joven. Hernán quedó impresionado por su apostura principesca, sus ojos grises, su pelo blanco. Su forma de vestir no era la túnica de los judíos. Llevaba un vestido de seda cortesano, ceñido por un cinturón de perlas. Se miraron fijamente.

—¿Quién sois y qué hacéis aquí?

—Soy un chico cristiano que me he perdido en Barcelona. —Hernán tuvo un impulso repentino y echó a correr. Los soldados hicieron el amago de seguirlo.

—Dejadlo —dijo Hayzam—. Es solo un muchacho.

Hernán siguió huyendo, estaba asustado, ni tan siquiera fue capaz de dar a Hayzam el recado del Abad de Santa Catalina. Parecía que tenía que estar huyendo toda la vida. Aporreó una puerta.

—¡Por favor! ¡Por Dios! ¡Por Abraham y sus profetas! ¡Ayudadme! —exclamó suplicante.

Un viejo se apiadó de él y le abrió, dejándole pasar.

—*Shalom* —dijo, cortés—. ¿Qué sucede? Explicádmelo.

Hernán vio en los ojos del anciano la paz, el sufrimiento de los que han padecido en silencio, de los que conocen la verdad de las cosas, y le recordó a aquel antiguo abad que conoció en el calabozo, allá en el templo de los dominicos.

—No temáis, ahora estáis a salvo. —Lo miró varias veces—. Parecéis

buen chico.

Lo hizo pasar a una estancia con un pebetero en medio, y el suelo cubierto de alfombras y cojines. Hernán se recostó en uno de los almohadones. El humo era denso. El muchacho temió que fuera un narcótico y que ese viejo abusara de él. Intentó mantener los ojos abiertos, pero no pudo.

- Hernán despertó al cabo de dos días. Se vio en un lugar extraño. Recordó. Vio con horror que le habían sacado las ropas y llevaba un pijama de seda. Miró a su alrededor observó a aquel anciano, que adivinó sus miedos.

—No te apures, muchacho. Te hemos limpiado la ropa y te pusimos estas prendas para que tu sueño fuera más confortable.

—¿He dormido mucho? —preguntó Hernán, vistiéndose con las prendas limpias, que alguien había depositado a su lado.

—Unos dos días. Estabas fatigado. Lo has tenido que pasar muy mal.

—Uff... Jamás dormí tanto. ¿Y lo que vi antes de entrar en esta casa?

—¿Te refieres a la escena del subterráneo?

—Sí, esa misma. ¿Pero vos cómo sabéis?

—Era una de las formas de la cábala hebrea. Hace tiempo que el rabino Abulafia la practica sin éxito.

—¡Por la Virgen! ¡No puede ser! Yo vi cómo tenían sexo, vi cómo los detenían.

—Vamos a ver, muchacho. ¿Qué sabes tú del sexo? —le dijo con ojos escrutadores.

—Poco... —respondió bajando la cabeza.

—Te lo explicaría pero no lo podrías entender. El sexo es parte de la condición humana, pero hay otras cosas... Todo en exceso es malo, muy malo.

—Me menospreciáis. Algo sé —expresó, orgulloso—. Amar a una mujer es alcanzar la gloria —añadió con conocimiento de causa.

—Habéis razón, y debéis amarla y cuidarla como a uno mismo. Pero para vivir también debéis cultivar la mente —sentenció con una sonrisa.

—Lo sé. Los curas de San Juan de la Peña intentaron inculcarme el amor al estudio, que no aprecié hasta...

—¿Qué queréis decir?

—Hasta que me enviaron al monasterio de los dominicos —respondió,

avergonzado.

—Lo imaginé. ¡Pobre muchacho! Es un lugar tétrico —dijo, compungido y a media voz.

—Lo que yo os pueda decir es poco. ¿Vos conocéis la catedral-monasterio de los dominicos? —añadió con angustia contenida.

—¿Y quién no? Es un sitio donde hay mucho dolor e impera el mal, y eso se percibe. En Barcelona se construyeron tres catedrales: una de los ricos otra de los pobres y otra donde había total ausencia de bien.

Era la segunda vez que Hernán escuchaba hablar sobre las tres catedrales de la Ciudad Condal. Sintió un impulso; una frase salió de sus labios:

—¿Acaso vos conocéis la piedra filosofal?

—¿Qué sabéis vos de eso? ¿Quién os lo ha contado? — Preguntó, sorprendido.

—No me lo comentó nadie. Lo vi escrito en una piel de carnero en la torre de los dominicos.

—Eso es un secreto, un secreto que guarda con celo el pueblo hebreo, pero yo te lo voy a contar. Si has venido a parar aquí es por algo. Todo comenzó hace años, muchos años, cuando Dios creó el mundo e hizo el hombre a su imagen y semejanza.

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con la piedra filosofal? Porque, por lo que yo había estudiado, en mi monasterio de San Juan de la Peña, la piedra filosofal permite alcanzar la alquimia, la facultad de crear oro.

—Correcto, pero a los cristianos os han llegado los hechos cambiados, pues vosotros lo llamáis piedra filosofal porque el libro de la creación o zohar se esculpió en una piedra.

—¿En una piedra?

—Sí. Cuando Moisés subió al monte Sinaí descendió con dos tablas: una la de los diez mandamientos; la otra, el zohar. Pero cuando descubrió el poder del zohar lo escondió en el arca de la alianza. Era demasiado peligroso.

—¿Por qué era peligroso? —preguntó Hernán con curiosidad.

—Porque era un formulario mágico para crear vida, un formulario para ser como Dios. Pero el formulario no era suficiente, era necesario tener unos conocimientos para descifrar la piedra.

—¿Y qué pasó?

—Alguien se hizo con la piedra y fijó por escrito la forma para descifrar

su contenido.

—Entonces tenéis la solución.

—No, quien lo hizo lo mantuvo en el máximo secreto.

—¿Qué tiene que ver ello con lo que vi? Yo vi una orgía, vi sexo. —Se sentía intranquilo. No lo podía entender.

—Ya te dije, muchacho, que salvo la persona que se hizo con la piedra, el resto del pueblo de Israel se quedó sin conocer los secretos para crear vida. Muchos intentaron encontrar un sustituto a la piedra. Para Abulafia, el sexo era una forma de sustituir la piedra. El rabino Abulafia ideó unas posturas eróticas para pronunciar mantras hebreos y crear seres vivos, como un kamasutra cabalístico. Por ello el príncipe Hayzam lo ha expulsado.

—¿Pero eso es posible? —preguntó Hernán abriendo mucho los ojos.

—Todo es posible muchacho. ¿Acaso el *Cantar de los cantares* de nuestros libros sagrados no son también textos con un gran contenido sexual?

—¡Ja, ja, ja! No lo había pensado, pero todo esto es herejía y está prohibido.

—Quizás para el común de la gente, pero te aseguro que las altas esferas de la Iglesia también se interesan por ello.

Hernán miró la habitación, todo esto le parecía brujería. En la pared había símbolos hebreos y dibujos diabólicos. Descubrió muchas escenas del infierno. Vio un grifo, un caballero y un elefante. Pensó que había sido llevado por un demonio al inframundo y lo estaba tentando.

Miró sus muñecas y observó con horror que ya no tenía las muñequeras de cuero. Tuvo miedo, se sintió inseguro. Debía irse. Tenía prisa. Se vistió y fue a la puerta. El anciano entendió y antes de que Hernán cruzase el umbral de la estancia le dijo:

—Muchacho, una última cosa: las dudas, temores, desalientos y desconfianzas no solamente os harán perder la estimación ajena y os sellarán con el despreciable estigma del fracasado, sino que, reaccionando sobre vuestra mente, invalidarán vuestra eficacia y os quitarán toda confianza en vuestra iniciativa.

—¿Os puedo hacer otra pregunta? —dijo desde el quicio de la puerta.

—Claro, muchacho —afirmó con curiosidad.

—¿Habéis visto la marca de mis muñecas?

—Sí, la vimos cuando os desvestimos. Por eso te he contado los secretos

que están vedados al común de la gente.

—¿Qué quieren decir?

—Que sois uno de los elegidos.

Ya había escuchado suficiente. Aquello era brujería. Hernán salió a la calle con premura. Buscó a Nur.

Dio vueltas y más vueltas por las callejuelas de Barcelona y al final, agotado y desmoralizado, la encontró. Ella estaba bailando. Sus movimientos, su gracia, las caderas, los senos... El muchacho estaba inflamado por el deseo de poseerla. Ella tenía al público a sus pies. Hernán sentía celos de los que la miraban. Se habría enfrentado a puñetazos con ellos por Nur.

- A medida que se sucedieron los días, se intensificaron los ataques contra los judíos. Sus paradas en el mercado de San Miguel fueron saqueadas y destrozadas, al tiempo que se les agredía verbal y físicamente. Se volvió a cerrar la judería por las noches. Muchos judíos quebrantaron la prohibición real y empezaron a emigrar hacia otros lugares, aun a riesgo de perder sus vidas.

Los comercios de los castellanos no tuvieron mejor suerte. Nadie compraba en ellos. Se decía que eran muy caros y que la mercancía no era buena, el que les compraba sus productos era tildado de traidor. La tradicional amistad entre Aragón y Castilla se había roto.

Hayzam fue a reclamar al rey la adopción de medidas urgentes, pero este estaba demasiado ocupado en otras cosas; los judíos no eran su problema. A pesar de ello, no solo no los protegió, sino que endureció las penas para que los judíos no emigrasen, sus impuestos enriquecían las arcas del Estado. Si la situación continuaba se vería obligado a recluir a los israelitas dentro de la sinagoga mayor.

Los acontecimientos se estaban precipitando, al tiempo que las intrigas iban haciendo su efecto. El poder en el reino de Aragón estaba a punto de cambiar de manos.

CAPÍTULO XXII. EL PRESTAMISTA

Al filo de la medianoche, se empezaron a levantar unas nubes que aumentaron progresivamente de tamaño hasta oscurecer el cielo. La claridad sideral se apagó y una intensa negrura cubrió la ciudad de Barcelona. El ambiente era caluroso y húmedo, y anunciaba el próximo verano.

De entre las tinieblas surgió una silueta confusa, desdibujada, perdida; iba cubierta por una capa, se arrimaba a las paredes de las casas con sigilo para no ser descubierta. Las losas del suelo resonaban a su paso. Le fastidiaba la misión, pero debía realizarla él mismo. Tras andar largo rato, llegó a una calle en donde se sucedían las diferentes casas de cambio. En Barcelona, como en todas las grandes urbes, había dos calles dedicadas a la usura llamada cambios viejos y cambios nuevos. La religión católica castigaba la usura. Aun así, el Estado la regulaba porque de ella obtenía grandes beneficios. Además, era por todos sabido que el rey obtenía préstamos a muy bajo interés.

El hombre cubierto con una capa se detuvo delante de una casa con la imagen de una moneda y la estrella de David en la entrada.

—Sucios israelitas —se dijo para sí, al tiempo que escupió en el suelo.

Aporreó con fuerza el aldabón de entrada. Le abrió un judío vestido con una túnica y turbante amarillo. El visitante entró con premura en un vestíbulo compuesto de dos mesas y estantes con los libros de cambio. El judío cerró la puerta y comprobó que nadie lo había seguido.

—Que el Dios de Abraham sea contigo —saludó el israelita.

El visitante se limitó a librarse de la capa y se lo quedó mirando con claro cinismo.

El anfitrión no tuvo en cuenta el desaire del encapuchado. Sabía y comprendía...

—Os esperaba —dijo con repugnancia contenida.

—Echad el cerrojo a la puerta —ordenó el recién llegado.

El judío estuvo a punto de replicar. Era su casa. El intruso no tenía nada que ordenar. Pero hizo lo que le pedía; era mejor callar.

—¿Me reconocéis? —preguntó el visitante, aunque sabía la respuesta de antemano.

—¿Cómo no? Sois Fray Raymundo de Peñafort —respondió el israelita

haciendo una reverencia servil.

—¡Voto va, que no creo que me esperaseis! —replicó con sorna.

—Esperaba a vuestro lacayo, pero vos sois siempre bienvenido a mi humilde negocio —dijo intentando disimular su desagrado.

—No seáis hipócrita. Me detestáis, y me detestaréis más ahora, que os vengo a pedir una ampliación del préstamo.

—¡Por Abraham todopoderoso! —exclamó el israelita, sorprendido—. No puedo, no tengo más liquidez, las cosechas han ido mal, se dice que los castellanos están acaparando todo el trigo, no tengo que daros.

—No me intentéis engañar, hebreo. Ese rumor lo he hecho correr yo y os he enriquecido. Vos comprasteis trigo a bajo precio y lo habéis almacenado. Nunca el precio del trigo había sido tan elevado como ahora. Por tanto, tu beneficio es inmenso y aumentará si guardas tus reservas porque el invierno próximo el hambre se ha de extender por Barcelona, pues el rey entrará en guerra.

—Pero, ¿cómo lo sabéis? —preguntó intrigado.

—¿Olvidáis con quien habláis, sucio judío? Yo sé todo lo que ocurre en esta ciudad.

—¡Uff! ¡Por el padre Abraham y sus profetas! No puedo, no tengo liquidez para dejaros —dijo escondiendo su ira y volviendo a su natural mercadeo.

—Sé que tenéis dinero y también sé que me vais a dar lo que os pida —aseguró con mal talante.

—¡Ilustrísima! —expresó rasgándose las vestiduras.

—¡Dejad de exclamaros! Gracias a mí podréis culpar a los castellanos de todas las desgracias que asolarán el país, y yo también los acusaré, y aumentará el odio hacia ellos, al tiempo que la miseria reinará en Barcelona, la plebe lo soportará y lo pagará, pues tendrá un culpable a quien achacar todos sus males y vos venderéis el trigo y acumularéis más riquezas. Además, os puedo abrir muchas puertas y también os puedo cerrar otras muchas. Tengo poder y no debéis enfrentaros a los poderosos.

En ese momento un niño cruzó la estancia y se abrazó al israelita, dándole un beso.

—¡Papá! ¡Papá! Te he estado buscando. —Luego miró con miedo al recién llegado—. ¿Quién es ese hombre?

El judío no supo qué responder. El fraile se acercó al menor para acariciarle el cabello, pero este lo rehuyó y miró al judío de forma desafiante.

—Papá, ¿quién es ese hombre? —repitió el muchacho.

—Un amigo, y ahora no nos molestes más y vuelve con tu madre —le contestó el padre con autoridad, al tiempo que miraba al fraile y vislumbraba en sus ojos la maldad.

—Habéis razón —le dijo, vencido—. Contad, pues, con el préstamo. ¿Pero qué bienes lo garantizarán? Porque vos pertenecéis a una orden mendicante.

—¡Válgame el cielo! ¡No me vengáis con esas! ¿Acaso pretendéis tomarme el pelo? Sois de una raza harto inteligente. Los bienes que os garantizarán el empréstito son los del Estado. Sois rico. Si prestáis, no os lo devolveré, pero con mis contactos os permitiré seguir con vuestro negocio e incrementar vuestras riquezas.

—¿Puedo preguntaros para qué queréis el dinero? —preguntó con desconfianza.

—Para lograr el poder preciso del dinero, el dinero sin poder es un matrimonio sin éxito. No debéis saber nada más, contentaos con ser amigo de un poderoso —respondió de forma fría con ganas de dar la conversación por terminada.

—Así se hará —dijo volviendo a hacer una reverencia servil—. Que me vea comido por la lepra y abandonado en un muladar, como nuestro patriarca, el santo Job, si incumplo lo que digo.

—¡Ah! Y otra cosa —añadió el cura, al tiempo que se restregaba las manos—: No digáis nada al príncipe Hayzam —tras lo que cogió un clavel de un jarrón y añadió, deshojándolo—, pues una cosa es sacar los pétalos de una flor y otra estrujarla hasta matarla.

—Vuestros deseos son órdenes —respondió el israelita, incapaz de prever la funesta trascendencia de sus actos.

Mientras, Fray Raymundo de Peñafort se volvía a colocar la capa y salía a la calle, cuidando de no ser visto y dejando el tallo del clavel totalmente retorcido en el suelo.

- Esa misma noche una sombra salida de la misma judería se detuvo delante de una casa con la imagen de una moneda y una estrella de David en la entrada. Aporreó la puerta. Una anciana se asomó a la ventana para echar una reprimenda al gamberro y se quedó aterrada al ver a un ser medio humano medio criatura. Empezó a chillar, sus gritos resonaron por la aljaima.

La sombra desapareció para volver a aparecer en la casa de Dalmacio

Creixell. Todos dormían. La sombra escaló una de las paredes de la calle Montcada. En el momento en que el asaltante estaba a punto de alcanzar el ventanal, uno de los perros de la ronda lo olió y empezó a ladrar, dirigiéndose al intruso. Este bajó de donde estaba. El perro intentó hacerle frente, pero no pudo, su contrincante era muy superior. Se inició una lucha, el perro cayó muerto en el suelo, fulminado por una herida que le atravesó el abdomen. La sombra huyó.

- La mañana amaneció espléndida, con un cielo límpido, casi diáfano, la mar en calma, como un espejo, y apenas una tenue neblina envolviendo las montañas del Tibidabo. Cuando se levantó la queda y se abrieron las puertas de la muralla de Barcelona, un hombre vestido con el hábito de los peregrinos de Santiago entró por la Puerta del Ángel y se encaminó hacia la catedral de la Seu. Su paso era firme y sereno, las limosnas le bastaban y jamás un mendrugo de hogaza o una sed de agua faltaron en su camino. En su mirada llevaba el reposo de la eternidad.

Se arrodilló delante del altar de Santa Eulalia. Los feligreses vieron que levitaba y tuvieron miedo.

- El rey, presionado por el pueblo y aconsejado por Fray Raymundo, pensó que podría aprovecharse de las circunstancias para obtener más ingresos, al tiempo que encontraba un culpable. Para ello planeó que sus soldados registrasen y confiscasen los bienes de todas las casas de la aljama, mientras retenían a los judíos en la sinagoga mayor. Pero antes Hayzam tenía que renunciar a su cargo, pues las fiestas por la victoria de Navas de Tolosa habían terminado y los caballeros cristianos no tardarían en marchar de la ciudad alegre y confiada, cuyos habitantes continuaban con su vida habitual, en la certeza de la sabiduría de aquellos que los gobernaban...

CAPÍTULO XXIII. EXCOMUNIÓN DEL REY PEDRO II DE ARAGÓN

Una terrible noticia recorrió como la pólvora los reinos cristianos de la península. Aquello que todo el mundo esperaba se había cumplido. El Santo Padre Inocencio III se había decantado a favor de los franceses y había excomulgado al rey Pedro II de Aragón, acusándolo de ayudar a los rebeldes cátaros.

No tardarían en sucederse las reacciones de los diferentes reinos cristianos. Nadie quería ser aliado de un rey considerado fuera de la Iglesia católica.

El rey de Castilla decidió no ayudar a su antiguo aliado, no quiso involucrarse ante los rumores de que los castellanos eran mal vistos en el reino de Aragón. También suspendió su viaje a Portugal para dirimir la controversia entre Alfonso, el Gordo de Portugal y Alfonso, el Baboso de León.

En Barcelona la población enloqueció y respondió con ira y rabia. Se sucedieron las manifestaciones y el saqueo de las propiedades de los franceses por un lado como defensores de la cruzada y de los castellanos por otro, acusados de dejarlos de lado y de estar subiendo el precio del trigo. Los ciudadanos pedían que el rey declarara la guerra a los franceses y ayudara a los rebeldes cátaros.

Ante la gravedad de los acontecimientos y la certeza de una nueva guerra, los reyes de la península prepararon sus ejércitos. Así, José de Azagra fue llamado por su padre al señorío de Albarracín. Cabeza Brava también debía volver a Castilla. Había de acompañar de vuelta a la infanta Leonor para tormento de su doncella, que quería salvar a toda costa la honra de su princesa frente al mujeriego Cabeza Brava. Este seguía jugando con los sentimientos de la doncella, acomplejada por su nariz puntiaguda, vengando así los desaires de doña Berenguela en sus años mozos.

Nur también se había convertido en la querida de Cabeza Brava. El guerrero, antes de volver a su tierra, quiso colmar sus instintos. Por ello se adentró por la calle Espolsasacs en búsqueda de la bailarina. Subió por la escalera y, sin más, entró en sus aposentos.

Ella estaba recostada en la cama. Nur se sorprendió al verlo, pensaba que

Cabeza Brava ya se había ido. El hombre, sin más, hizo ademán de poseerla. Ella no quería, pero él la obligó. Él le sujetó la cara entre las manos, alzándole la vista hacia sus ojos fervientes y decididos. Ella jadeó y su boca se abatió sobre la suya. Se besaron con violencia, sus dientes chocaron y luego la lengua de ella estaba dentro de la boca de él.

El deseo estalló en el cuerpo de Cabeza Brava y respondió a los besos de Nur con una pasión irrefrenable, entrelazó sus manos con el pelo de la bailarina y tiró de él con fuerza. La mano del caballero se deslizó por el cuerpo de ella hasta la parte de arriba del muslo y sus dedos hurgaron en la piel de la musulmana a través de su vestido. Se separaron. Nur tuvo un pensamiento hacia Hernán; se sintió sucia...

Se desvistieron deprisa, él la penetró varias veces hasta que eyaculó en su interior. Ella humedeció sus ojos con unas lágrimas que retuvo en su iris.

Se recostaron uno al lado del otro y Nur empezó a acariciar el vello del pecho del caballero, y aprovechó para decirle:

—Pensaba que estarías con el rey preparando la guerra.

—No, debo volver a Castilla.

—¿Dalmacio dirigirá el ejército?

—Sí, eso creo. —Cabeza Brava desconfió. Las palabras siempre convincentes de ella hoy resonaban falsas. Se percató de que ella siempre le estaba haciendo preguntas.

—¿Quién sois vos, fulana? Siempre me preguntáis sobre asuntos de Estado. ¿No seréis una espía? —le dijo, al tiempo que la abofeteaba.

—¿Yo? ¿Os habéis vuelto loco? —respondió Nur, alterada.

—Siempre preguntando: que si invadimos Mallorca, que si iremos a guerrear contra Francia. ¡Me habéis cansado! —Sacó un puñal de misericordia. En ese momento apareció Iskandar junto al resto de músicos. Se abalanzaron sobre Cabeza Brava y lo inmovilizaron.

Tras un leve forcejeo Cabeza Brava se calmó y lo liberaron. Cogió unos maravedíes alfonsinos y se los tiró a Nur a la cara.

—¡Tomad! ¡Por vuestros servicios, zorra!

Ella hubiese querido llorar, pero no pudo. La vida le había secado las lágrimas.

- Mientras la ciudad descansaba, en el palacio real resonaron los pasos de alguien que no quería ser descubierto. Este se adentró con sigilo y aires

amanerados en los aposentos del monarca. Se acercó al lecho donde dormía el rey y le tiró una pócima dentro de la bebida que tenía al lado de la cama para anular su voluntad. El bufón lo interrumpió:

—No le tiréis más.

—Habíais aceptado —respondió Robert de Blasi.

—Sí, pero ahora ya no.

—¿Por qué? ¿Quién sois de verdad? ¿A quién defendéis? ¿Por qué ahora no y antes sí? —preguntó con desconfianza.

—Porque es menester que el rey vaya a la guerra y lo haga sereno. Aunque no sé si será capaz...

—Ambos teníamos un mismo objetivo: que el príncipe Hayzam saliese del gobierno. ¿Pero ahora? ¿Esta actitud? No alcanzo a entender. ¿Vos a quién defendéis?

—Vos no podéis entender que mi misión es diferente a la vuestra, vuestro intelecto no alcanza.

—¡Me faltáis!

—No, yo tengo un pasado que me pesa y atormenta y vos no sois más que el lacayo de Fray Raymundo —le dijo desapareciendo por los pasillos del palacio con el sonido del cascabel de su bonete.

- Esa misma noche, el príncipe Hayzam se trasladó a los calabozos del veguer para interrogar al rabino Abulafia. De camino pensó en la huida de Israel en la diáspora, en cómo se habían visto obligados a ser acogidos en países extraños. No tenían ejército. No eran guerreros. Su fuerza provenía de la intriga política y la ciencia magna de la economía. A los problemas de la rebeldía de los cátaros, el del contrapoder de Fray Raymundo, de la excomunión del rey, de los insistentes rumores contra los castellanos, se les juntaba que uno de los suyos montase escándalos públicos. Pensó en la oferta del califa de Mallorca. Esperaba que este cumplierse con lo prometido y, llegado el momento, los ayudase a escapar de Barcelona. Se sabía un príncipe menospreciado por un rey débil, voluble y odiado en la Corte. Los suyos, en cambio, lo admiraban y lo respetaban. El día que no tuviera el favor real, el pueblo judío de Barcelona peligraba. Y pensar que ellos eran capaces de crear un ejército... Pero no podían utilizar los secretos del libro de la creación. Estaba prohibido.

Cruzó los estrechos pasillos del calabozo, alumbrado por un farolillo cebado con grasa. Tuvo un pensamiento para su hija, que se hallaba en el máximo esplendor de aquella hermosura que prometió su adolescencia. Era princesa, pero jamás los cristianos la reconocerían como tal. No comprendían que un judío pudiera tener tan elevado concepto de su dignidad. Tenía que aguantar las sonrisas del desdén, del trato humillante. No quería eso para su hija.

—¡Eureka! ¡Eureka! —resonó en las penumbras del calabozo, eran los gritos del prisionero. Estaba como loco, gritó que lo había logrado, que había alcanzado los secretos de la cábala judía.

—¡Dejadme solo con él! —ordenó Hayzam, al tiempo que le abría la puerta del calabozo.

—*Shalom*, hermano —le dijo Abulafia. Él y Hayzam eran amigos desde la infancia. Abulafia fue un alumno aventajado. Estudió primero la Torá y luego los textos clásicos de la cábala, que aunaban filología, matemáticas, psicología, cosmología, física, filosofía y mística. Nunca tenía suficiente y su sed de conocimientos era ilimitada. No comía. Iba vestido como un mendigo. Decía que añoraba la eternidad. Viajó a la aljaima de Praga y volvió más místico que nunca. No tenía aprecio por el dinero. Dilapidó toda su fortuna.

Su casa empezó a ser frecuentada por gente extraña y por mujeres de dudosa reputación. Recibió varias denuncias, pero Hayzam no había querido intervenir. Y ahora le habían detenido en medio de una orgía. Era una locura.

Hayzam sintió pena por su amigo. ¡Cómo había cambiado! Las arrugas surcaban su cara; su extrema delgadez y sus ojos brillaban con una luz extraña.

—¡Hayzam, amigo! He descifrado las secretas vocales transcritas en la piedra filosofal. He confiado en Dios y Él ha conducido mis pasos. He comprobado que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y le dio la posibilidad de dar vida —le dijo Abulafia al verlo, al tiempo que se abalanzaba sobre él.

—¡El libro de la creación! —exclamó, simulando asombro—. ¡Eso es una locura!

—No, son índices místicos que Dios ha ido disseminando por el mundo

para que el ser humano compartiese con él sus conocimientos. ¿No los ves? —dijo señalando las piedras, como si hubiese algo escrito en ellas.

Hayzam no se sorprendió; sabía que en la locura de Abulafia había algo de verdad.

Abulafia continuó con su relato:

—Dios depositó en los textos de la antigüedad numerosas pistas, pequeños retazos de la verdad suprema. El libro de la creación se ha ido manifestando a unos pocos elegidos y yo lo he encontrado —dijo, eufórico, mirando unas piedras donde no había nada escrito.

—¡Voto a Abraham! —exclamó Hayzam con gran excitación—. ¿Cómo se os ha manifestado?

—A través del sexo, el sexo es el principio y el fin de todas las cosas. A través del sexo siento como si la melodía del libro de la creación se precipitara al mundo de los sentidos, haciéndose libre.

La conversación fue interrumpida por uno de los guardianes para anunciarles que Fray Raymundo estaba en las puertas de la cárcel y exigía ver al prisionero. El cura controlaba todo lo que pasaba en Barcelona.

Hayzam salió airado a recibir a su peor enemigo. Su amigo tenía la locura de los que han buscado la piedra filosofal y no la han encontrado. De todas formas, en toda locura había algo de verdad y quizás se estaban desvelando los secretos de la creación y el fraile no podía acceder a ellos bajo ningún concepto.

Fray Raymundo, sin preámbulos, se enfrentó a su anterior protector y fue directo a lo que le interesaba:

—Tenéis a un preso que ha organizado una orgía en grupo. Fue un acto diabólico. Me lo habéis de entregar.

—¡Jamás! La aljaima es cosa mía, es la ley —dijo, autoritario, el valido del rey.

—¡Os equivocáis! Ante una manifestación del diablo, es menester que intervenga la Inquisición —contestó, colérico.

—¡Voto a mil pares de demonios! No hay peor diablo que vos. La Inquisición es un medio para lograr vuestros objetivos y dominar a vuestros opositores —le dijo con ironía.

—¡Me faltáis! ¡La Inquisición es la guardiana de la fe! — exclamó con determinación el fraile.

—Vos utilizáis a la institución y a la multitud a vuestro antojo, con

argumentos que cambiáis a vuestra conveniencia —replicó con dureza.

Fray Raymundo lo miró con fingida compasión y le dijo con un tono de voz suave:

—Estáis solo, Hayzam. Vuestro rey está enfermo y es voluble, no tardará en caer. Debéis replantearos a quién apoyáis.

—No me he de replantar nada. Le hice un juramento al rey y no lo voy a cambiar.

—Sois demasiado legal —afirmó con un claro reproche.

—No es una cuestión de legalidad, sino de principios. Pero vos no sois capaz de entender... El mal os puede —le replicó Hayzam.

—Vos me dijisteis una vez que detrás de todo bien hay mal y detrás de todo mal hay bien —le respondió con sorna.

—No fueron esas las palabras, vos lo tergiversáis todo en vuestro favor.

—Hayzam sabía que el mal era también instrumento de Dios—. ¿Qué queréis?

—¿Qué quiero? Ya os lo he dicho, quiero al prisionero.

—A vos el prisionero os da lo mismo. ¿Qué queréis de él?

—Preciso que me ayude a interpretar la piedra filosofal.

—Eso no existe, es una leyenda —contestó Hayzam escondiendo la verdad.

—No es cierto, yo la tengo en mis manos, me la entregó María de Montpelier, quien a su vez la obtuvo de su madre, la reina Eudoxia Commena de Constantinopla.

—No os creo —dijo simulando firmeza, escondiendo la intranquilidad que esa afirmación le causaba.

—Me habéis de ayudar, si no destruiré la aljaima —exigió el fraile.

Hayzam dio la conversación por terminada y regresó al palacio del Veguer, dejando al cura en la calle, ahogándose en su propio odio.

- Era un día de verano, el calor húmedo impregnaba la vida de la ciudad, haciendo las jornadas duras y difíciles. José de Azagra se dirigía a caballo al palacio del príncipe Hayzam. Este era una construcción de piedra con pequeños ventanales, situado en la calle Dalmases. Sus gruesas puertas se abrían a un espacioso patio interior empedrado, para la entrada de carruajes y caballos. En el centro había una fuente de piedra de la que manaba un

chorro de agua que caía, alegre, a un tazón cóncavo y de ahí a un estanque situado en el suelo con nenúfares y peces de vivos colores.

El caballero se detuvo en la puerta, venía del palacio de Dalmacio Creixell. Llevaba prisa, debía volver al señorío de Albarracín, pero antes ardía en deseos de volver a ver a la princesa del pueblo de Israel. Acarició con los dedos el velo que le entregó la dama y que llevaba en el jubón. Entró en el patio y descabalgó del corcel. Unos lacayos lo atendieron y lo hicieron pasar a una estancia amueblada y decorada con mucho lujo. En el centro un gran abanico se movía por la fuerza de uno de los sirvientes, haciendo más llevadero el bochornoso calor. Constanza salió a recibirlo. Vestía una túnica blanca ceñida en la cintura por un fino cinturón de piezas de oro. Cubría el rostro con un velo bordado de plata y perlas.

Don José de Azagra se sentía hechizado por aquella hermosura que se escondía tras el velo, blanca y rosada como la flor de un almendro, y que por dos veces había contemplado. Estuvo tentado a alzarle el velo.

Ella tomó la palabra.

—Señor, vos no simpatizáis con los hebreos.

—Habéis razón, los detesto —dijo molesto, previendo que Constanza no se lo iba a poner fácil.

—Entonces, ¿por qué habéis venido a la morada de esta raza infame?

—Quería despedirme —dijo con franqueza, esperando una palabra amable de la princesa.

—No hacía falta —replicó con desdén.

—Si no hacía falta, ¿por qué me habéis recibido?

—Por educación —respondió altanera, para luego añadir—: ¿Supongo que seréis cristiano viejo y goda o hispano romano?

—Exacto. Goda de la real dinastía de Eovigildo —respondió con orgullo.

—¡Idos, por el Dios de Abraham! —exigió con autoridad.

—¿Me dejáis así, con la palabra en la boca? —preguntó, solícito.

—Idos... —Y en ese momento él le rodeó por la cintura con su brazo izquierdo, mientras con el derecho le alzó la barbilla y le sacó el velo que le cubría la cara. Los dos se miraron. Él, demandando; ella, solicitando. Juntaron sus labios y se dieron un beso prolongado, ella no sabía... Nunca había besado... Él tenía prisa... Ella descubría. Él le metió la lengua en la boca y le empezó a palpar el cuerpo. Ella lo apartó. Él hizo fuerza con la mano. Ella lo volvió a rechazar.

—¡Idos, por Dios!

No hubo más palabras. Él cogió su cabalgadura y se alejó.

—Lo siento —dijo José de Azagra, compungido.

La princesa lloró en silencio sin saber por qué. No había hecho nada malo. Estaba confusa. Por un lado, amaba a este caballero; por otro, también se sentía atraída hacia el caballero que la coronó «Reina del amor y la belleza» en el torneo y finalmente le debía obediencia a su padre, que le aconsejaba no casarse con ningún cristiano. Su doncella se acercó a ella para consolarla.

—Niña mía —dijo la sirvienta que la había visto crecer, abrazándola, al tiempo que miraba de reojo la apuesta silueta de José de Azagra y pensaba para sí: «¡Qué hermosa pareja y qué hermosa juventud!».

Constanza le preguntó a la doncella:

—¿Qué se hace cuando se está enamorada?

La sirvienta no le contestó. No tenía respuesta. Quizás esta pregunta también se la hizo ella un día para repetirla a lo largo de su vida.

—Calma, mi niña, calma, pues se padece y se llora, y se vive como en un infierno. En este mundo las mujeres no podemos decidir.

—Creo estar enamorada de dos caballeros —dijo traviesa.

—¡Válgame el cielo! Vos lo que tenéis son demasiados pájaros en la cabeza, muchacha, y vuestra hermosura atrae a los hombres. Temo que un día esta misma belleza sea vuestra perdición; el amor es como un vino malo que se sube a la cabeza.

Constanza no escuchaba, se había asomado a una de las ventanas para ver alejarse al caballero. Su doncella era una vieja chocha que no se aclaraba y siempre cambiada de opinión.

- La aljaima estaba rodeada por la guardia real para evitar enfrentamientos e impedir que el pueblo la saquease antes que el rey. La situación estaba a punto de explotar. Ahora que los caballeros cristianos habían marchado de la ciudad y las fiestas habían terminado, el monarca estaba dispuesto a recluir a los judíos en la sinagoga mayor, y los soldados se habían preparado para saquear toda la aljaima casa por casa. Pedro II acordó llamar a Hayzam a palacio para destituirlo y así poder cumplir sus planes.

Hayzam, ajeno a las maniobras del rey, había reunido a los judíos en la

gran sala rectangular situada en los sótanos de la sinagoga mayor. Era necesario atrapar al Golem para salvaguardar la aljaima. Se había acordado nombrar una comisión de siete judíos para que se encargasen de recorrer todos los subterráneos, los pasadizos y las cloacas si fuera necesario, al objeto de descubrir dónde estaba la bestia.

Varios de los presentes preguntaron por el rabino Abulafia, a lo que Hayzam respondió que estaba a buen resguardo. Nadie puso en duda la autoridad de Hayzam, siempre había llevado la aljaima con acierto y medida.

Al día siguiente Hayzam recibió un mensaje del rey, llamándolo a palacio. El príncipe israelita sospechó que el monarca tenía la intención de hacerle cumplir la promesa que le hizo de presentar la dimisión una vez las fiestas hubieran acabado y los caballeros se hubieran ido de la ciudad, con el fin de tener mano libre en la aljaima y declarar la guerra a los franceses.

La Corte de Barcelona se había convertido en un avispero de intrigas y desafueros que estaban a punto de llevar al país a la catástrofe y Hayzam hacía mucho que no descansaba. Los acontecimientos le estaban superando. Intentaría darle más largas al rey, aunque no sabía hasta cuándo podría aguantar. Tenía demasiados frentes abiertos y sus enemigos lo querían muerto.

CAPÍTULO XXIV. CARCASONE. EL DESENGAÑO

Días más tarde, Pedro Nonasco llegaba a Carcasone, espléndida ciudad construida encima de una loma y encerrada entre un formidable cinturón de murallas, con torres circulares, y protegida por anchos fosos. Desde la antigüedad esta fortaleza occitana había desafiado, invicta y orgullosa, a los enemigos. Pero por esta vez las defensas imponentes que circundaban la ciudad no pudieron repeler las fuerzas de Simón de Monfort, y sus habitantes sucumbieron ante la agresión del invasor. La ciudad había sido destruida y arrasada. El cielo se había llenado de las humaredas de los edificios, pintando un espectáculo de desolación y muerte.

Era un día espléndido, una mañana clara y calurosa del verano. Los campos estaban devastados, los caminos jalonados de cuerpos calcinados y carros quemados. Las puertas de la ciudad permanecían abiertas, los edificios destruidos, los palacios, antes altivos, ahora eran escondidos esqueletos, ennegrecidos por los incendios. La altiva fortaleza estaba en ruinas.

Bajo los soportales de la plaza Mayor, los ciudadanos de Carcasone se mostraban un pueblo vencido. Hombres tullidos. Mujeres lívidas deshechas, con los labios pintados los rostros desencajados cubiertos de afeite. Muchas de ellas estaban paradas en las esquinas vendiendo su cuerpo, junto a chiquillos andrajosos solicitando una limosna.

La mente de Pedro Nonasco era un hervidero de sensaciones enfrentadas. La visión de sus compañeros crucificados había hecho tambalear sus principios. ¿Realmente había valido la pena rebelarse contra el poder? ¿No hubiese sido mejor la sumisión y la obediencia?

¡Qué diferencia de aquella ciudad que conoció tiempo atrás! La gente, antes rica, altiva, hermosa y elegante, ahora era pobre y desgraciada. La población lo vendía todo, la necesidad acuciaba. Los campos habían sido arrasados. Los ciudadanos se morían de hambre. Habían sido un pueblo generoso, el más humano, los hijos los mejor alimentados, los más alegres, los más divertidos. Ahora los soldados compraban por poco dinero a los chiquillos, no importaba el sexo, no se hablaban, no gritaban, no contaban no gastaban bromas. Las madres o aquellas mujeres huesudas los tenían agarrados de los brazos para que no se

llevasen a sus hijos sin pagar. Después tomaban monedas de oro o comida y se largaban.

El caballero miró al cielo azul. ¿Cómo podía haber tanto sufrimiento entre tanta hermosura? Si había Dios, ¿cómo podía haber permitido todo aquello?

Estaba intranquilo, la gente lo reconocía por la calle, aquellos que se decían sus amigos y lo laureaban ahora lo rehuían. Los ciudadanos tenían miedo de que se les asociase con la antigua religión de los cátaros. Y él no tenía a dónde ir, había entregado toda su fortuna por sus convicciones religiosas y ahora no le quedaba nada. Era un proscrito sin techo ni amigos.

Desde una esquina lo llamaron por su nombre, se sobresaltó. Vio a un anciano con una larga cabellera blanca y barba, era un antiguo peregrino que conoció en las montañas de Montsegur.

—¿Qué hacéis, Pedro? ¿Estáis loco? ¡Idos, por Dios! ¡Idos, si no os detendrán!

—No tengo donde ir. Además, este es mi pueblo, la gente me respeta y me quiere.

—Ya no, con la guerra los hombres lucharon por la dignidad, el orgullo, la libertad de la propia conciencia, lucharon para salvar el alma, fue una lucha digna.

—¿Y ahora no es así?

—No, ahora luchan para sobrevivir, por salvar la piel. Es una cosa humillante, horrible. Es la lucha por un mendrugo de pan, un poco de fuego, un harapo para cubrir a sus hijos. Están dispuestos a vender a la propia mujer, mancillar a su madre, vender a sus hermanos y amigos, a secarse la mejilla sucia de un salivazo. Y nosotros, que nos jactábamos de la libertad, fruto de luchas heroicas y de sacrificios seculares, hemos vuelto a caer en la más profunda degradación de la servidumbre. Somos el trémulo esclavo del esbirro, el instrumento automático de una autoridad despótica; nos han despojado de todo derecho, toda dignidad, de toda voluntad automática.

Mientras tanto, un grupo de mercenarios pasó cerca de donde ellos estaban. Estos interrumpieron la conversación y se escondieron en una oscura calleja.

—Aquí no hay amigos. Idos.

En ese momento Pedro Nonasco reparó en una mujer, era una pobre muchacha pálida y flaca de pecho hundido y ojos hambrientos. Tenía vergüenza. Le sonrió. Pedro Nonasco contestó la sonrisa. La deseó. Esa doncella conservaba algo de su hermosura, y él hacía mucho que no había estado con ninguna mujer. Sintió que se inflamaban sus instintos. Le dio la última moneda que le quedaba. Era la

moneda de cambio por un rato de sexo. Ella lo miró, palideció y le devolvió la moneda. Luego volvió la espalda y se alejó.

Pedro Nonasco se enrojeció, sintió vergüenza, él también había sido vencido por el hambre y el miedo.

—Esa mujer tiene dignidad. Preferiría morir de hambre. Tiene alma —dijo el anciano con admiración y respeto.

—Sí, pero su dignidad no le llevará a nada —contestó Pedro Nonasco de mal humor.

—Lo malo abunda, lo bueno escasea —dijo el sacerdote entre suspiros.

—Yo no hubiese hecho lo que esa mujer —respondió Pedro Nonasco.

—No sigáis. Para que triunfe el mal solo es necesario que los buenos no hagan nada. Debéis huir, contad lo que habéis visto al rey de Aragón. Debe intervenir cuanto antes, si no todo está perdido.

—Vos sois un idealista. Hoy en día no hay más que la piel que cuente. Los días del alma pasaron —dijo con un rictus de gran frialdad, al tiempo que daba media vuelta y cruzaba una ciudad que agonizaba.

En medio de las callejas, unos ciudadanos lo reconocieron como uno de los culpables de haber introducido la nueva religión y haberse enfrentado al poder establecido. Le empezaron a tirar piedras. Lo culpaban del desastre y de la ruina del país. Una de las piedras le hirió en la frente.

Pedro Nonasco empezó a correr, traspasó la puerta de la ciudad y se adentró por los campos primero y luego por los bosques, en dirección a Barcelona. Cuando estuvo lo bastante lejos y a salvo se recostó en un árbol y se vendó la herida de la frente con un trozo de la tela de su sayo. Rememoró los campos devastados y los edificios destruidos. Vio la imagen de un mundo sin Dios en el que los hombres son condenados a sufrir sin esperanza.

Pensó en la ingrata versatilidad de las multitudes que hacen derrocar a los ídolos populares que ayer levantaron sobre la peana de un pasajero entusiasmo y silban a los que en un tiempo aplaudieron. Decidió entonces traicionar sus ideales, vender el alma y salvar la piel. Años más tarde su decisión lo elevaría a los altares, convirtiéndolo en santo para la Iglesia católica.

CAPÍTULO XXV. LOS JUEGOS DEL BABOSO. EL PENITENTE. EN LAS CLOACAS

En el palacio real de León, las manos de una mujer se posaron sobre sus pechos y empezaron a masajearlos. Los levantó, los acarició y luego se sobó los pezones. La otra mujer hizo lo mismo. Eran suaves, pequeños, pero duros. Las dos estaban desnudas, tenían unos veinte años. Una de ellas se detuvo, se inclinó y le chupó el pezón a la otra, lentamente, saboreando con la lengua el fruto prohibido. Las dos mujeres se iban moviendo, al tiempo que sus lenguas buscaban el sabor de sus cuerpos. Enderezaron las cabezas y fijaron las miradas llenas de lascivia. Acercaron las caras y se besaron. Lentamente, en los labios primero, luego en la boca, aprisionando sus lenguas. Una de las amantes se levantó, empujó a la otra, levantó sus piernas, le besó varias veces el clítoris y le introdujo la lengua. Lo hizo con una suavidad increíble; además de la lengua tenía un par de dedos dentro de ella. Estaba totalmente húmeda.

Alfonso, el Baboso, observaba la escena pletórico. El juego era de su agrado. Se empezó a desnudar; quería intervenir...

Fuera en el patio, su hijo Fernando, al que luego llamaron el Santo, se desesperaba ante su escudero:

—Aragón, nuestro aliado, está en peligro. Su conde-rey excomulgado. A punto de iniciar una guerra que será un desastre. Los campos devastados. El heredero, Jaime, en manos de los franceses. Su madre en Roma, implorando la ayuda del Santo Padre, y yo aquí, con este degenerado, sin poder hacer nada. Y los moros campando por las Españas. Este es un reino de locos.

—Tened fe. A vueltas de la fortuna se suceden hechos que pueden transformar vuestra suerte. Los desvelos de vuestra madre harán que triunféis en la vida. ¡Perseverad! —le respondió su escudero.

- En Barcelona se sucedían las procesiones. La gente se laceraba la espalda con látigos de pinchos. El diablo estaba en la ciudad, en forma de un ser medio hombre medio lobo, que se aparecía por las noches. Era la consecuencia de los pecados y del vicio en las épocas de opulencia.

Había que expiar las culpas para calmar la ira divina. El trigo escaseaba.

Era una población muy fácil de manejar, bastaba con buscar a un inocente y sacrificarlo. Una sensación de violencia cortaba el aire. Algo grave estaba a punto de ocurrir.

Todos los judíos, salvo Hayzam, se habían recluso en la aljama, Esta permanecía fuertemente protegida. El Golem no había vuelto a asesinar.

El pueblo estaba concienciado, los muchachos del templo de los dominicos preparados para provocar algaradas; todo iba saliendo tal y como había previsto Fray Raymundo. Pero el cura no estaba satisfecho. El príncipe Hayzam seguía en su cargo y constituía el único obstáculo que podía malograr sus planes. Ese príncipe judío estaba arriesgando su futuro y el de toda la aljama, y si el rey no lo destituía, al final el fraile habría de tomar sus propias medidas.

El cura bajó por aquellos pasadizos, pasó por un corredor angosto, alumbrado por un cirio que ardía en su soporte de forja. Paró delante de una puerta. Sacó de su escarcela una llave y la abrió. Entró en una estancia reducida, pequeña, en la que estaba depositado el objeto que le entregó doña María de Montpellier, el zohar, la piedra filosofal, la que le permitiría crear vida, pero le faltaba descifrarla; necesitaba a Hayzam.

Sabía que cada letra hebrea entrañaba un código numérico, con correspondencias de colores y sonidos que, combinadas en las palabras, arrojaban sentidos complejos. Rotando las letras se generaban mantras meditativos y con las letras de la palabra Yahvé^[3] podía acceder a un gran poder, un poder peligroso. Pero le faltaba la forma de interpretarla. Sabía que Hayzam no le iba a facilitar las cosas, por lo que decidió ir a buscar por entre los subterráneos aquel punto en medio del triángulo de las tres catedrales, aquel punto que era como el ojo de Dios y descubría los secretos de la vida.

El fraile volvió a cerrar la estancia con llave, buscó uno de sus servidores y se aventuró por los subterráneos de la ciudad. Estaba a punto de lograr aquello por lo que tanto había luchado.

- Al mismo tiempo, se sucedía otro hecho extraordinario en la ciudad. Se había corrido la voz de que un hombre vestido con el hábito de Santiago había entrado en Barcelona y había pasado el tiempo entre la solicitud de limosna y los rezos en la catedral de la Seu o de los ricos, hincándose sobre

las gradas delante del altar de Santa Eulalia, abatida su frente. Y era tal su estado de devoción y misticismo que parecía elevarse dos dedos del suelo, al tiempo que irradiaba un halo de luz.

La gente se agolpaba en la Seu para verlo. Era otra señal de Dios. Hechos extraordinarios estaban sucediendo en la ciudad.

—¿Vuelven por ventura los muertos? —preguntaron todos aquellos que reconocieron en el peregrino la imagen del Abad de San Miguel de Cuixá, muerto años antes.

- Ese día un grupo de judíos guiados por Hayzam se aventuró desde la aljaima por los pasadizos subterráneos de la ciudad en busca del Golem. Del resultado de la misión dependía la supervivencia de su pueblo. Cruzaron las alcantarillas romanas en las que apenas se podía tener un hombre de pie. El agua era fétida, la oscuridad cubría un ambiente insalubre que penetraba por el cuerpo y recordaba los suplicios del infierno. Las paredes estaban compuestas por tumbas con inscripciones en latín de aquellos cristianos que se refugiaron en tiempos de la invasión morisca, y constituían un nido de ratas y pequeños insectos que se paseaban por los huesos de los muertos.

En las profundidades del subterráneo reverberaban como un eco los chillidos de un ser no engendrado de madre.

Por otro de los pasadizos iban Fray Raymundo y uno de sus servidores. La oscuridad era intensa. La tea casi no iluminaba. Una bestia se les echó encima, presta a morderlos. Se la sacaron de encima de un golpe de espada; era una rata enorme. Escucharon unos chillidos y acercaron la luz. Eran roedores que se estaban alimentando de la carne putrefacta de algún animal arrastrado por la corriente. Se adelantaron, oyeron unos resoplidos. El servidor hizo el amago de volver. Fray Raymundo se opuso, podían más sus ganas de mandar y su apariencia de valentía que su miedo. Se adelantaron. No se oía nada, el silencio era total, pero se percibía una presencia. Allí había algo... De repente el servidor recibió un zarpazo y un golpe en el cráneo. Su cuerpo cayó inerte al suelo. La tea se apagó con el agua que corría por la alcantarilla. Se hizo una oscuridad total. Fray Raymundo se asustó, llamó al servidor, nadie respondió. Yacía a sus pies muerto y

desangrándose. El cura empezó a correr, se resbaló y cayó dentro de las cloacas. Cuando se enderezó descubrió unos ojos vidriosos que lo miraban.

—Por Dios, soy un hombre santo, os daré lo que me pidáis —dijo muerto de miedo.

La sombra no contestó. Fray Raymundo se arrodilló en medio de la cloaca implorando clemencia. Las ratas subían por su cuerpo. Lo dio todo por perdido.

—¡Auxilio, auxilio! —empezó a gritar, desesperado.

Los chillidos de desespero del fraile obtuvieron la respuesta de unas luces y unas voces en hebreo. Eran los judíos guiados por Hayzam, que se acercaban a auxiliar al que pedía socorro.

Los ojos de la criatura desaparecieron. Los judíos alumbraron al fraile de rodillas en medio de la alcantarilla, rodeado de ratas.

—Vaya, por fin os veo en vuestro medio —dijo Hayzam.

El fraile se levantó avergonzado e incapaz de dar las gracias a sus salvadores.

—Esta vez he hecho algo que vos nunca habríais hecho — afirmó Hayzam.

—Habéis razón y seguramente os arrepentiréis un día —dijo Fray Raymundo.

El fraile odiaba al hebreo. Lo odiaba por todo, lo odiaba por sus formas principescas, su nobleza, su bondad. Su fin estaba cerca...

- Los días se sucedían y Fray Raymundo insistía al monarca sobre la necesidad de hacer dimitir a Hayzam. Pero el rey se movía en su habitual indecisión y le daba largas, Al final Fray Raymundo optó por tomar la iniciativa y prescindir del monarca, y así procedió a sobornar a los soldados que vigilaban la aljaima. Esta se quedó desprovista de toda defensa. Los judíos serían exterminados de Barcelona de la forma más vil y sangrienta.

CAPÍTULO XXVI. INCENDIO DE LA JUDERÍA

El verano estaba a punto de terminar. Fray Raymundo había instituido una nueva fiesta religiosa, la de la Virgen de la Merced, dedicada a la oración por la pronta liberación de los cristianos apresados por los musulmanes, iniciando la construcción de una nueva iglesia al lado de la playa.

Ajenos a los entresijos del poder, Hernán y Nur estuvieron varias semanas durmiendo juntos. Fueron días de gran felicidad. En la calle intentaban disimular su relación para evitar un enfrentamiento con los miembros de la orquesta de Iskandar. Pero cuando estaban solos en casa no podían dejar de hacer el amor. Hernán había aprendido con rapidez y era insaciable. Pero esta situación no podía durar y pronto la relación se haría pública y cada uno debería emprender el camino que le tenía destinado la Providencia.

Esa tarde fue la última vez que Nur bailó en público, estaba en la explanada de la catedral de la Seu o de los ricos, en el marco incomparable de su fachada gótica. La imagen era muy hermosa, bailaba delante de los arcos góticos, de las piedras milenarias. Era el contraste incomparable de la magna obra arquitectónica del hombre que hacía de improvisado decorado a la belleza celestial de un ángel. Hernán llegó tarde, la multitud se agolpaba alrededor de Nur. Él se hizo un sitio a empujones. Cuando llegó a primera fila y la vio, sintió un tierno anhelo nacido en el fondo de su corazón. Sonreía cuando ella se movía, sufría en sus pasos difíciles, la seguía con la mirada y con los gestos de su cara. Sentía la imperiosa necesidad de protegerla.

En el balcón del palacio episcopal vio a Fray Raymundo. En ese momento Hernán tuvo el convencimiento de que la doncella bailaba para los poderosos, pero ignoraba la razón. Al rato, Nur descubrió a Hernán entre el público. Él la interrogó con la mirada. Nur sintió vergüenza, para ella el baile era la forma de huir de su desgracia, del terrible destino de su esclavitud sexual. Sus pasos ya no eran los mismos; se volvieron torpes, inestables. En ella algo había cambiado, ya no era la mujer conformada con su destino. Había revivido los sueños de juventud. El cariño había vencido al sufrimiento y a la resignación. Se volvieron a mirar fijamente. Este amor la mataría.

El fraile había olvidado el suceso de las alcantarillas de Barcelona. Había vuelto a su vida de avaricia y maldad. Notó una presencia que lo conturbaba.

Descubrió a Hernán. Tuvo un sobresalto. Reconoció en él al chiquillo que había huido del monasterio. Él siempre quería tenerlo todo controlado y este muchacho lo descolocaba. Llamó al capitán de su guardia.

—¡Voto va! Es ese engendro de Satanás que Dios confunda —exclamó el fraile al jefe de la guardia.

—Habéis razón —corroboró el guardia una vez hubo salido al balcón—. Es ese condenado muchacho al que andamos buscando desde hace días sin encontrar rastro de él.

—¡Cargue el diablo y se lo lleve con él! —exclamó el fraile—. ¡Detenedlo!

Hernán echó a correr cuando vio a los soldados del inquisidor saliendo del palacio episcopal y se adentró por entre las antiguas murallas romanas a la ciudad antigua.

Nur lo vio todo, dejó de bailar y fue en su búsqueda. Fray Raymundo bajó las escalinatas del palacio y salió a la calle. Se había producido una gran confusión. Los congregados no entendían qué estaba ocurriendo. El fraile detuvo a Nur. La cogió de las manos. La miró implorando. Nur se desembarazó de él de forma brusca. Sufría por Hernán. Corrió a buscarlo, no lo encontraba. Él iba de un lado a otro, perdido. Las calles estaban atestadas de gente y de vendedores ambulantes. Intentaba avanzar entre la población, implorando que la dejaran pasar.

Iskandar, junto al resto de músicos, la observaban sorprendidos. Ella se había enamorado. Era un peligro.

En algún momento ambos amantes estuvieron a punto de cruzarse, pero no se vieron. El gentío, las calles estrechas, los nervios... Ella se desesperaba. Por un lado, no quería perder a Hernán, pero por el otro su conciencia le impedía retener a un muchacho joven que debía seguir su destino.

Llegó, desesperada y sudorosa, hasta el Portal del Mar y fue en la cala reducida de la ensenada del Taber, punto de partida y refugio de pescadores, donde se reencontró con su amado.

—¡Maldito imbécil! —le dijo, al tiempo que lo abofeteaba y luego lo besaba—. Te tenías que haber alejado de mí. Te llevaré a la perdición.

—¿Tú qué sabes? —le dijo Hernán con altanería.

—He vivido más que tú —replicó Nur.

—Tenemos la misma edad —le respondió Hernán cada vez más altivo.

—No, yo soy mayor y tú eres hombre y yo mujer, tú eres un gentil doncel con un futuro. ¡Sé inteligente y déjame!

—¿Acaso te inspiro pena? —preguntó Hernán con cierto desprecio.

—No, quizás me inspires otras cosas, pero están vedadas para mí.

—¡Voto va! No te entiendo —exclamó Hernán con enfado.

—Tú ves en mí el reflejo de una madre, de esa madre que no tuviste —respondió Nur con dulzura.

—¡Por Dios crucificado! Ello no es cierto —contestó con enojo.

—¡Tente, muchacho, en tus votos! Es tan cierto como el agua clara —dijo la bailarina alzando la voz.

—¡Ahora intentas darme lecciones de cómo soy! —Hernán estaba irritado.

—No es eso —dijo ella volviendo a su tono pausado—, pero temo que este amor no sea más que la ilusión de tu propia fantasía por amar a una mujer.

—¿Te has vuelto loca? Yo no tengo ni ilusiones ni fantasías. Deliras. —Su orgullo le impedía aceptar aquello que le decían.

—Tú eres joven e inexperto, te es difícil distinguir dónde acaban las engañifas y entra la verdad.

—Yo soy hombre, ni joven ni inexperto, y te amo. ¿Acaso no puedo? —En ese momento Hernán fue realmente sincero.

—Ni lo intentes. El corazón de una mujer es un libro cerrado —dijo Nur a la defensiva, escondiendo sus temores—. Tú eres hombre, no puedes entender, para ti todo es claro, fácil. En cambio, para nosotras... Si tú supieras, inocente muchacho... Si tú supieras...

—Por una sonrisa tuya sería capaz de matar. Ojalá ciñera espada de caballero y fuera señor de estados y vasallos para demostrarte hasta dónde llegan esas ambiciones —dijo con fanfarronería.

Nur calló, Hernán no la había escuchado. Todavía soñaba en luchas románticas de niño. Él aún era un inmaduro y no se daba cuenta de que ella era una prostituta sin futuro.

Estaban rodeados por las tierras pantanosas de la ribera, nacidas de la colindante laguna, desde donde la ensenada del Taber se fue ampliando, gracias a las tierras del aluvión que se fueron desplazando al mar. Los días se hacían más cortos. Oscurecía.

Vieron a la chiquillería zambulléndose en la playa, rasgando la espuma de las olas con sus ágiles cuerpos bruñidos por el sol y por el lodo, y balanceándose entre el vaivén de las aguas mansas y quietas bajo la protección del saliente de la isla de Mayans. Miraron a las gaviotas que abatían el vuelo sobre ese mar,

salpicado por los barcos de vela latina que cruzaban la inmensidad. Tuvieron una sensación de paz. Sus almas se reencontraron. Se cogieron de las manos.

—¿Sabes? —dijo Nur, sincerándose—. A las mujeres los hombres en algún momento de nuestra vida nos habéis hecho daño.

—Yo no. Jamás amaré a otra mujer. ¡Dame una oportunidad! —exclamó Hernán con hombría.

—En mi juventud te hubiese creído. Ahora no puedo — replicó Nur.

—Soy sincero contigo —dijo Hernán cogiendo con sus manos la cara de Nur y mirándola fijamente a los ojos.

Hernán besó a su amada una y otra vez. Él era un náufrago y Nur era esa isla maravillosa en la que él encontraba salvación y amparo.

Volviéron por la calle de la Piedad, rodeando el ábside de la catedral, hasta la cúspide del monte Taber, la antigua catedral destruida por Almanzor en el año 905. Subieron a las ruinas por la calle Paradis, que por su emplazamiento cerca de la antigua catedral recordaba la morada celestial del paraíso. Allí estaban los tenderetes desmontables y los espacios ocupables, muchos de los artículos en venta eran colocados en el suelo, junto a las columnas milenarias del antiguo templo de Augusto.

Él se aproximó a ella y quiso acariciarle el cuerpo. Ella lo rechazó, alterada; los podían ver. El muchacho estaba muy excitado. La llevó a una esquina y le palpó los pechos. Luego la besó y acercó su pubis al de Nur. Ella notó su erección. Lo separó con un empujón, complacida. Sonrió. Se sentía deseada.

—Aquí estaba la antigua catedral destruida por Almanzor —le dijo Nur.

—La vi en un dibujo —le contestó Hernán todavía excitado, mirando las columnas romanas que circundaban el edificio en ruinas.

—¿La viste? —preguntó Nur, sorprendida.

—Sí, en una estancia escondida del convento de los dominicos —dijo con desgana. Estaba realmente excitado.

Nur quería saber más, pero se contuvo. Se besaron. Unos guardias los miraban con envidia. Los dos enamorados interrumpieron sus caricias. Separaron las manos.

—Vamos a mi dormitorio —dijo Nur a media voz. Había tomado una decisión. Intuía que no se volverían a ver en mucho tiempo.

Cruzaron por la catedral, pero antes pasaron por la ermita románica de Santa Lucía, que estaba pegada a esta. Nur le dijo:

—Esta es la parte más antigua de la catedral, mantuvieron esta iglesia a la

advocación de Santa Lucía. Los barceloneses le tienen mucho respeto y no lo entiendo.

—¿Por qué no lo entiendes? Es la patrona de la vista.

—Sí, pero por lo que yo sé, jamás se arrancó los ojos ni los perdió en modo alguno. Tampoco entiendo por qué mantuvieron esta ermita cuando construyeron la catedral.

Finalmente llegaron a casa de Nur. Hernán estaba impaciente, le empezó a sacar la ropa. La musulmana lo frenó. Fueron al dormitorio, se mordieron los labios, se besaron, dejaron que sus lenguas se juntaran. Se desnudaron con premura. Hernán le empezó a morder y chupar los pezones. Luego los apretó con fuerza. Le encantaba jugar con los pechos de su compañera. Ella le retiró la mano, la sostuvo con fuerza y lo acompañó al lecho, donde le recorrió el cuerpo con las manos. Ella le cogió el pulgar, lo mojó en su boca y empezó a rozar su clítoris. Hernán le introdujo el dedo, moviéndolo de forma circular en el interior. Nur gimió de placer, se dilató y abrió las piernas, solicitando. El muchacho introdujo su miembro en erección. Ella lo detuvo.

—Dame un cachete —le dijo Nur, en íntima confianza.

—No puedo. ¿Cómo te voy a dar un cachete?

—¡Prueba! —le dijo con decisión.

Él la notó húmeda, hizo lo que su amante le pedía.

—¡Más fuerte! —insistió ella excitada.

Hernán le volvió a dar cachetes en el trasero a Nur, su deseo aumentó, la besó con violencia, volvió a empujar en su interior. Se corrieron, llegaron al orgasmo. Él tenía el corazón que le latía con fuerza. No podía más.

- La luz de la mañana se colaba entre las ventanas, pero no llegaba el ruido de los carromatos ni el de la gente chillando. Algo ocurría... Él le empezó a hacer cosquillas. Ella lo rechazó.

—¡Fuera, bruto! —exclamó Nur a Hernán, al tiempo que él se giraba y volvía a ver a aquella vieja mirando a través de la ventana. Se levantó y le hizo un gesto obsceno con la mano, cerrando la cortina. No se percató de que una cortina de humo estaba cubriendo el cielo de Barcelona.

Hernán volvió al lecho, contempló a Nur desnuda, sintió un cariño enorme. Se recostó a su lado, le besó la frente y la cubrió con la manta.

—Hernán, tengo una duda —dijo Nur.

—Dime, cariño —le contestó él, solícito.

—Ayer me hablaste que habías visto un dibujo de la antigua catedral destruida por Almanzor.

—¡Uff! Vaya pregunta... Y me la haces a esta hora...

—Es importante —dijo ella.

—Sí, lo vi, y lo curioso es que las imágenes de esos dibujos se parecían mucho a unas figuras situadas en una puerta de la catedral nueva, y además encima de la puerta creí ver unos símbolos judíos.

—¿Los dibujos y las imágenes eran de un caballero, un elefante y un grifo? —añadió ella cada vez más intrigada.

—Sabes mucho para ser una simple danzarina. ¿Quién eres? —Hernán estaba desconcertado.

—Quizás otro día pueda explicártelo. ¿Me acompañarás a ese lugar? —preguntó Nur.

—Antes dime ¿qué es lo que quieres? ¿Todo esto lo haces por amor? ¿Me estás tomando el pelo? En la plaza me di cuenta de que bailabas para los poderosos —dijo el joven, exaltado.

—Ahora no puedo explicártelo —respondió ella con voz pausada.

—Por Dios y mi ánima que si no me dices quién eres yo no te voy a contar nada más —dijo Hernán, molesto.

En ese momento se oyó un clamor. Hernán se levantó, descorrió las cortinas y vio el humo que cubría el cielo de la ciudad.

—¿Qué es eso? —preguntó Hernán.

Nur se alzó.

—Viene de la judería —dijo, resignada a perderlo.

—Debo ir. Un hombre me salvó... y ha sido de los pocos que me ha tratado bien.

—Vete y no vuelvas —dijo Nur—, te mereces ser feliz. Hay mujeres con las que los hombres se casan y otras con las que los hombres se acuestan. Yo soy de las últimas.

Hernán la miró, no entendió. Corrió por las calles de Barcelona. El estruendo y griterío que venía de la judería se iba haciendo más cercano. Se oyó el fiero repicar de las campanas de todas las iglesias de la ciudad. Vio a soldados, gente corriendo. Unos huían a sus casas y otros iban a la judería para hacerse con parte del botín.

—¿Qué acontece? —le preguntó a una mujer con un niño en brazos que huía.

—Las turbas están asaltando la judería.

—¿Por qué? —inquirió, asustado.

—Han encontrado a otro hombre muerto con un cilicio. En la misma postura diabólica que el archivero de la catedral. Era el rector de la iglesia románica del Pi. El sacerdote yacía colgado de una cuerda que pendía de una rama del pino de su parroquia. La cabeza hacia abajo, los brazos atados a la espalda y la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, a modo de cruz sobre un triángulo invertido. Es la señal del diablo.

—Eso no es posible —dijo Hernán, incrédulo.

Su interlocutora vio su edad, su desconocimiento de los asuntos del mundo, su acento foráneo. Entonces le dio un consejo:

—Muchacho, vos sois muy joven y creo que no sois de aquí. La gente olvida que ese sacerdote era el mayor opositor de Fray Raymundo. Idos de la ciudad, no os quedéis. Cosas muy graves están sucediendo.

El pueblo seguía atacando la aljaima, exaltados por un grupo de muchachos venidos del templo de Santa Catalina. Los judíos intentaban defenderse, pero no tenían ninguna posibilidad. Eran mucho menos numerosos. Las turbas habían incendiado la sinagoga mayor, cuya fachada de baldosas caía estrepitosamente al suelo, y seguidamente habían saqueado las casas. Gritos de dolor, de impotencia, de desesperación...

A medida que Hernán se acercaba a la judería, se hacían más evidentes los estruendos y los alaridos. Estaba en un infierno. Cristianos, cuchillo en mano, riéndose de las súplicas de los judíos, mujeres violadas, gentes aterradas. Vio a un hombre bañado en sangre clamando ayuda; a su lado otro muriendo con un libro santo en las manos mirando al cielo y rezando; al final de la calle otros hombres jóvenes luchaban a brazo partido para cubrir la huida de mujeres y niños.

Sobre el desatado repique de campanas y el desesperado toque de cuernos y clarines, alguien hizo sonar la llamada del viafor en la torre de la almadraba. Era el grito sagrado, el grito que llamaba al orden de la ciudad. Los ciudadanos habían sido convocados a alinearse con sus gremios. Era un grito antiguo. El mismo que salvó a la ciudad de los ataques de los musulmanes. El que hizo de la ciudad la primera urbe del Mediterráneo. El que identificaba la libertad y los derechos adquiridos a lo largo de siglos. Y su grito mágico hizo que los ciudadanos volviesen al orden.

El saqueo de la judería se detuvo.

No tardó en oírse el estrépito de las tropas. Era el ejército real, capitaneado por el príncipe Hayzam, acompañado de don Dalmacio Creixell. La gente se apartaba. Huían con lo que habían saqueado. Los soldados se hicieron un sitio entre el pueblo sublevado y los judíos. Acordonaron el gueto para evitar nuevos asaltos y redujeron a los asaltantes que aún quedaban.

—Se ha dominado a la plebe —dijo eufórico Dalmacio Creixell.

—No, solo hemos alargado la agonía. Eso se repetirá hasta que los judíos seamos, efectivamente, expulsados de España — dijo Hayzam con un deje de amargura, al tiempo que se reunía con los representantes de los gremios para organizar la paz en la ciudad.

Hayzam había recibido un ultimátum del rey, voluble e inconsciente, que había vuelto a cambiar de opinión. Debía dimitir sin dilación.

- Hernán entró en la casa del judío que tan bien lo había tratado. La encontró incendiada. Cuerpos amputados y calcinados, vigas caídas, muebles, ropas y enseres por el suelo. Olía a muerte. Se tapó la nariz. Oyó a alguien que solicitaba ayuda. Vio al israelita malherido en el suelo. Un cristiano, puñal en alto, intentaba rematar a su amigo judío. Hernán cogió un cascote del suelo y dio certeramente en la cabeza del agresor. Fue el primer hombre que mató en su vida.

El anciano alzó la cabeza penosamente, sonrió, en su mirada se adivinaba la muerte. Hernán se arrodilló y recostó la cabeza en su regazo. Sintió un estremecimiento, aquel hombre se parecía mucho al sacerdote que lo ayudó en el templo de los dominicos.

—Soy yo, el joven cristiano que acogisteis en vuestra casa.

—Ya os he reconocido, Hernán. ¡Dios os envía para acompañarme en mi muerte! Sois un buen muchacho, los buenos de corazón sufrimos más que nadie la maldad de la gente. Sin quererlo llevamos escrito en la cara el estigma de nuestra debilidad —dijo con dificultad.

—No os canséis, buen hombre. No estáis en situación de hablar.

—Muchacho —dijo suspirando, sin apenas contenerse—, un peligro acecha a la ciudad y vos sois el elegido. Id a aquella puerta, ahí está escrita la solución, bajo las letras judías. Esa puerta nos salvará. La puerta de la luz os dará acceso a la cámara que delimita las tres catedrales. Aquella que es

como el ojo de Dios. Aquella que es capaz de interpretar la piedra y crear vida.

—No os entiendo. ¿El elegido? ¿Os referís a aquella puerta con el grifo, el elefante y el demonio?

—No, esa no, la otra, la de la luz —exclamó antes de expirar.

—Pero decidme. ¿El elegido? ¿El elegido de qué? Algo me dijisteis la última vez que nos vimos. Pero no entendí... —Era demasiado tarde, el anciano se había llevado el secreto a la tumba. Hernán lloró en medio de ese cuadro de polvo, piedras esparcidas, maderas quemadas, desolación y muerte. ¿Hasta cuándo tendría que sufrir la sinrazón de la gente?

La introspección del muchacho fue interrumpida por la voz de Hayzam. Montaba un brioso corcel. Su mirada profunda inspiraba confianza. Aun así, se le veía abrumado por los acontecimientos.

—¡Alto zagal ¡Ya os escapasteis de mi una vez! ¿Quién sois, muchacho y qué os ha dicho este viejo?

—Soy huérfano y ese hombre no me ha dicho nada —respondió con lágrimas en los ojos—. Antes de él también cerré los ojos al antiguo abad de Santa Catalina. Me dijo que os aperciese en contra de Fray Raymundo.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó, sorprendido.

—En los calabozos del monasterio de Santa Catalina.

—¿Sufrió mucho?

—Sí —contestó Hernán, compungido.

—Gracias —contestó, apenado—. Nos teníamos en mucha estima y no pude hacer nada por él. —Para luego añadir a media voz—: La Santa Sede ya lo había condenado.

Hernán cerró los ojos del anciano, lo cubrió con una túnica y se fue en silencio. Estaba predestinado a sufrir la bajeza y la humillación. Sentía la terrible soledad de quien no tiene a nadie. Los judíos y los soldados le cedieron el paso, su aspecto trágico y abatido era el de un alma débil, sin cariño, apoyo y amparo en su lucha por sobrevivir.

—¿Quién era? —preguntó Dalmacio Creixell, cuando llegó a la altura donde estaba Hayzam. Hernán ya se había ido.

—Un simple muchacho, solo eso. Algo me dice que lo volveremos a encontrar y que tendrá un importante papel en los días por venir. Ahora nos urge ver al rey e informarle sobre las últimas novedades. Aunque no sé para qué. Este monarca nos llevará a la ruina.

—Con la ayuda de Dios lograremos que rectifique —respondió esperanzado don Dalmacio Creixell.

—Dios os oiga, Dalmacio, pero para ello necesitamos un milagro y yo ya no creo en milagros.

- La ciudad seguía convulsionada. Sin gobierno. Los aterrorizados habitantes habían cerrado las puertas con vigorosos troncos. Las tiendas de los castellanos también estaban siendo asaltadas. Los soldados y caballeros habían puesto fin a la anarquía con la intimidación y la fuerza. Alguien dijo que la culpa era de un grupo de jóvenes salidos del templo de Santa Catalina, que había exaltado a la multitud. Se corrió la voz de que los soldados que debían vigilar la aljaima habían sido sobornados para dejar sus puestos. Pero todo eran rumores, hasta que el príncipe hebreo recibió una misiva de Fray Raymundo. Ese día se había salvado la judería, pero si no le revelaba el secreto de la piedra filosofal, la aljaima sería destruida. El ataque solo había sido un ensayo de lo que podía llegar a pasar. Hayzam tenía claro quién había sido el culpable...

- Los dos caballeros, Hayzam y Dalmacio, fueron al palacio real a exigir explicaciones al rey. Entraron en el salón de los embajadores donde se toparon con Robert de Blasi, que los recibió con sus modales amanerados revestidos de una gran hipocresía. A los caballeros les resultaba odioso y repulsivo tratar con ese sujeto. No tenían tiempo que perder.

—¡Venimos a ver al rey! —exclamaron.

—Está en una de sus fiestas privadas y no se le puede molestar —respondió Robert de Blasi—. Además, vos habéis sido destituido y desterrado a la aljaima —añadió señalando a Hayzam con una risa histriónica.

—¡Voto a todos los diablos! La ciudad ardiendo y su alteza en una de sus fiestas. Seguro que yace con una virgen. ¡Aparta, excremento humano! —exclamó Hayzam—. Si me ha destituido me da lo mismo. ¡Exijo verlo!

—Hayzam, por Dios, dejadme a mí. ¿No veis que ese vil sujeto solo busca exaltaros? Eso es contraproducente para vos y vuestro pueblo —replicó Dalmacio Creixell.

—Habéis razón, perdonadme. Todos tenemos un mal momento en que la

ocasión lo ennegrece todo y el diablo te coge por el cuello. No puedo más, todo esto me está superando.

—Dejadme a mí —repuso Dalmacio Creixell, para luego exclamar al mayordomo—: Aparta, rata de cloaca, si no quieres que te rebane el seso y lo dé a comer los cerdos.

La conversación fue interrumpida por los gritos de los criados, en los que se unía misticismo, respeto y temor. La causa era un hombre vestido con el hábito de Santiago. Había llegado a Palacio después de haber orado dos días en la catedral de la Seu.

El penitente entró en la sala donde estaba Hayzam, Dalmacio y Robert de Blasi. Hayzam se sobresaltó al verlo. Su porte, sus ojos, ese reflejo de la eternidad...

—Dios me valga. ¡Me recordáis al abad de San Miguel de Cuixá! Pero no es posible... —le dijo Hayzam a aquel de porte distinguido.

—El hombre que fui murió. Mi misión en este mundo no es otra que hacer el bien, sacrificándome por la humanidad y haciendo justificada penitencia por los muchos pecados del hombre que fui. ¡Preciso ver al rey! —Su voz era autoritaria y dulce a la vez.

—No es posible —reiteró el mayordomo con tono afeminado.

—No os podéis oponer a la mano de Dios, apartad —le dijo dándole un golpe con su barra y lanzándolo al suelo. Se sabía en poder de la Gracia Divina.

—Se oyeron unos gritos. De los aposentos del monarca salió una joven a todo correr. Estaba asustada. Una sencilla túnica de seda le cubría la cintura; tenía los pechos al aire.

En la estancia, el rey se vio solo junto al fraile. Volvió a experimentar la misma sensación de odio y rencor que tuvo en San Miguel de Cuixá.

—¿Vos? —dijo, sorprendido, al tiempo que cubrió su desnudez con la manta.

—Sí, ¿me recordáis? —Pareció no haber advertido la bochornosa situación en la que se encontraba su interlocutor.

—¿Cómo queréis que no os recuerde? —exclamó el monarca, enojado, para luego añadir—: ¿Por qué habéis venido?

—¡Para daros un aviso! —exclamó con serenidad.

—¿Un aviso? —contestó altivo.

—Sí, un aviso de aquel que todo lo puede.

—¡Decidme! —ordenó entre temeroso y arrogante.

—Volved con vuestra mujer y vuestro hijo, y dejad vuestra vida licenciosa, si no...

—¡Voto va! Me engañasteis. ¡Sucio fraile! Simulasteis estar muerto para no recibirme —respondió, rencoroso.

—Dejad vuestra arrogancia y esa estúpida consideración conmigo. Habéis de saber que tengo el don de la profecía por permisión del cielo —siguió diciendo, paciente.

—¿Cómo os atrevéis? —preguntó el rey, incrédulo.

—Callad y escuchadme. ¡Hais de morir presto! —dijo aquel que nada temía a las arbitrariedades de los poderosos.

—¡Ya tengo suficiente! ¡Idos! —exclamó el rey enojado.

El fraile dirigió el rostro al rey. No se distinguían las formas de la cara, solo una gran oscuridad cubierta por la cogulla.

—Estáis rodeados de cortesanos que os adulan y os aconsejan según sus necesidades, os han tendido una emboscada. Seguid mi consejo, volved al reposo de una vida honesta y fuerte, y readmitid a Hayzam. Los vicios os han hecho débil. No podéis discernir quiénes son vuestros enemigos.

El rey era una persona voluble, pero suspicaz. Pensó que aquel fraile lo había engañado una vez y ahora volvía a hacerlo. Y, además, lo había dejado en evidencia ante toda la Corte, interrumpiendo sus ratos de placer. Él era el rey con derecho sobre la vida y hacienda de sus súbditos. Le gritó con ira:

—¡Idos, sucio fraile!

Pero ya era tarde, el monje acababa de salir de la cámara. Los golpes secos del bordón resonaron sobre el frío suelo del palacio.

- Hayzam y Dalmacio entraron en la cámara real, el rey se había sentado en el lecho. Se sentía humillado y vejado, lo habían violentado en sus propios aposentos. Los dos caballeros temían la reacción de este monarca de carácter impredecible. Pero aún cabía una esperanza. El rey se dirigió a ellos con aspecto fiero:

—¿Qué hacéis aquí, atajo de holgazanes? Preparadlo todo para la guerra.

Robert de Blasi sonrió irónicamente. La intercesión divina no había

servido y Fray Raymundo se había salido con la suya. No fue capaz de ver que con su orden de mando el rey acababa de readmitir a Hayzam.

- En los corrillos y tabernas de Barcelona se comentaban los augurios supersticiosos de brujas y nigromantes. El rey había desatendido las recomendaciones de un monje. El príncipe Hayzam sería asesinado y la cólera del cielo se cerniría sobre el monarca que contradecía los mandatos divinos. Se elevaron voces pidiendo la destrucción total de la judería y la expulsión de esa raza inmunda de la ciudad de Barcelona. Solo así se podría acabar con ese ser del inframundo que asesinaba impunemente y se paseaba por las calles de Barcelona protegido por los judíos con la aquiescencia del rey y de Hayzam.

CAPÍTULO XXVII. GUERRA CONTRA FRANCIA

Barcelona vibraba con la esperanzada ilusión del pueblo ante la guerra. El sonar de los tambores reclutando a los mozos, el trasiego de mulas, carros y fardos... El pueblo se sentía llamado para algo grande. Su soberano les pedía ayuda para defender la integridad del país.

Los ciudadanos de Barcelona olvidaron sus preocupaciones: que su rey estaba excomulgado, que los moros estaban en las otras fronteras, aquellos asesinatos sin resolver, la criatura que aparecía en la ciudad... Nadie recordaba del motivo de la guerra. Cataluña daba su juventud en flor para la contienda, quedando el campo solitario y yermo con los brazos de mujeres y niños. El rey se había endeudado por varios años. Con la victoria, las arcas del Estado saldrían reforzadas, pero si perdían era la quiebra del reino. Las voces discrepantes eran acalladas y objeto de mofa y burla por parte de la plebe, y tildadas de antipatrióticas.

El rey necesitaba más tropas y había una orden para detener a todos los muchachos que mendigaban en la ciudad. Era una mano de obra necesaria y gratuita para la guerra. Detuvieron a Hernán y lo pusieron a disposición del ejército, al igual que a cientos de muchachos y a miles de criminales, pero Hernán no quería volver a ser esclavo de nadie y, cuando la carreta que los transportaba de Barcelona a los cuarteles de San Andrés se paró, se escapó.

Los soldados lo persiguieron, pero Hernán logró distraerlos, se escondió entre los huertos situados extramuros de la ciudad. Al rato una patrulla de dos soldados se acercó a donde él estaba. Se escondió en un agujero situado entre unos brezos y cuando creía que el peligro ya había pasado, uno de los soldados lo descubrió. Hernán salió de su guarida y le dio un empujón al soldado. Este cayó al suelo y el muchacho pudo escapar.

—¡Deteneos! —Le gritó el otro soldado desenvainando su espada y cortándole el paso—. ¿De dónde venís huyendo? Seguro que sois un espía.

Hernán estaba aterrado. No quería que lo volvieran a encerrar como en el templo de los dominicos. Golpeó al soldado.

—¡Bergante, malnacido! —exclamó con ira el soldado que había caído al suelo, reincorporándose, al tiempo que le devolvió el golpe y lo tiró contra uno de los carromatos. Le hirió la cabeza. La sangre le caía por la frente. Hernán lo

dio todo por perdido. Su vulnerabilidad excitaba al soldado. Lo volvió a golpear, rompiéndole la cadena que sujetaba el anillo que le dio don Dalmacio Creixell. Este rodó por el suelo. Su agresor vio el brillo del oro.

—¿Dónde lo has robado, ladrón? —le preguntó, golpeándole la cara.

—Me lo dieron —dijo con franqueza.

—¡Voto va! Mientes, y por eso mismo te voy a matar —señaló alzando el puñal de misericordia. Quería quedarse con el anillo.

—¡Tente! —le ordenó su compañero, ajeno a la codicia. ¿Y si dice la verdad?

—No te preocupes, es un chico de la calle. Nadie lo reclamará —respondió con ambición.

—Quizás la vida de este chico valga más que este anillo y don Dalmacio Creixell nos premie por ello —dijo convenciendo a su compañero.

Seguidamente ataron las manos a Hernán, llevándolo a la casa del Veguer, convertida en el centro de operaciones de la guerra. Esta era un autentico caos, con gente arriba y abajo, los nervios a flor de piel, gritos, empujones, órdenes contradictorias; estaban desbordados. Habían de organizar la intendencia del ejército y llevar el recuento de los hombres, las armas, los animales. Hernán vio a Dalmacio Creixell, estaba hablando con varios caballeros, entre ellos el príncipe Hayzam.

—Señor, sentimos interrumpirle —le dijo uno de los captores—, pero ese muchacho tenía vuestro anillo y dice que se lo disteis vos.

Dalmacio Creixell dudó; no lo reconoció. Estuvo a punto de lanzar un impropio por la interrupción, pero luego recordó. Sonrió—. Vaya, vaya... El muchacho que iba al templo de los dominicos...

—Sí, señor —dijo Hernán, complacido por el recuerdo del caballero.

—Os veo muy cambiado, parecéis más maduro. Creo que habéis perdido mucha de la inocencia que teníais.

—Si yo os contara... —comentó con rencor hacia los dominicos.

—Creo que conozco a ese muchacho —añadió el príncipe Hayzam.

—¿Vos también? —dijo Dalmacio Creixell, sorprendido.

—Es un muchacho con un gran futuro. —Prefirió callar que lo había conocido en el barrio judío para no perjudicarlo.

—Sin duda, pero antes lo habremos de asear e instruir — afirmó con una sonrisa, al tiempo que añadía—: Muchacho, vete con mis pajes, que os laven y os vistan.

Uno de los caballeros le preguntó a Hayzam:

—¿Por qué no han venido los castellanos?

—Porque el pueblo no los quería. El odio de los catalanes hacia sus hermanos no hace más que crecer.

—Pero ese odio es infundado —afirmó con sinceridad.

—Ya lo sabemos, pero el pueblo siempre ha sido maleable. Dicen que este odio está azuzando desde las alturas con oro. No sé, la historia dirá —añadió Dalmacio Creixell.

- Ese día la vida de Hernán cambió, ya no era un don nadie. Ahora era el protegido de don Dalmacio Creixell. Le dieron una habitación, un lecho tullido con sábanas, cojines y trajes. De repente se vio como un niño rico. Vivía en el palacio del noble catalán. Tenía pajes a su servicio. Pertenecía a otra clase social. Le ayudaban a vestirse. ¡Qué diferente de aquel templo de los dominicos! Hernán estaba por encima del común de los hombres. Su sufrimiento había valido la pena.

El paso del tiempo y las emociones sufridas hicieron que Hernán olvidase aquellos pergaminos que un día entregó a Dalmacio Creixell, era como si no hubiesen existido nunca. Pero al igual que la vida del muchacho iba avanzando, en aquellos folios en blanco se fueron revelando a los ojos humanos las secretas palabras del libro misterioso de la Providencia...

Alguien comentó el parecido entre Hernán y Dalmacio; se corrió el rumor que el primero era el hijo ilegítimo del segundo. También Dalmacio lo observaba con sorpresa. Ese niño era su vivo retrato.

A Hernán le asignaron a un tutor para que le enseñara latines y a un caballero para que lo instruyera en el manejo de las armas. El muchacho se habituó pronto a su nuevo estado, pero le faltaba Nur. A veces se paraba cerca de la calle Espolsasacs con sus criados; recordaba con nostalgia los momentos que habían pasado juntos. Pero ella no dejaba de ser una mujer de una clase inferior.

- A finales del verano llegó el día que la ciudad anhelaba; el día previsto para la marcha. Desde la torre de la albarrana se llamó al viafor, tal y como se había hecho durante siglos, para defender los privilegios de la ciudad. Por mucho que se hubiera escuchado con anterioridad, este sonido ponía los pelos de punta. Era algo propio, de la ciudad, como si esta tuviera alma y

tras la muerte llamara a la resurrección. Era algo intrínseco a los ciudadanos de Barcelona, que los vivificaba y los despertaba de un largo letargo.

La ciudad estaba exultante. Se sabían los vencedores de la guerra. La gente abarrotaba las calles desde primeras horas de la madrugada para honrar a sus héroes.

Dalmacio y todo el séquito de su casa se pusieron las mejores galas. Salieron a la calle Montcada para reunirse con el rey en la catedral de la Seu o de los ricos, al objeto de celebrar una misa por la victoria de las tropas del reino. La gente los aclamaba. Eran los héroes del momento. Hernán se sentía transportado al cielo. Ahora pertenecía a la clase rica y adinerada. Dalmacio se giró y le dijo:

—Recordad que sois mortal, que no te endiosen estos aplausos.

En la puerta de Sant Ivo se reunieron el rey y todos los hombres ricos de la ciudad. El rey entró bajo palio a la catedral, acompañado por los vítores y aclamaciones de la población.

Hernán fijó su mirada en las esculturas del pórtico; el caballero, el elefante, el grifo, los caracteres hebreos... Era la misma puerta que había visto hacía semanas.

—Mirad esas inscripciones antiguas, ¿qué quieren decir?

—Nada que yo sepa.

—Lástima. Pensé que quizás alguien las esculpió aquí por algo... —respondió, desilusionado.

—Bueno, sí —reaccionó Dalmacio Creixell—. Un día me dijeron su significado: «Esta no es la puerta, busca la luz...».

Hernán se quedó reflexionando sobre el significado de las palabras, y cuando entró en la catedral vio las esculturas de los santos que fijaban su mirada en un punto del altar, todos al mismo lado. «Qué extraño», pensó, al tiempo que volvió a notar un escozor en las manos. Sintió miedo. Vio una sombra que se movía. Fijó la vista en el altar y tuvo un sobresalto al descubrir en la cripta a aquella criatura que parecía perseguirlo. El escozor de las muñecas marchó. Se rasgó los ojos y al volver a fijar la vista no vio nada.

—¿No lo habéis visto? —le preguntó a Dalmacio.

—Pss... Callad, Hernán —le respondió con enfado el caballero. En ese momento estaban alzando la comunión.

—¿Qué hay en la cripta del altar? —preguntó, intrigado.

—El sepulcro de Santa Eulalia —masculló, molesto por la nueva interrupción que le impedía seguir la misa.

—¿Quién es? —volvió a preguntar Hernán.

—La patrona de Barcelona —respondió Dalmacio, resignado a las preguntas del muchacho.

—¿Y siempre estuvo aquí?

—No, antes estaba en Santa María del Mar. Hace muchos años la trasladaron de una catedral a otra y cuando cruzaban la plaza del Ángel, los restos de la santa se hicieron muy pesados, indicando que no querían avanzar más. Se dijo que no querían dejar la catedral de los pobres para pasar a la catedral de los ricos, hasta que apareció un ángel y ordenó a la comitiva que siguiera adelante, tras lo cual el sepulcro se hizo liviano como una pluma. Y ahora callad o nos llamarán la atención —dijo con candor familiar.

«Cuentos de viejas», pensó Hernán para sí.

- Cuando salieron de la catedral, el pueblo congregado en la explanada de la Seu empezó a dar vítores. Hernán notó cómo se incrementaba su soberbia y su vanidad. Se volvió a sentir superior a sus conciudadanos, con su vestido de paje de brocado verde, con las armas de los Creixell sobre el pecho bordadas de oro y perlas, con una fina correa de esmeraldas. Volvió a pensar en las palabras de Dalmacio: «Recuerda que eres mortal».

Todos los presentes comentaron la ausencia de Fray Raymundo. Era un insulto al monarca y a toda la nación. Pero nadie alzó la voz para acusar al fraile de traición.

- Por la tarde Dalmacio y Hernán se desplazaron al río Besós, donde estaba el ejército. Los ciudadanos se habían congregado en lo alto de las murallas. Se podía ver a mujeres llorando por sus maridos y sus hijos, chiquillos queriendo ser hombres para marchar con los soldados y viejos deseando ser jóvenes para ir a la guerra.

Las mesnadas catalanas formaron en la inmensa planicie situada al lado del río Besós, ante las murallas de la Ciudad Condal. Magníficos corceles piafaban de impaciencia, montados por caballeros vestidos con brillantes armaduras, los soldados con sus lanzas y los carros de guerra. Formaron las

tropas frente a la bandera de las cuatro barras. Detrás de los soldados iban dos alguaciles con los pendones de Sant Jordi y Santa Eulalia. Y a continuación, los ciudadanos de Barcelona que iban a la guerra agrupados según su oficio. Iban armados con ballestas, aljabas con cien saetas y una espada o lanza. Se distinguían por sus enseñas, y así ondeaban al viento las banderas de los plateros, los peleteros, los barberos, los carpinteros, los caldereros, los alfareros, con todo tipo de símbolos y figuras. Era una visión deslumbrante y magnífica. Todo el reino se vio llamado a algo grande.

El rey y Dalmacio Creixell pasaron revista a las tropas, al tiempo que el monarca alzaba la espada del casal de Barcelona que todos conocían con el nombre de Tizona, y decía:

—¿Juráis por Dios y por vuestro honor de caballeros no volver de la guerra si no victoriosos?

—¡Juramos! —exclamaron al unísono, con un grito que reverberó en toda la ciudad.

—Dios os premie si lo cumplís y si no os lo demande.

El ejército empezó a marchar de forma ordenada, alzando los estandartes y banderas, al son de las notas de clarines y timbales, siendo entusiastamente aplaudido por la multitud.

- Hernán miró la alta torre del templo de los dominicos, le pareció ver una luz, estaba seguro de que Fray Raymundo los observaba.

El rey también miró hacia la torre de los dominicos, se sintió traicionado por la incomparecencia de Fray Raymundo. Este no había podido aceptar que el rey hubiese dejado el gobierno de la ciudad al príncipe Hayzam. Fue el único consejo que ese monarca voluble admitió de aquel monje que levitaba delante del altar de Santa Eulalia.

Cuando el monarca se despidió de Hayzam le dijo, señalando el templo de los dominicos:

—Miradlo, quiere mi muerte. Arrestadlo cuando me vaya.

—Pensad, majestad, que será contraproducente. Los dominicos tienen demasiado poder.

—¡Voto va! ¿Tenéis miedo, maldito israelita? Es una orden, príncipe Hayzam. ¡Arrestadlo cuando me vaya! —exclamó, dejándose llevar por sus

impulsos. No se dio cuenta de que para Fray Raymundo él ya hacía tiempo que era un hombre muerto.

Hayzam debía obedecer, pero cumplir el mandato real suponía el caos. La cambiante voluntad del rey lo llevaría a la catástrofe.

- Nur estaba entre el público, contempló con orgullo a Hernán, lloró por él. Quiso dejar la ciudad y su inmunda vida. Al volver se enfrentó con los suyos, no quería seguir haciendo de prostituta y espía del califa. Tuvo que claudicar cuando Iskandar la amenazó con asesinar a Hernán. En ese momento tomó conciencia de que ella y su familia estaban predestinados a ser esclavos del califa toda la vida.

- También el bufón vio cómo las tropas marchaban a la guerra y pensó para sí: «Adiós a este rey que tan mal nos ha tratado. En su lugar, este grupo de facinerosos, unidos por la sed de poder y oro, asesinarán a Hayzam y sentarán a un niño en el trono. Es hora de partir, y alejarnos de esta ciudad».

Volvió a aquella habitación sin puertas ni ventanas. La bestia jugaba con la muñeca. Fue a donde esta estaba y le dijo:

—Debemos partir.

El Golem lo miró, desafiante. Nunca había puesto en entredicho ninguna orden de su amo. Pero había algo que lo retenía en la ciudad y no quería. Se opuso. El bufón no entendió.

—¡Por el profeta Abraham! ¡Tengo poder sobre tu vida! ¡Eres mi creación! ¡Eres mía! —exclamó sacándole la muñeca de las manos.

Por primera vez las letras no brillaron en la frente del monstruo. Sus grandes ojos enrojecieron. El Golem respondió con agresividad. El bufón no lo podía dominar y la criatura lo empujó a un lado, recuperando la muñeca y huyendo por las desiertas calles de la ciudad.

El Golem se detuvo en la plaza de la Llana. Se quedó sorprendido al ver a un niño de no más de siete años que jugaba con el agua. Se acercó a donde estaba el zagal. Este se asustó, pero luego, al ver que la bestia le sonreía, se tranquilizó y le pasó la mano por la frente para comprobar los contornos de esa criatura que desconocía. El Golem se confió. Notó la tierna mano del niño acariciándole la cara. Sintió la dicha de un cariño sincero. Cerró los ojos, complacido. El niño reparó en la muñeca e intentó arrebatarla. El

Golem lo evitó, asiéndola con fuerza, al tiempo que dejaba escapar un grito. El niño rompió a llorar. El Golem se vio a sí mismo reflejado en el anhelo de un deseo que no podía alcanzar. Volvió a huir en medio del estruendo de sus pasos y del lamento de sus chillidos al refugio de aquellos pasillos subterráneos que tan bien conocía. Así la muñeca cerca de su corazón.

- Ajena a los acontecimientos de Barcelona, una paloma cruzaba sobre las aguas del Mediterráneo y llegaba al palacio de la Almudaina, en la bahía de Mallorca. Era un camino ya sabido, conocido. Un lacayo le extrajo el papiro que llevaba enrollado en una de las patas. Urgía notificarlo al califa. Este estaba recostado en un diván, rodeado de bellas mujeres. Una de ellas desgranaba un racimo de uvas y se las iba colocando al califa en la boca con evidente voluptuosidad, mientras las otras le acariciaban el cuerpo apenas cubierto con una túnica. Una última tocaba un suave instrumento de cuerda. El califa ordenó a las mujeres que se retirasen, al tiempo que leía la carta con detenimiento y preocupación.

—Señor, ¿qué ocurre?

—Lo que esperábamos. El rey de Aragón ha ido a batallar a las tierras de Occitania.

—Entonces son buenas noticias.

—Sí, pero Iskandar se demora en descubrir el secreto que sacude la aljaima de Barcelona. Dice que esta fue asaltada por el populacho instigado por Fray Raymundo de Peñafort. También me indica que Nur se ha enamorado y pregunta si ejecuta lo que le ordené.

—¿Y qué le ordenasteis?

—Que cuando dejase de ser necesaria la matase, pues a la familia de ella hace años que la vendí como esclava.

Y en el silencio de la noche sopló el viento que desde tiempos inmemoriales recorre el mundo sin hogar, lecho ni descanso, anunciando el triste destino de una mujer condenada a sufrir un amor que la podía llevar a la destrucción.

CAPÍTULO XXVIII. BERENGUELA SE ENFRENTA A CABEZA BRAVA

En un atardecer casi otoñal, todo luz y alegría, se iniciaba la próxima visión auguradora de tristezas. En Valladolid, en una casona, cerca de la lumbre, vestida en oro y plata, tal y como reclamaba su dignidad, se encontraba una mujer asfixiada bajo el peso de las obligaciones familiares y reales. Era la princesa doña Berenguela de Castilla, exreina de León. Poderosa en bienes, puesto que, además de Valladolid, una de las mejores villas del reino de Castilla, poseía las de Santiesteban de Gormaz, Muñón y Curiel. Sin embargo, se sentía destrozada, era mujer y repudiada. Solo esperaba que su padre le indicase el monasterio donde debía enclaustrarse de por vida.

Estaba reunida con su hombre de confianza, su mayordomo, don Garci Lorenzo, quien más tarde la habría de traicionar. Este tenía la piel pegada al cráneo de la cara. Lucía con orgullo una cicatriz en la mejilla debida, según él, a una cimitarra sarracena.

La princesa tenía un misal en la mano y la vista fija en la lumbre. Se sentía hipnotizada por el dulce sopor de las llamas. Su reposo fue roto por la voz de don Garci Lorenzo.

—Señora, temo por la seguridad del reino de Castilla. Como sabéis, los tres hijos del conde don Nuño Pérez de Lara, Don Gonzalo, don Fernando y don Álvaro, intrigan para derribar el reino.

—¿Pero vos creéis que eso es posible? —preguntó doña Berenguela todavía ausente, hipnotizada por el fuego.

—Por desgracia pienso que sí —dijo fingiendo sentirse compungido—. Ellos son poderosos en renta y aliados, y muy ambiciosos. Viven de la intriga, seguidos de una pléyade de aduladores, que esperan para medrar en su provecho, y se dice que están en tratos con Fray Raymundo de Peñafort de Barcelona. Es muy preocupante —insistió el mayordomo, intrigante.

—Mi padre, el rey de Castilla, Alfonso VIII, es quien lleva las riendas del reino. En mi condición de mujer eso no me concierne.

—Ojalá vuestro padre dure muchos años. Quizás si os hubiesen dejado casar con el rey de Aragón, don Pedro, las cosas hubieran ido mejor —manifestó

malintencionadamente Garci Lorenzo, sabiendo que estas palabras herían a la reina y la hundían todavía más en la desesperación de sentirse repudiada por un rey que no amaba.

Doña Berenguela calló y escuchó. Recordó los amoríos de juventud, los sueños rotos por las conveniencias políticas.

Garci Lorenzo continuó:

—Es sabido que el monarca aragonés se casó a disgusto con la señora de Montpellier y ahora ambos tenéis una existencia desgraciada.

Estas palabras hirieron a la princesa, que vio llegado el momento de defenderse.

—Convenía al reino —afirmó la soberana sin dudar. Era una infanta de los reinos de las Españas. Había nacido en las alturas del trono.

—Y si convenía al reino, ¿qué importa que dos corazones se desangren, se rompan los sueños de juventud y se logre que dos personas sean infelices toda la vida? —siguió diciendo Garci Lorenzo.

—Callad, no insistáis. vuestras palabras caen huecas en lo que ya no tiene remedio y causan dolor. Además, esto pasó hace muchos años.

La princesa contempló cómo las llamas de la chimenea cobraban fuerza y se elevaban. «¡Por Dios! —pensó ella—. Era más fácil dar rienda suelta a una pasión que sofocarla».

Los pajes anunciaron la llegada de Cabeza Brava. Este había acompañado a la hermana de la reina Berenguela, la princesa Leonor a Toledo, dejándola en un mar de lágrimas. Y antes de partir camino a Vizcaya había querido parar en Valladolid para ver a doña Berenguela. La princesa sintió un vuelco en el corazón; recordó sus escauceos amorosos de juventud, se sintió libre otra vez.

Doña Berenguela se levantó, grave y severa. Pidió a Garci Lorenzo que la dejara sola con el caballero. Se miró en un espejo. Se vio vieja. Hubiese preferido tener tiempo para arreglarse, pero no pudo. El caballero entró en la sala. Se miraron él y la princesa. Ella vio a un hombre hermoso y viril; muy diferente de aquel mozalbete que conoció en la Corte. Ella le profesaba un cariño sincero e ingenuo. En cambio, él observó a una mujer gastada por las arrugas y las canas, aunque todavía era hermosa. Cabeza Brava sentía el imperioso deseo de vengarse de doña Berenguela por el desplante de hacía años, enfrentándola con su hermana Leonor, para luego dejarlas plantadas a las dos.

—Estáis tan hermosa como siempre, mi señora —le dijo Cabeza Brava con un encanto irresistible, haciéndole el besamanos.

—No es cierto, sois muy zalamero, aún os recuerdo cuando erais un mozuelo —replicó, apartando la mano y escondiendo la secreta complacencia.

—Un mozuelo que estaba enamorado de vos, si me permitís decirlo, y al que utilizasteis...

—No me digáis esto, Lope, porque me hacéis daño. Es cierto que en aquel momento fuisteis mi tabla de salvación. Yo iba a la deriva entre la obediencia a mi padre, mi amor por don Pedro de Aragón y mi matrimonio concertado con el Baboso.

—Lo sé, por ello os declaré mi amor. Me utilizasteis, pero a pesar de vuestro mal trato, hoy sigo enamorado de vos. Todavía estamos a tiempo...

—Os pido perdón por el mal que os hice, pero tampoco hoy puedo dar rienda suelta a mi amor. Todos estos años me he refugiado en la afición a la soledad, la vida devota y en el amor a mis hijos —dijo con pesar, sin darse cuenta de las verdaderas intenciones de Cabeza Brava.

—Sí podéis, todavía estáis a tiempo. Vámonos lejos, donde nadie nos conozca —exclamó, triunfante.

La princesa tuvo un momento de duda, pero pudo controlar sus impulsos.

—No puedo —dijo con voz insegura—. Me debo al trono, no tengo derechos, solo deberes. Buscad a una mujer joven. Vos sois guapo y apuesto.

—¡Voto va! ¿Es que no veis que os estoy implorando mi amor? —expresó poniéndose de rodillas y besándole el brial del vestido.

Doña Berenguela, en su ingenuidad, estuvo a punto de abrazar al caballero, besarlo y dar rienda suelta a su pasión, sucumbiendo a sus ruegos, cuando desde la ventana se coló la voz de sus cuatro hijos jugando en el patio del castillo. Esos chillidos le recordaron que ante todo era madre. Le dieron la entereza para afrontar la situación.

—Señor, alzaos. Esta pasión durará solo unos días. Luego me olvidaréis. Es cierto que primero os utilicé como paño de lágrimas, pero después me enamoré de vos, de aquellos madrigales de adolescencia de aquella locura de juventud. Pero entonces no podía por los impedimentos sociales y ahora que me ofrecéis locuras caballerescas tampoco puedo por mis hijos.

—Pero cariño, nuestra vida es muy corta, yo no os obligo, pero en mi calidad de vasallo enamorado os pido que vengáis conmigo.

—¡Teneos! No os admito estas familiaridades, caballero. Llamadme alteza, soy infanta de Castilla, no una vulgar villana, aunque a veces lo hubiese preferido para poder disponer de mi persona —respondió, enojada.

—Esas palabras no pueden venir de vos —dijo él, sorprendido.

—¡Basta! ¡Me subestimáis! Además, tenéis fama de calavera.

—¡Uff! Si lo fui, fue por vos. Buscaba en los brazos de otras lo que vos no me disteis —contestó, excusándose—. Pero, aunque yo sea canalla y vos decente, ¿qué más da? ¡Os quiero y vos me queréis a mí!

Doña Berenguela ya no lo escuchaba, había tomado una decisión. Nadie la iba a apartar de su recto camino.

—Si fuera libre quizás iría con vos, pero tengo varios hijos y uno de ellos debe heredar un reino. Ante todo, soy madre, princesa de Castilla y reina de León. Vivo con la angustia de no saber si el padre de mis hijos es realmente mi marido, porque el Santo Padre ha anulado mi matrimonio, y cuanto existe en mí de ambición se cifra en esos hijos.

—Pero Berenguela, ¡recapacitad! Por vos, por mí, por nuestro amor...

—No, mi querido amigo. Vos, como hombre, no podéis saber lo que he sufrido en mi condición de mujer repudiada. Pero Dios me ha dado la entereza para seguir adelante. Señor, agua pasada no mueve molino. Lo nuestro ya es historia. Os aprecio, caballero, vuestro recuerdo me ha mantenido viva. Os ruego que os vayáis, os caséis y tengáis la felicidad de un matrimonio dichoso.

—En fin, vos sabréis lo que hacéis. Nunca volveréis a tener la oportunidad de estar con un hombre como yo —sentenció con una frialdad que sorprendió a la reina.

Ella lo vio alejarse. Todo parecía salirle mal. Se desesperó. Esta indefensa mujer no podía prever que su sufrimiento no sería en balde y el destino le tenía reservada ser recordada como una de las mejores reinas de la cristiandad, cuyos desvelos lograrían la deseada unión de los reinos de Castilla y León.

CAPÍTULO XXIX. BATALLA DE MURET

El ejército cruzó por el camino que llevaba al sur de Francia a través de bosques, campos, ríos, valles, montañas y desfiladeros, y con la imagen de los Pirineos siempre presente. El espectáculo era impresionante, flamear de estandartes y banderas, miles de carros en hilera, mulas, fardos, máquinas de guerra, gente enfundada en coletes de ante y cuero, cotas de malla y armaduras.

Al principio marchaban al son de los cantos y los tambores. Era época de vendimia en la que los tonos verdesos pasaban a los marrones. El campo estaba preparado para la siembra tan pronto como las primeras lluvias embalsaran la tierra.

Los primeros días de marcha la tropa cruzaba contenta, entonaba cantos, avanzaba rápidamente. Al pasar por los poblados eran saludados por los chiquillos, mujeres y labriegos. Ahora, en plenos campos del Rosellón, callaban y avanzaban lentamente. A medida que los alimentos escasearon se sucedían los actos de pillaje, dejaban miseria y tristeza por donde pasaban. El ejército requisaba cosechas, mercancías, alistaba a la fuerza a los jóvenes en edad de luchar. Los campesinos los rehuían, como una plaga que arrasaba huertas y secanos. Todo aquello sobre lo que se pudiera echar mano.

Por donde acampaban dejaban un fuerte olor, ese malsano tufo a sudor y excrementos propio de un ejército en marcha.

Finalmente cruzaron el Rosellón, donde hileras de cipreses delimitaban los campos y los protegían de la tramontana, y pasaron al condado de Tolosa. Jamás se había visto un ejército igual. Eran veinte mil infantes y tres mil quinientos caballos, y se unieron a los infantes y los caballos de Ramón VI de Tolosa y sus súbditos occitanos. La victoria estaba asegurada.

Acamparon en una explanada cerca del castillo de Muret, donde debían preparar el ataque. Lo primero que hicieron los soldados fue construir la empalizada que rodeaba el campo. Alrededor situaron las tiendas de los soldados y en el centro las tiendas de los caballeros con los gallardetes e insignias de cada uno de los cortesanos. Pero esta vez, por orden del rey, no se cavaron trincheras. El trasiego del campamento era enorme; aquí y allí hombres entrenándose en la lucha, sirvientes encendiendo fuegos para las comidas. Ruido de hierros caballos y animales.

Dalmacio Creixell prohibió a Hernán entrar en combate, con la excusa de que debía vigilar su tienda, pero en realidad no lo quería poner en peligro, dada su inexperiencia. Entre ellos se había establecido una amistad muy especial, de gran confianza, afecto y respeto. Hernán nunca había tenido padre, pero si lo hubiese tenido, hubiese deseado que fuera como Dalmacio.

Aquella noche estaba prevista una reunión del rey con los condes, para determinar la batalla, pero el rey Pedro dejó la reunión muy temprano. Estaba convencido de su superior contingente de tropa y del triunfo de la campaña. Tenía prisa por volver a su tienda para celebrar de antemano la victoria, desatendiendo sus obligaciones religiosas y ocupándose en el pasatiempo favorito de yacer con la concubina de turno.

Había disentido con Ramón VI de Tolosa y Dalmacio Creixell sobre el orden de batalla, prefiriendo atacar en campo abierto. Quedaba en evidencia la tiranía ardiente del rey y sus coléricos caprichos. Tampoco aceptó los reproches por no haber cavado trincheras y construido obstáculos para cerrar el acceso a los carros enemigos. Tenían la victoria asegurada.

En el campamento enemigo, Simón de Monfort se pasó la noche rezando por el buen fin de la contienda, planeando la muerte del rey aragonés al primer encuentro, pretendiendo atacarlo por un grupo escogido de guerreros. Sabía que el rey Pedro se encontraría al frente de la batalla.

En el campamento, las tropas aragonesas y catalanas también celebraban la futura victoria por orden del rey. Esa noche, al pie de una hoguera, los hombres tocaban instrumentos y cantaban. Hernán se acercó a la lumbre. Estaba deprimido. Su mayor ilusión era que lo nombrasen caballero y entrar en batalla.

Los soldados lo invitaron a beber, al tiempo que entre el calor del fuego y el del aguardiente empezaron a discutir sobre la forma de ser de las mujeres. Uno de ellos dijo que las mujeres no tenían alma, que eran como los caballos, y por tanto era preciso llevar la rienda bien tensa para que no se desbocasen. Otro soldado le replicó:

—Toda mujer nace libre, luego nuestra sociedad la relega a ser menos que nosotros. Aun así, la mujer es el sostén y la luz del hombre. Ellas son madres, esposas, confidentes y por eso son más realistas que los hombres, afrontan con más entereza las enfermedades y la muerte. El amor en una mujer lo es todo. Ellas aman con locura y odian con la misma intensidad. Una mujer puede enamorarse de un hombre feo y de un viejo que despierte su ilusión. Para un hombre la mujer ha de despertar en él el instinto sexual. Cuando el amor muere

en el hombre y se convierte en rutina, en la mujer sobrevive hasta el fin, transformado ese amor primero en cariño materno por el héroe caído. Lograr el amor de una mujer es alcanzar la gloria.

—¡Yo amé a una mujer! — exclamó Hernán orgulloso.

—¿Y ella? ¿Os correspondió? —preguntó el soldado.

—No, me dijo que la dejara, que le haría daño, que yo no era para ella.

—¡Albricias muchacho! ¡Ella os ama con toda el alma! —exclamó sonriendo al ver la inexperiencia y juventud del muchacho.

—Entonces, ¿por qué me mintió? —preguntó Hernán, intrigado.

—Las mujeres tienen un don maravilloso del que nosotros carecemos. La facultad de crear vida en su interior; esto hace que tengan el espíritu maternal del sacrificio. Ella os vio un mozalbete con futuro y no quiso enturbiar vuestro destino. Muchacho, nunca provoquéis el llanto de una mujer, pues es lo más hermoso que hay sobre la tierra.

El paje de don Dalmacio interrumpió la conversación. Dalmacio Creixell sufría por el paradero de Hernán y lo había mandado buscar.

- A la mañana siguiente, las brumas cubrían el paisaje; anunciaban un día triste y húmedo. El rey Pedro salió, ojeroso y cansado, de su noche de pasión, y no admitió otras opiniones que las suyas con respecto a la organización del ataque. Dividió a su ejército en tres cuerpos; el primero, comandado por Guillem de Cantras y Guillem de Barres; el segundo, lo dirigió Bouchard de Marly; a la cabeza del tercero se colocó el mismo rey Pedro II, junto con Dalmacio Creixell, el conde de Foix y su hijo Roger Bernat.

El ejército de Simón de Monfort hacía rato que esperaba. Hernán, desobedeciendo las órdenes de Dalmacio Creixell, se vistió con una malla, cogió un escudo y una espada y fue a donde estaban los soldados.

El rey Pedro II se situó en primera fila junto a sus nobles. Los ejércitos estaban alineados uno frente al otro. Empezó a lloviznar. Sonaron las trompetas y los ejércitos se adelantaron aullando para chocar entre sí. Simón de Monfort, sabiendo que el rey de Aragón sería el primero en entrar en la batalla, había designado una avanzadilla para matarlo. Los franceses no tardaron en rodearlo. Uno de los caballeros francos llamado Alain de Roverly derribó al que creyó ser el rey Pedro II, diciendo seguidamente:

—Este no puede ser el rey, el rey es mejor caballero.

Al oírlo el rey Pedro II, en un alarde vanidoso, le respondió:

—El rey está aquí.

Sus enemigos se abalanzaron sobre él, matando al caballo. El rey cayó al suelo y en ese momento el tiempo se paró. Fue como si una fuerza superior hubiese congelado a hombres y a caballos, al tiempo que entre los cuerpos avanzaba la figura de un monje. Era el mismo monje del convento de Cuixá y que se le apareció en Barcelona.

—Os advertí —le dijo el monje. Hernán se percató que solo él y el rey estaban conscientes ante ese oscuro maleficio.

—No hubo intento —repuso el rey sin poder moverse. En ese momento le pasó toda la vida por delante. Se arrepintió.

—Majestad, en nombre del que todo lo puede, os cojo la espada, la espada de vuestros antepasados, la espada del casal de Barcelona —dijo sin dar lugar a la réplica.

—Pero, ¿y mi hijo? —preguntó el rey, recordando a aquel niño que había entregado al que ahora era su asesino.

—No os preocupéis. Vuestro hijo tendrá la espada que su padre no supo utilizar —dijo mientras se alejaba y el tiempo se reiniciaba.

Negros nubarrones cubrieron el cielo. Se sucedieron los relámpagos. Empezó a llover con fuerza. Alain de Roverly le clavó su espada al rey Pedro II en el corazón y lo dejó tendido en el campo de batalla. Luego lo despojó de su armadura y vestidos e hizo correr la voz de que el rey había sido muerto. Esto provocó el terror y la desbandada de todo el ejército catalano aragonés, que fue casi aniquilado. Sin embargo, nadie fue capaz de encontrar la espada. La espada del casal de Barcelona, la que había pertenecido al Cid, el mejor trofeo de guerra.

Así fue cómo el rey aragonés cayó en los muros de Muret como Aznar Pardo y su hijo Pedro Pardo, y don Gómez de Luna y don Miquel de Luecia, y otros muchos señores principales de Aragón y Cataluña. La pobre cifra de cinco mil hombres ganó a un ejército de cincuenta mil.

Al día siguiente, en un campo lleno de cadáveres, el cuerpo del rey fue reconocido y recogido por los monjes hospitalarios para darle sepultura.

Esto sucedió el 13 de septiembre de 1213. La derrota supuso la anexión de facto de toda Occitania al reino de Francia. La muerte de miles de inocentes condenados por herejes y una gran cantidad de desplazados hacia

Aragón. No saben los poderosos el sufrimiento que pueden acarrear al pueblo la incontinencia de sus actos.

Hernán perdió el conocimiento y no lo recuperó hasta horas después de la batalla, cuando alguien le sacudió el cuerpo. Abrió los ojos:

—Vamos, muchacho, os he buscado hasta la desesperación. Ya os dije que os quedaseis en el campamento. Gracias a Dios os encontré antes de que fueseis pasto de los buitres —le dijo Dalmacio Creixell. El caballero se había distinguido en la batalla y luego había reorganizado a las tropas en retirada, y al ver que Hernán no estaba entre el ejército derrotado, había vuelto en su búsqueda, aun a riesgo de perder su vida.

El muchacho se levantó con frío, lleno de fango, contracturado y con una herida en el hombro. Le preguntó por el monje. Dalmacio Creixell pensó que la herida le había afectado el entendimiento.

Hernán contempló el campo de batalla, los cadáveres, gente robando las pertenencias de los cuerpos sin vida. Estandartes con las banderas rasgadas e infinidad de aves de rapiña. El espectáculo lo llenó de una profunda amargura.

Otro hombre también presenció el desastre. En la frente tenía una venda sucia y llena de sangre, que le cubría la herida por la agresión que sufrió en Carcasone. Era Pedro Nonasco. Con la muerte del conde-rey acababan las esperanzas de libertad del pueblo occitano. En ese momento dejó de creer en Dios.

CAPÍTULO XXX. CONTINÚAN LOS ASESINATOS

En la catedral-monasterio de Santa Catalina, un cura acababa de yacer con una mujer. Era una prostituta. Esta quedó sola en la habitación. Sabía por dónde había de salir. Durmió un poco más. Se despertó intranquila. Notó un resoplido en la cámara. No vio a nadie. Se levantó y se puso las ropas. Tuvo la sensación de que alguien la miraba. Salió de forma precipitada a los oscuros corredores. Notó que la sombra la seguía. Empezó a correr. De repente ya no la perseguían. Se tranquilizó. Fue a parar al patio del monasterio. La luz de las estrellas iluminaba la escultura situada en el centro, de un monje con la capucha sobre los ojos y las manos cruzadas sobre los pliegues del sayal. Tuvo un escalofrío. A su alrededor distinguió las figuras diabólicas de las gárgolas que representaban monstruos del infierno. Ella se arrepintió de sus pecados y se juró a sí misma no volver allí nunca más. De repente le pareció ver que la estatua del monje se movía. Se quedó paralizada por el terror. La sombra alcanzó a su víctima y le rajó la espalda. El cadáver de la mujer cayó al suelo.

Al día siguiente, en la fuente de la plaza del Ángel de Barcelona se descubrió el cuerpo de la mujer con un cilicio. Estaba colgada cabeza abajo. Los brazos atados a la espalda y la pierna derecha cruzada sobre la izquierda a modo de cruz, sobre un triángulo invertido. La sangre le caía por la frente. Dos buitres le sacaban los ojos.

El terrible suceso se fue transmitiendo de boca en boca por toda la ciudad de Barcelona. Se trataba del cuarto asesinato en poco tiempo. Era cosa del demonio, que se estaba adueñando de la ciudad. El apocalipsis estaba cerca. «La tierra se abriría y una horda de seres del inframundo arrasarían Barcelona». Así se comentaba en mercados, fisgones y posadas. En los corrillos no se hablaba de otra cosa.

La gente estaba aterrada. Y como si las malas noticias nunca vinieran solas, las iglesias de Barcelona empezaron a tocar a muerto. Un desastre se vino a sumar al terrible asesinato. El rey había fallecido. Se decía que la ciudad estaba a punto de ser invadida por las tropas francesas. La gente tenía miedo. Se había corrido el rumor que era la ira de Dios, por haber dejado el gobierno de la ciudad a un judío.

Hayzam, previendo las consecuencias, envió un mensaje al califa de Mallorca,

solicitando cumpliera su palabra y acudiera a socorrer a su pueblo.

Los fieles acudieron a rogar a Dios en la catedral de los dominicos, para que su cólera se aplacara y el castigo divino fuera alejado del atemorizado pueblo. El templo estaba repleto, por lo que la muchedumbre veló toda la noche delante de la catedral de los dominicos y en la adyacente plaza del Ángel. Muchos de ellos se tendieron sobre los parterres haciendo actos de fe. La gente era supersticiosa, y veían en el asesinato una amenaza y en la figura de Fray Raymundo a un salvador.

Se sucedieron los latines, las salmodias... La gente se laceraba la espalda. Ya nadie recordaba a los soldados que se habían marchado, los días de gloria, el ejército, los vítores. Todo el gentío esperaba que Fray Raymundo se pronunciase, pero este no aparecía. Su silencio lo magnificaba. Se decía que estaba meditando y haciendo penitencia por el bien de la ciudad. La gente lo necesitaba, rezaba por él. Era el mesías que los liberaría.

Cuando el fraile salió de su voluntaria reclusión se desencadenó la histeria colectiva. Se comentó que Dios lo había iluminado. El fraile no habló, acompañó en procesión el cuerpo de la prostituta muerta. Se difundió que era una novicia que había sido violada y asesinada. Varias plañideras, previamente contratadas, elevaron el tono del desanimo y pena del pueblo. Se dijo que Fray Raymundo había estado rezando y haciendo penitencia, y Dios se le había aparecido.

Enterraron el cuerpo de la difunta en el cementerio de las moreras, al lado de la catedral de los pobres. El camposanto estaba lleno. La ceremonia se desarrolló en medio de un gran silencio y una gran piedad. Al final de la ceremonia, Fray Raymundo se levantó y empezó a hablar. Había impuesto a su voz una extraordinaria y casi femenina dulzura. Tenía las pupilas empañadas, estrechas y oblicuas como las de un gato. Aquellos ojos parecían de cristal y tenían la misma mirada que ofrecen los ojos de un muerto.

—Buenos barceloneses —dijo en voz pausada.

Se oyeron unos susurros.

—Amigos barceloneses, escuchadme —repitió alzando el tono de su voz.

El silencio era completo.

—Ciudadanos de Barcelona. Ante el cuerpo de nuestra hermana, muerta en esta forma tan ignominiosa, os he de pedir que reaccionemos con humildad. Yo no culpo a nadie, pero no es normal tener a un rey excomulgado que se ha ido a luchar contra sus tropas y ha muerto sin honor, no es normal tener un primer ministro de raza judía. Este proceder en contra de Dios hace que todas las

desgracias asolen el país. Si no actuamos pronto seremos invadidos por los franceses y vuestros hijos morirán de hambre, pues la miseria reinará este invierno.

Se sucedieron los vítores. Los novicios del convento de Santa Catalina se habían distribuido estratégicamente para alborotar a la plebe.

Las turbas rodeaban el monasterio y seguían el discurso de Fray Raymundo como suyo propio. La ciudad se había paralizado. Fray Raymundo era el nuevo salvador, el nuevo mesías enviado por Dios para liberar a la ciudad de los crímenes y del peligro de la invasión francesa.

—Estos días me he recluso en el monasterio y Dios se me ha revelado.

Hubo una gran exclamación, tras lo que Fray Raymundo entendió que el pueblo estaba preparado para escuchar lo que les iba a decir:

—Pueblo de Barcelona, Dios no está con nosotros, pero los judíos son gente honrada.

Se hizo un completo silencio, tras lo cual prosiguió:

—Dios nos ha abandonado, pero los judíos son gente honrada.

Volvió a hacerse el silencio. La gente asentía con la cabeza

—Nuestro monarca ha muerto en el pecado. Los franceses están a punto de invadirnos, pero los judíos son gente honrada. —Para al final añadir tras una pausa—: Pero ante esta falsa apariencia de honradez, el gran culpable de todo lo que nos está pasando en Barcelona es el pueblo judío, que nos ha enemistado con Dios. Los israelitas están estudiando en los sótanos del palacio del Veguer una fórmula alquímica que les permitirá conocer los secretos del universo. Debemos asaltar el patio del Veguer y quemar la herejía.

Y las hordas lanzaron un grito de aprobación delante de la plaza de Santa Catalina y se desplazaron sin más al palacio del Veguer, guiadas por la sinrazón.

Cuando la muchedumbre llegó ante las puertas del palacio del Veguer, el príncipe Hayzam salió a recibirlos, impidiéndoles el acceso. No les tenía miedo. Su aspecto imponente detuvo a las turbas soliviantadas. Todavía le tenían respeto al valido del rey. Se hizo el más absoluto silencio. Fray Raymundo se adelantó de entre la multitud. El judío contempló aquel ser alto y huesudo, un poco encorvado, de grandes orejas y casi sin cabello. Sintió una gran repulsión. Ambos se cruzaron una dura mirada. Hayzam fue el primero en hablar.

—¿Qué queréis de mí? No me engaños, bajo vuestra supuesta religiosidad se esconde la maldad. ¡Vosotros, los curas, sois los peores!

—Vuestro orgullo de príncipe os traiciona; vuestra ascendencia judía os puede

—le dijo, desafiante.

—Tened cuidado, fraile. Mi paciencia tiene un límite —respondió, altanero—. ¡Y ahora idos!

—No estáis en disposición de amenazar. Si no mirad a vuestro alrededor —dijo señalando los miles de fieles congregados alrededor de su redentor—. O me entregáis a Abulafia o arrojaré a mi gente en contra de vuestro pueblo —le respondió en un tono amenazante.

—¡Jamás pactaré con vos! Hace tiempo que estáis medrando en contra mío y en el de mi pueblo. Vos solo queréis a Abulafia para interpretar los secretos de la piedra filosofal. Si os lo entrego condenaré a toda la ciudad a la esclavitud.

—Como veáis, es vuestra última oportunidad, el pueblo sabe que los judíos son los culpables de los sucesos que están ocurriendo en la ciudad. Solo yo puedo detenerlos.

—Podéis confundir al pueblo, pero jamás tendréis el secreto que buscáis.

—¡Eso lo veremos! —exclamó, desafiante.

—Os ordeno que os retiréis —dijo Hayzam con arrogancia.

Fray Raymundo calló. Pensó que él podía forzar la situación, pero le convenía no estar en medio. Era mejor que fuera el pueblo el que matase a Hayzam. Se retiró.

—Será la última vez que os obedeceré. Después de hoy habréis de ser vos el que me obedezca a mí.

—En fin, ¡la suerte está echada! —exclamó Hayzam cuando volvió a cruzar la puerta del palacio del Veguer, derrotado por el cansancio y la tensión.

—Si queréis podéis huir —manifestó su capitán conociendo sus circunstancias, su condición de judío, su enfrentamiento con Fray Raymundo.

—¡Voto va! Antes muerto que huir ante ese fraile. Jamás me tendrán por un cobarde, soy un hombre de honor que no abandona a los suyos, sean cristianos o judíos. Jamás vi tanta hipocresía y tanta maldad, y esa utilización que hace de la plebe a su antojo. Esto es lo que más me duele. Amo a esta ciudad como amo a mi pueblo. Nos acogió y soy un ciudadano más, pero cuando sucede un hecho como este me siento extranjero.

El capitán lo miraba con admiración. Sabía de los sacrificios que había tenido que soportar su superior. Hayzam siguió:

—Lo tenía que haber matado.

Afuera, en la plaza, había una calma tensa, una calma precursora de algo nuevo, una calma que rompía los nervios.

Fray Raymundo se giró, y con la mirada vidriosa llena de maldad y una voz cautivadora de serpientes, arengó a las masas:

—Barceloneses, pueblo sufrido y valiente, salvaguardador de libertades. Grandes desgracias ya han caído sobre nuestro reino. Debéis castigar a los hebreos, si no queréis veros afligidos por nuevas calamidades. Hemos de asaltar el palacio del Veguer y aniquilar al pueblo que asesinó a Cristo.

Hayzam mandó cerrar las puertas del palacio del Veguer con trancas y se preparó para la embestida.

Las masas, cumpliendo rápidamente los designios del fraile, se dirigieron al palacio para asaltarlo. Empezaron a embestir puertas y ventanas con aretes. Y ante la evidencia que los sitiados no podrían aguantar mucho. Hayzam bajó a las mazmorras del palacio para liberar al prisionero. Este permanecía en la celda, echado sobre un camastro recitando la Torá.

—Abulafia, que el Dios de Jacob y de Abraham sean contigo —le dijo Hayzam, al tiempo que el carcelero abría la reja de hierro y le daba acceso.

Abulafia interrumpió la letanía. Hayzam se acercó. Este le exclamó:

—¡Aléjate de mí, Satanás! Yo no niego la ciencia. No me he arrastrado durante tanto tiempo ni he clavado las uñas en la tierra a través de las interminables ramificaciones de la caverna, sin percibir delante de mí, allá lejos, al fondo mismo de la oscura galería, una luz, una llama, algo, sin duda, el reflejo deslumbrante en donde los pacientes y los sabios han encontrado a Dios. —Tenía las pupilas sin brillo.

—Tente, Abulafia. No sabes lo que dices.

—¡He descubierto la sala, la sala de nuestros ancestros, y en ella el secreto de la piedra filosofal y la cábala! Pero para ello primero quise hacer oro, pero el oro no es nada, pues descubrí que podía crear vida.

—¿De qué sala hablas?

—Aquella que está en el triángulo, en el vértice, aquella de nuestros ancestros. El capitán los interrumpió.

—Señor, se ha de apresurar y huir. La multitud ha derribado las puertas.

Abulafia no escuchaba, tenía los ojos enrojecidos, con las venas muy marcadas, y no paraba de hablar.

—¿Has oído hablar del Golem? —le preguntó a Hayzam con la evidente sorpresa del capitán.

—Pero, ¿qué dices, amigo? —respondió molesto, para luego afirmar—. ¡Estás trastornado!

—Hoy me ha venido a visitar —dijo señalando la pared corroída por la humedad.

—Por nuestro padre Abraham, Abulafia, ¿qué dices? Estás mal —dijo Hayzam, al tiempo que lo zarandeaba.

—Sí, me ha venido a ver; me quería llevar con él. —Y en ese mismo momento expiró. Hayzam lo zarandeó con más fuerza. Su amigo solo era un cuerpo sin vida.

—Rápido, señor, debemos huir por los túneles —le avisó el capitán del ejército.

Hayzam dudó, tuvo un pasamiento para su hija. Estaba sola en palacio a merced a las turbas. Debía ir a rescatarla. Huyó por unas escaleras alumbradas por teas resinosas. El ambiente era malsano, un humo negro y espeso lo invadía todo y la humedad corroía las piedras.

- El muro que circundaba la judería estaba sin centinelas. Las puertas de acceso abiertas de par en par. Los judíos estaban indefensos. Tampoco el califa de Mallorca vino a auxiliar a nadie.

La masa de ciudadanos entró por las puertas del barrio a bocajarro, arrasando todo lo que encontraban a su paso. Muchos blandían barras y puñales, atacaban a todos los judíos que encontraban a su paso, fueran mujeres, niños u hombres. La sed de sangre los emborrachaba, al tiempo que saqueaban las propiedades del pueblo de Israel, siendo sus primeros objetivos las sinagogas y las casas de cambio. Buscaban oro y metales preciosos.

La destrucción y muerte se extendió por la judería. Se sucedieron los incendios y los gritos de desesperación y auxilio.

En una de estas casas, que se distinguía por la imagen de una moneda y una estrella de David en la entrada, un judío contemplaba con horror cómo los asaltantes saqueaban su negocio, los libros contables, las piezas de oro, las telas, el trabajo de una vida... Sufría por su familia y por su vida. Lo daba todo por perdido. De repente vio su salvación en la figura de Fray Raymundo de Peñafort, que acababa de entrar por la puerta. Se echó a sus pies implorando clemencia.

—Por el Dios de Abraham y de Jacob. ¡Tened piedad de mí!

—¿Qué me dais a cambio? —le preguntó con altivez.

—Os perdono los intereses —respondió, solícito.

—Hace unos días me exigías esos mismos intereses, erais reacio a todo tipo de arreglo. Hoy os humilláis ante mí, me pedís clemencia y me los perdonáis. Sois un sucio israelita.

—Habéis razón —le dijo, sumiso.

—¡Los intereses no son suficientes! Además, ¿no os dije que no os los pensaba pagar? ¿Hasta qué punto compraríais vuestra libertad y la de vuestra familia? —se regodeaba ante su situación de superioridad.

—Renunciaría a vuestras deudas —contestó, solícito.

—Proceded —le dijo señalando un pergamino y la tinta para escribir situados encima de la única mesa que quedaba en pie.

Cuando el judío hubo rellenado el documento, lo extendió, resignado, al sacerdote. Este se lo guardó. El judío se veía libre. Su sonrisa se enfrentó con la dura mirada del fraile.

—No es suficiente —dijo con una mirada escrutadora.

—Pero vuecencia...

De la calle llegaban los gritos de la gente solicitando auxilio. El judío tragó saliva, temía por su familia.

—Preciso algo más, preciso vuestro oro —manifestó el cura con una mirada dura.

—Por Abraham y sus hijos señor. No tengo más —dijo, implorante. El oro era lo único que los podía salvar. Sin dicho metal su vida y la de los suyos no valía nada.

—Mentís, sucio infiel. Sé que lo tenéis —replicó, inflexible.

—No tendré para comer, son los ahorros de mi vida. Esto es la ruina. —Estaba desesperado, nadie iba a acudir a ayudarlo. Se encontraba solo frente a las fieras.

—La ruina o la muerte, vos decidís —se regodeaba de su situación de superioridad.

El israelita claudicó. No le quedaba otra solución. Les indicó un entarimado detrás de una alacena donde quedaba el oro de la familia. Los soldados fueron a donde les dijo el judío. Descubrieron el oro y gran cantidad de piedras preciosas. Extrayeron el tesoro almacenado por el judío y lo depositaron en sacas.

Mientras en el barrio se sucedían los actos de pillaje; los robos; las

violaciones; los hijos eran arrancados de sus madres y los hombres eran asesinados.

Los soldados depositaron el oro en el suelo. Fray Raymundo sintió colmar su codicia.

—¿Me puedo ir? —preguntó el israelita con humildad, alzando el rostro.

—Podéis —le concedió Fray Raymundo, ya tenía cuanto quería. Cuando el judío cruzó el umbral de la puerta descubrió en la calle las cabezas cortadas de su mujer y sus hijos. Se arrodilló. Empezó a llorar y a echarse arena en la cara.

—¿Acaso pensasteis que perdonaría a un israelita? —sonrió el cura.

El hebreo intentó pegar al fraile. Los soldados se lo impidieron.

—Sois el mismo demonio, hijo del estiércol.

—Vuestra ira me halaga. ¡Sacadle los ojos! —ordenó a sus soldados—. Ya ha visto a su familia decapitada. No necesita ver nada más.

El judío, ciego de ira y dolor, se liberó de los soldados y en su desesperación abofeteó al fraile en la cara.

—¡Matadlo! —dijo Fray Raymundo, al tiempo que uno de los soldados clavaba un puñal en la espada al israelita.

El israelita cayó al suelo, con una mano intentó asir la túnica del fraile. Este se desembarazó de él con asco, dándole una patada. El cuerpo del judío rodó por el pavimento como un vulgar fardo en medio de las risas del fraile.

- Las turbas entraron en la casa de Hayzam, situada en la calle Montcada. Los criados, aterrados, intentaron detenerlos en el patio, justo en el lugar que daba acceso a las escaleras de los aposentos superiores, pero fueron rechazados con violencia. Los asaltantes saquearon las estancias, querían ser los primeros en acceder al rico botín. En una de ellas encontraron a la hija de Hayzam junto con su sirvienta. Estaban bordando un fino tapiz. La sirvienta intentó detenerlos. Uno de ellos apartó a la sirvienta y la tiró al suelo con violencia. Esta se dio un golpe en el cráneo y perdió el conocimiento. Luego el agresor fue a donde estaba la hija de Hayzam. La atrajo violentamente hacia él y le rasgó la túnica.

La vulnerabilidad de la princesa lo excitaba. Tenía unos delicados hombros blancos y una cintura estrecha. Ella lo arañó y le mordió el cuello.

Le dio la espalda. Él la apretó contra su cuerpo, frotando su pubis con las nalgas de ella.

- Hayzam y su capitán andaban sumergidos en la oscuridad y humedad de los pasillos subterráneos de la ciudad, camino al palacio del príncipe hebreo. Hayzam sufría por su hija. Temía lo peor. Sabía que los pasillos por donde cruzaban eran el territorio del Golem. Si se encontraba con la criatura le habría de hacer frente, ahora ni tenía tiempo ni se veía capaz. Rezó.

Salieron a la puerta de su palacio. Entraron en medio del caos y el desorden, vieron los cadáveres en el patio. Subieron a las habitaciones de la hija de Hayzam y se encontraron al agresor forcejeando con Constanza.

—¡Hijo de rata inmunda! ¡Sal de aquí! —gritó Hayzam, al tiempo que se abatía sobre él.

Los otros asaltantes lo agarraron y lo inmovilizaron. El soldado que acompañaba a Hayzam fue abatido y muerto.

—¡Soy el valido del rey! —exclamó Hayzam, altanero.

—No eres nadie, salvo un sucio judío —respondió el asaltante. Ahora verás cómo fornico con tu hija.

Le dio una bofetada al rostro de Constanza y la tiró al suelo. Luego le aprisionó el cuello con una mano.

—Como te muevas matamos a tu padre.

Le pasó la mano encima de la ropa que cubría sus pechos y el bello. Ella lo miró con odio contenido. Se retuvo el llanto. Él se sacó la túnica. Su miembro estaba rígido. Ella estaba horrorizada. Era virgen. La sirvienta había recuperado el conocimiento y había escapado a pedir ayuda.

—Mantened los párpados de los ojos de Hayzam abiertos. Quiero que lo vea todo —dijo el violador a sus compañeros.

—Papá, perdona... —suplicó ella.

—¡Hija! —exclamó Hayzam intentando liberarse. Uno de los que lo inmovilizaban le dio una estruendosa bofetada en la cara y le hundió un puñal en el costado.

La doncella aprovechó la confusión para alcanzar unas tijeras del tapiz que bordaba y las hundió en la espalda de su agresor, al tiempo que unos

criados, avisados por la sirvienta, entraban en la estancia y reducían al resto de los asaltantes.

Hayzam se acercó llorando a su hija. De su costado manaba abundante sangre, había perdido el habla.

—Vamos —dijo la sirvienta, cubriendo a su pupila con una túnica, y ayudando a vendar la herida de Hayzam—. Los judíos que han podido han escapado por los subterráneos y se han refugiado en el monasterio de Pedralbes.

Con la ayuda de los criados, y entre el caos de atropellos, violaciones y saqueos, lograron escapar, como por milagro, entre la multitud.

La matanza de los judíos duró todo el día. Al final, las campanas tocaron a rebato y los habitantes, recordando el saqueo de Almanzor, se fueron a sus casas atemorizados, cerrando las puertas con trancas.

La aljama de Barcelona había sido definitivamente destruida. El barrio Sant Domenech del Call; con sus calles, tiendas y sinagogas, quedó desierto, flotaba un aire de muerte. Los que habían podido se habían refugiado en el monasterio de Pedralbes, donde la priora de sangre real los acogió. El monasterio tenía derecho de asilo. Era un lugar santo. Estaba encuadrado al pie de los bosques de Collserola y rodeado de una tapia cubierta de hiedras plateadas, que delimitaba en la parte posterior con un vasto hortal lleno de frutas y hortalizas y en la parte anterior con los arriates de un bien cuidado jardín con abundancia de flores de temporada, donde ya las violetas asomaban entre sus espesas hojas de un verde lozano y los narcisos intentaban abrir prematuras corolas. Se escuchaba el griterío de miles de aves. Era como si en ese lugar no tuviera entrada el invierno.

Cuando llegaron Constanza y su padre en una improvisada camilla, herido y sin habla, la priora fue a recibirlos. Se miraron las dos amigas de la infancia y se abrazaron, rompiendo a llorar. El resto de judíos que estaba en el monasterio se alzaron por respeto a su señor de sangre real, que yacía malherido y moribundo.

—Restableceos. Aquí estáis a salvo y juro por Dios y mi sangre que no van a entrar. Tenemos derecho de asilo y violarlo es atentar contra la Santa Sede y la clausura de las monjas — dijo la priora—. De todas formas, no me fio de ese fraile. Una vez hayáis descansado, idos, no sea que Fray Raymundo trame alguna treta. Pero dejadme cuidar de vuestro padre; vos sois fuerte y él ya ha luchado demasiado. Aguardaré vuestro regreso.

—Pero no puedo dejarlo —dijo Constanza con pena.

—Idos, por Dios, yo velaré por él, pero vos debéis huir con vuestro pueblo.

—¿A dónde iré?

—Id a Gerona. Allá la aljaima todavía es importante. Sus miembros os protegerán y acogerán.

—Gracias, amiga —dijo Constanza, al tiempo que la volvía a abrazar.

—No me las deis, es lo menos que puedo hacer por ustedes. Rezaré por vos y por vuestro pueblo —repuso con una gran sonrisa.

—Erais la más inteligente de la clase, nunca entendí por qué os hicisteis monja.

—Los designios de Dios son inescrutables, amiga. Quizás fue para ayudaros...

Hayzam yacía herido y vencido por los acontecimientos, su hija a punto de ser violada, su pueblo masacrado y el califa de Mallorca lo había traicionado. Solo la Providencia podría decir si este incansable luchador sería capaz de superar la adversidad y reescribir la historia de su pueblo.

- Al mismo tiempo, el bufón contemplaba la aljaima en ruinas, las casas y sinagogas quemadas, los muros derribados, las maderas calcinadas. En medio de todo ello cadáveres de hombres y cuerpos de animales yacían muertos. Un profundo silencio era roto por los desesperantes gritos de auxilio de un moribundo con las piernas amputadas por la caída de una viga.

Unos buitres sobrevolaban el solar que antes ocupó la judería.

—Por Dios que un día juré vengarme, pero olvidé mi rencor y solo quise proteger a mi criatura. Ahora veo que el amor que sentí por ella nubló mi entendimiento.

Fue a la habitación sin puertas ni ventanas. Encima del camastro de la bestia vio la monterilla con una pluma del muchacho que fue asesinado. No había duda, el Golem había sido el culpable. Debía matarlo.

- Ajena a las intenciones del bufón, la criatura se encontraba en el piso de la calle Espolsasacs, donde cogía de forma cariñosa las ropas de Nur y se las llevaba a la frente. En su ensimismamiento no se dio cuenta de que

alguien había entrado en la vivienda. El visitante se acercaba a la habitación. Entreabrió la puerta. Al Golem le sorprendió el ruido de los pernios. Huyó a los subterráneos que tan bien conocía.

Nur entró en la estancia y se asustó al ver sus pertenencias desparramadas por la habitación. Vio una muñeca de trapo encima de su cama. Se extrañó.

CAPÍTULO XXXI. FUNERAL DE PEDRO II DE ARAGÓN

El invierno cubrió con su manto de frío y oscuridad la ciudad de Barcelona. Los planes de Fray Raymundo se iban cumpliendo: el incendio de la aljama, el príncipe Jaime rehén de los franceses, el valido del rey malherido en el monasterio de Pedralbes. Con la muerte del rey se había producido un vacío de poder que fue aprovechado por Fray Raymundo para tomar las riendas del país y poner a sus subordinados en los puestos principales. Negros nubarrones se cernían sobre el casal de Barcelona.

El cuerpo del monarca fue embalsamado por los físicos para poder ser conducido a la ciudad de Barcelona. El cadáver fue expuesto en la catedral de la Seu o de los ricos, y luego fue llevado a Poblet. El pueblo salía a los caminos a dar su postrero adiós al que fue su rey y el ambiente se llenaba de sentimientos de pena. Cuando la comitiva rozaba un convento o una población, el redoble de las campanas se unía al lamento del pueblo. El cielo estaba duro y plomizo. La reina María de Montpellier, la Desdeñada, vestida de negros crespones, abría el paso acompañando el cadáver. Ella había venido de Roma a acompañar al padre de su hijo. La vida le había dando tantos resquemores que no fue capaz de llorar. Iba erguida, mágica, sobria, muda, quizás pensando en reposar en algún lejano monasterio de esta vida que tan mal la había tratado.

La seguían dos soldados con sendos hachones encendidos y detrás el mayordomo Robert de Blasi, portando la corona real en un colchón de seda; los infantes; la nobleza; el clero; los prelados y los altos dignatarios. Entre estos, la repudiada reina doña Berenguela de Castilla, vestida de negro, que todavía guardaba aquellos trazos de ser la infanta rubia y de ojos azules que cantaron los trovadores como la más hermosa doncella de Castilla. El bufón cerraba la comitiva, dando un aspecto tragicómico al desfile.

Los reyes de la península habían excusado su asistencia. El rey de Castilla había marchado a Portugal a entrevistarse con Alfonso, el Gordo, y evitar la guerra. El rey de León, Alfonso, el Baboso, estaba en la frontera portuguesa dispuesto a invadir el reino vecino para hacer valer sus derechos. El rey de Navarra, Sancho VII, el Fuerte, cuñado de Ricardo Corazón de León y aliado del

Baboso, sentía una inquina personal hacia el monarca aragonés, que no había cesado ni con su propia muerte.

Hernán acompañaba a don Dalmacio Creixell. El tiempo y las circunstancias los habían unido, como el cordón umbilical de una madre une a un hijo. Por un lado, Dalmacio Creixell se preocupaba por Hernán, su educación, su futuro; por otro, veía en él el reflejo de su juventud perdida. Las penalidades de los días del templo de los dominicos quedaban lejos.

Hernán nunca había estado en el monasterio de Poblet, mezcla de cenobio y fortaleza, donde se enterraban a los reyes de Aragón. Quedó fascinado por la soberbia construcción, orgullo del casal de Barcelona: sus edificaciones, claustros, hospederías y despensas, todo ello protegido por una sólida muralla. El entierro no desmereció la elegancia del edificio. Era un reino en ruina y, aun así, eran capaces de no escatimar recursos y rendir tributo a sus muertos con el mismo lujo y magnificencia que cuando eran ricos.

A la puerta del edificio les esperaba la comunidad de todos los monjes, presidida por don Fernando de Aragón, el hermano menor del rey difunto, encargado de velar las tumbas de sus antepasados. Este, bajo la supuesta humildad clerical, no descartaba la posibilidad de abandonar el hábito y cambiarlo por la corona real.

Hernán quedó impresionado al ver a las dos reinas de León y Aragón al lado del tálamo y presidiendo el funeral. Había algo de patético, regio y hermoso en esas dos mujeres. Escuchó las conversaciones de dos cortesanas:

—¡Qué pena me dan! Una por prostituta y la otra por haber tenido a ese Baboso de marido.

—Sí, son dos mujeres desdichadas que en sus juegos de infancia soñaron con un príncipe azul, y ahora se ven malqueridas y desdeñadas, vencidas por los años, con las arrugas del sufrimiento y una incipiente vejez, reflejo de sus vidas truncadas que marchitaron su belleza.

—Habéis razón. En ambas, los sueños de juventud, que visionara una vida romántica de novela de príncipes y princesas, se convirtieron en algo triste, burdo y vergonzoso.

—Ya sabéis, este es un mundo de hombres. ¡Ay, si las mujeres mandasen!

—¿Y esa no es doña Brianda? —preguntó señalando a una mujer en medio del cortejo de Castilla.

—Pss... Hablad más bajo. Esa sí que es mala. Dicen que se quedó embarazada de Don Dalmacio, que él no lo sabe, que tuvo un hijo y luego lo sacrificó por sus

ansias de poder, dejándolo abandonado en una posada. Ahora esta mala persona quiere ser reina de Castilla.

—Yo conocí a su madre. Fue la que le enseñó el camino. Ella hacía de prostituta en Zamora.

—Quizás doña Brianda tenga éxito, pero al final la vida siempre pasa factura y su juego es muy peligroso.

- Mientras el *De profundis* reverberaba en la iglesia, doña Brianda se acercó a Dalmacio Creixell.

—¿Cómo estás, Dalmacio?

—¿Vos otra vez? Pensaba que os habíais ido.

—Estuve a punto, pero me retuvo la muerte del rey.

—¡Lástima! Espero no veros más, mi cortesía por vos tiene un límite. Además, se os acusa de estar tramando un complot con la casa de los Lara para ser reina.

—Y si fuera así, ¿acaso os molestaría? —preguntó, resentida.

—No, siempre supe que erais una fornicadora.

—¿Viniendo de vos debo tomarlo como un halago? De todas formas, hubo un tiempo en que eso no os molestó, y hasta os agradó. Pero gracias, Dalmacio, por vuestro tiempo. No os perturbaré más —dijo, resignada, dándole un beso en la mejilla.

—¿Qué hacéis? —dijo alterado, mirando a su alrededor. La gente los observaba. ¿Qué iban a pensar?

—Quizás que tenéis a una puta de amiga. ¡Adiós, Dalmacio! —dijo con evidente desdén, apartándose del caballero.

—Id con cuidado, que los Lara no conocen amigos ni enemigos, ni siervos ni vasallos. Todos son instrumentos de su sed y su codicia, y como tal, vuestras ansias de poder os harán caer.

—Gracias, Dalmacio, por preocuparos de esta prostituta, pero olvidáis que los que nacimos pobres nacimos en la servidumbre, no somos seres libres, sino bestias que han de obedecer el látigo del amo, y yo no tengo nada más —dijo con amargura, al tiempo que caminaba hacia la salida del templo.

El *De profundis* volvió a reverberar con fuerza entre las piedras

milenarias del triste templo rodeado de tumbas de grandes hombres hoy convertidos en cenizas.

«*De profundis clamavit ad te Dómine...*».

• Hernán esperaba afuera del monasterio. Doña Brianda se cruzó con él al salir. Su rostro se relajó y se llenó de una enorme bondad.

—¿Os acordáis de mí? —preguntó intranquila.

—Cómo no, señora. Sois una segunda madre para mí.

—No sabéis cómo os agradezco vuestras palabras —respondió tranquilizada, para luego añadir mirando los ropajes de Hernán—. Veo que estáis bien.

—Sí, señora, soy el protegido de un gran hombre, don Dalmacio Creixell —afirmó el muchacho con orgullo.

—Él es un buen hombre, lo habéis de querer como a vuestro padre —expresó con sinceridad y sin rencor.

—Señora, ¿conocisteis a mi madre? —preguntó Hernán esperando que su respuesta fuera afirmativa.

—¿Por qué me hacéis esta pregunta a mí? —respondió ella con recelo.

—No sé, pensé que igual la conoceríais. Vos os habéis portado muy bien conmigo. Algo me dice que la tratasteis una vez.

Doña Brianda se emocionó. Volvió a recordar el momento más feliz de su vida, cuando yacía en el lecho de la habitación de un hostel y le trajeron a su hijo recién nacido. Sus manecitas, su sonrisa al verla, sus barboteos, la delicadeza de su piel. Recordó el lacerante dolor al separarse de él. Su infinito amor...

—Sí, la conocí. Ella era toda bondad, pero un día se tuvo que enfrentar a la maldad del mundo. Os tuvo, pero no quiso que compartieseis su destino, y hoy está muerta. Estad tranquilo. En el cielo vela por vos. Seguro que está orgullosa de su hijo —dijo desde el fondo de su corazón.

—Gracias, señora. Hasta hoy siempre soñé que la encontraría con vida. Quizás mi búsqueda termine aquí. Rezaré por ella cada día de mi existencia —expresó el muchacho con lágrimas en los ojos.

—Hacedlo, podíamos haber sido tan felices... —Tenía los ojos húmedos, se le habían contagiado las lágrimas. Una fiera batalla se volvió a librar en su interior. Le iba a confesar que era su madre. Lo abrazó y lo retuvo cerca

suyo, lo cubrió de cálidos besos—. ¡Hijo, hijo de mi vida! ¡Gracias sean dadas a que te veo sano y salvo! — Descubrió con horror los ojos de asombro del muchacho. Se contuvo. «Por Dios, qué estaba haciendo, su hijo no la merecía». Se sintió culpable. Lo separó. Nunca más lo volvería a ver. Le dio la espalda y se marchó. Se juró a sí misma que a aquel muchacho jamás le faltaría de nada, estuviera viva o muerta. Sin saberlo había recuperado su pasado y se le abría un futuro lleno de un gran sufrimiento.

Hernán se quedó extrañado por la actitud de Doña Brianda, pero no le dio mayor importancia, pensó que era por la emoción del funeral. El entierro terminó al cabo de unas horas. El rey, que con su conducta tanto daño había hecho al país, ya solo era un recuerdo. Se iniciaba una lucha titánica por el poder.

- Cuando el séquito real volvió a Barcelona, María de Montpellier se personó en el palacio real, junto a su séquito de pajes y doncellas. Unas semanas antes, Fray Raymundo de Peñafort había tomado posesión del mismo. El mayordomo Robert de Blasi salió a recibir a la reina con su poner amanerado. Y con gran nerviosismo, fue a avisar a su amo de la inesperada y sorpresiva visita.

—Soy María de Montpellier —dijo la dama con solemnidad a Fray Raymundo cuando este apareció—. He dicho a vuestro lacayo que me dejase libre la entrada. En mí se junta la noble sangre real de Occidente y de Oriente, soy hija de los emperadores de Bizancio y de Roma por la gracia de Dios. Os ordeno que os retiréis y me rindáis pleitesía —dijo orgullosa y con gran esfuerzo. Era una mujer enferma.

Fray Raymundo dudó, pero al final optó por obedecer. No podía contravenir a una soberana, que además tenía la protección papal. Sintió el peso de su origen humilde.

—Ruego perdonéis al mayordomo, que será debidamente castigado. Me huelgo a daros entrada en esta vuestra casa y en ofrecirme a vos como el más rendido servidor —respondió cortés, poniéndose de rodillas.

—Os ordeno dejar el palacio. A partir de hoy el gobierno me corresponde por la gracia de Dios Nuestro Señor —respondió altanera, añadiendo a

continuación con un expresivo asco—: Y llevaos a este excremento de mayordomo de mi vista.

Fray Raymundo obedeció, no podía contravenir las órdenes de la reina. Ella estaba agotada, su salud siempre había sido frágil. Aun así, había tenido que luchar por encima de sus fuerzas; había sido despechada; el desamor de su esposo; su vida casi monástica; el hazmerreír de toda la corte; su hijo... Dios le había dado la entereza y buena cabeza para afrontar las dificultades, pero su cuerpo le pasaba factura. Extenuada, se dejó caer en un diván. Sufría un fuerte dolor de cabeza.

- Uno de los primeros actos de la regente, una vez tomó posesión del palacio y del reino en nombre de su hijo, fue llamar a la Corte a Dalmacio Creixell. Este se arrodilló ante la reina, haciéndole el besamanos, al tiempo que ella le decía:

—Debo volver a Roma. El único que puede salvar al reino de la invasión de los franceses y a mi hijo de ser asesinado es el Santo Padre. Le argumentaré la conveniencia de aceptar el vasallaje que le he ofrecido del reino de Aragón. Si el país se convierte en fedatario de los Estados Vaticanos, los franceses no podrán invadirnos, pues atacarnos supondría atacar a la Iglesia. Así lograré que Simón de Monfort me devuelva a mi hijo.

—Señora, perderemos nuestra independencia —afirmó Dalmacio Creixell, contrariado.

—Más vale ser un país fedatario de la Santa Sede que un mísero departamento francés —replicó aquella mujer nacida en Montpellier—. Mi hijo volverá a recuperar nuestra independencia. Lo tuve en mi vientre y sé que será un gran rey —dijo mientras empezaba a toser.

—Mi reina, debéis cuidaros vuestra salud.

—¿Qué importa mi salud cuando está en juego el futuro de mi hijo y la libertad del reino? —respondió María de Montpellier con enojo.

Dalmacio Creixell calló. La reina tenía razón, y todo ello, a pesar de ser mujer.

Acabado el luto, la reina convocó Cortes y nombró un Consejo de Regencia de los nobles catalanes y aragoneses liderado por Dalmacio Creixell. Sin embargo, la nobleza aragonesa y catalana era siempre una

fuente de disputas, envidias y ambiciones, y Fray Raymundo sabía manejar muy bien las intrigas.

La primera medida de Dalmacio Creixell fue volver a llamar a Cabeza Brava y a José de Azagra.

- Hernán volvió solo de Poblet a Barcelona. Cruzó el Penedés una tarde ventosa en que continuos remolinos levantaban las hojas de los campos de vides de un tono tostado moteado de rojo. Los braceros acababan de volver de las faenas del campo. A lo lejos divisó la montaña de Montserrat, centro espiritual de los catalanes, que se elevaba como una roca sobre los campos. Pensó en el éxito, en el rey, en cómo este entró bajo palio en la catedral antes de la guerra aclamado por el pueblo, y cómo volvió a estar bajo palio una vez muerto, y fue olvidado una vez enterrado.

Observó unas violetas que florecían, orgullosas, a pesar de las inclemencias del tiempo y pensó en Nur. Rememoró las noches que habían pasado juntos. No supo si le movía más el amor o la necesidad de yacer con una mujer. Cuando llegó a Barcelona atravesó la ciudad en su búsqueda. Se cruzó con mendigos pidiendo. Muchos eran miembros de la tropa recién licenciada por falta de recursos. Se contaban a miles. Iban mal vestidos y estaban enfermos. La ciudad, antes alegre y confiada, ahora estaba sumida en la desesperación y la desgracia.

Pasó por la calle del Rec, que flanqueaba la antigua pescadería y olía a pescado, que hacía semanas no se reponía. Incluso el arenque, característico alimento de la menestralía barcelonesa, tenía allí sus almacenes repletos de barriles, que ahora se encontraban desperdigados y vacíos por el suelo. La calle era paso de sirga de la acequia condal en su curso hacia el mar. Fronteros a los porches levantábanse varios molinos donde se había molido sal para la ciudad. Ahora las aspas estaban paradas, al igual que la vida comercial de Barcelona.

Hernán llegó a la casa de Nur, en la calle Espolsasacs. La llamó, no le respondió, oyó voces en la habitación, la puerta estaba abierta, vio con asombro cómo un cura la empezaba a besar, luego se sacaba la sotana, la desnudaba y la empujaba a la cama. Hernán gritó: «¡Nur!». Ambos amantes descubrieron estupefactos al muchacho en el dintel de la puerta.

El cura reaccionó con prontitud, se volvió a poner la sotana con premura,

como si la cosa no fuera para él, al tiempo que exclamaba para excusarse:

—¡Me las pagarás, zorra! Te denunciaré ante la Inquisición, ya verás. Y tú, crío, cuidado con esta furcia. No sea que te pase alguna enfermedad.

—¡Que no se la pases tú a ella! ¡Sucio fraile! —le gritó Hernán con ira.

—¿Cómo pudiste? —chilló Hernán a Nur cuando el cura ya se había ido.

—Ya te dije que el corazón de una mujer era un libro cerrado, y que el amor que sentías por mí no era más que la ilusión de tu propia fantasía por amar a una mujer —alegó Nur intentando defenderse.

—¡Voto va! Y yo que pensé que estabas enamorada de mí... ¡Me has engañado!

—No es cierto, Hernán, las cosas no son lo que parecen. Además, yo te quiero, pero no te puedo retener aquí —dijo Nur mientras se levantaba de la cama, se cubría con una sábana e iba a donde estaba Hernán.

—¡Si tú de amor no entiendes! —exclamó Hernán, dolido.

Nur acarició la mejilla de Hernán con mimo y ternura. Le destrozaba el corazón ver así a su amado. Y pensar que lo hizo todo por él, para que no lo mataran...

—Eres demasiado niño. Yo no soy digna de ti, busca otra mujer y sé feliz —respondió ella con un cariño sincero.

—¿Por qué me dices esto? Yo te quería... —Estaba destrozado.

En ese momento apareció Iskandar. Separó a la pareja y golpeó a Hernán. Este cayó y se dio contra el suelo.

—¡Detente! ¡Acordamos que si seguía haciendo de prostituta no le harías daño! —exclamó Nur a Iskandar, al tiempo que este se apartaba.

—¿Es este tu chulo? —exclamó Hernán con desdén al levantarse.

Nur miró al muchacho con tristeza.

—¡Vete y no vuelvas! —dijo con lágrimas en los ojos.

Hernán se alejó con el corazón roto, Nur e Iskandar se quedaron en la habitación. El musulmán la dejó sola recostada en el lecho, estaba trastocada por los últimos acontecimientos, no era dueña de su vida. Nunca hubiera querido que Hernán la viera así. Cerró los ojos, se durmió y al rato soñó que unas manos le estaban acariciando la cara y le cortaban un mechón de su pelo. Se dio cuenta de que lo que sentía era demasiado real para estar durmiendo. Abrió los ojos y una horrible sensación de asco y terror le recorrió el cuerpo; una terrible criatura estaba a su lado, con una

garra en su mejilla y la otra sosteniendo la muñeca que alguien había dejado días antes en su habitación. Empezó a chillar como una posesa.

Iskandar acudió a los gritos de Nur y entró en la habitación, cuando la criatura ya había desaparecido. La bailarina intentó explicar la aparición a Iskandar, pero estaba tan nerviosa que no era capaz de describir a la bestia. Siguió chillando. Iskandar le dio una bofetada en la cara, tras lo que esta se tranquilizó y le pudo contar lo que había visto. Iskandar pensó que la bailarina deliraba. Aquella mujer ya no le era de ninguna ayuda. Había llegado la hora de liquidarla.

- Hernán, ajeno a lo que sucedía en el dormitorio de Nur, empezó a andar sin rumbo, hasta que cruzó por la judería desierta e incendiada. Soplaban un viento que se colaba entre las ruinas, lanzando un estridente silbido. Daba miedo. La gente había robado lo poco que quedaba: los marcos de las ventanas, las puertas, todo. Esto acrecentó su dolor. Observó que en algún lugar alguien había limpiado el solar y ocupado los terrenos, buscando un beneficio personal con la desgracia de otros.

Volvió a la ensenada de la Llacuna; estaba deprimido. Todo le había salido mal desde su llegada a Barcelona. Recordó cuando yacía con Nur, y sus labios y su lengua estaban ávidos unos de otros y ardían juntos entre el voluptuoso erotismo y la dulce sensación de redescubrirse el uno al otro. Una sensación de traición amarga y humillante recorrió el cuerpo de Hernán. Estuvo a punto de tirarse al agua. En ese momento, en el reflejo del agua, vio la silueta del monasterio de San Juan de la Peña, que había sido su único hogar. Recordó una frase: «Busca en el esfuerzo la luz y dentro de tu corazón la armonía de Dios». Pensó en su madre.

Estaba tan dolido con Nur que se juró a sí mismo buscar el estímulo de su vida en la ambición, en la gloria, en el poder, en cualquier cosa menos en el amor.

CAPÍTULO XXXII. LA ESPADA DEL REY

En la interminable tarde, precursora de la primavera, el ambiente era calmo, tibio y perfumado. Miles de florecillas silvestres de todas formas y colores se desparramaban por lo márgenes del arrollo de Sant Celoni, arropado por un frondoso bosque de pinos. Algo hizo huir a los pájaros, asustados. Los cascos de los caballos y el ruido de los carros apagaban el rumor del agua.

La suave armonía de la naturaleza fue rota por un grupo de intrusos que huían de la barbarie y la muerte. Entre las sombras del amanecer avanzaba con paso lento una raza salida del inframundo. Cruzaban los espesos bosques entre los pueblos de Sant Celoni y Hostalrich. Hacía un frío muy intenso.

Caras largas, desesperación, lloros y tristeza. Eran un pueblo derrotado. Una nación infeliz, execrada y miserable. Sufría hambre, y esclavitud desde hacía más de diez siglos, y nadie se quejaba. No maldecían a nadie, no odiaban a nadie, ni a su pobreza. Cristo era judío.

Presidía a los desplazados una bella doncella vestida con un sencillo vestido de raso, cubierto por unas pieles de cibelina. Estaba dolida, vejada y humillada, pero debía recomponerse. Dirigía con altanería y orgullo a los judíos expulsados de Barcelona, y refugiados en el monasterio de Pedralbes. Su naturaleza obligaba. Llevaba en su sangre la herencia de su padre. Se había de sobreponer. Su pueblo la necesitaba. Hacía siglos que no tenía ejército, pero su pericia mercantil y constructora le había hecho ser codiciado y odiado por todos los pueblos. La princesa sufría el dolor físico y moral de haber sido vejada y humillada, pero su orgullo la hacía no mirar atrás.

—Señora, debemos descansar —le dijo uno de caballeros.

—No, no podemos. ¡Debemos seguir! —exclamó ella.

—Así nunca llegaremos a Gerona. Mirad a vuestro pueblo, está agotado —le indicó señalando la cara de los desplazados: niños y ancianos que iban a pie, el dolor de su rostro, el sudor, el agotamiento, la pena de haberlo dejado todo.

Ella los miró y recapacitó:

—Habéis razón. Solo he pensado en mí. Paremos —ordenó, resignada y dolida por el sufrimiento de su pueblo.

Pararon en un lugar boscoso, entre pinos centenarios. A lo lejos, entre las

brumas se distinguía un cañaveral y en medio un lago. Era un paisaje misterioso y mágico a la vez.

—Pero, ¿dónde estamos? —preguntó Constanza, atraída por el magnetismo que inspiraba el lugar.

—Estamos en el pantano del Gorg, también conocido como la Perxa del Astor. Aquí pasó un hecho trágico.

Se oía un silencio extraño, un silencio profundo, sin aves ni insectos.

—Es extraño, algo se palpa en el ambiente, invita al temor y al misterio. Me atrae y me repele a la vez.

En ese momento se oyó el grito de un azor. Constanza quiso aventurarse a donde estaba el pantano.

—Señora —dijo el caballero—, a esta hora es mejor no pasar por aquí. Es un lugar maldito. Con las sombras del amanecer este azor pasa a picar los ojos de los que cruzan por este paraje y sale la sombra de un rey asesinado, y se oyen voces misteriosas que demandan justicia.

—¿Vos creéis que después de mi dolor y el de mi pueblo tengo miedo a unas habladurías? Vamos, señor, seguro que son chismes de viejas.

—No es cierto, señora. ¿Acaso no conocéis la tragedia del seis de diciembre, acaecida en la fiesta de San Nicolás de Bari del año de gracia de 1082?

—¡Voto va! Continuad, que ya tardáis, no os hagáis de rogar.

—En esa laguna, llamada la Perxa del Astor, cayó bajo el puñal de su hermano, vilmente asesinado, uno de los mejores príncipes de la cristiandad.

—¿Quién era ese desdichado?

—El conde Ramón Berenguer II, Cabeza de Estopa. Se dice que el culpable fue su hermano gemelo Berenguer Ramón II, el Fratricida, con quien compartía el trono.

—Sin duda, es el drama de Caín y Abel, que se repite siempre. ¿Cómo se descubrió el crimen?

—Por culpa de un azor. Se dice que el asesinado tenía un azor y este voló a Barcelona e indicó a los cortesanos dónde estaba el cuerpo. Estos buscaron dentro de las aguas del lago y encontraron el cadáver.

—Pero, ¿cómo supieron que el asesino fue su hermano?

—Porque en los funerales acaecidos en la catedral de Gerona, el azor sobrevoló la tumba, para pasar a embestir al hermano del fratricida, mientras por arte de una fuerza superior resonaron en la iglesia los latines de *¿Ubi est Abel, Frater tus?*

—¿Y no se le condenó? —preguntó Constanza, intrigada.

—No, como siempre fueron condenados los inocentes. Se arrancó la lengua al barón don Bermudo de Hostalets, que murió de la hemorragia y se martirizó en el torno a aquel infeliz conde de Cabrera.

—Uff... esto es terrible. Los actos de los poderosos siempre recaen sobre los inocentes, que los han de sufrir con mansedumbre, como los animales. Pero aun así siempre hay lugar para la esperanza y de eso nosotros los judíos sabemos un poco.

Mientras los hombres habían ido acondicionando a las bestias, los fardos y las tiendas, los chicos jugueteaban y las mujeres atendían a los heridos y el yantar. Constanza dio las órdenes oportunas, ayudó en lo necesario y luego se alejó. Necesitaba reposo y soledad. El día pasó con premura. Ella olvidó el lago, pero cuando anocheció, un oscuro magnetismo la llamó a sus orillas. El agua estaba cubierta por una ligera niebla, se oía el ulular de las lechuzas.

Las nubes que oscurecían el cielo fueron desapareciendo, descubriendo la misteriosa luminosidad de una luna llena que se reflejaba en las aguas del pantano.

La princesa del pueblo de Israel se sentía sola, todavía le dolían los moratones. Lloró por su pueblo, por su padre, por ella. Formaba parte de esa raza execrada, miserable, sin patria, que había de ser acogida a la benevolencia de los reyes en países extranjeros. Se encontraba bien, ese lugar tenía algo de mágico. El cansancio le pudo. Se quedó dormida. Pasaron las horas. La noche empezó a clarear, el horizonte se tornó de color naranja, anunciando la llegada del día.

Constanza se despertó ante el sonido de un chapoteo, miró a su alrededor y se sintió desconcertada; tuvo miedo y curiosidad. Se levantó todavía somnolienta y se acercó buscando de dónde provenía el sonido. Cruzó un espeso jaral de cañaverales, álamos y chopos, y en el agua vio la cabeza de un hombre que sobresalía entre las aguas, al igual que sus brazos, que movían el cuerpo remontando la corriente en grandes brazadas. Desapareció. Lo volvió a ver entre lirios y adelfas en flor. Lo fue siguiendo. La cabeza que sobresalía, las brazadas. Esa figura apolínea, pero... no podía ser... Lo reconoció. Era don José de Azagra. «¡Por el Dios de Abraham!», pensó la princesa.

Intento huir, pero cayó con gran estruendo entre los entramados del cañaveral. Intentó ponerse de pie. Demasiado tarde.

Al rato, una sombra se le acercó. Ella estaba muerta de vergüenza.

—¿Me espiabais, señora? —Se había vestido, estaba realmente hermoso. El

cabello rubio cayéndole sobre los hombros, los ojos azules de penetrante mirada, sus rasgos finos y elegantes...

—¡Por Dios, caballero! ¿Qué tipo de mujer creéis que soy? —preguntó retrocediendo a rastras. Le tenía miedo.

—Los hechos os delatan —dijo con burla.

Ella empezó a llorar. No estaba preparada para las bromas.

—¿Qué os ocurre, señora? ¿Por qué lloráis? —José de Azagra se sintió culpable.

—Teneos, cristiano. Estáis hablando con Constanza, hija de Hayzam y de noble estirpe. —La princesa era orgullosa.

Él vio los moratones en los brazos de la judía. Entendió.

—Perdón. ¿Qué pasó en Barcelona?

Ella se rehízo, se secó las lágrimas. No le era dado exteriorizar sus emociones. Sabía que él era sincero.

—Nos robaron todo e incendiaron la judería —dijo con frialdad, escondiendo que casi la violan.

José de Azagra se acercó a la hebrea. Cómo le gustaba esa mujer... Deslizó suavemente sus fuertes dedos por el pelo frágil y voluble de Constanza. La princesa no opuso resistencia. Se sintió protegida. Pensó en su padre. Al rato notó el calor de la palma de él acariciándole la mejilla. Constanza cogió la mano del cristiano y la besó. Fueron unos momentos mágicos y muy breves. La princesa tenía tanta necesidad de cariño...

—Caballero, ¿no me ayudáis a levantarme? —preguntó rompiendo el ensueño.

—Perdonad —respondió el guerrero, recomponiéndose.

—Pensaréis que soy una tonta. Os ruego me perdonéis. Normalmente soy muy reservada, no sé qué me ha pasado hoy —le dijo, al tiempo que le tendió la mano, avergonzada.

Sus miradas se reencontraron, mientras sus palmas se juntaban. Las emociones volvieron a aflorar. Él sintió la dulce mano de la doncella, sus largos dedos y correcta forma que hablaban de generaciones de príncipes y reyes. Con el suave tacto de las manos de ella, la sangre de cien generaciones de caballeros se encabritó de súbito. La estrechó entre sus brazos.

—Todavía estáis mojado —dijo ella apartándose.

—¡Ja, ja! Habéis razón, me he bañado en la leyenda del pueblo catalán —dijo el caballero, turbado.

—Algo sé de ello... —respondió ella, feliz.

—Sabéis que aquí se asesinó a un rey.

—Me lo dijo uno de mis caballeros. Pero se condenó solo a inocentes.

—Ello no es cierto. Al final el Cid hizo justicia y retó al rey fratricida, Berenguer Ramón II, y lo venció en el juicio del honor, obligándolo a peregrinar a Tierra Santa, tras lo que se quedó con la espada, que luego entregó al hijo del rey muerto, Ramón Berenguer III.

—¿Por qué es tan importante la espada?

—Porque la historia del casal de Barcelona se confunde con la leyenda. Se dice que de esta laguna salió la espada, la espada de los condes-reyes, y algún día el último rey del casal de Barcelona la devolverá a esta laguna.

—Mi padre, cuando se enojaba con el comportamiento del difunto rey, me decía que el casal de Barcelona estaba maldito desde la muerte de la reina Almodís en manos del heredero al trono.

—Vuestro padre aguantó mucho —dijo con pesar.

—Es cierto, hubiese dado su vida por el país gobernado por un rey que no lo supo valorar—añadió ella con tristeza.

—Cantan los romances de cosas y viejas y olvidadas, y dicen que vendrá un monarca engendrado por medio del engaño que hará que retorne la luz al casal de Barcelona —explicó él, esperanzado.

—Mientras esto no ocurra, os ruego que os quedéis y nos acompañéis. Vos sois un bravo guerrero y nos podríais defender, y yo os estaría enormemente agradecida —dijo bajando los ojos con gran coquetería femenina. Necesitaba retener a ese caballero.

—Os recuerdo que la última vez que os vi casi me echáis de vuestro palacio —respondió con ironía.

—Lo sé, y lo siento. Pensé que odiabais a los judíos.

—Y los odié, pero cuando os conocí descubrí que mis prejuicios no tenían fundamento alguno.

—¿Entonces os quedaréis? —dijo, ilusionada.

—Nada me agradaría más, pero no puedo, os lo aseguro. Debo ir a la frontera con Castilla, reunirme con Cabeza Brava y de ahí volver juntos a Barcelona. Os ofrezco que os alojéis en Albarracín —respondió con generosidad.

—¿No lo diréis en serio? —exclamó, sorprendida. Aquello suponía la solución para su pueblo.

—Señora, un Azagra jamás habla en broma. Nada haréis en Gerona, devastada por la guerra contra el francés. Mejor haréis en Albarracín.

—Pero vos sois vasallo de la Virgen María y no queréis a los judíos.

—Eso no es cierto. La Virgen María nos cubre con su manto a todos —replicó con firmeza.

—En este caso, os agradezco el ofrecimiento y acepto por el bien de mi pueblo. No penséis que siento algo por vos. ¿Seguro que no podéis venir con nosotros? Necesitamos de vuestra protección y cariño —le dijo, implorante, con ojos enamorados.

—Lo siento, no puedo, pero mi padre os acogerá como si fuera yo mismo, estoy seguro. Os ruego esperéis mi regreso si tan grande es el afecto que creo profesáis por mí —respondió volviendo a montar el caballo.

—Señor —respondió, dolida por la reacción del caballero—, he de ser sincera con vos. Mi padre me ha dicho que los cristianos me harán daño y yo tengo el corazón dividido entre vos y un guerrero que se batió por mí en un torneo.

A José de Azagra se le iluminaron los ojos y respondió:

—Señora, estoy seguro de que vuestro padre está en lo cierto y para vos es preferible escoger al guerrero que se batió en el torneo, que sin duda es de vuestra misma raza y es merecedor de vuestro cariño más que yo, que no dejo de ser un cristiano y no os puedo merecer.

Ella se enojó. No era la respuesta que esperaba de don José de Azagra. Aun así, vio con dolor cómo se alejaba. Cuando el jinete desapareció entre la floresta, ella bajó los ojos al suelo, presa de gran tristeza, y descubrió el velo de una dama. Lo recogió, sorprendida. Era el mismo que entregó el día del torneo a un caballero desconocido. Entendió. Pensó, sonriente: «El muy ladino se ha reído de mí».

- Mientras, otro desplazado también pasaba cerca de la Perxa del Astor. Era Pedro Nonasco, venía desde las tierras allende de los Pirineos. En su corazón albergaba el odio, un odio visceral a su pasado, a haber dado el dinero a los pobres, a no haber guardado, a haberse enfrentado a los poderosos, cuando él era uno de ellos y a haber renunciado a sus cargos, privilegios y rentas. Vio el campamento de israelitas y se alejó. Antes contempló el reflejo de su rostro en las aguas del lago y observó su cara larga, plana, de facciones duras y hoscas. Sus ojos brillaban con un fuego negro y profundo en un pálido rostro color de hierro; no se reconoció.

Escuchó el croar de las ranas y el graznido de los cuervos que se recogían en las cercanas copas de los árboles.

CAPÍTULO XXXIII. MUERTE DE ALFONSO VIII DE CASTILLA

Las mismas campanas de muerte que en su día repicaron en Barcelona redoblaban ahora en Castilla. Lloraban la muerte del rey Alfonso VIII, también conocido por el de las Navas, el Noble o el Bueno.

El rey se dirigía a las vistas con el rey de Portugal, Alfonso II el Gordo, para mediar en la controversia de este con el reino de León. Sin embargo, camino de Plasencia con su séquito, le sobrevino al rey una dolencia mortal y murió. Las malas lenguas dijeron que había sido asesinado.

Desde Garcimuñoz transportaron el cadáver del rey previamente embalsamado hasta la Huelgas de Burgos, donde fue sepultado. Castilla entera acudió a rendir el postrer homenaje a Alfonso, el Bueno. Sus súbditos dejaron los campos para ver a su rey. Ya nadie recordaba haberlo culpado por la derrota de Alarcos y por su amante judía. La muerte lo había perdonado todo.

Veinte días más tarde moría de dolor su esposa doña Leonor de Plantagenet, dejando la regencia de su hijo pequeño, Enrique I, de once años, a su hija mayor doña Berenguela de Castilla. Una mujer y un niño solos en medio de esas ambiciones de mando y total falta de escrúpulos. Sin un hombre que cogiese las riendas del poder y los amparase.

Con la muerte del rey se recrudecieron los enfrentamientos, con dos casas antagónicas de Castilla. Por un lado, los Lara, que no se resignaban a verse gobernados por un niño y una mujer, y por otro la casa de Castro, partidarios de doña Berenguela. Los primeros se creían mejores que la reina para asumir la tutela del rey, y se removían intrigados, seguidos de una pléyade de aduladores que esperaban un cambio de gobierno para alcanzar un cargo en la corte. Los segundos apoyaban al gobierno siempre y cuando mantuviera sus privilegios.

Los Lara buscaron un espía dentro de la Corte, un apoyo que se vendiera por dinero, cosa harto fácil, y lo encontraron en la persona del mayordomo real, don Garci Lorenzo. Un hombre de aspecto siniestro, con la piel pegada al cráneo de la cara y una cicatriz en la mejilla. Tenía una ambición sin frenos. Le prometieron la villa de Tablada si se salía con la suya.

Los partidarios de la reina fueron creciendo; el señor de Vizcaya, Gonzalo Ruiz

Girón y Gil Manrique, y Vargas Machuca, y el maestre de Uclés y el de Santiago, don Pelayo Correa. Aun así, los Lara jugaron fuerte y amenazaron con una guerra de banderías, en la que el pueblo se anegaría en sangre y la ruina y el desastre arrasaban Castilla.

Doña Berenguela, hermana del rey de Castilla y madre del heredero del trono de León, cuyo destino era entrar en un convento por ser mujer, se volvió a encontrar en medio de las intrigas cortesanas. Vio al pueblo alzado por perturbadores a sueldo de uno y otro bando, y pidió a Garci Lorenzo su parecer. Este le aconsejó entregar el reino a los hermanos de Lara, por ser los vasallos que más influencias y riquezas contaban en el reino para poder hacer frente a los descontentos que pudieran disputarles el gobierno. De este modo ella podría dedicarse a la crianza del rey.

La regente, la princesa Berenguela, hizo lo que le aconsejó Garci Lorenzo. La decisión fue corroborada por la Junta de Nobles de Castilla, que habían sido previamente sobornados y que en su amplia mayoría aborrecían el gobierno de una mujer.

Antes de entregarles el poder, esta reina, que se veía voluble y superada por las circunstancias, y se había refugiado en la religión, hizo jurar a los hermanos Lara delante de la Biblia que:

«... mirarían por el bien común y por el de todo el reino, en particular que no darían ni quitarían tenencias y gobiernos de pueblos y castillos sin consultar a la reina, y sin su voluntad; que no harían guerra a los comarcanos ni derramarían nuevos impuestos sobre sus vasallos. Finalmente, que a la reina doña Berenguela tendrían el respeto que se debía y era razón tenerle a la que era hija, hermana y mujer de reyes».

Los Lara juraron, pero no estaban dispuestos a cumplir lo jurado. Su próximo objetivo era secuestrar al rey niño castellano, aunque para ello tuvieran que matar a Berenguela de Castilla.

Sin embargo, la casa de los Lara se vio ensombrecida por un hecho trágico que no mermó en nada el poderío de dicha familia. Este tuvo lugar en su palacio de Valladolid cuando la esposa de don Álvaro Núñez de Lara amaneció muerta en su cámara. Doña Isabel era la más hermosa y discreta doncella de todos los reinos cristianos. Fue envenenada por unas hierbas. Todas las sospechas recayeron en la ambiciosa doña Brianda Rodríguez, que en sus ansias de poder

llegaba hasta desear ser no solo condesa de Lara, sino reina de Castilla. Muchos conocían su avaricia y recordaban aquellos tiempos en que deambulaba cubierta de harapos por los suburbios de Zamora. De todas formas, doña Brianda tenía la coartada perfecta, había asistido a los funerales del rey de Aragón.

- Cuando doña Brianda Rodríguez volvió de Barcelona al palacio de los Lara de Valladolid, fue objeto de los «desviados» apetitos sexuales de don Álvaro de Lara, quien, satisfecho por sus logros y henchido de poder, se había vuelto más cruel. Muerta su mujer necesitaba una hembra en su lecho y su amante, doña Brianda, satisfacía sus necesidades.

Un día don Álvaro la llamó a sus aposentos. En una regia chimenea de mármol ardía buen fuego de encina de cuyo frontis sobresalía el blasón de la casa de los Lara. En las paredes unos paños de arras y en el suelo magnificas alfombras de Asia. A la derecha de la chimenea y adosado a la pared había un lecho encuadrado en ricas cortinas de sirgo azul con bordados de oro. Dos candelabros de bronce iluminaban la estancia con la oscilante luz de unas velas de sebo perfumadas con espliego.

Doña Brianda esperaba que don Álvaro la pidiese en matrimonio y así se puso sus mejores galas. Estaba radiante con un suntuoso traje de brocado color carmesí, con un adorno regio de pieles blancas y ricas alhajas. Sus cabellos cubiertos de canas se recogían bajo una linda toca de encaje blanco de la que pendía un largo velo blanco y sutil. Estaba realmente hermosa.

—Como sabéis, doña Berenguela me ha dado las riendas del gobierno.

—Sí, me informaron —respondió con admiración.

—Pero para mantener el poder necesito secuestrar al niño rey.

—¿Cómo haréis? —preguntó, intrigada.

—He convocado Cortes en Valladolid, la reina Berenguela puede no ir, pero si solo acuden a las Cortes mis partidarios, estos tendrán mayoría. Y además he sobornado a su consejero, Garci Lorenzo, con la promesa de prebendas y premios.

—Es un plan magnífico. ¿Pero a mí para qué me necesitáis?

—Necesito que, con vuestra maña para intrigar y convencer, engañéis al niño rey para secuestrarlo. Ya lo tengo todo preparado.

—Así haré, pero recordad que me prometisteis que nos casaríamos.

—De eso ya hablaremos una vez tengamos el niño en nuestro poder —

respondió sin dar lugar a la réplica.

Ella calló. No le era dado contradecir al conde de Lara, y la sola idea que la iba a tocar la enervaba. Lo empezó a odiar, pensó en huir..., pero, ¿y si él se casaba con ella ahora que tenía el poder del reino de Castilla? Había luchado tanto... No era el momento de renunciar.

- En la capital de la cristiandad se decidía el futuro del casal de Barcelona. Doña María de Montpellier había vuelto a ofrecer al Santo Padre el reino de Aragón como feudo de la Santa Sede. Esta vez el ofrecimiento lo había hecho en su calidad de regente del reino de Aragón. El papa aceptó de inmediato un ofrecimiento que le permitía administrar los impuestos en dicho reino, y ordenó que los franceses se retiraran de las fronteras del nuevo vasallo de la Iglesia. A cambio, los franceses obtenían los territorios ganados en Occitania.

El Santo Padre también ordenó el retorno del rey Jaime al reino de Aragón, junto con su primo el conde Ramón de Provenza. Ambos infantes estarían en el castillo de Monzón, bajo custodia del inquebrantable mestre de los templarios don Guillén de Monredón, quien se distinguía por un colgante de oro con una reliquia de la Vera Cruz.

Con ello, María de Montpellier salvaba el reino y a su hijo. Y el Santo Padre mantenía al heredero lejos de Fray Raymundo. Roma desconfiaba del poder que había acumulado dicho sacerdote. Además, existían las pretensiones de los dos tíos del muchacho que pactarían con el mismo diablo para llegar al poder. No sería la primera vez que se asesinaba a un niño en pos de las ambiciones del Gobierno.

Cuántas glorias no debía alcanzar este muchacho de mayor, arropado por los desvelos de su madre, que murió sin poderlo abrazar.

CAPÍTULO XXXIV. MONASTERIO DE PEDRALBES

Dos caballeros se reencontraron en medio de un llano plantado de olivos y se internaron en los dominios del reino de Aragón, sumidos en un hondo silencio cuajado de preocupaciones. Ante ellos vieron los campos desolados y los campesinos harapientos sin nada que llevarse a la boca. Era un día de Pascua. Una ligera neblina se alzaba proveniente de las riberas del Ebro.

Cabeza Brava y José de Azagra cruzaron tristes ciudades y miserables aldeas de casas de madera y unas sencillas iglesias de piedra, pobladas de gente pálida y flaca con los rostros marcados por el estigma de la adversidad, de la esclavitud, de la angustia y de la desesperación. Contemplaron con gran tristeza cómo el hambre y el dolor se habían adueñado de un país antes rico y próspero. Pero, ante todo, en su camino a la Ciudad Condal fueron partícipes de aquella mirada noble y pura del pueblo ante el infortunio.

- La Barcelona que esperaba a los caballeros era como un volcán a punto de estallar, minada por injerencias extranjeras, llena de agentes de todos los reinos cristianos, que olfatean como sabuesos en su afán de echar mano a la tajada cuando el momento llegase. Francia se había retirado de las fronteras, pero tenía un poderoso ejército presto a intervenir. La hambruna se extendía por el principado

La situación empeoraba día a día. Con la reina en Roma. Dalmacio Creixell no podía controlar el avispero de envidias, malquerencias, recovecos e intrigas azuzadas por Fray Raymundo de Peñafort. En el consejo de regencia nadie se ponía de acuerdo, cada grupo tenía sus predilecciones y ofrecía un candidato para coger las riendas del poder y beneficiar a los suyos en detrimento de los otros.

La ciudad había sido assolada por la peste, las acequias abiertas y las ratas habían propagado la enfermedad, el pueblo había sufrido gran mortandad. Se respiraba un ambiente de revuelta, de cambios. La gente había abandonado la alegría. Había procesiones donde los hombres se laceraban la espalda. Era la viva imagen del fin del mundo.

Fray Raymundo vio llegado el momento para recuperar el poder. Se reunió por separado con los dos pretendientes al trono, los infantes don

Sancho y don Fernando. Don Fernando era monje de Poblet y, por tanto, de acuerdo con sus votos monásticos, no tenía derechos; en cambio don Sancho era el que tenía mejor derecho. Sin embargo, Fray Raymundo les hizo ver a los dos que tenían las mismas posibilidades, ya que el monje don Ramiro reinó en Aragón por muy monje que fuera.

A ambos les prometió prebendas, instigando sus odios. Estos le dieron plenos poderes para que resolviese la controversia, sin pensar que uno de ellos iba a ser traicionado. La mayoría del consejo de la nobleza había huido de la ciudad. Como figuras relevantes y con prestigio quedaron en la ciudad un débil Dalmacio Creixell, revestido de la autoridad moral, que le dio la reina María de Montpelier y el cónsul del Consulat del Mar institución de las gentes del mar de la rivera con los privilegios necesarios para dirimir los conflictos. Este último ostentaba un auténtico poder económico y constituía un claro contrapoder a los intereses de Fray Raymundo.

La casa del Consulat del Mar limitaba por un lado con la playa y por otro con un recinto de murallas con altas torres. Era un edificio de planta cuadrada que tenía en el centro un gran patio presidido por una enorme palmera. Se entraba por un vestíbulo con una soberbia escalinata, que siempre estaba acompañada de un flujo ascendente y descendente de personas. Durante el día, los gritos, las risas y el bullicio de la muchedumbre producían un inmenso ruido y un clamor incesante. Ahora la oscuridad y el silencio lo cubrían todo.

Esa noche el cónsul esperaba una visita, en su despacho rodeado de tratados marinos y presidido por una escultura de madera de un dios profano que una vez adornó la proa de un barco. Estaba muy preocupado. Barcelona era una ciudad mercantil y burguesa. Las luchas por el poder estaban arruinando a la ciudad. Los comerciantes preferían trabajar en otros puertos. A todo ello se había de sumar la quema de la judería que había acabado de rematar la reputación, el comercio y la confianza.

Una sombra subió las escaleras blancas y negras. Una puerta chirrió, los pasos traspasaron un corredor. Unas ratas huyeron asustadas. Al rato se oyó el golpear de una puerta.

—¿Sois vos? —dijo el cónsul, sorprendido—. Es extraño que mi secretario no me haya avisado, pero pasad, os esperaba, ya repasé vuestras cuentas. Esta situación no puede continuar. Estáis arruinando a la población

y los ciudadanos con recursos abandonan Barcelona en busca de otras ciudades más estables y seguras para sus inversiones. El Consulat del Mar apenas tiene trabajo. Esto no había pasado nunca. —No pudo terminar. El intruso elevó una daga y la clavó en el corazón del desdichado. El cónsul lo miró, interrogante, entendió muchas cosas. Murió desangrado. Nadie acudió a auxiliarlo.

- Amanecía. Las campanas de las iglesias repicaron en la ciudad, anunciando la festividad del Señor, al tiempo que sonaban los tambores alzando la queda. Las puertas de las murallas se abrieron. Barcelona se desperezaba, empezaba a adquirir su ritmo vital, cuando alguien descubrió el cuerpo del cónsul colgado del patio del Consulat del Mar, cabeza abajo, los brazos atados a la espalda y la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, a modo de cruz sobre un triángulo invertido. A su lado, el cuerpo de su secretario yacía en la misma posición. Encima de sus cabezas dos inscripciones: una con el nombre de INRI; la otra con el nombre de DIMAS, el ladrón bueno. El que los había asesinado sabía lo que hacía. Era el quinto y sexto asesinato que se producía en la ciudad, el número del demonio. El fin del mundo relatado en el libro del Apocalipsis había llegado a la ciudad.

- Ese domingo Hernán acompañó a Dalmacio Creixell al oficio de la catedral de la Seu. Por toda la ciudad se había corrido la voz del doble asesinato, que hacía un total de seis. Unos chicuelos en las inmediaciones de la catedral cantaban, con una crueldad inconsciente, unas coplas alusivas a los asesinatos, la intervención del diablo y a la próxima ejecución de don Dalmacio Creixell.

Hernán, asustado, aconsejó a Dalmacio no ir a la misa. Pero este se opuso, presidía el consejo de la regencia en Barcelona y tenía la obligación moral de asistir. Ese día el oficio lo hizo de forma sorprendente Fray Raymundo, quien nunca había querido salir de su catedral de los dominicos y entrar en la catedral de los ricos.

El cura subió al púlpito, desde donde empezó a arengar a las masas. En sus ojos tenía la maravillosa mansedumbre de los animales, su misma

inocencia, su terrible piedad, esa terrible piedad cristiana que tienen las víboras.

—¡Pueblo de Barcelona! ¡Escuchadme! Los nobles nos han dejado, yo soy el único que no tiene miedo del diablo, yo os sacaré de la podredumbre, yo liberaré al rey.

—Vámonos —ordenó Dalmacio a Hernán. Preveía una hecatombe.

—Pero... —respondió el muchacho, dubitativo.

—¡Voto va! ¡Ya tardas, muchacho! ¡Rápido, vámonos! —exclamó.

Mientras salían, Fray Raymundo pronunció las siguientes palabras:

—Ese Dalmacio Creixell y el niño que lo acompaña son los peores. No nos ha traído más que calamidades y desastres.

Ya nadie se acordaba de que Dalmacio Creixell lo había dado todo por el país, en la batalla de Navas de Tolosa primero y en la de Muret después. Ahora era el enemigo número uno de la ciudad de Barcelona. Empezó el tumulto, los feligreses se enfrentaron a las fuerzas reales. Dalmacio Creixell y Hernán huyeron por las calles. Al rato llegaron a la plaza San Jaime, en donde se detuvieron sudorosos y jadeantes. Ambos creían pasado el peligro, cuando una mano se posó en el hombro de Hernán. Este se giró, aterrado. Al punto se tranquilizó. Eran José de Azagra y Cabeza Brava. Los huidos sintieron un júbilo enorme.

—¡Vamos! Debemos ir a la iglesia del Pi —exclamó Dalmacio Creixell, reaccionando con rapidez.

Obedecieron las órdenes del caballero catalán y entraron en la nave de la iglesia encuadrada en un gran rosetón. Dalmacio Creixell fue a una de las capillas, abrió una trampilla disimulada en el suelo y descubrió uno de los oscuros subterráneos que cruzaban el subsuelo de Barcelona. Dalmacio Creixell encendió una tea y luego otras tres, y las fue repartiendo. Tras lo que se adentraron en los subterráneos de la ciudad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Hernán, al tiempo que contemplaba los pasillos llenos de muérdago, agua cayendo de las paredes, oscuridad y suciedad.

—En el inframundo —dijo con una sonrisa Dalmacio Creixell, para luego añadir—: Piensa, muchacho, que en el subsuelo de esta ciudad hay otra ciudad baja, oscura, misteriosa, ciega y muda —respondió Dalmacio Creixell.

—Ya lo veo, pero yo me crié en el campo y odio estos pasadizos —

replicó Hernán, apesadumbrado.

Avanzaron por los túneles. El muchacho notó que en las paredes había unos huecos. Acercó la luz, descubrió unos huesos y unas calaveras. Se asustó. Dejó caer la tea.

—¡Ja, ja! El zagal es miedoso —dijo Cabeza Brava.

—Pss... cállate, no empieces. ¿No ves que todavía es joven? —respondió José de Azagra.

—Vamos, muchacho, no os asustéis —añadió Dalmacio Creixell—. Estas son las antiguas catacumbas romanas. Los primeros cristianos se escondieron aquí para orar y rezar. Toda la pared está llena de nichos. Unos están abiertos y otros tienen una lápida que los cierra. Estoy seguro de que por aquí está el primer sepulcro que tuvo Santa Eulalia.

—¿Y no os perdéis? Esto parece un laberinto —dijo Hernán, sorprendido. Lo que menos le interesaba era encontrar el primer sepulcro de esa santa.

—No, los conozco de memoria, mi padre me los enseñó — siguió diciendo Dalmacio Creixell—. Has de saber que todos parten de una capilla y que esta es fiel reproducción de otra que hay junto a la catedral. Dicen que todo lo que hay en la superficie tiene su doble en las profundidades. Pero no nos demoremos. Hemos de ir por aquí. ¡Apresúrate, muchacho!

Hernán volvió a coger la tea, se sentía intranquilo. Le pareció oír gritos del inframundo. Tuvo miedo.

—¡Por aquí! Este pasillo nos llevará al monasterio de Pedralbes, debemos hablar con Hayzam, me han dicho que está allá cuidado por las monjas. Es el único que nos puede ayudar —añadió Dalmacio Creixell.

Cabeza Brava y José de Azagra lo siguieron, pero Hernán se desorientó y se perdió. ¡Cómo odiaba este lugar! Rememoró los suplicios del purgatorio y del infierno. Una de las calaveras pareció moverse. Empezó a correr. El demonio se le manifestaba. La tea se apagó. Iba a tientas. Al rato le pareció ver una luz y una silueta ralentizó el paso y se acercó. Entonces vio a aquella bestia. Esta lo miró con sus ojos vidriosos y abrió la boca llena de incisivos. Hernán se sobresaltó y echó a correr.

La criatura lo persiguió. Un alarido resonó en los túneles y retumbó entre las paredes. Hernán no supo cuánto tiempo corrió. No veía nada. Cayó varias veces. Su cuerpo se cubrió de heridas y moratones. Al final encontró a los tres caballeros, que lo miraron sonrientes:

—¿Qué te ha pasado? —preguntaron al ver sus golpes, su sudor y su

sofoco.

—Me perdí y vi a un monstruo —dijo jadeante sin aliento.

—¿Seguro que no era una rata? —inquirió Dalmacio Creixell con ironía.

—Sí, debía ser eso —respondió, sabiendo que la verdad no era creíble ni para él mismo.

Pero no, aquello no era una rata, tampoco era un grito humano. Era un grito desgarrador y terrible. Era el chillido de las ánimas en pena, de miles de seres condenados a los castigos del purgatorio que claman ayuda al cielo. Hernán no fue capaz de volver a alzar los ojos en los que palpitaba una sensación de terror. Recordó las historias de trasgos y demonios que le espeluznaban en su niñez. Deseó salir de ese agujero cuanto antes.

—Vamos, ya estamos cerca —le animó Dalmacio Creixell, notando el decaimiento del muchacho.

Al rato salieron a la plaza del Monastir. Tenían delante suyo el monasterio de Pedralbes, que se erguía altivo y orgulloso. Era la obra magna de una reina hecha realidad. La grandeza de su clausura y la elegancia de su iglesia no tenían parangón en Occidente.

A su alrededor los pinos se apretaban formando una tupida bóveda que apenas dejaba paso a un hilillo de sol. Muchedumbres de pájaros trinaban festejando el natalicio de sus hijuelos en continuo y mareante revolar. Hasta las grajas escandalizaban con sus graznidos yendo de acá para allá sobre los bancales. Era el glorioso despertar de la tierra tras el helado sopor del invierno. La atribulada alma de Hernán se serenó. Ese lugar era un oasis donde anidaba el bien frente al duro infierno en que se había convertido la ciudad.

Y en medio del caos, el desconcierto y el horror todavía quedaba la esperanza de reencontrar a Hayzam, que con su indomable voluntad se había negado a entregar el secreto de la creación a su mayor enemigo, aun a costa de ver sufrir a su pueblo.

CAPÍTULO XXXV. SECUESTRO DEL REY NIÑO ENRIQUE DE CASTILLA

El conde de Lara era quien mandaba en Castilla. Ahora que estaba en la cima del poder había desvelado sus verdaderas intenciones. Por ello había desterrado del reino a varios señores principales que se sospechaba eran parciales a doña Berenguela y se habían apoderado de los bienes públicos y privados de quienes a él le ha venido en gana, sin excluir los de algunas iglesias. No le importaba la ley. Bajo su signo imperaba el reinado de la fuerza bruta: no miraba ni el decoro del nombre que llevaba ni el bien del reino en amenaza de una revuelta. Se decía que el deán de Toledo lo había excomulgado, por no creer en Dios ni temer su poder.

Don Álvaro de Lara convocó Cortes en Valladolid. La reina Berenguela podía no ir, pero si rehusaba los partidarios del conde de Lara tendrían mayoría y decidirían los destinos del reino, y el reino estaba a punto de la guerra civil.

Doña Berenguela se dejó aconsejar nuevamente por Garci Lorenzo, no se dio cuenta que bajo esa piel pegada al cráneo y esa cicatriz en la mejilla anidaba la traición, y optó por desplazarse de Las Huelgas a Valladolid para asistir a las Cortes junto con su hermano, el rey Enrique, de once años de edad. Pero llegando a Astudillo, doña Brianda, junto al traidor Garci Lorenzo, les habían preparado una celada.

El rey cabalgaba aburrido y de mal humor. Era un niño malcriado que estaba harto de las órdenes de su hermana y no entendía por qué había tenido que dejar la caza y sus juegos con los amigos para ir a Valladolid. También estaba harto de que su hermana le hubiese puesto un tutor que le obligaba a estudiar latines y otras materias que no le servían para nada. Por ello, cuando llegaron a Astudillo, y aprovechando un receso, se fue con sus amigos a jugar, alejándose de la comitiva real. Garci Lorenzo los vio alejarse, sonrió, pasó la mano por la cicatriz de su cara, al tiempo que distraía a doña Berenguela con pláticas inútiles.

Al rato el rey vio a un pájaro y se les antojó seguirlo. El pájaro saltaba de rama en rama y Enrique I de Castilla, junto a sus amigos, picaron las espuelas de sus caballos y lo persiguieron. Cuando el pájaro, que había sido previamente

entrenado, ya los había distanciado lo suficiente del campamento real, les apareció una anciana y con voz cansada les dijo:

—¡El rey! ¡Sois el rey! ¡Bendigo a Dios, que me concede a mis años la dicha de poder contemplar vuestro semblante! Di a vuestro padre, don Alfonso, el Bueno, cinco hijos que tenía. Tres de ellos murieron en Alarcos y el más joven en Las Navas. Mi marido está a punto de morir y se honraría con vuestra presencia —dijo señalando una casa de adobes encima de una colina.

Don Enrique, malcriado, pero bondadoso, no dudó en decir:

—Así haré, que con tanta sangre que derramasteis por Castilla no puedo negaros esa merced.

El rey no se percató de que todo era una encerrona, pues tras el disfraz de la anciana se ocultaba doña Brianda Rodríguez.

Don Enrique fue a la casa de adobes, descabalgó y entró. Sus amigos lo siguieron. En el interior de la casa unos hombres del conde de Lara que lo estaban esperando los amordazaron fuertemente, los ataron con sogas y se los llevaron a grupas de unos caballos.

Cuando doña Berenguela comprobó que su hermano no volvía, empezó a dar órdenes contradictorias relativas a la búsqueda del rey y ofreciendo recompensas a quien lo encontrara. Las tropas rebuscaron al rey por los bosques y los pueblos cercanos, sin éxito. Fueron dos días de desvelos en los que doña Berenguela no durmió y rezó esperando un milagro. Finalmente le notificaron el secuestro. En un principio la regente se tranquilizó al saber que su hermano estaba vivo, pero pronto el alivio se tornó en pánico. Sabía que don Álvaro de Lara, con el rey en su poder, se sentiría más fuerte que nunca y la desterraría fuera de Castilla. Por ello doña Berenguela optó por refugiarse en el castillo de Otella de Campos, cerca de Palencia, propiedad de don Gonzalo Ruiz de Girón.

La suerte de Castilla estaba echada. Los planes de Fray Raymundo se iban cumpliendo. Solo quedaba hacer lo mismo con el heredero del casal de Barcelona, don Jaime.

- En Barcelona, al igual que el conde de Lara en Castilla, Fray Raymundo también buscó una forma de afianzar su poder recién adquirido y, en consecuencia, tomó una decisión respecto de la disputa entre los dos hermanos del rey difunto. Para ello convocó a los nobles que habían quedado en la ciudad y les obligó a elegir como regente a don Sancho

Raimúndez, por cuanto era el candidato más voluble y manejable. Respecto del hermano de este, el infante don Fernando, fue nombrado Abad de Poblet.

Sin embargo, el fraile no había previsto que Hernán y los tres caballeros lograrían escapar. Los huidos andaban por la plaza del Monastir. Llamaron al portón del monasterio de Pedralbes y solicitaron audiencia a la madre superiora, quien se alegró al verlos. La abadesa había rezado mucho a la Virgen por la salvación de la ciudad y el retorno del rey. Sabía que esos caballeros lo lograrían. Los llevó a una estancia magnífica con grandes columnas que soportaban unos arcos de piedra. Recostado en una mesa estaba Hayzam con su porte magnífico, como correspondía a su alta condición. Se había restablecido y había recuperado el habla.

Antes Hernán le preguntó a la abadesa:

—¿Por qué tanta maldad?

—El mal es la ausencia de bien, muchacho.

—¿Entonces? —dijo Hernán sin comprender.

—El mal es la ausencia de Dios en el corazón de los hombres. Es igual a lo que ocurre con el frío cuando no hay calor o con la oscuridad cuando no hay luz.

—¿Por eso no le podía rezar a mi madre en el monasterio de los dominicos?

—Exacto, bravo doncel. Pero aun así ella se os apareció y os ayudó. Una madre jamás deja abandonado a su hijo.

Hernán se extrañó por el comentario, aún así quiso contradecir a la abadesa, que no fue su madre quien se le apareció sino doña Brianda Rodríguez. No pudo porque los caballeros lo llamaron.

Eran días aciagos, en los que el mal parecía haberse independizado de la humanidad y se había convertido en un mero ejecutor, que manejaba a los ciudadanos de Barcelona como simples marionetas. Y aquel pueblo amante de sus libertades, empezó a añorar los días de antaño.

CAPÍTULO XXXVI. PEDRO NONASCO ENTRA EN BARCELONA

Era una noche cerrada, en la que reverberaba por toda Barcelona la música lenta, melancólica y triste del toque de ánimas. Todos sus portones estaban cerrados por la queda. Soplaban un viento silencioso de derrota en la ciudad antes alegre y confiada.

En los antiguos campos de Sant Andreu, al lado del Besós, se agolpaban los refugiados huidos de la guerra del Languedoc. Era un ejército de desesperados, que lo habían perdido todo, llegándose a pelear por un mendrugo de pan, con el resultado de muertes, robos y todo tipo de maldades. Imperaba el caos y el desconcierto. Entre ellos destacaba un hombre con una gran inteligencia que un día se opuso a los poderosos. Era Pedro Nonasco. Hacía días que no comía, pero su odio y rencor hacia lo que tanto amó antes de la guerra lo mantenían con vida. Se sacó la venda. Su herida se había sanado.

La situación en la ciudad no era mucho mejor. La comida escaseaba, faltaba el trabajo. La población se limitaba a vivir al día; sin futuro; sin alegría; desesperanzada. Eran un pueblo vencido.

Al día siguiente, cuando se levantó la queda y se abrieron los portones de la ciudad, Pedro Nonasco traspuso las puertas de las murallas y asistió al doloroso espectáculo de la miseria de Barcelona. Pero él ya no sentía nada. Cruzó por entre los soportales. Sorteó a la multitud mugrienta. Tuvo que ceder el paso a dos caballeros que, como él, acababan de entrar en la ciudad. Los envidió. Él que había nacido de noble cuna se veía obligado a ir de pie y mendigar el pan por haberse puesto del lado de los pobres. En cambio, los poderosos seguían viviendo rodeados de riquezas. Preguntó quién mandaba en la ciudad. Le dijeron que era Fray Raymundo. Siguió andando, pensó si sería el mismo fraile que él había conocido. De repente un hombre de aspecto afeminado se giró. Lo reconoció.

—¡Voto a Dios! ¿Sois Pedro Nonasco? —le preguntó con un deje afeminado. Este se sobresaltó. Había soldados cerca, lo podían reconocer.

—Sí, sois Pedro Nonasco, no hay duda. ¿No me reconocéis? —dijo Robert de

Blasi, tras lo que dejó escapar una risa histriónica. Ambos se habían conocido en el templo de los dominicos, en la etapa de estudiantes.

—Pss... nos pueden oír —respondió intranquilo el joven occitano mirando a ambos lados. ¿Podemos ir a otro lugar? — Él recordó aquel Robert de Blasi de tendencias raras. Recordó que perseguía a los novicios, que se colaba en sus camas. Varias veces lo descubrió mirándole con ojos solicitantes, cuyo significado no entendió, pero con el transcurrir de los años descubrió que su compañero solicitaba algo contra natura. Recordó que desaparecía en las habitaciones de un cura nuevo llamado Fray Raymundo de Peñafort. Recordó lo que se comentaba de él. Pero ya no era el mismo, había cambiado: estaba más delgado; sus facciones, afeminadas; las mejillas hundidas; aquellos ojos saltones hoy sin vida. Parecía enfermo.

Robert de Blasi lo llevó a un *cul de sac*, un callejón apartado habitado por un nido de ratas.

—Dime, ¿el que gobierna en la ciudad es el mismo Fray Raymundo que conocimos en nuestra etapa de estudiantes?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? —dijo con curiosidad.

—Por nada. ¿Todavía tenéis relación con él?

—Sí, soy su segundo —dijo sin convencimiento.

—¿Me lo podéis presentar?

—Bueno..., ya no. Antes él me necesitaba. Hice lo que me pidió, ahora ya no. No requiere nada de mí. Ya ha alcanzado sus metas. Pero me ha dejado una buena pensión.

—Aun así, estáis mejor que yo. Tenéis rentas y criados.

—No os penséis, cada noche se me presenta una criatura. Una bestia horrible. He puesto criados en mi puerta, pero la traspasa sin que nadie la vea. No duermo. Estoy mal, Pedro. Creo que es el Golem, el mismo ser que está cometiendo los asesinatos en la ciudad.

Se hizo un silencio profundo que cubrió el callejón. Era un silencio extraño que no presagiaba nada bueno y cortaba la respiración. Las ratas huyeron despavoridas. El aire se hizo irrespirable.

—Ya está aquí y ha venido a por mí —dijo Robert de Blasi, aterrado.

—Yo no veo a nadie —añadió Pedro Nonasco, pensando que su amigo deliraba.

En ese momento apareció una criatura como salida de la nada, que clavó su zarpa en la espalda de Robert de Blasi. Este cayó al suelo, en medio de un charco

de sangre. Pedro Nonasco empezó a correr presa de un pánico horrendo, y fue a parar a la calle Comerç. Empujaba a la gente. Chocaba contra las paradas de los mercaderes. Parecía un poseso. Los soldados lo detuvieron, lo golpearon y lo llevaron a los calabozos maniatado y a rastras, pero alguien lo reconoció y fueron a buscar a Fray Raymundo para notificarle que el noble occitano estaba en su poder.

Pedro Nonasco pensó en la criatura que había visto, creyó que era una señal, era la bestia de los pobres, de los desgraciados, de los que no tienen nada. En el fondo Robert de Blasi siempre fue un mediocre. En cambio, él era parte del poder. Enfrentarse a él no le había aportado más que desgracias.

Cuando Pedro Nonasco estuvo ante Fray Raymundo se arrodilló y bajó la cabeza en señal de sumisión. Sabía que ese cura era un miserable, pero los entresijos del poder, la religión y la política lo habían llevado a donde estaba. Debía de obedecerlo y complacerlo.

—Vaya vaya, a quién tenemos aquí... —dijo el cura, satisfecho—. Vos nacisteis en Lauregais, entre Tolosa y Carcasona, foco y centro de la herejía cátara. Vos proveníais de una familia de gran fortuna. Siempre mostrasteis un gran ascetismo y dedicasteis vuestro dinero a la liberación de esclavos y cautivos. Os acusaron de pertenecer a una secta cátara denominada «Los Pobres de Lyon» o valdenses, seguidores de Pedro Vlado, quien también renunció a su fortuna. Y miraos ahora en qué os habéis convertido, en un fugitivo y un asesino.

Pedro Nonasco callaba. Seguía con la vista baja. Debía mostrarse servil y obediente. El fraile estaba satisfecho, tenía delante de él a un hombre desesperado. Le sería fiel.

—Como soy un buen hombre y tengo buen corazón os perdonaré la vida, siempre que trabajéis conmigo y organicemos la Orden de la Merced, donde bajo pretexto de intercambio de prisioneros y enseñanza de los idiomas árabe y hebreo, ocultaremos un intercambio de sabios para la conservación de enseñanzas y ritos iniciáticos que deben permanecer ocultos al dogma oficial católico. Cerca del puerto estoy construyendo una iglesia a la advocación de la Virgen de La Merced, con el fin de lograr dichos fines.

—Me hacéis un honor inmerecido —respondió Pedro Nonasco sin alzar la vista

—Sois un hombre con gran cultura. No han sabido reconocer vuestros valores. Me haréis un gran servicio.

—Seré vuestro más leal servidor —dijo adelantándose y besándole el brial de

la sotana.

—Me debéis la vida, pero si me traicionáis la perderéis. —El fraile se regodeaba de su gran poder sobre la vida y la hacienda de sus súbditos.

—Sí, señor —respondió, agradecido.

—Antes acompañadme, os quiero enseñar algo —dijo con malicia. En ese momento Pedro Nonasco alzó la vista, vio en los ojos del fraile la misma mirada solicitando, que en su juventud ya vio en los ojos de Robert de Blasi.

Bajaron a los calabozos, donde se agolpaban cantidad de presos. El olor era fétido. Vio a aquellos hombres que habían perdido todo respeto a sí mismos. Eran capaces de entregarse al más inmundo comercio, cometer las más sucias vilezas, arrastrarse a gatas por el fango, aceptando ser pisoteados por los nuevos dueños, besando el zapato de sus carceleros. Hubiesen escupido bajo la bandera de su patria, vendido a sus mujeres y a sus hijas.

De entre ellos sobresalía uno que no se había vendido. Pedro Nonasco notó unos ojos que lo miraban. Al principio no reconoció a ese hombre, tal era su estado de miseria y decrepitud, pero luego observó su larga cabellera y la barba blanca y reconoció a aquel sacerdote que conoció en Montsegur y luego reencontró en Carcasone. Pensó en las ansias de libertad, en el malogrado sueño del pueblo occitano.

Fray Raymundo fue a donde estaban los carceleros y señaló a un ser deforme que se encontraba en medio de los presos. Era un jorobado, de visión perturbada, bajo, con la cara desfigurada, de movimientos bruscos. El cura solicitó que lo sacaran fuera. El jorobado pensó que lo liberaban y en su ingenuidad salió contento de donde estaba.

El sacerdote occitano intentó detener al jorobado. Los soldados le pegaron y lo empujaron al suelo. Pedro Nonasco vio la escena, apretó los dientes. Los dos se miraron. Pedro Nonasco no dijo nada. El preso calló. Quizás entendió. Se llevaron al jorobado a lo alto de la torre de la catedral de los dominicos.

Esa noche un ser deforme, que había sido previamente sacado de los calabozos, colgó de la picota situada en lo alto de la catedral de los dominicos. Se decía que era el monstruo que había cometido los asesinatos, aterrorizando a toda la ciudad. El pueblo de Barcelona estaba satisfecho y agradecido con la labor de Fray Raymundo. Nadie se dio cuenta que aquel ser no tenía ni la fuerza ni la inteligencia para cometer los crímenes.

Cuando Pedro Nonasco y Fray Raymundo volvieron al despacho del fraile, este ordenó a los servidores que se retirasen, miró a Pedro Nonasco y le dijo:

—Sois hermoso. —Aquello no era un cumplido, era una palabra terrible en la boca de un ser depravado. Pedro Nonasco entendió. Fray Raymundo continuó—: ¡Desnudaos!

El joven occitano hizo lo que le pedía el fraile.

—Bien, bien, cumplís todas mis expectativas —dijo contemplando son satisfacción la serena belleza del noble occitano.

Pedro Nonasco tenía su puesto asegurado. Había vendido su alma para salvar la piel.

- Esa noche los soldados de Fray Raymundo fueron al piso de la calle Espolsasacs, guiados por el representante de su aliado mallorquín, el musulmán Iskandar, y detuvieron a Nur. Un fraile había denunciado a la bailarina bajo la acusación de haberlo tentado e incitarlo a la fornicación y al sexo.

Cuando la musulmana pidió a Iskandar que lo ayudase, este le respondió con un lacónico:

—Lo siento. —Su rostro reflejó una gran frialdad.

—¡Por Alá todopoderoso! Os obligasteis. ¡Teníais que defenderme!

—Cambié de parecer. Ya no os necesito —respondió con una absoluta falta de escrúpulos.

—Somos iguales, de la misma religión, musulmanes los dos. —dijo implorando ayuda.

—No, vos sois mujer y yo un hombre —sentenció con maldad.

Ella se dio cuenta del engaño. Había sido tratada como una prostituta y vendida al mejor postor.

—¡Perro! ¡Hijo de mala madre! ¡Me habéis traicionado a mí y a mi familia! —chilló airada mientras se la llevaban.

Sus palabras resonaron huecas en la calle Espolsasacs.

Iskandar también entregó los planos de las tres catedrales y toda la información que tenían de la cábala hebrea a los soldados de Fray Raymundo. La situación había cambiado y la actual posición del fraile en el reino le obligaba a extremar la intolerancia religiosa y a expulsar a los musulmanes de la ciudad. Aun así, su secreta alianza con el califa de Mallorca seguía vigente.

- No volvieron los asesinatos. Se decía que la cólera divina había sido aplacada con el ascenso al poder de Fray Raymundo.

Al mismo tiempo, en aquella habitación sin puertas ni ventanas situada en una de las torres de la catedral, el bufón se desesperaba, su búsqueda estaba siendo infructuosa, no encontraba al Golem. Seguramente había abandonado la ciudad, confirmando su culpabilidad en los asesinatos.

Poco podía sospechar el bufón que el Golem todavía estaba en la ciudad, y así, lejos de mundo, en los subterráneos de la ciudad, donde el tiempo se detiene y los muertos sustituyen a los vivos, reverberaba el eco de una canción...

«Nai nai, yo tengo una muñeca...

Nai nai, mi niña de ropa fina...».

Los acontecimientos se estaban desarrollando tal y como el fraile había previsto. La ciudad estaba perdida. Solo el retorno del rey la podía salvar de la humillación, el maltrato y la esclavitud.

CAPÍTULO XXXVII. EN EL SEÑORÍO DE ALBARRACÍN

De las alturas de la cordillera Idúbea soplabá un aire suave. Era un día primaveral. Descendían por la loma un grupo de judíos escapados de Barcelona. Los aldeanos los miraban sorprendidos. Era el pueblo israelita que bajaba de las montañas en dirección a la villa del señor de Albarracín, orgulloso vasallo de la Virgen María.

Los dirigía la bella Constanza, que por un lado sentía la amargura por las noches sin dormir, el asalto a la judería, el recuerdo de su padre, y por otro soñaba con la dulce imagen de José de Azagra, su aspecto apolíneo y hermoso. Sonrió.

Los judíos, con sus carros y pertenencias, cruzaban el puente tendido sobre el Guadalaviar, cuando los guardias de la fortaleza les cerraron el paso. Las campanas de la catedral empezaron a sonar, llamando a su señor, que había ido a cazar con sus monteros, sus hurones y sus galgos. Era preciso que volviese a la villa feudal.

Al rato llegó a galope el señor de Albarracín, hombre entrado en los cincuenta, gallardo, altivo, con una hermosura enérgica y osada. Estaba dispuesto a hacerles frente, no quería judíos en su señorío.

Constanza lo vio y tuvo un momento de pánico. ¿Era el terrible señor de Azagra, del que se hablabán tantas historias? ¿Estaba ante la orgullosa y soberbia ralea de los Azagra, llena de blasones, gloria y privilegios? ¿Cómo iba a reaccionar ante esta multitud de haraposos? En su altivez guardaba celosamente su soberanía feudal, esa independencia absoluta que le convertía en el altivo señor de Albarracín y vasallo de la Virgen María.

La princesa no tenía nada que envidiar respecto a títulos, honores y privilegios. Aun así, sabía que debía mostrarse humilde, estaba en casa ajena, bajó la mirada.

—Noble señor, venimos huyendo de Barcelona, la aljaima ha sido incendiada. Os pedimos asilo.

—¡Qué locura! ¿Acaso no sabéis que no admito judíos en mis tierras? —dijo al tiempo que Constanza alzaba la cabeza, implorante. Sus ojos se cruzaron y el señor de Azagra, se quedó extasiado ante aquella mirada profunda y hermosa, la

tez blanca y el pelo rubio. La boca describía una deliciosa curva que escondía una maravillosa dentadura blanca. Sintió renacer los instintos de su juventud. Se quedó prendado de los ojos de miel de la judía.

—Su hijo nos dio licencia, pero si vos no nos queréis podemos volver a Gerona. —En su inexperiencia intentó jugar con sus armas de mujer y así dejó caer los párpados en actitud indolente ante ese «hombre de hembras», sin entrever el peligro.

—¿Quién sois vos? Vuestro porte elegante, vuestra innata belleza... —Él era un hombre avanzado en mujeres, y por Dios, cómo deseaba a aquella mujer.

—Soy Constanza, hija del príncipe Hayzam —anunció con orgullo, para que el señor de Albarracín la viera como a una igual.

—Conozco a vuestro padre, vuestra realeza os distingue. Podéis pasar, señora, sois mis invitados —le dijo con una reverencia.

Los soldados y el pueblo se sorprendieron por el cambio de criterio de su señor, jamás había sucedido un hecho igual. Empezaron las murmuraciones y los malos augurios. El señor de Azagra era viudo y ella una joven muy guapa. Recordaron los amores de Alfonso, el Bueno, de Castilla, con la judía Noemí y las desgracias que acarrearón al reino de la antigua Bardulia.

Ajenos a las murmuraciones, los ojos de Constanza brillaron de júbilo y gratitud por el gesto del señor de Albarracín. No se dio cuenta de que estaba jugando un juego muy peligroso.

—Mi pueblo os está agradecido. —Había recuperado la compostura de princesa.

—Con que estéis agradecida vos ya tengo suficiente —repuso cortés y satisfecho el señor de Albarracín, esperando algo más de esa princesa del pueblo de Israel—. Os concedo unos terrenos en un llano en las altas tierras turolenses, al lado de la villa de Albarracín, en las riberas del Guadalaviar. Soy vuestro más rendido servidor.

Ella agradeció su generosidad. Se sentía tranquila. Aquel hombre era un auténtico caballero. Pero el señor de Albarracín prosiguió para sorpresa de Constanza:

—Y permitidme que os invite a cenar un día.

La princesa y su doncella se sobresaltaron. Constanza respondió con mesurada educación:

—Estaré muy honrada, señor, pero esperad que primero me reponga del viaje.

—Miró a la doncella y vio un gesto de susto en su cara. Se habían metido en la gruta del lobo.

El pueblo de Israel se trasladó hacia los terrenos asignados por el dueño y señor de estas tierras. Constanza dirigió personalmente los trabajos para levantar el campamento y atender a los heridos. La princesa se calmó. Al caer la tarde, y en medio de un receso, Constanza se encontró a solas, observando el castillo de Albarracín. Sintió un escalofrío y demostró una gran ansiedad; una aprensión llena de turbaciones. La sirvienta fue a buscarla. La princesa la rehuía. La sirvienta no cesó de importunar a su ama con la mirada, hasta que Constanza no pudo aguantar más. Se excusó ante ella. No quería que la acusase de frívola. ¡Qué difícil era ser mujer! Unas veces por prostituta y otras por santa...

—Desciendo de una estirpe real. Me han vejado y humillado. A pesar de ello me han educado para servir a mi pueblo, y entre los míos soy su guía y princesa. ¿Pero qué puedo hacer ante el derecho y la fuerza del señor de Albarracín?

—¡No es eso! Es cierto que vos sois princesa de estirpe real y jamás vástago alguno de las familias de Azagra podrá reunir juntos tantos títulos, honores, glorias y privilegios como los que cuenta vuestro noble linaje.

—¿Entonces? ¿De qué me acusáis?

—Niña mía, no os acuso de nada. Pero la virtud es lo último que nos queda a las mujeres.

—¿De qué virtud me habláis? Han asesinado a la mitad de los nuestros, quemado nuestras casas, nos han expulsado de Barcelona, nos han quitado lo que teníamos y violado a nuestras mujeres. ¿Acaso eso no es suficiente? ¿Por qué se quedó mi padre? ¿Por qué no fue a otro país? Con su nombre le hubiesen abierto puertas regias allende de los Pirineos, pero aun así decidió permanecer en esta tierra.

—¡Contente, Constanza! Quizás en otro país nos hubiesen tratado peor. No juzguéis a vuestro padre. Él hizo lo mejor para vos. Habéis de ser fiel a sus designios.

—¡Peor imposible! Pero habéis razón, como siempre. Perdonad. Mi padre me ha amado y me ha protegido, y al final puede que la invitación del señor de Albarracín no llegue nunca.

- Los días pasaban y finalmente la princesa recibió la invitación que tanto temía. Debía ir a cenar con el señor de Azagra al castillo de Albarracín.

Esa noche, mientras sus doncellas la vestían y arreglaban, tuvo sentimientos enfrentados. Recordó a su padre, su pueblo, el intento de violación, a José de Azagra. Debía ser fuerte.

El señor de Albarracín le ofreció un carruaje, pero Constanza prefirió ir a pie. Le acompañaba su doncella. No hablaban. Bajaron del llano, donde acampaban los judíos, por la rivera del río Guadalaviar, y luego volvieron a subir las empinadas cuestas que conducían hasta la entrada de la villa de Albarracín, defendida por murallas almenadas, en las que sobresalía la mole de un inmenso caserón de piedra de granito, que hacía las veces de palacio y rodeado de una segunda muralla, frente a la que estaba la iglesia, con más trazo de fortaleza que de templo. Los muros ennegrecidos por los años y las intemperies, la torre almenada con la corona de un nidal de cigüeñas. Todo ello rodeado de casas sencillas, en medio de callejas estrechas.

Soplaba un viento suave que bajaba de las montañas e incitaba al recogimiento. Constanza volvió a mirar el castillo, vio la imponente mole. Tuvo un escalofrío. Luego giró la vista hacia atrás, a su pueblo, a los niños, las mujeres. Debía sacrificarse.

Entraron en la villa y de ahí subieron por los callejones empedrados a la imponente fortaleza. Sonó la queda. Detrás de ellos se cerraron las puertas de la muralla. Los soldados los esperaban en el palacio. La doncella debía esperar en el vestíbulo, mientras Constanza cenaba con el señor de Albarracín. La princesa judía estaba muy bella, se había recogido el pelo con una coleta adornada por una cinta blanca. Llevaba un vestido de encaje ceñido que realzaba su figura y que había podido conservar de su huida de Barcelona. La doncella se quedó en la entrada con los soldados, y a Constanza la hicieron pasar a un gran salón alumbrado por dos monumentales chimeneas. Ella se sentía como un cordero al que iban a degollar. Sacó fuerzas de su interior. Tragó saliva.

Tras un rato de espera que se le hizo eterno, un sirviente la fue a buscar y la guio a través de unos pasillos cubiertos de altas bóvedas hasta la puerta del comedor, donde le abrió su verdugo, el señor de Albarracín, imponentemente vestido de sedas y joyas. Este volvió a quedar deslumbrado por la belleza y la elegancia de la princesa. La hizo pasar a una lujosa sala decorada con alfombras y tapices, que contrastaba con la aparente sobriedad del resto del palacio. Ella vio en él a un señor de la edad de su padre.

Cenaron en una mesa cubierta por oro y brocados. El señor de Azagra había querido impresionar a doña Constanza, pero aquella, que lo había perdido todo, ya nada le podía impresionar. Se encontraba desprotegida y sola en este mundo de hombres.

Los servidores trajeron en bandejas de oro exquisitos manjares bañados con hidromiel y en finas copas de cristal tallado zumos y aguardiente. Ella rechazó el alcohol, debía mantener la serenidad y el buen juicio. El anfitrión y su invitada hablaron sobre todo y nada; sobre el padre de ella; sobre los dos niños en los tronos de Castilla y Aragón; sobre la amistad del señor de Azagra con todos los reyes de la península. Él estaba encantador. Ella supo estar a la altura. Al final hablaron sobre lo que a Constanza realmente le interesaba: sobre el heredero del señorío de Albarracín.

—Mi hijo es un buen guerrero, se distinguió en la batalla de Navas de Tolosa. Todos sus éxitos se los ha de agradecer a su padre, aunque él no se dé cuenta.

—Es extraño que un hijo como el vuestro no esté casado — dijo ella con un escondido interés.

—¡No tal! Mi hijo está prometido desde su nacimiento con la hija del conde de Foix.

—¿Tan niño? —preguntó entre asustada y asombrada.

—Sí, yo concerté esa boda, es buena para nuestras familias. Yo me casé tarde, pero a mí nunca me faltaron las mujeres — afirmó con evidente vanidad.

—¿Y vuestro hijo?

—Mi hijo ha de respetar el mandato de su padre —sentenció sin dar lugar a la réplica.

La aturdida doncella se inclinó asintiendo. Disimulaba por un lado el dolor que el anuncio de la boda le causaba y por otro el terrible desagrado de tener que tratar con un vanidoso y un pedante insoportable.

—Vuestro hijo es un caballero —dijo recordando el torneo.

—Mi hijo es un blando. Él es demasiado complaciente con las mujeres. No entiende que hay que llevarlas con la rienda bien firme, si no se rebelan.

Constanza estuvo a punto de replicar. Se contuvo...

—Os propongo ir mañana a pasear río abajo y ser felices, y mientras tanto platicar bajo la espesura frondosa de los sauces, arropados por las adelfas y los lirios, y cuando el crepúsculo ponga las sombras discretas en ese cielo

destelleante y luminoso podremos pasar inadvertidos, y vos os sentiréis dichosa de estar con el señor de Azagra.

Ella lo miró con asco. Aquel «viejo verde» la quería poseer.

El señor de Albarracín se acercó a donde estaba la princesa y le susurró:

—Podéis quedaros esta noche en este vuestro palacio.

La princesa de Israel se levantó sobresaltada. No veía la forma de sacarse a ese hombre de encima. En ese momento sonaron las campanas de la catedral anunciando la medianoche. Era la ocasión. Constanza se excusó ante su anfitrión:

—Señor, debo irme, por vos, por mí. Mi doncella me está esperando y yo soy judía, y no quiero que el pueblo murmuré contra vos.

—¡Voto al diablo! ¿Y qué me importan a mí los chismorreos de mi pueblo?

—Os importan, señor, vos sois vasallo de la Virgen María. ¡Me voy! —dijo sin dar lugar a la réplica.

—¡Voto va! —exclamó con ira—. Idos, pero tente cuidado, moza, no juguéis conmigo.

- Constanza se reunió con su doncella, que la esperaba impaciente en el vestíbulo del castillo. Salieron en silencio. Su sirvienta la miró interrogante. La vio alterada y nerviosa. Se moría de ganas por saber. Al final ella le respondió.

—Es un maldito engreído, solo habla de él, y cuando habla de su hijo lo hace como si fuera de su propiedad. ¡No lo soporto!

—Eso ya lo sabía, pero ¿os ha intentado tocar?

—Casi. Me propuso quedarme con él en palacio.

—¡Por Abraham y sus profetas! ¡Vos no sois la concubina de nadie! ¡Seguro que os intentó emborrachar!

Constanza se entristeció, sintió que la tensión de estos días la abandonaba. Empezó a llorar.

—Habéis razón, no soy la concubina de nadie y él intentó emborracharme y perderme. Dios me hizo hermosa y ahora que no tengo a mi padre que me proteja. Me siento sola y desgraciada —dijo intentando detener el llanto—. Pero no puedo decaer, tengo la misión de encontrar amparo para mi pueblo.

—Mi niña, mi pobre niña —exclamó la sirvienta abrazando a la

desgraciada princesa. ¡Qué duro es ser mujer en este mundo de hombres!

CAPÍTULO XXXVIII. EL OJO DE DIOS

Esa tarde notificaron a Fray Raymundo que Nur estaba en los calabozos y le entregaron los planos de las tres catedrales que tenía Iskandar. El fraile desplegó los documentos sobre una mesa y descubrió, aliviado, los símbolos hebreos: un Golem, un caballero y un elefante. Y en el centro un triángulo, en cuyos vértices había tres catedrales. Era un triángulo rectángulo perfecto. Y en medio el ojo de Dios, tal y como lo había previsto.

Ahora solo le faltaba encontrar el acceso. Pero no tenía tiempo. Quizás la forma más rápida fuera también la más sencilla. Por ello mandó llamar al maestro de obras de la Corte y le solicitó que mandase a una cuadrilla de peones para cavar en medio de la plaza del Ángel.

Pletórico y satisfecho de sí mismo, el fraile se trasladó al patio del convento para rezar al rosario. Los alumnos estaban dispuestos en filas, esperando que el inquisidor apareciese en una de las balconadas. Guiados por el cura rezaron los avemarías con los dieces de madera, tras lo que el fraile les arengó:

—Sois el futuro del país, representáis la libertad, ha llegado el momento de la lucha. Debéis desperdigaros por la ciudad para comprobar que nuestros deseos se cumplen y se hace efectivo el triunfo de la ley. Hemos de controlar cada barrio, cada casa. Que no haya ningún tipo de oposición. —Y aquellos alumnos, sabiamente entrenados, se desplegaron obedientes por toda la ciudad, siguiendo las órdenes de su amo.

Al día siguiente, cumpliendo las ordenes del fraile, los peones empezaron a cavar en la plaza del Ángel, guiados por el arquitecto de los dominicos. Estaban custodiados por la guardia de Fray Raymundo. Los ciudadanos se agolpaban a su alrededor, agradecidos. Se decía que el fraile buscaba el tesoro escondido por los condes-reyes de la ciudad, con el que poder aliviar el hambre de la población.

- Ajenos a las nuevas intrigas de Fray Raymundo, en el monasterio de Pedralbes, Hernán y los tres caballeros estaba reunidos con Hayzam. Este se encontraba recostado en un camastro, en una de las salas góticas del convento. Era una pequeña estancia circular, cubierta por una bóveda artesonada. Hayzam todavía estaba convaleciente, pero se sentía más fuerte que nunca, y les dijo:

—Por nuestras libertades, la prosperidad del pueblo y la paz del reino. Habéis de ir a Monzón a salvar al rey.

—¿Tanto teméis por su vida? —preguntó Cabeza Brava.

—Sí. Este fraile quiere matar al rey Jaime para perpetuarse en el poder —dijo Dalmacio Creixell.

—Y también me hubiese querido matar a mí. ¡Voto va! Jamás pensé que una persona pudiera ser tan malvada —exclamó Hayzam.

—Es avaricioso y muy inteligente. La lástima es que no lo supiéramos descubrir a tiempo —añadió Dalmacio Creixell.

—Y ahora él quiere crear un ejército, un ejército de Golems —volvió a decir Hayzam.

—¿Queréis decir esos seres creados de la nada? —dijo Hernán, recordando lo que le contó aquel anciano judío.

—Sí —dijo Hayzam con pena.

—¿Nos estéis tomando el pelo? —preguntó José de Azagra.

—No, el hebreo es la lengua de Dios y con ella Yahvé creó el mundo, por eso, escrutando cada letra, pueden desentrañarse los misterios del mundo. Se dice que Yahvé hizo el mundo con su aliento, pronunciando palabras, combinaciones de letras. Por tanto, si combinas con acierto las letras de la Torá, podrás crear como Yahvé. Es decir, el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, por ello, al igual que Dios, también el hombre puede crear.

—Uff, esto es muy duro para mí... —añadió Cabeza Brava.

—La leyenda habla de un rabino llamado Loeb, que en la ciudad de Praga creó un ser medio hombre medio animal —dijo Hayzam.

—¿Y cómo lo controló? —preguntó Cabeza Brava.

—Los Golems llevan un sello impreso en la frente con la palabra «emert» (verdad) y para desactivarlo borraron la letra e, y quedó la palabra «mert» (muerte) —respondió Hayzam.

—Entonces, ¿vais pensáis que ese Fray Raymundo tiene la clave pero le falta interpretarla? —preguntó José de Azagra.

—Exacto, él tiene ese formulario mágico para crear vida, la piedra filosofal o el zohar, que es un manual para ser como Dios, pero Fray Raymundo no puede descifrarlo.

—¿Podéis ser más claro? —solicitó Dalmacio Creixell.

—Algún rabino anónimo del siglo III fijó por escrito, en hebreo, la forma

de rotar la piedra y crear vida. Son conocimientos peligrosos, ajenos a la ortodoxia religiosa judía.

—¿Entonces Abulafia? —preguntó Hernán, recordando aquella orgía en el barrio judío.

—Él ideó posturas eróticas para pronunciar mantras hebreos como un kamasutra cabalístico. El sexo es el principio y fin de todas las cosas. Por ello Abulafia vio en el sexo el reflejo de las enseñanzas de la piedra filosofal. Abulafia intentó ejercitar el don sustituyendo la magia de la piedra por la magia del sexo.

—¡Por Dios y mi ánima si esto no es de locos! —exclamó Cabeza Brava.

—No, dejad que os explique. La piedra filosofal lleva la magia en sí y solo necesita de estudios para interpretarla. La piedra no es nada si no se le aplica los estudios de nuestra religión.

—Creo que empiezo a entender. Ahora veo con claridad que ese ser que descubrí en las calles y los subterráneos de Barcelona era un Golem. ¿Pero quién lo creó? —preguntó Hernán.

—He pensado mucho en eso. Luego caí en el bufón —dijo, resignado, Hayzam.

—¿El bufón?

—Me recordó a Loeb de Praga. Quizás no murió y quizás el Golem lo creó él. Se dice que en Barcelona hay una sala secreta que permite desvelar los misterios de la piedra.

—¿Y los asesinatos fueron culpa del Golem?

—No lo sé, jamás me he enfrentado a una de esas criaturas y no sé cómo reaccionan. Nuestra tradición dice que sí... Pero todo es muy confuso.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Hernán, asustado.

—Se dice que el Golem no tiene sentimientos y puede llegar a ser muy agresivo. Por eso nuestra ley prohíbe crearlos.

—Entonces urge buscar la sala y al Golem —interrumpió José de Azagra, habiendo asimilado aquella historia tan antinatural.

—Y a ese bufón que ha transgredido nuestra religión —dijo Hayzam, serio.

Hernán pensó que era una religión de locos. Por un lado, les facultaba para crear vida y, por el otro, se lo prohibía.

—Siento desanimaros —dijo Dalmacio Creixell—. Ahora no es eso lo

más importante, nuestra primera misión es liberar al rey. Sin el rey todo está perdido.

—Además, el Golem ha sido capturado y ahora cuelga de la picota del campanario del templo de los dominicos —añadió Cabeza Brava.

Hayzam calló. El cuerpo que pendía de la torre no era el de un Golem. Cabeza Brava no había entendido nada. Los caballeros debían ir al castillo de Monzón a buscar al rey y devolverlo a Barcelona. Era la única forma de evitar que el monarca fuera asesinado. Él ya se encargaría de buscar al Golem y la sala si existía. Se encontraba con fuerzas para descubrir a la bestia.

—Hecho —dijo Dalmacio Creixell—. Partiremos los cuatro. —Para luego añadir, dirigiéndose al príncipe de Israel—: Os dejamos aquí, Hayzam, para que os acabéis de recuperar.

—¿Vos estáis bien? —le preguntó José de Azagra a Hayzam. Quería comunicarle que amaba a su hija. Pedirle permiso para cortejarla, pero no era el momento.

—Sí, nunca había estado mejor. No os preocupéis por mí. Cuando volváis, juro por Dios que alzaremos al buen pueblo de Barcelona contra ese fraile.

—Tengo una duda, Hayzam, ¿Por qué un elefante, un grifo y un caballero? —preguntó Hernán con curiosidad.

—Porque representa a las tres personas que integran el misterio del Golem. El elefante representa a la casa real judía. Sus miembros son los únicos que tienen la facultad de crear al Golem sin necesidad de la piedra filosofal. El grifo representa al Golem en el imaginario cristiano...

—¿Y el caballero?

—Se dice que cuando alguien crea un Golem también nace un niño que tiene la facultad de matarlo. Se dice que ese niño viene al mundo con dos marcas en las muñecas: en la derecha la palabra «emert» (verdad) y en la izquierda la palabra «mert» (muerte) —Hernán se escondió las manos. Hayzam se dio cuenta, pero prosiguió—: Ese niño debe ser nombrado caballero, tras lo que pronunciando la palabra «mert» delante del Golem le dará muerte.

—¿Y las tres catedrales? —volvió a preguntar Hernán, nervioso, al tiempo que se rasgaba las muñecas.

—Es el triángulo de Dios, ¿cuántas veces no habéis visto representar el ojo de la Providencia dentro de un triángulo? Simboliza la ubicuidad de la

Santísima Trinidad, así como la omnipresencia divina y su vigilancia constante sobre la creación. Por eso, cuando alguien crea un Golem rompiendo la ley divina, hay un centinela que vela para que la criatura vuelva a la oscuridad del limbo.

Hernán se quedó sobresaltado. Por fin se le revelaba la verdad. Las marcas lo demostraban. Entendió, Dios lo había puesto a prueba. Le correspondía cumplir su cometido.

—Tanto para ustedes los judíos como para nosotros los cristianos, Dios es amor —interrumpió José de Azagra, sin poder contenerse más.

—Exacto —dijo Hayzam, sorprendido por la pregunta.

—¿Entonces vos creéis en el triunfo del amor? —dijo al tiempo que la mirada del caballero temblaba, azoradísima e interrogante.

—Sin dudarlo. El bien y el amor siempre prevalecerán sobre el mal —respondió con un profundo suspiro. Aquello que siempre temió estaba por venir, intuía la voluntad del caballero.

—¿Y vos permitirías a vuestra hija casarse con un cristiano? —se atrevió a decir José de Azagra con un hilo de voz.

Hayzam lo miró de hito en hito. En efecto, aquel caballero quería arrebatarse su bien máspreciado, lo único que le quedaba tras el incendio de la aljaima, y tras un momento de pausa le respondió:

—Si el cristiano sois vos, no solo lo permitiría, sino que lo aplaudiría. Vos haréis feliz a mi hija, caballero. Y un padre solo busca la felicidad de sus hijos.

—Aunque sea un Azagra, azote contra los judíos. —El jadear del pecho de José de Azagra daba fe de su honda emoción.

Hayzam suspiró profundamente antes de responder:

—Vuestros títulos y honores acreditan el linaje de vuestra familia, pero no todo en el mundo son honores, riquezas ni gloria. Hay algo más que lo sobrepasa; vos habéis un corazón puro y limpio de escorias, y además amáis a mi hija. Yo no puedo por más que entregárosla y solicitar que la hagáis muy feliz.

Aturdido y agradecido por las palabras de Hayzam, José de Azagra quiso hablar y no encontró en su garganta más voz que la de un sollozo de agradecimiento.

—De todas formas, permitid que hable con vuestro padre. Me consta que vos ya estáis prometido, pero vuestro amor bien vale una dispensa.

Y en ese momento los rayos de sol se colaron por una ranura abierta en las paredes, arrancando leves destellos de la imagen maternal de una Virgen sonriente junto a su hijo.

CAPÍTULO XXXIX. RESURRECCIÓN

El palacio de Valladolid era un inmenso caserón con muros ciclópeos de dura piedra de granito traída de las canteras de Toro. En una de sus estancias a la luz de dos cenofales de oro, doña Brianda Rodríguez estaba boca arriba, dormida encima del lecho entre doseles y cortinas. Soñaba. Estaba nerviosa. Ella que antes no tenía perjuicios, ahora los remordimientos la embargaban y le costaba dormir.

Vio una amplia sala rodeada de guerreros, nobles y prelados, y en el centro un niño con los atributos reales, y a sus pies Hernán, que estaba siendo nombrado caballero. Luego su visión cambió a otra en la que su hijo caminaba por un pasillo oscuro. Hernán tenía miedo e intentaba defenderse de un peligro. De repente vio a una horrible criatura que se abalanzaba sobre él y lo derribaba.

Un grito indescriptible rompió el silencio. Brianda se había despertado. Tenía un sudor frío en la frente. El conde de Lara apareció en la habitación.

—Pensé que os había pasado algo.

—¿Os importaría? —preguntó ella, arrogante

—No, hace tiempo que dejé de amaros, lo nuestro se ha convertido en una mera relación de interés —respondió con desprecio don Álvaro de Lara. Debía partir sin falta a Otella, había convocado una leva en las tierras que le eran adictas para atacar el castillo de los Girón y capturar a doña Berenguela de Castilla; al tiempo que añadía—. ¡Ah! Y cuidaos del rey Enrique, que no le falte de nada.

El conde cerró la puerta de un golpe y salió a galope de su palacio de Valladolid hacia Otella. Doña Brianda se quedó sola, los desaires del conde de Lara ya no le importaban, pero temblaba por el sueño que había tenido de su hijo. Sabía que era una premonición de que algo malo le iba a suceder...

- En un cuarto contiguo al de Brianda estaba el niño rey secuestrado. Al conde de Lara le interesaba mantenerlo en su inmadurez. Por ello Álvaro de Lara le dio todo lo que ese niño mimado de once años de edad quería: le sacó a su tutor, las lecciones, los latines y le hizo sentirse importante. Le permitió que jugase todo el día con sus amigos. Le interesaba un rey malcriado y sin cultura. Y el pobre rapaz era demasiado joven para

comprender y ver las miserias y las ruindades a que la ambición de poder y de mando conducía a los poderosos.

Doña Brianda espiaba al niño a través de un compartimento secreto. Era un lindo adolescente con cara de ángel, con las melenas doradas y los ojos claros, donde los candores de infancia ponían su nota limpia y pura. Doña Brianda, al verlo, sintió latir su condición de madre. Recordaba que hubo un tiempo en que había sido feliz..., recordaba a un niño que dejó olvidado..., recordaba a un hombre al que amó. El poder le empezaba a resultar repulsivo, el precio era demasiado alto. Quizás era preferible no casarse con don Álvaro de Lara ni reinar en Castilla.

- En Otella de Campo se encontraba el castillo del mismo nombre, que se alzaba sobre unos montes abruptos de agreste paisaje y estaba defendido por un formidable cinturón de murallas y protegido por anchos fosos. Desde las alturas dominaba la inmensa extensión del valle y el pueblo compuesto por un mísero grupo de casas grises.

La parte más alta del edificio era un torreón almenado, en el que estaban situadas las estancias de la regente Berenguela. La princesa hacía días que no dormía, vencida por los sinsabores de la Corte. Estaba reclinada rezando, tenía un misal en las manos. Sufría una desgana con el trato con sus semejantes, un desear aislarse en la paz y en el sosiego, lejos de las componendas políticas. Todo lo mejor que quedaba en ella después del doloroso naufragio de sus ilusiones y el terrible fracaso de sus amores volaba a todas horas hacia el recuerdo de su hijo Fernando. En su ensimismamiento no se dio cuenta de que dentro de su estancia había entrado su confesor, el arzobispo don Rodrigo de Rada, que ya había vuelto de la peregrinación a Jerusalén.

—Dios os guarde, mi reina —dijo el sacerdote con respeto.

—Obispo, ¿sois vos? ¡Loado sea Dios que me ha escuchado! —Doña Berenguela tuvo un vuelco en el corazón, por fin una voz amiga.

—El mismo que marchó a Tierra Santa cuando todavía erais una niña y Castilla una mancha de aceite. Ahora contemplo con pena que el reino anda revuelto con la desmedida soberbia de los grandes señores, y tengo para mí que si no es una mano fuerte que sujete el rendaje, ello nos llevará a excesos.

—¡Lo sé! ¿Pero qué puedo hacer yo, una pobre mujer? Todos los hombres en los que me he apoyado me han traicionado; primero ese Alfonso, el Baboso, luego Garci Lorenzo y los Lara.

—Sin contar los que amasteis vos —dijo con ojos escrutadores.

—Eso es agua pasada. —No quería ahondar en el dolor de sus recuerdos.

—Vos, mi reina, os tenéis en baja estima.

—Es verdad, yo no valgo para el gobierno de un reino.

—¡No es cierto! A vos os han educado como mujer y como tal os creéis inferior a los hombres.

—Habéis razón como siempre. Pero tengo a Dios y a mi Virgen —dijo exhibiendo el misal—. Mi padre dispuso que entrara en un convento.

—¡Voto a mil pares de demonios! Vos no tenéis vocación de monja.

—Obispo, por Dios. ¡Me faltáis!

—Mi princesa, ¿acaso no os acordáis de aquella niña intrépida que jugaba a ser reina y mandar sobre sus súbditos?

—Fueron sueños de niñez ya olvidados —expresó con pesar.

—¡No! ¡Esos sueños son vuestro natural destino! Sed vos misma, mi princesa, sed vos misma, reafirmad vuestra estima y jamás os dejéis manipular por otro hombre, por muy mujer que seáis. Sois reina de León y regente de Castilla por la Gracia de Dios. Cumplid la misión que os ha encomendado nuestro Creador.

—¡Aunque para ello tenga que romper algunos principios que prometí no romper nunca! —exclamó sorprendida y dubitativa ante las palabras de su confesor.

—¿Sabéis que estando Ramiro II de Aragón preocupado por la desobediencia de sus nobles mandó un mensajero a su antiguo maestro, el abad de San Ponce de Tomeras, pidiéndole consejo? Este llevó al mensajero al huerto y cortó unas rosas, aquellas que sobresalían más. A continuación, ordenó al mensajero repetir al rey el gesto que había visto. Ramiro II hizo llamar a los principales nobles para que fueran a Huesca, con la excusa de que vieran una campana que se oiría en todo el reino. A los rebeldes los hizo entrar de uno en uno en la sala y fue decapitándolos según iban entrando. Una vez muertos colocó las cabezas en círculo y la del obispo de Huesca, el más rebelde, la colocó en el centro como un badajo. Debéis de haceros respetar y para ello es preciso que batalléis con las mismas armas de intriga y pactos que vuestros enemigos. Si no estáis perdida.

—Uff, no sé si seré capaz... —dijo dubitativa.

—¡Dios os lo pide! Si no lo hacéis el reino se seguirá desangrando con la guerra de banderías y vuestro hijo no reinará nunca en León.

—¡Mi hijo Fernando! ¡Voto a la Virgen del Amor Hermoso! Habéis pronunciado la palabra que me mantiene con vida: mi hijo. Estoy agotada y vencida, pero qué no haría una madre por su hijo. Por mi hijo sería capaz de todo. Quiero que él tenga aquello que por derecho le corresponde. Y juro por Dios que lo he de ver coronado en la catedral de León en presencia de todos los nobles y ricohombres del reino, y así devolverles el fango que me echaron cuando fui repudiada por mi asqueroso marido. Me habéis convencido, excelencia. ¿Por dónde creéis que debo empezar? —preguntó con firmeza.

—¡Bravo! ¡Esa es mi Berenguela! En primer lugar, debéis juzgar a ese Garcí Lorenzo y colgarlo de la picota. Luego tenéis que renovar vuestra alianza con la casa de Barcelona. Es necesario casar a vuestra hermana, la infanta Leonor, con Jaime I. Precisamos de la ayuda de Aragón para acabar con las pretensiones de los Lara

—¡Un matrimonio de conveniencia como el mío! ¡Jamás! — exclamó con enojo.

—Vos me habéis pedido consejo, y yo os lo he dado —dijo el obispo con humildad.

—Hablaré con mi hermana —manifestó, convencida—. Pero será difícil. Cabeza Brava la sedujo sin yo enterarme y ella está totalmente enamorada de él, al igual que yo —confesó.

—¿Y qué importa lo que ella o vos améis si está en juego el futuro del reino? Además, con la convivencia y el trato llegarán a sentir una profunda estimación mutua.

—¡Dios os escuche! Jaime no deja de ser un niño mucho más joven que la princesa. Leonor será un juguete en manos de un crío incapaz de comprenderla y amarla, que la cambiará por una más joven cuando repunte la edad viril.

—¿Y de vuestro hijo se sabe algo? —preguntó el obispo, dando el tema de la boda de Leonor por finiquitado.

—Mi hijo, el príncipe Fernando, está bien de salud, y cada día más gallardo y protegido por el cielo de virtudes y buenas prendas.

—Loado sea Dios, aunque temo que su padre alegue la nulidad del

matrimonio para decir que no es hijo suyo.

—No se atreverá.

—Vos ya sabéis de lo que es capaz el Baboso. Él os odia y hará lo imposible por sembrar vuestro camino de obstáculos.

—Le explicaré al pueblo la situación.

—¿Vos pretendéis explicar a vuestros súbditos lo que no os podéis explicar a vos misma? Es una cuestión de sentimientos, no de razones, como la confianza en Dios. La Iglesia católica no explica nada y es la fuerza más poderosa de la tierra. Cuanto vuestros súbditos menos sepan de la verdad, mejor para ellos. Solo les interesa un gobierno rico, fuerte y distante. Os habéis de mantener aparte de la plebe lo más posible, de lo contrario se resiente el prestigio. Vos lo ganáis todo con mostraros con la luz algo velada. Sed astuta, Berenguela, solo así os podréis mantener en el poder.

Esa noche en la picota de las colmenas del Castillo de Otella colgó el cadáver de Garci Lorenzo. Nunca su cicatriz le había dado un carácter tan siniestro. Fue el inicio del cambio en Castilla. Por primera vez en su vida aquella princesa, hija, hermana y mujer de reyes, se ganó el respeto de los suyos. Estaba dispuesta a tomar las riendas del poder en Castilla, por muy mujer que fuera.

La regente cogió el misal que había sido su sostén y apoyo estos años, lo abrió y lo echó con fuerza a la lumbre. El fuego quemó el recuerdo de una mujer sumisa y obediente.

CAPÍTULO XL. ANTE EL REY JAIME I

Con un ramo de rosas en la mano, rodeada de unos cuantos servidores adictos, María de Montpellier murió como había vivido. No buscó riquezas ni honores, solo deseó el bien de su hijo y de su pueblo. Fue sepultada en el mismo Vaticano, cerca de Santa Petronila. Y esta madre ejemplar, en su testamento todavía rogó al Santo Padre que velara por su hijo y le permitiese gobernar en el trono de los condes-reyes.

En Aragón no sonaron campanas de muerte en su honor, no se pidió por su alma eterna, no se reclamó su cuerpo para enterrarlo en Poblet, junto al esposo que tan mal la había tratado. Pero su esfuerzo quedaría grabado con letras doradas en la historia del reino.

- Mientras, el sol del amanecer iluminaba el rostro de Hernán y los tres guerreros, en su camino a Monzón, dispuestos a liberar al rey Jaime y evitarle una muerte segura rodeada de postigos y venenos. Se anunciaba un día caluroso. La expedición cruzó los campos de Lleida, los desiertos de los Monegros. Las jornadas eran duras y todos tenían la introspección de sus pensamientos: Hernán pensaba en Nur; José de Azagra, en la bella judía; Cabeza Brava, en la princesa Berenguela. Dalmacio Creixell era el único que creía tener la herida totalmente cerrada y cavilaba un plan para entrar en la fortaleza del Temple.

Tras varios días de camino divisaron la villa de Monzón. El grandioso panorama que descubrieron los asombró. El pueblo aragonés de casas blancas y una iglesia, estaba construido junto a unas huertas y un río. Se encontraba a los pies de una fortaleza, que se elevaba majestuosa sobre un promontorio, bien aposentada tras sus tres órdenes de recintos. Era una plaza inexpugnable.

A cierta distancia del pueblo estaba el convento de Santa Godia, circundado por una muralla de piedra de la que sobresalían los cipreses del claustro, los tejados de pizarra y el campanario. Por los campos y montes reverberó el repicar de las campanas que llamaban a la oración del mediodía: el rezo del Ángelus.

Hernán se sentía guiado a algo grande; rescatar a un rey para dar la gloria

a su país, junto a los tres caballeros vencedores en las Navas de Tolosa. Sus sueños se estaban convirtiendo en realidad.

Los miembros de la expedición entraron en el monasterio franciscano de Santa Godia y pidieron ver al abad. Dalmacio Creixell tenía un plan para rescatar al rey. El abad era un hombre muy estudioso y celoso de su tiempo, que estaba mucho más preocupado de los asuntos del cielo que de los mundanos. A pesar de ello, y habiéndole notificado que eran caballeros principales, los atendió con diligencia. No quería incurrir en descortesía.

—¿En qué puedo servir a vuestras mercedes?

Don José de Azagra tomó la palabra:

—He oído decir que son muchas las gentes que se hacen vestir a la hora de la muerte con el hábito de San Francisco.

—En efecto. Nuestro Santo Padre de Asís ha conseguido de su santidad grandes mercedes y gracias para quienes en la hora de su muerte vistan el hábito.

—Hemos pensado ir a luchar a Tierra Santa y quisiéramos adquirir este hábito, por si nos ocurre la muerte por el camino —siguió diciendo José de Azagra con humildad.

El abad se extrañó. Por un lado, los visitantes podían haber adquirido este hábito donde hubiesen querido, el camino estaba cuajado de monasterios franciscanos, y por el otro, no llevaban ningún equipaje, ni escuderos, ni armaduras para la guerra. Aun así, prefirió complacer a aquellos forasteros que lo estaban perturbando en sus horas de estudio.

—Ningún problema. Los hermanos se encargarán de darles los hábitos que me pedís —dijo contento de quitarse de encima esas visitas inoportunas—. ¿Alguna otra petición a este humilde abad? —preguntó cortés, con ganas de dar la conversación por terminada.

—No —respondieron todos al unísono.

—Entonces los dejo —dijo contento de volver a su vida ascética y de estudio, mientras traían las cogullas.

Hernán y los tres caballeros procedieron a ejecutar el plan previamente orquestado. Dejaron los caballos en las afueras de la fortaleza de Monzón. Se vistieron con las cogullas y fueron a salvar al rey.

Les habían dicho que los franciscanos de Santa Godia eran los que se encargaban de la limpieza del templo situado en el castillo de Monzón e iban a cuidar el cementerio. Por ello Dalmacio Creixell pensó que, con la

excusa de la limpieza del camposanto, buscarían al rey y lo liberarían. Dalmacio Creixell ideó el plan sin pleno convencimiento, era demasiado sencillo, pero no tenían otra opción. Cabeza Brava estaba indignado, él siempre se había enfrentado al enemigo de cara. José de Azagra opinó que aquel plan era un insulto a Dios. Aun así, todos se vistieron con la cogulla de los franciscanos.

Cuando llegaron al primer foso de la fortaleza los centinelas les dieron el alto desde las murallas:

—¿Quién vive?

—Los hermanos de San Francisco del convento de Santa Godia. Venimos a limpiar el templo y el camposanto —contestó Dalmacio Creixell.

Al cabo de un rato de espera, que se hizo interminable, los guardias bajaron el puente levadizo y abrieron la pesada reja que cerraba el acceso al castillo, donde los recibieron un caballero templario y dos soldados.

—¡Sígannos! —ordenó el caballero con voz imperativa que no admitía oposición.

Los visitantes se miraron resignados. Quizás los habían descubierto. Pero no tenían opción. Además, las cogullas eran perfectas. Hernán presentía que aquello no iba a llevar a nada bueno...

Los guardias les hicieron atravesar dos recintos más, ambos fortificados y con sus correspondientes fosos, hasta llegar a una torre circular con una sala repleta de caballeros templarios y presidida por Guillem de Monredón, que llevaba un pesado colgante de oro con una reliquia de la Vera Cruz. Lo acompañaban varios prohombres y un chiquillo de unos nueve años, rubio y de ojos despiertos. Dalmacio Creixell reconoció en los rasgos del muchacho al heredero de la casa de Barcelona.

—Bienvenido, don Dalmacio Creixell, Cabeza Brava, don José de Azagra y este joven de nombre Hernán.

—¿Pero vos cómo sabéis...? —preguntó Dalmacio, asombrado.

—Es mi obligación estar informado de todo, caballeros. Habéis venido a liberar a vuestro rey aquí presente.

—Así es —dijo Dalmacio Creixell. Los habían descubierto y encima con esos grotescos hábitos franciscanos.

—Pues permitid que os lo entregue.

—¡Voto va! ¡No puede ser! —manifestaron todos al unísono, con gran asombro.

—Sí lo es, nobles caballeros. La Providencia os es favorable, el Santo Padre, accediendo a lo solicitado por la madre del muchacho, me ordena liberarlo y dejarlo a vuestra custodia, noble Dalmacio Creixell. Podéis ir con el rey Jaime. Ayer mis hombres acompañaron a su primo, el conde de Provenza, Ramón Berenguer V, para que embarcase en Salou rumbo a Occitania.

—No tengo palabras —respondió Dalmacio Creixell, sorprendido por los acontecimientos.

—También habéis de saber que, según disposiciones de doña María de Montpellier, el rey está prometido a doña Leonor de Castilla, hermana de doña Berenguela. Para sellar este acuerdo están aquí presentes el caballero Pedro Ahones, los obispos don Aspargo de Pamplona y don Guillén de Tarazona, quienes os acompañarán hasta Barcelona.

—No somos dignos de tan alto encargo —dijo Dalmacio Creixell en nombre de todos.

—No es cierto, caballeros. Es por todos conocido que fuisteis los bravos guerreros de Navas de Tolosa y el hombre de confianza de mi señora madre. Sé que con vuestras mercedes obtendremos grandes victorias —respondió el rey Jaime tomando la palabra.

Hernán se fijó en los rasgos de aquel que había hablado con tanta madurez. Era un mozo joven, noble y generoso, de no más de nueve años y pelo rubio, con ansias de cruzar los límites de la adolescencia y alcanzar la gloria de sus ancestros. En sus ojos brillaba el anhelo del triunfo.

Se arrodillaron ante su señor natural, ese gallardo rey niño con la serenidad y la energía de los escogidos. Hernán tenía la certeza de que alcanzarían la gloria. No sabía que desde el cielo había una mujer, una santa mujer que guardaba a este príncipe. Esta mujer era María de Montpellier, la del desamor de su esposo, la de su vida monástica del silencio y resignación. Su espíritu intercedía ante Dios por este hijo, único amor de su triste vida.

Su rey y señor los hizo levantar. Tomó la palabra.

—Caballeros, me han dicho que me devolveréis mi reino y a mis súbditos. Revuelto anda el mundo con la desmedida soberbia de los grandes señores, y si no es una mano fuerte que sujete el rendaje no podremos parar estos lamentables excesos.

—Así haremos —dijeron todos.

—Hacedlo y yo os sabré estar agradecido —respondió el rey—, pero antes mejor que os saquéis los hábitos. —Todos los presentes rieron, al tiempo que los visitantes se sacaban las cogullas que los avergonzaban.

—Majestad, yo no soy caballero —excusó Hernán con inocencia.

—Eso es fácil. ¡Arrodillaos! —respondió el rey con autoridad.

La ceremonia de armar caballero fue sencilla y rápida, con la premura que imponían las circunstancias. Hernán se volvió a arrodillar ante el rey, tal y como le había ordenado. En ese momento Guillem de Monredón exclamó:

—El muchacho necesita un padrino. —Se hizo el silencio y Hernán, sin pensarlo, respondió:

—Escojo a Dalmacio Creixell. —Este sintió un vuelco en el corazón, Hernán era el hijo que nunca tuvo, aquel que sin ser familia era su vivo retrato. Se situó a su lado.

—¿Juráis no vacilar ante el peligro y morir por nuestro Dios, por nuestros soberanos y nuestra patria? —continuó el monarca.

—Lo juro —dijo Hernán, emocionado.

—Entonces os nombro caballero —manifestó el rey poniendo la espada a la altura de los hombros y de la cabeza de Hernán. En ese momento el muchacho notó cómo se le inflamaban las muñecas y vio que las letras adquirirían el color de la sangre. Se cumplía así el destino del elegido. Solo si era caballero podía matar al Golem.

Sus amigos lo abrazaron. El primero en intervenir fue Dalmacio Creixell, quien le dijo a pie de oreja:

—Y pensar que era vuestra máxima ilusión cuando nos conocimos al descender por Collserola. Me habéis recordado aquella vez que me nombraron a mí. El rey os otorgará un privilegio de nobleza os dará estados y vasallos y os mantendrá en un lugar cerca de su persona. Os dará unas ventajas que serán la envidia de muchos hidalgos y grandes señores, en este vivero de gusanos y ambiciones que es la Corte.

En aquel momento Hernán sintió que se inflamaba su orgullo. Se imaginó que algún día sería un gran señor capaz de escupir en la cara de aquellos que lo habían insultado, en especial, a los infames compañeros de aquel maldito templo de los dominicos.

—Y ahora hemos de rebelar a los ciudadanos, hacer correr al mundo que el rey está libre —dijo José de Azagra.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Cabeza Brava.

—Debemos buscar apoyos —afirmó Dalmacio Creixell.

—Pero yo soy el rey, me deben obediencia —dijo el joven Jaime.

—No, alteza, vuestros enemigos harán correr rumores, dirán que vos sois ilegítimo, que vos no tenéis derecho. Ya lo intentaron otra vez —añadió Dalmacio Creixell.

—Quizás con la ayuda de los remesas... —opinó Hernán a media voz.

—Bien pensado, muchacho, ¿pero vos cómo sabéis...? —respondió Dalmacio Creixell.

—Los vi cuando me desplazé de mi monasterio de San Juan de la Peña a Barcelona.

—¿Quiénes son? —preguntó Cabeza Brava.

—Son los campesinos. Siempre se han rebelado contra la fijación de los malos usos, que les obligan a estar en una situación de semiesclavitud respecto de la tierra —añadió Dalmacio Creixell.

—Pero no puedo ir contra mis nobles —dijo el rey.

—Pensadlo. Necesitáis al pueblo. Si queréis ser un buen rey habéis de mantener a raya a los poderosos. Además, vuestro tío Sancho Raimúndez, tutor real y regente, de conformidad con Fray Raymundo de Peñafort, ha vuelto a conceder los malos usos, que vuestro abuelo Alfonso II, el Casto, abolió. Si los volvéis a abolir os ganaréis al pueblo —reiteró Dalmacio Creixell.

—¡Por la Virgen de Montserrat! Ya está pensado. Habré de volver a este castillo con el rabo entre las piernas y las orejas gachas como un perro apaleado y ser el hazmerreír de la Corte de mi tío. ¡O rey o nada! ¡Por mí! ¡Por mi madre! ¡Por mi país!

—También habremos de pedir la ayuda de los otros reyes cristianos, pero para ello debemos de encender las piras, las piras que han mantenido mis ancestros, las piras de ayuda mutua. Las piras que encendimos por la batalla de Navas de Tolosa —dijo José de Azagra.

—¿Vos creéis que el resto de reyes de la península contestarán a la solicitud de ayuda del joven rey del casal de Barcelona? —preguntó Hernán dudando de la eficacia de las piras.

—Nobleza obliga. Fue un juramento hecho en tiempos de la invasión musulmana —dijo José de Azagra, orgulloso—. Yo iré a encender las piras.

—No, vos sois un bravo guerrero y el rey os necesita para ir a Barcelona —interrumpió Hernán.

—Pero... —objeto José de Azagra.

—¡Voto a todos los santos! Yo soy el más joven, acabo de ser nombrado caballero ¡Dejadme la misión a mí! —exclamó Hernán, solícito.

—Vuestras palabras nos han convencido —dijo Dalmacio Creixell—. Vuestra bravura os distingue. Felicidades, hijo.

—Yo os acompañaré. ¡Tú eres bravo, muchacho, y yo un Cabeza Brava! —exclamó el hijo del señor de Vizcaya. Todos rieron ante la ocurrencia.

—Hecho. Hernán y Cabeza Brava irán a encender las piras —dijo Dalmacio Creixell, con la aquiescencia del rey.

—Debéis ir a Moncayo, mojón entre los tres reinos, de Castilla, Navarra y Aragón. Al lado del santuario encontraréis la pira, de la que parten todas las piras de los distintos reinos — explicó José de Azagra.

La conversación fue interrumpida por el fiero voltear de todas las campanas del valle anunciando que el rey volvía a Barcelona, el señor natural que retornaría la paz al reino. Cuando salieron del castillo de Monzón, los aldeanos los esperaban impacientes, para aclamar al joven rey, ese rapaz de nueve años que vestía una cota de mallas y demostraba un valor digno de sus ancestros.

Cabeza Brava y Hernán partieron hacia el santuario de Moncayo, El rey, Dalmacio Creixell, José de Azagra y los obispos de Pamplona y Tarazona a Barcelona. Todos los pueblos por donde pasaba al rey lo aclamaban bajo los gritos de:

—*Visca el rei, nostro senyor! Mori Fray Raymond de Penyafort!*

Y aquel pueblo muerto, difunto, volvió a revivir sintiendo latir la sangre en sus venas bajo el grito de «¡libertad!».

Solo faltaba la espada, la espada del casal de Barcelona...

CAPÍTULO XLI. NUR Y LA INQUISICIÓN

En los dormitorios de Fray Raymundo, en la catedral-monasterio de Santa Catalina o de los dominicos, reverberaban los primarios sonidos de deleite del cura, que se unían a los gritos de auxilio de Nur. Ella cogió la cabeza del sacerdote por el poco pelo que le quedaba e intentó alejarlo de su cara.

—¿Qué hacéis? ¿Os habéis vuelto loca? —gritó el cura golpeando el brazo de ella, liberando su cabello y azotándola.

—¡Por Dios, dejadme ir! —chilló ella, humillada.

—Sé que sois una furcia —afirmó su agresor volviéndole a golpear.

—¡Por favor! ¡No! ¡Os lo suplico! —imploró Nur con asco, dolor y desespero.

—Yo os amo —contestó el sacerdote, sosteniéndole con fuerza los brazos y besándola con voluptuoso deseo. La tenaz resistencia de ella encendía los instintos del cura.

La joven musulmana estaba a merced del inquisidor. Sentía cómo su mano volvía a pasar lascivamente por su cuerpo, mientras sus babas le caían sobre los senos.

—¡Dejadme, por Dios, dejadme! —gritó, asustada.

—¡Calla, puta! —le respondió el cura, abofeteándola otra vez.

—¡Socorro! ¡Socorro! —exclamó ella. Sus palabras rebotaban huecas en las recias paredes de la estancia.

—¡Cállate de una vez! —repitió Fray Raymundo jadeante, dándole otra estruendosa bofetada en la cara. La bailarina estaba temblando de repugnancia y miedo, sentía náuseas; sabía que a los pobres no se les creía cuando acusaban a los poderosos.

El inquisidor le ató las manos a unas barras, al tiempo que le sobaba los senos y la intentaba penetrar. Ella no podía detener el llanto, pero el cura no era capaz de penetrarla. Su miembro seguía flojo.

Nur permanecía inmóvil con los ojos cerrados. El inquisidor apretaba. Gruñía débilmente mientras empujaba el flácido miembro ayudado por la mano. Luego, con un estremecimiento y un gemido de disgusto, retiró su verga.

—¿Por qué la habéis intentado violar? —preguntó Pedro Nonasco, entrando en la estancia para notificar al fraile que las obras en la plaza del Ángel seguían a buen ritmo.

—Porque me quería demostrar a mí mismo que, aparte de gustarme los caracoles, también me pueden gustar las ostras...

Mientras sus captores dialogaban, la musulmana tenía la mirada ausente. El dolor la había sumergido en lo más hondo del abismo. Era una naufraga en el mar profundo de las aflicciones. Ella que había intentado mantenerse a flote en este duro mundo de hombres, se sentía vencida, no valía la pena seguir viviendo.

Ajeno al sufrimiento de Nur y al de cualquier persona, Fray Raymundo se preparó para la guerra y envió un mensaje al califa de Mallorca para solicitar su ayuda, mientras convocaba un pequeño ejército comandado por don Sancho Raimúndez, en su calidad de regente y tío del rey, al objeto de sofocar la rebelión y apresar al rey niño.

- Días más tarde llevaron a Nur a la sala de la Mare de Deu de la Mercé de la Catedral de Barcelona. Era el día de los juicios contra los reos convictos de la Inquisición. Fray Raymundo y otros cuatro miembros de la orden dominica y un notario estaban sentados detrás de una mesa, encima de una tarima de un metro de alto. En las gradas lo esperaba el pueblo, airado. Un crucifijo de marfil presidía la estancia.

Nur estaba en el centro de la sala de pie, sucia y desharrapada. Se la acusaba de adulterio, mancillar muchachos y tener relaciones carnales con el demonio. El inquisidor era un experto en el arte de dominar y sojuzgar a la gente. Disfrutaba con ello.

—Sé que has pecado —le dijo Fray Raymundo.

—¡No! —respondió ella. Estaba desfallecida, vejada y humillada por la violación y los días de encierro en las celdas de la prisión. Había recuperado su entereza. Se vio obligada a mirar al inquisidor situado en lo alto.

—Sé que has pecado —afirmó el cura en tono imperativo.

—¡No! —repitió ella, sintiendo que le faltaban las fuerzas.

—Tú eres una infiel, transmites el mal, mancillas a muchachos y los conduces a la lujuria. Te has encamado con varios de ellos en tu vivienda de al lado de la judería.

—No —dijo Nur sollozando; y en ese momento apareció su vecina, aquella señora mayor que siempre observaba a través de la ventana del edificio de enfrente de la calle Espolsasacs, y declaró que la musulmana

fornicaba cada día con hombres diversos e incluso un día vio al propio diablo en forma de monstruo.

—¿A cuántos muchachos has inducido al pecado de la carne? ¿Con cuántos has mantenido relaciones sexuales? —El inquisidor le lanzó una retahíla de improperios—. Eres una adoradora del diablo, tus únicas razones de existir son la fornicación y el vicio. Confiesa, sucia arpía, así lograrás la paz.

Ella se tapó los oídos. No quería escuchar más. Finalmente cayó de rodillas, sollozando.

—Sí, confieso ser musulmana, confieso haberme acostado con muchachos por dinero. Mi madre era una meretriz. También me acuesto con el diablo.

—¿Y cómo es el diablo? —preguntó el inquisidor.

—Es un hombre con cuernos y rabo que se presenta a medianoche, tiene una mirada dura y el cuerpo es de color verde. — Necesitaba tener reposo. Todo le daba igual.

El interrogatorio fue interrumpido por un grito espantoso. Era el grito del misterioso ser atormentado que se había escuchado en las desiertas calles de la ciudad. El grito de una bestia que jamás yació con mujer alguna. El inquisidor estaba aterrado. El público empezó a abandonar la sala, cuando una bestia medio hombre medio animal apareció en la sala como salida de la nada.

—¡El diablo! ¡El diablo! —exclamaron todos.

El ser miró a los presentes con aspecto fiero. Estalló el pánico. La gente buscaba la salida en medio de empujones y gritos. Los inquisidores desaparecieron por la puerta trasera. La bestia se abalanzó sobre Nur y la cogió entre sus garras. Ella vio aquellos ojos, aquella saliva cayendo. Reconoció al ser que descubrió un día en su habitación. Se desmayó.

La bestia rompió uno de los ventanales, salió al patio con su valioso fardo, entró en la catedral, desapareció por el sepulcro de Santa Eulalia y se adentró por oscuros corredores. Nadie se atrevió a seguirla.

El fraile salió de su escondrijo y, simulando gran entereza, dijo que aquel ser era el demonio, y ordenó que lo persiguieran. Sus palabras se oyeron huecas, la gente había huido.

Pedro Nonasco miró al fraile, era consciente de la mediocridad de Fray Raymundo. Valoraba su capacidad de convencer, engañar e intrigar. Pero la

mezquindad lo podía. Y pensar que él pudo liderar un cambio, pero no fue capaz, sucumbiendo ante el poder.

La bestia cruzó, ajena a lo que sucedía en el exterior, por los subterráneos de la ciudad de Barcelona que enlazaban iglesias y palacios. Nur estaba semiinconsciente. Soñó que estaba estrechada en el afecto de unos brazos amantes. No se equivocaba, su raptor necesitaba amar, quería besar a alguien hasta hartarse. Ella soñó con Hernán y abrazó a la criatura. Esto redobló las fuerzas de la bestia.

Llegaron a una sala ovalada y la bestia depositó a Nur en un banco de piedra.

Cuando la doncella abrió los ojos vio aquella estancia sucia y negra, pequeños hilos de agua filtrándose por las paredes, unas piedras antiguas talladas formando una cúpula con unas letras hebreas, el elefante, el grifo, el caballero, y una enorme peana en medio, rodeada por unos bancos de piedra. Luego percibió a la bestia a su lado. El Golem se alegró al ver que la musulmana había recuperado el conocimiento. La empezó a oler y acariciar, al tiempo que acercó su mandíbula a los labios de ella. Nur liberó sus brazos, empezó a gritar, se volvió a desmayar...

- En la comarca de Zaragoza soplaba el cierzo. Estaba escampando. El cielo se rasgaba y entre sus desgarrones brillaba un pedazo de azul. Hernán y Cabeza Brava iban cabalgando al santuario de Moncayo. Atravesaban un páramo cubierto de piedras, esparto, romeros y lentiscos, y algún que otro escuálido pino que hundía sus raíces en el duro suelo. Un conejo pacía tranquilamente entre un matorral de romeros en flor. Hernán, ajeno al paisaje, dejaba volar sus pensamientos. Había dos niños reyes en los troncos más importantes de las Españas, que comenzaban a entrar en la edad expuesta a mil tropiezos en que el niño se convierte en hombre. Pensó en los sueños ilusionados que turban las noches de la adolescencia y en los políticos que acechan este despertar de juventud y lo intentan apresurar, llevándolo hacia su camino.

Reflexionó sobre la oferta del rey, en el oro que le había prometido, en las tierras y los vasallos. Se dio cuenta de que había dos tipos de hombres: los que se doblegan bajo la voluntad de los poderosos y los que tienen un ideal, un ideal que es un faro que ilumina con su senda a otros hombres y si se

apaga esa luz, el mundo se queda a oscuras. Había de pensar quién era él realmente y qué quería.

—Muchacho ¿vais bien? Estáis muy pensativo —le dijo Cabeza Brava.

—Perdonad, meditaba en nuestra próxima misión.

—Mal hecho, amigo. Vos habéis de pensar en mujeres.

—¡Ja, ja, ja! Pues ahora pensaba en otra cosa.

—Triunfaremos, amigo, tenedlo por seguro, palabra de Cabeza Brava, y luego seréis el joven más codiciado de toda la Corte de Jaime I. El rey os hará mercedor de las mujeres casaderas más adineradas y nobles de Cataluña.

Los caballeros siguieron su paso por el desierto de los Monegros, donde encontraron las huellas de los famélicos lobos que desde las cumbres de los montes se aventuraban a bajar hasta el llano. Cuando la noche caía, el eco de sus aullidos reverberaba por las peñas y barrancos. Debían seguir adelante. Del resultado de su misión dependía el futuro de la ciudad de Barcelona.

CAPÍTULO XLII. ENAMORAMIENTO

Los puertos de San Just, Uced y Teruel estaban cubiertos de una nieve helada que no presentaba cariz de desaparecer hasta bien entrado mayo. El agua de los torrentes bajaba ruidosa y con fuerza, esquivando las piedras y produciendo cascadas. Se anunciaba un día caluroso que prendía nubecillas como vellones sobre las crestas de los montes cercanos.

Constanza se encontraba en la vereda del río Guadalaviar. Sentada sobre la hierba, al arrimo de los brezos, debajo de un álamo blanco de plateado follaje, rodeada de flores y del dulce piar de los pájaros. Reinaba una armonía que invitaba al reposo y era beneficioso sedante para la dura existencia de la princesa. Al compás del sonido del agua al chocar contra las piedras deshojaba una margarita. El campamento estaba organizado y el pueblo judío se estaba recuperando de las heridas. Estaba tranquila, podía dejar volar sus sueños de joven enamorada. Tenía el semblante juvenil, alegre y despreocupado. Pero el relinchar de un caballo proveniente de los pinares de Rodeno la despertó de un bello sueño de princesa, arrugando su hermoso rostro.

El señor de Albarracín la observaba montado en su brioso corcel como una bestia mira a su presa. Ella se estremeció, dejó caer la margarita al suelo. Él bajó de su montura, pisó la margarita, se inclinó y cogió la mano de la princesa para besarla.

—¡Caballero, por Dios! —dijo ella con disimulado asco y desespero.

Él le cogió las manos. Ella lo rechazó.

—Señora, podéis estar satisfecha, estoy enamorado de vos. No os resistáis —le respondió, altanero.

—¡Teneos! No deberíais estar aquí, nos van a descubrir — dijo intentando ganar tiempo.

—¿Qué me importa que me sorprendan si os amo? —afirmó con la autoridad de quien se sabe por encima del bien y del mal.

Ella no tenía más argumentos y accedió a dar un paseo por las riberas del Guadalaviar. Él se aproximó al tierno cuerpo de la muchacha. Ella se separó, asustada.

—Señor, por Dios, nos pueden ver...

Él no se pudo resistir más y la abrazó con fuerza, al tiempo que le decía:

—Estáis en mi señorío, me debéis obediencia.

—¡Por Abraham y sus profetas! ¡Jamás, señor! ¡Dejadme! — exclamó asustada, dándole un empujón.

—¡Furcia! —le dijo mientras le daba una bofetada en la cara.

—Yo nunca me he insinuado. Mi único pecado fue ser mujer en un mundo de hombres —intentó justificar, al tiempo que se pasaba la mano por la mejilla dolorida.

—¡No me vengáis con excusas! ¡Me habéis de obedecer! ¡Sabed que vuestro pueblo está aquí por mí! —exclamó, amenazador.

—¡No tal, señor! Habéis de saber que corre en mí sangre de reyes y jamás seré la prostituta de nadie por propia voluntad. Si vendiese mi cuerpo, cuando vos os cansaseis de mi buscaríais a otra y os olvidaríais de todo lo que me prometisteis. No soy un trozo de carne. Tengo sentimientos. —Rompió a llorar, para añadir—: ¡Amo a vuestro hijo!

—¿Qué decís? ¡Desgraciada! ¡Eso jamás! ¡Sois judía! —dijo altanero, al tiempo que volvía a alzar la mano para pegarle.

—Ya sé que no puedo. Y os juro por mi Dios que intenté rechazarlo. ¿Pero acaso nos es dado elegir a la persona a la que queremos? Dios me hizo querer a vuestro hijo y que él me quisiera a mí. Igual fue para hacernos sufrir. Lo nuestro es una historia de amor por encima de perjuicios, de raza y de religión. Él arriesgó su vida por mí en un torneo. Yo le di mi velo y con él mi corazón. —Siguió llorando entre balbuceos—. Tampoco mi padre acepta la relación porque sabe que nos odiáis.

—No lloréis más —dijo el señor de Azagra, compungido—. ¿Es verdad que mi hijo os ama? —añadió, avergonzado. Recordó que la última vez que vio a su hijo, este rebosaba alegría y ahora descubría qué era el gozo de un joven enamorado.

—Sí. ¿No veis que mis sentimientos son sinceros? Yo, al igual que él, también tengo los perjuicios de mi raza al amar a un cristiano —dijo mirándolo con los ojos humedecidos. Había contenido el llanto.

Los argumentos de Constanza convencieron y movieron a la piedad al orgulloso señor de Azagra. El poderoso caballero podía batallar contra los moros, mandar a sus mesnadas, ser el peor acicate de sus enemigos, pero ante la sinceridad de una mujer cuyo único pecado había sido amar a su hijo y defender a su pueblo, también sabía reconocer su felonía.

—Perdonad a este viejo achacoso. Veros fue como el despertar de la juventud.

—Nos iremos a Gerona, os pedimos licencia —respondió la doncella con resolución.

—No os la doy. Ahora sois mis súbditos y de entre ellos los más preciados. Ruego me perdonéis. Desde hoy seré vuestro seguro servidor. Vuestra virtud me ha conmovido y me ha hecho sentir el más sucio de los mortales. Hablaré con vuestro padre, me consta que es un hombre justo.

- Frente a las vilezas, las miserias y las ruindades de los poderosos respecto de los dos niños puestos en la cabecera de los reinos de Castilla y Aragón, los acontecimientos se estaban precipitando en el reino de Aragón, donde empezaba a brillar la esperanza.

El rey Jaime cabalgaba hacia Barcelona. Se había extendido por las tierras sometidas al yugo de la tiranía del fraile que el rey estaba libre. Los sufridos campesinos, hartos de los malos usos, fueron los primeros en ponerse a su lado. Luego les siguieron las ciudades de Huesca, Zaragoza y Lérida. Y aquel niño que empezó con un ejército de cinco personas, ahora se contaban por miles. Todo era júbilo por ver a don Jaime en libertad, las villas y pueblos por donde pasaban lo recibieron con entusiasmo, esperanzados que con su gobierno volverían a reinar en sus tierras la paz y la concordia engendradoras de prosperidades. Pero faltaba Barcelona...

- En los subterráneos de la Ciudad Condal, Nur se paseaba por aquella sala circular en la que se encontraba encerrada. Estaba hambrienta. Su raptor no aparecía. Un tragaluz en el vértice de la bóveda daba un poco de luz natural. En el centro de la estancia había una peana con inscripciones hebreas. «Qué extraño...», se preguntó ella, al tiempo que tocaba el curioso monolito de la que parecía faltar la parte superior. Miró a derredor y vio que en cada uno de los cuatro muros que sujetaban la bóveda había diversas puertas que daban a distintos pasillos. La musulmana intentó aventurarse por uno de ellos, pero retrocedió con miedo. Había una gran oscuridad y parecían no llevar a ninguna parte. En el suelo vio el cascabel del bufón, lo cogió y lo hizo sonar.

El ruido del cascabel fue respondido por un grito que más parecía un aullido. Se oyeron unos pasos que retumbaron por los pasillos y la estancia. El Golem apareció en la sala. Nur estaba aterrada, no pudo articular

palabra. Tuvo el convencimiento de que la bestia había vuelto para matarla, pero los movimientos de la criatura lo descartaron. El Golem se acercó a ella con paso reposado; cuidaba y estudiaba todos sus movimientos, no la quería alterar. Ella vio en los ojos de la bestia un vislumbre de emoción. Se tranquilizó. El miedo fue sustituido por una sensación de asco, su aspecto fiero, su constitución medio hombre y medio animal. Pensó que era vomitivo. Pero cuando el Golem abrió sus garras y dejó a su vista un pan recién horneado cambió de opinión. Descubrió que, a pesar de la aparente bestialidad de la criatura, había algo de hermoso en ella. Cogió la comida que le ofrecía aquel ser medio hombre medio animal y la devoró con gran apetito, mientras él la miraba con deleite.

Ella intentó intercambiar unas palabras con ese ser extraño, pero no fue posible. La miraba como mira un niño que no comprende. Él era tan grande y a la vez tan fiero. Pero en el fondo, con una mujer era tímido. Tenía una terrible necesidad de amar.

Y allá quedaron los dos, con sus ansias de cariño, con sus tristezas y amarguras, en un sitio alejado del mundo, bajo la ciudad de Barcelona.

CAPÍTULO XLIII. MAFALDA DE PORTUGAL Y ENRIQUE I DE CASTILLA

Los Lara también previeron la necesidad de casar al niño rey de Castilla para buscar alianzas, consolidar su poder y lograr el dominio del reino. No importaba que el crío todavía fuera un impúber, incapaz de consumar el matrimonio. Para ello buscaron una mujer que no tuviera criterio. Se entrevistaron con don Alfonso, el Gordo, rey de Portugal, y acordaron casar a don Enrique con la hermana de este, doña Mafalda de Portugal, mujer a la podían dominar, una grácil muñeca inocente, con poner de virgen. Ambos tenían doce años de edad.

La princesa portuguesa era muy bella, tenía la cara de ángel, los rasgos finos y elegantes, los cabellos oscuros le caían con dos trenzas sobre el pecho. El rey también tenía la cara de ángel, era rubio, con los hermosos rasgos de los Plantagent, realzados por su ascendencia hispana. Al verlos juntos se hubiese dicho que tenían un futuro lleno de dicha en el que no les faltaría de nada.

¿Pero qué podían hacer dos niños a los que el devenir del destino les hizo jugar a ser mayores? El rey se divertía con sus amigos y a ella la arrancaron de sus muñecas para darle a un chiquillo como marido.

Los días pasaban y la soberana permanecía doncella. La Corte se mofaba de la reina, se decía que era demasiado cándida para que el rey la dejara embarazada. Ella asimilaba con despecho y humillación estos comentarios. Era un espíritu recogido, tímido, fervoroso; demasiado joven para sufrir las amarguras de los mayores. Se sentía tan abandonada, tan desdeñada, tan sola... Su alma se recogía en la religión. Añoraba a su patria, a sus padres, a sus amigas, a los galantes caballeros lusitanos...

El conde de Lara había dejado en manos de doña Brianda las gestiones para lograr un heredero del cándido matrimonio y afianzarse en el poder, con la amenaza de hacerla responsable si al final no nacía un bebé. Por ello esta mujer, asfixiada por la presión del conde, decidió actuar y se personó en los aposentos de la portuguesa. Echó a las doncellas de la reina y la abroncó:

—¡Vos no sabéis manejaros!

—Pero yo le amo, él no quiere —dijo justificándose.

—Comportaos como una mujer.

—¿Y como se ha de comportar una mujer? ¿Acaso ha de ser una puta? —dijo con orgullo de reina.

—Niña, aquí vuestro orgullo no vale para nada, quien manda soy yo, vos solo sois un medio para lograr un heredero. Haced lo que queráis, pero os habéis de quedar embarazada —le dijo en tono amenazante.

Mafalda lloró, era prisionera de esta Corte donde la maltrataban. Le prometieron un esposo enamorado y un reino brillante, y tenía un purgatorio. En su orgullo no podía sufrir la compasión de otros, ni las órdenes de una vasalla suya como era doña Brianda. Pero estaba en tierra extranjera y su marido era incapaz de hacerse respetar.

Doña Brianda salió de la habitación con el corazón palpitante y los ojos enrojecidos, fue a un recodo de los pasillos y empezó a vomitar. Ya no era la misma. La presión del poder la estaba matando. Mafalda era una inocente criatura en medio de las avaricias de los poderosos. Pensó en abandonar a don Álvaro de Lara y empezar una nueva vida cerca de Hernán, pero temía las represalias del conde. Era un hombre muy vengativo.

En la Corte siguieron murmurando que la soberana permanecía doncella. Pronto los murmullos cambiaron de signo y hablaron de la impotencia del rey, no se dieron cuenta de que el monarca era demasiado niño...

Mafalda intentó dialogar con su marido. Se pasaba demasiado tiempo fuera, no le hacía caso, la ignoraba y ella era su mujer.

—¿Y vuestras damas no os distraen? —le preguntó el rey, sorprendido.

—¡Qué importan mis damas! —exclamó enojada.

—Podéis jugar con ellas, no me precisáis a mí —respondió el rey sin ni tan siquiera inmutarse.

—¡Por la Virgen del Amor Hermoso! ¿No veis que estoy sola sin vos? Vine a buscar vuestra compañía y vuestro amor.

—Mi amor no os falta, pero no puedo estar pegado a vos hora tras hora —se disculpó el rey que no entendía nada.

La reina suspiró y dejó caer dos lágrimas. El rey era demasiado niño para entender.

—Siempre lloráis. ¿Por qué no jugáis conmigo? —le preguntó aquel ser inocente.

—¡Sois un crío! —exclamó la reina con ternura, al tiempo que seguía llorando.

—No lloréis, os prometo regalaros el más hermoso collar y llevaros a la feria de Valladolid, y al sepulcro del Santo Apóstol —dijo él para tranquilizarla.

Ella le acarició el rostro y le dio dos besos en las mejillas. No había nada que hacer, era demasiado niño.

- Doña Berenguela había aprendido las intrigas y los juegos de la política, y no dudó en utilizar las armas que antes utilizaron contra ella. Para ello impugnó el matrimonio de su hermano con la princesa Mafalda ante el papa Inocencio III, basándose en la consanguinidad por su condición de primos carnales. El Santo Padre había cambiado sus estrategias y ya no le interesaba una alianza entre Portugal y Castilla, por lo que optó por disolver el matrimonio.

Cuando llegó la noticia a Castilla, doña Brianda se apresuró a buscar nueva mujer para el rey, mientras que el conde de Lara pensó en fornicar con aquella joven portuguesa. Para ello una noche este «hombre de hembras» entró en los aposentos de la reina Mafalda y la propuso en matrimonio. Ella lo sacó a cajas destempladas de sus habitaciones y le exclamó con desprecio:

—¡Jamás seré la esposa de quien fue mi vasallo! —No volvería a permitir que nadie la pisotease ni la tratase como a un burdo juguete.

En ese preciso momento doña Brianda pasaba por delante de los aposentos de la reina portuguesa y vio cómo dejaba en evidencia al conde de Lara. Sintió admiración hacia aquella niña que se había atrevido a hacer lo que ella tanto había deseado. El conde de Lara la descubrió siendo testigo de una acción tan humillante. Su amante no se abstuvo de decir:

—¡Vaya demostración os ha hecho esa niña!

—¡Calla, vieja!

—Sois despreciable —se atrevió a responderle.

—Es una chica joven, no como vos. Jamás seréis reina de Castilla —respondió con ánimo de herirla.

—Pero vos me prometisteis... —dijo cambiando de tono, descubriendo que su sacrificio había sido en vano.

—Yo no os prometí nada, fuiste una simple distracción mía. No me casaría con vos ni por todo el oro del mundo. ¡Zorra! Y ahora me darás placer —sentenció cogiéndola por la cintura.

Forcejearon. La dama se resistió, pero el conde de Lara, mucho más fuerte, la tumbó en el suelo y la llevó a su habitación, arrastrándola por los

pasillos. Quiso depositarla en la cama, pero ella se volvió a resistir. El conde de Lara le rompió las vestiduras que cubrían la ingle y las piernas, luego se arrodilló intentando separar sus piernas. Doña Brianda pareció acceder. Él se sacó la túnica e intentó penetrarla, pero la mujer lo rechazó, dándole una patada en la entrepierna. El caballero aulló de dolor. Ella lo arañó. Él la golpeó. Ella gritó, se puso histérica, empezó a dar bofetadas en el aire.

El conde de Lara la empezó a atizar con fuerza hasta dejarla malherida y semiconsciente. Al final le dijo:

—¡Abre las piernas, zorra! Si no te mataré.

Ella obedeció. No le quedaba otra solución. Estaba agotada. Se mantuvo inmóvil, tensa, con los ojos cerrados, tenía el cuerpo resbaladizo por el sudor. Empezó a tiritar. Él disfrutaba con la expectación y el terror de ella. El agresor la penetró groseramente, empujando con toda su fuerza, mientras la desgraciada mujer gritaba asustada y dolorida. Finalmente, doña Brianda no aguantó más el sufrimiento y se desmayó. Él eyaculó en su interior.

El agresor se levantó, se vistió y la dejó en el suelo de la habitación, sudorosa y tiritando.

Doña Brianda se despertó con las ropas rotas. El dolor y la rabia le impedían llorar. El conde de Lara jamás la quiso hacer su mujer y la había utilizado como una vulgar ramera. Se sintió vejada, humillada y traicionada. Juró por lo más profundo de su alma vengarse del conde.

- Días más tarde, en la frontera entre Castilla y Portugal, el cielo se tiñó de ocre. Las hojas de los árboles habían caído, dejando en el suelo una alfombra triste. El ambiente estaba lleno de la dulzura y grata tibieza del airecillo que traía el canto melancólico del fado lusitano.

Este lugar fue testigo del último encuentro entre los dos esposos. La despedida fue terrible, en pleno campo se dijeron adiós. Todos vieron cómo la infanta de Portugal y el rey de Castilla se abrazaban, y el rey Enrique besaba una y otra vez la mejilla y las manos de la desdichada. Eran tan niños y a la vez tan maduros... En ese momento nació el amor de las dos criaturas inocentes, que habían sido objeto de las más burdas intrigas palaciegas.

—Acordaos de mí, que vine a vos bien deseosa de reinar, con bondad,

dulzura y esperanza. Y vuelvo afrentada, desolada y con el alma en sombras. Cuando seáis feliz con otra esposa haced memoria de esta desolada princesa.

—Y vos recordad a este desgraciado enamorado que no llegó a conoceros sino en el momento de renunciaros.

—Os juro que pensaré tanto en vos que no me volveré a casar, noble esposo. Miró con desprecio al libertino conde castellano, que los había acompañado, junto con toda la Corte.

Ella se retiró a Rucha, donde fundó el monasterio del cual fue priora hasta muy avanzada edad, cumpliendo así su juramento y buscando en Dios el amor que en vano había tratado de hallar entre los hombres.

Mientras, el conde de Lara cavilaba entre casar al rey Enrique con una borgoñesa y unir Castilla junto al poder de Francia, o bien casarlo con doña Sancha de León, hija del Baboso. Así tendría los dos reinos controlados y fuera de la órbita de doña Berenguela.

- Ajeno a las intrigas de Castilla, Hernán iba cabalgando junto a Cabeza Brava. Pasaron por frondosos bosques, por páramos, y peñascales, atravesaron ríos caudalosos, hasta que llegaron a la montaña en cuya cumbre de alzaba el santuario de Moncayo. Iniciaron la subida. Las herraduras de los caballos triscaban en el suelo empedrado. Se detuvieron. Era preferible ir a pie. Iban enfilando el sinuoso camino de la loma. La vegetación desapareció, únicamente unos pocos pinos hincaban sus raíces en las duras rocas. Una cruz de piedra anunciaba la cercanía del santuario. Anochecía.

Antes de llegar a la cima de la montaña vieron el santuario, compuesto por una iglesia con su campanario y un edificio contiguo con una torre. Todo ello circundado por una muralla. Pero las puertas que le daban acceso permanecían cerradas.

—Es extraño. Estas puertas no se cierran nunca, el santuario siempre está abierto a los peregrinos —dijo Cabeza Brava.

—Quizás no lo habite nadie —respondió Hernán, inocente.

—¡Imposible! Por vida de... ¡Abrid las puertas! —gritó Cabeza Brava.

Nadie abría. Dieron una vuelta para localizar otro acceso, sin lograrlo, y cuando volvieron a la única puerta que daba entrada se abrió una ventanuca

y apareció una cara desfigurada y muy desagradable. Cabeza Brava le preguntó:

—¡Por Dios! ¿Podéis abrir?

—Lo siento, el santuario está cerrado.

—Somos viajeros, la noche nos ha alcanzado y conocemos la hospitalidad del santuario.

El guarda cerró la ventanuca sin contestar. No les podían negar el acceso. Tras un rato de espera se abrió la puerta y los recibió un monje corpulento con cara de hipócrita.

—Dios os guarde, caballeros. Perdón por la espera, con el toque de la queda cerramos el monasterio. Pero por vos, y viendo que sois personas principales, hemos hecho una excepción. Podéis pasar a la hospedería.

Cabeza Brava y Hernán atravesaron el santuario a través de un patio con una pira de leña. Se cruzaron una mirada cómplice. Estaban en el sitio correcto. Los condujeron a unas dependencias situadas en lo alto de la torre. El cura les notificó que el abad los recibiría al día siguiente. Pero cuando iba a cerrar la pesada puerta de la estancia, el hábito franciscano se trabó con la puerta y descubrieron que bajo este el monje llevaba el terrible hábito de los monjes dominicos. Era una trampa. Intentaron reaccionar, pero el monje pudo cerrar la pesada puerta antes de que pudieran evitarlo. Los habían hecho prisioneros.

—¡Guárdenos Dios y la Virgen Santa María! —exclamó Hernán, asomándose a la ventana y viendo la enorme distancia que los separaba del suelo.

—Tranquilo, ya se nos ocurrirá algo —replicó Cabeza Brava, al tiempo que trataba de derribar a trompazos la puerta que daba acceso a la estancia.

Ambos miraron las telas de las camas y los ventanales, y sin pensarlo agarraron las gruesas sábanas de lino y los gruesos cortinajes de la estancia, los anudaron con premura y los lanzaron al vacío. La altura cortaba el aliento. Las sábanas se balancearon peligrosamente en el enorme vacío que los separaba del suelo. Hernán fue el primero en bajar, se santiguó y se descolgó al abismo. La altura era elevadísima, sintió náuseas y vértigo. Debían continuar. Detrás de él iba Cabeza Brava. Cuando llegaron al pie de la torre cogieron una tea y encendieron la pira. Inmediatamente se dio el grito de alarma y salieron los monjes a apagar el fuego. Era demasiado

tarde. Las llamas se elevaron al cielo, signo de la esperanza de los pueblos de la península amenazada por las intrigas palaciegas.

Pero el tiempo iba transcurriendo y no se iluminaba ninguna otra pira respondiendo a la llamada del rey. Tanto Cabeza Brava como Hernán sufrieron unos momentos de angustia. El rey Jaime, sus amigos, su pueblo, la reina María de Montpellier. ¡No! Dios no les podía hacer esta mala pasada. Hernán le pidió a su madre que desde el cielo lo ayudase.

Cabeza Brava dejó escapar un grito de júbilo, al descubrir en la lejanía unos puntitos de luz que se iban encadenando. Primero fue uno, luego otro y otro, y en medio de la majestuosidad de los Pirineos se sucedieron las hogueras dirigidas a los distintos reinos de la península, llamando al auxilio del conde-rey de Barcelona y reafirmando el juramento hecho por los primeros reyes cristianos tras la invasión musulmana.

CAPÍTULO XLIV. EL RETORNO DEL REY JAIME I A BARCELONA

Una vez Fray Raymundo accedió al poder en Barcelona, por medio de la superstición y la intriga, lo mantuvo por el miedo. Así, en aquella torre de la catedral-monasterio de Santa Catalina, donde el fraile tenía sus objetos, por la noche aparecía y reaparecía una claridad roja, intermitente, más una llama que una luz. La gente le tenía miedo y se convirtió para los ciudadanos en una torre maldita, torre del maleficio y encantamiento. Se había corrido el rumor de que el fraile tenía el poder de convocar al demonio y había llamado al Golem para que se llevara al infierno a la musulmana.

Por ello la noticia del retorno del rey devolvió la esperanza a los habitantes de la ciudad, que esperaban impacientes poder liberarse del yugo del fraile. Todo estaba preparado para la rebelión. Los nobles que habían quedado en la ciudad, temiendo el avance y las represalias de Jaime I, empezaron a huir. Don Sancho, tío del rey y regente, de acuerdo con Fray Raymundo, convocó al ejército para parar el rey, afirmando «que cubriría de grana el camino por *do* el rey pasase», es decir, que lo cubriría con la sangre de los que le acompañasen.

Así se trasladó don Sancho con el ejército a Granollers por donde debía pasar el rey Jaime I.

Fray Raymundo se desesperaba, necesitaba encontrar el secreto de la piedra filosofal y amenazó a los operarios que trabajaban en la plaza del Ángel que los colgarían de la picota si en el plazo de una semana no encontraban la sala que buscaban.

- El séquito del rey Jaime avanzaba lentamente. Fue un invierno lento, difícil de pasar. La gente los aclamaba, se unía a ellos. Le pedían al rey que, a pesar de su juventud, impartiera justicia.

En Sant Celoni, Cabeza Brava y Hernán pudieron dar alcance al rey, le dieron las nuevas: las piras ya ardían y se había solicitado el socorro de los otros reyes de la península. Todo estaba en manos de Dios. Aun así, era necesario tomar decisiones. Hubo un cambio de impresiones entre

Dalmacio y el rey. Dalmacio aconsejaba esperar por prudencia. El rey, por su juventud e impaciencia, pedía ir a la acción.

—Para ganar Barcelona nos falta la espada, la espada del casal de Barcelona —dijo Dalmacio Creixell al rey.

—Con o sin espada debo luchar, y ni yo ni mis súbditos podemos esperar un milagro —dijo aquel rapaz de nueve años de edad que vestía una cota de mallas, dispuesto a afrontar con valentía su destino.

Acordaron partir al día siguiente. Esa noche Jaime I no pudo dormir, las dudas, los temores y los desalientos lo embargaban. Salió a pasear al pantano, conocido por el Gorg o la Perxa del Astor, iluminado por la débil luz de las estrellas. Las brumas lo cubrían. Se oía el ulular de las lechuzas. De pronto oyó un chapoteo, se acercó, y entre los cañaverales vio a una sombra. Las supersticiones de la época le hicieron creer que podía tratarse de un trago o un demonio. Pensó en huir, su vida era demasiado preciosa para su pueblo. Pero su valor y su fe en el destino le hicieron enfrentarse a la aparición. La siguió hasta que esta se detuvo. Era un monje.

—¿Quién sois? —le preguntó el rey a la aparición.

—Soy un simple monje que profetiza el futuro —El rey se mostró escéptico—. ¡Mirad! —le dijo la aparición señalando al estanque. El agua desprendía un humo espeso.

—Pero... —expresó dubitativo el rey.

—Mirad el agua —le ordenó el monje.

El rey hizo lo que el fraile le ordenaba. De repente el humo se disipó y Jaime I vio en el agua la imagen de un ejército que partía desde el puerto de Salou rumbo a Mallorca. Las imágenes se fueron sucediendo, el rey vislumbró los duros enfrentamientos de las tropas cristianas contra las tropas moras en las playas de Palma, para finalmente lograr la victoria y ver alzar la bandera de las cuatro barras en el castillo de la Almudaina.

De repente el humo volvió a oscurecer el agua. Jaime I alzó la cabeza, el monje le hizo un gesto para que volviese a mirar en el agua. Los búhos ulularon y el humo se volvió a disipar.

Jaime I se vio en las puertas de Valencia, sitiando al ejército musulmán y entrando victorioso en la ciudad.

—¿Ese soy yo? —preguntó mirando al monje con ojos interrogantes.

—Sí, y esas eran las victorias destinadas a tu padre. Él no siguió los designios establecidos en el libro misterioso del destino y optó por dejarse

vencer por los vicios. Ese sois vos, muchacho, no dejéis traslucir jamás vuestras emociones. Alzad la frente y caminad erguido. El futuro es vuestro.

—Pero me falta la espada, la espada del casal de Barcelona —dijo recordando las palabras de Dalmacio Creixell.

—Tomad —le dijo, sacando de debajo de su hábito una espada—. Esta espada fue de vuestro padre y antes del padre de vuestro padre. Ella os llevará a grandes victorias. Tu padre dejó de tener fe y por eso perdió la espada. Ahora es vuestra. ¡Ah! —le indicó con una sonrisa—, responde al nombre de Tizona.

—Gracias —respondió agradecido, al tiempo que alzó la espada y a la luz de la luna brilló una inscripción:

«Para defender lo que nos espreciado».

—Nunca traicionéis vuestra espada, como una vez hizo vuestro padre. Tampoco os enfrentéis a la Iglesia o saldréis perdiendo, pactad con ella. Hace años le hice una predicción a vuestro padre y no me hizo caso. Sed inteligente, muchacho. Presentaos con el sereno y tranquilo continente del que conoce su verdadera valía. El mundo no hace caso de la voz quejumbrosa ni del larguirucho rostro del fracasado. La serenidad de vuestra voz y la discreción de vuestro criterio serán vuestras únicas cartas de presentación.

—Así haré, fraile, pero decidme una última cosa.

—Vos diréis.

—¿Qué hago con Fray Raymundo?

—Él es demasiado fuerte. Cogedlo como aliado, pero tenedlo bien controlado. Él tiene la piedra, pero jamás la podrá descifrar Y ahora id con Dios. Don Jaime. Alcanzaréis la gloria para vuestro pueblo, y seréis reverenciado por las generaciones venideras bajo el nombre de Jaime, el Conquistador.

Esa noche Hernán tampoco pudo dormir, se aventuró por la espesura de chopos, cañas y adelfas y lirios, hasta una playa de arena lisa y desnuda, lindante con el estanque y desde ahí, acompañado por el suave titileo de las estrellas, presenció la escena. Miró al monje. Era el mismo que había visto en Muret recogiendo la espada y el mismo que, según le dijeron, había fallecido el día en que el antiguo rey Pedro II visitó el monasterio de San

Miguel de Cuixá. El muchacho volvió a notar un terrible escozor en las marcas de sus muñecas.

- Al día siguiente, cuando el ejército se puso en marcha y Dalmacio Creixell vio la espada, tuvo la certeza de que Jaime reinaría y su reinado sería próspero y dichoso. En Granollers divisaron el ejército de Barcelona. Estaba formado por soldados regulares al mando de un príncipe con ansias de poder, que era muy superior al formado por voluntarios del niño rey. Pero entre estos últimos nadie se desmoralizó ni se echó para atrás; se sabían llamados a algo grande. «*O rei o res*» —decían los bravos seguidores del legítimo rey.

Se alinearon los dos ejércitos. Uno frente al otro. Cuando ese niño de nueve años de edad, vestido con su cota de mallas y a grupas de un brioso corcel, se adelantó de entre sus voluntarios y los conminó a librar batalla alzando la espada de sus ancestros, su tío, sin entrar en combate, bajó del caballo y se arrodilló ante su señor natural.

Se sucedieron los vítores de ambos ejércitos. El camino a Barcelona quedaba libre.

- Mientras, en una sala ovalada en los subterráneos de la ciudad, Nur sonreía pensando en las bondades de la bestia, al tiempo que jugaba con el cascabel que había encontrado en el suelo. «Qué extraño... Un cascabel...», se repetía a sí misma.

—¿Os gusta el cascabel, señora? —le preguntaron desde la oscuridad.

Nur alzó los ojos y vio una imagen que no se esperaba.

—Pero, ¿cómo? ¿Vos? Si no me equivoco sois el bufón real. Recuerdo haberos visto con el séquito del monarca.

—Exacto, y este objeto es mío. Dádmelo e idos.

—¿Y si os digo que no? —dijo, altanera.

—Debéis. Hace tiempo que no puedo controlar al Golem. Temo que haya provocado los asesinatos.

—No es cierto. ¿No veis que el Golem tiene la capacidad de amar? Los asesinatos los ordenó otra persona.

—¿Vos cómo sabéis?

—Porque soy mujer y he conocido a muchos hombres. Fiaos de mí. Ese

ser es incapaz de hacer daño a nadie salvo si se siente acorralado. Pero decidme, ¿quién es él realmente? Es tan vulnerable... ¿Acaso no fue creado por Dios?

—Es una historia muy larga. Debéis iros por vuestro bien y por el de él.

—En ese momento, de entre la oscuridad apareció el Golem. Este los miró con recelo, temió perder a Nur y adoptó una postura agresiva.

—¡Detente! —exclamó el bufón enfrentándose a la fiera.

Nur descubrió con asombro que con la voz del bufón surgían unas palabras en la frente del Golem. El bufón se adelantó y con una mano intentó modificar una de las letras del rostro de la bestia. No lo logró. Las letras desaparecieron. El Golem se enfureció y le dio un golpe al bufón, que fue a dar contra una columna. Luego cogió a Nur en brazos y se la llevó.

El bufón se había abierto la cabeza y de la herida manaba mucha sangre. Entendió que la criatura que él creó se había enamorado. Escuchó unos golpes, vio cómo se movía el techo, pensó que había llegado el fin. Eran los obreros que se acercaban al lugar donde estaba la sala. Al cabo de un rato notó una mano que le limpiaba la herida.

—¿Quién sois? —preguntó mirando al desconocido. Estaba aturdido y tenía la vista nublada.

—Soy Hayzam. En cambio, vos me engañasteis bajo este disfraz de bufón.

—¿He de entender que me habéis descubierto?

—Sí, vos sois Loeb de Praga.

—¿Pero vos cómo sabéis?

—Fue fácil, fui atando cabos. Os condenaron por haber creado el Golem de Praga, gracias al engaño a un judío de sangre real. Luego huisteis y os vinisteis a Barcelona.

—Habéis razón.

—Pero, ¿cómo pudisteis crear otro Golem? ¿Cómo tuvisteis acceso otra vez a los conocimientos secretos?

—Fue a través de otro judío que tuve conocimiento de las cámaras secretas. Bonastruc sa Porta me enseñó muchas cosas. Él me dijo que los arquitectos de la ciudad fueron judíos conversos que dejaron escondido en Barcelona el modo para descifrar la piedra filosofal o zohar a través de las inscripciones que hay en la sala, y la disposición de las tres catedrales.

—Al final él lo mató, ¿no?

—No, fui yo. Una vez lo creamos, Bonastruc se arrepintió. Tuvo miedo del Golem. Iba contra nuestras leyes. Dijo que nos traería grandes desgracias y yo no podía consentir que matase a mi criatura. Fue en defensa propia...

—¡Por nuestro Padre Abraham y sus profetas! ¿Cómo queréis que os crea? ¿Acaso no ha sido él el que os ha atacado?

—Lo hizo porque se sintió acorralado. Él ha vivido siempre solo en una cámara secreta, sin puertas ni ventanas, con mi única compañía y su máximo anhelo era amar a una mujer. Yo me interpuse en su felicidad. Y no lo he comprendido hasta ahora.

—Entonces, según vos, ¿él no pudo cometer los crímenes? — preguntó con ojos escrutadores.

—¡No, por Dios! Os juro que él no hizo nada. Lo utilicé para asustar a la población de Barcelona, mientras espía al rey Pedro II, de conformidad con el representante del papado. Ellos prometieron protección para mí y para ella si cumplía sus planes.

—No se puede pactar con los poderosos, y mucho menos con la Iglesia. Ellos no se acuerdan de los que los ayudaron una vez han cumplido sus planes, os lo digo por experiencia. De todas formas, debéis responder ante la justicia de los rabinos por haber quebrantado nuestra ley, creando un Golem.

—No creo que pueda. —Había perdido la visión, notaba que su vida se iba. Un charco de sangre brotaba a su alrededor. Continuó—: Debéis detener al Golem, ha secuestrado a una mujer.

—¿Una mujer? —Preguntó, incrédulo.

—Sí, ya os dije que ese Golem tiene sentimientos, por eso no pude controlarlo —dijo con pena—, pero él no puede unirse a una mujer, sería una aberración. ¡Imaginaos!

—Por eso nuestra religión nos prohíbe convocarlos —afirmó con un claro reproche.

—Lo sé y asumo mi culpa. Pero no hay nada más hermoso que dar la vida a alguien —dijo, al tiempo que, haciendo un último esfuerzo, cogía aliento y, asiendo de la manga a Hayzam, decía:

—Una última cosa.

—¡Decidme! —respondió Hayzam con ánimos de contentar a su compañero de religión.

—¡Por Abraham y sus profetas! No matéis al Golem. Yo le di vida. Él es como un hijo para mí. ¡Dejadlo vivir! Os lo pide un moribundo.

—No os puedo prometer nada. Va contra nuestra religión — dijo, categórico.

—No es cierto, nuestra religión prohíbe crearlos. Pero nada dice de matarlos. ¡Jurad! —exclamó el moribundo alzándose y cogiendo con más fuerza el brazo del príncipe—. Si no juro que os maldeciré vaya a donde vaya. Por esa bestia fea y sin atractivo alguno daría mi vida. ¡Jurad u os perseguiré por toda la eternidad!

Hayzam tuvo un momento de duda. ¿Y si el bufón tenía razón? De todas formas, no podía tomar una decisión bajo coacción.

—Si yo me doblegaste ante vuestra amenaza iría contra mis principios y perdería el respeto de mi gente. Maldecidme si queréis, aunque mi título me distinga soy igual que vos, un hombre de carne y hueso y también yo, habré de responder un día de mis pecados ante el Creador.

El moribundo entendió, recapacito y dejó ir el brazo de Hayzam.

—¡Perdonad! No puedo más que bendeciros. Todo el pueblo de Israel conoce vuestras buenas prendas. Os comprendo, pero entended que esa criatura es mi creación, mi hijo, poneos en mi situación, me consta que tenéis una hija. ¿Qué no haríais vos por vuestra hija?

Tras lo que se hizo un rato de silencio, empezaron las convulsiones, que indicaban que estaba próxima la muerte. Un escalofrío recorrió el cuerpo del príncipe. Había tomado una decisión.

—¡Lo juro por vos! —dijo Hayzam, mientras el bufón expiraba agradecido, con una sonrisa mirando al cielo.

Hayzam cerró los ojos del bufón, con pena. No le podía negar el último deseo a un moribundo. Debía buscar al Golem y encontrar la manera de detenerlo. Por primera vez en su vida el príncipe hebreo se sintió desfallecido, pero él no tenía derecho a descansar. Su pueblo lo necesitaba.

CAPÍTULO XLV. MUERTE DEL NIÑO REY ENRIQUE DE CASTILLA

Mediaba noviembre. El paisaje tenía tonos de púrpura. Las campanas de los monasterios castellanos teñían el Ave María y luego los sones lentos y dolientes del Oficio de Difuntos, que a lo largo de ese mes se rezaba por las benditas ánimas.

El reino de Castilla se debatía en la más completa anarquía. Con una guerra civil entre los nobles partidarios de la Casa de Lara y los de la Princesa Berenguela. Cuadrillas de golfines infestaban los caminos para realizar todo linaje de tropelías, mataban, secuestraban, violaban y robaban a mansalva, impidiendo el desarrollo del comercio y la convivencia con los demás reinos. El pueblo maldecía y se desesperaba ante ese panorama.

El rey, demasiado joven e ignorante de los asuntos de estado, se pasaba el día jugando a pelota y yendo de caza con sus amigos. El Conde de Lara había tenido un gran interés en tener a un rey voluble sin acceso ni a la cultura ni a las noticias de su hermana, la princesa Berenguela. Doña Brianda persistía en su puesto. La hiel de su corazón se hacía más profunda cada día. Odiaba al conde con toda su alma. No veía la oportunidad de traicionarlo. Simulaba. Esperaba el momento. El conde de Lara tenía a su peor enemigo en su mismo lecho.

Pero un día cambió la fortuna de la casa de Lara y cuando el rey jugaba a la pelota con sus pajes y donceles, le cayó una teja en la cabeza que lo mató. La muerte se llevó a un príncipe en la flor de su adolescencia. Malas lenguas dijeron que había sido culpa de un doncel del linaje de los Mendoza, que había sido excluido del partido por el antojadizo monarca. Resentido, se había encaramado en lo alto del tejado y con el único afán de estorbar el partido y así vengarse del rey, comenzó a tirar piedras a la techumbre de una de las torres que esquinaban el patio, con tan mala fortuna que, rompiendo una teja, el canto cayó abajo y vino a dar de punta sobre la cabeza de don Enrique, matándolo.

El conde de Lara decidió silenciar el fallecimiento del rey. Para ello llevó su cuerpo a Tariego, desde donde despachaba los negocios del reino.

Pero el conde de Lara, en su prepotencia, no tuvo en cuenta que una mujer estaba esperando el momento para traicionarlo y doña Brianda, despechada por

su antiguo amante, envió de inmediato un mensajero a doña Berenguela para comunicarle la muerte del rey. Los planes del conde de Lara se vinieron abajo y sus aliados se pusieron al lado de doña Berenguela. Muerto el rey, buscaron el sol que más calienta. La regente Berenguela era la siguiente en la sucesión del reino de Castilla y, por tanto, le correspondía alzarse con el trono.

- El primer pensamiento de la reina Berenguela fue recuperar el cuerpo de su hermano, pero para ello debía vencer a la casa de los Lara. No quería volver a fracasar. La princesa heredera le pidió ayuda al Dios de los pobres, el de los necesitados, el de los desheredados, el de las madres que sufren por sus hijos, y por ello se pasó toda la noche rezando en la capilla. A la primera luz de la aurora hizo llamar en secreto a su hijo Fernando. Sabía que el Baboso no lo dejaría salir del reino de León, pero Fernando se valió de una treta, aprovechando una cacería para huir y reunirse con su madre. Hacía años que esperaba aquella llamada, sentía que su juventud se consumía en aquel reino leonés gobernado por un degenerado.

La reina Berenguela y su hijo se reunieron en Otella, donde estaban los miembros de la Corte fieles a la soberana, y delante de los nobles la princesa reveló, para sorpresa de todos, la verdadera razón por la que había hecho llamar a su hijo, con las siguientes palabras:

—Nuestro reino está cansado de guerras y necesita paz. Esta paz no puede imponerla una mujer débil como yo. Tengo demasiados enemigos y hay demasiadas ambiciones alrededor del poder. Se necesita un rey en Castilla y por ello he pensado renunciar a todos mis derechos al trono en vuestra persona, la de mi hijo, el infante don Fernando.

—Madre, no puedo aceptarlo —dijo Don Fernando, sorprendido.

—Está decidido, y me habéis de obedecer como hijo mío que sois.

—Pero...

—Pensadlo. Vos sois inteligente y es la mejor solución para salvar el reino.

Tras un breve silencio, Fernando aceptó la renuncia de su madre y accedió a suceder a su desgraciado tío el rey Enrique I, el Breve.

El pueblo de Castilla se lanzó a las calles, dando vítores y aclamando al nuevo rey Fernando III, que traería la paz y prosperidad en el reino, y más tarde sería conocido como Fernando III, el Santo.

Doña Brianda se sentía satisfecha. Por fin había colmado su venganza. Ahora podía reencontrarse con su hijo Hernán. Pero el destino le tenía preparado otro final...

- El Baboso, movido por el odio, reaccionó desheredando a su hijo Fernando y nombrando herederos del reino de León a las hijas de su primera esposa doña María Teresa de Portugal. Su inquina personal contra su exmujer pudo más que las razones de estado. Y no le importó perjudicar a su pueblo, evitando la deseada unión de los reinos de León y Castilla, retrasando la reconquista y condenando a la cristiandad a la debilidad y al vasallaje frente a los musulmanes.
- La reina Berenguela había decidido con acierto y su hijo Fernando III de Castilla fue ganando todas las villas que se le mantenían rebeldes. Así cercó a Muñoz, que tomó por la fuerza, luego rindió Lerma y Lara. Poco a poco pueblos, villas y ciudades rindieron pleitesía al nuevo rey, reconociéndolo como su dueño y señor.

Aparte de Lerma, Lara, Ávila y Segovia, cayeron Villorada, Nájera y Navarrete; finalmente el conde de Lara se rindió. Para ello fue a Palencia a rendir pleitesía al nuevo rey y a llevarle los macabros despojos del rey Enrique.

El monarca detuvo al conde de Lara y lo juzgó, pero no quería llenarse las manos de sangre al inicio de su reinado, y así sentenció:

«Habéis de saber que aprecio la paz de mis reinos sobre todas las cosas y que por el bienestar de mi pueblo bien merece que tasque el freno de mis justos impulsos de venganza. No quiero derramar ni una gota de sangre más de los inocentes ciudadanos de Castilla. Merecéis el tajo del verdugo, sois reo de lesa patria y lesa majestad, pero vuestra casa es influyente y poderosa, y fuera hacer agravio a la misma corona el sentenciar a un noble sin intentar antes todo cuando esté en mi mano para evitaros la deshonra, ya que deshonrar a la nobleza es deshonrar al rey».

El conde de Lara se sintió aliviado, pero luego el rey dictó sus condiciones:

«Entregaréis todos los pueblos, villas y castillos de la Corona que habéis usurpado y que aún quedan en vuestro poder: Alarcón, Amaya, Tariego, Villafranca, Villorado, Nájera, Pancorbo. Vuestro hermano don Fernando que tiene Castrojeriz, lo entregará igualmente junto con Orejón».

El conde aceptó. Salió de Palencia humillado, vejado, sin posesiones ni rentas. Jamás sería bienquisto en la Corte. Aquí morían sus ambiciones. Pero había conservado la vida por su condición de noble y por sus antiguas riquezas e influencias.

Sin embargo, este ser rencoroso hizo una última maldad y fue culpar ante la justicia mayor del reino a doña Brianda Rodríguez por bruja, fornicadora y alcahueta, y por haber propiciado todos los males que habían asolado a Castilla. Y esa mujer fue recluida en las mazmorras de la ciudad de Palencia, a la espera de un juicio para el que no tenía ni padrinos ni dinero.

CAPÍTULO XLVI. LAS PIRAS DE FUEGO

Era una noche estrellada, de las que alumbran el despertar de las almas enamoradas. Nur y la bestia llevaban días conviviendo. Se habían refugiado en las torres de catedral de Barcelona. Tenían la ciudad a sus pies, el mar a un lado, las montañas al otro y los hombres que parecían hormigas abajo. Nur miró al Golem con cariño. Dormía como dormían los muertos, con los ojos abiertos. Nur no sabía si estaba dormido o despierto, le acarició la cara y le dio un beso en la frente. Al final el cansancio se adueñó de ella y se durmió.

Todavía era de noche cuando la despertó una música. Vio que el Golem jugaba con una muñeca mientras tataraba una canción. Lo miró con ternura. Se acrecentó su aprecio hacia esa criatura tan fiera, pero a la vez tan cariñosa.

Nur se levantó y se situó a su lado. La fiera se intranquilizó y calló, pero luego volvió con la melodía:

«Nai nai, yo tengo una muñeca...

Nai nai, de paja fina...».

Ella tuvo compasión por la criatura, su terrible soledad, su triste vida entre los subterráneos y la catedral de Barcelona.

—Decidme —le dijo—, ¿por qué no me habláis?

El Golem no le respondió. La cogió de la mano y la llevó a pasear por la catedral, le enseñó los oscuros corredores, los tesoros, las catacumbas, luego la llevó a la torre más alta. Amanecía. El sol despuntaba en el horizonte. Vieron la ensenada del Taber, las tierras pantanosas de la ribera, el mar, los barcos varados... Nur sonreía feliz. Se sentía cuidada y protegida como nunca lo había estado. Desde las alturas todo se veía tan hermoso y, sin embargo, allá abajo era tan duro.

—¿Quién sois? ¿Por qué llevabais esas palabras escritas en la frente? —preguntó mirando el rostro en el que las palabras ya habían desaparecido.

Él se alejó de ella, no quería recordar aquellas palabras que lo condenaban a la esclavitud. Nur tuvo la certeza de que era un ser voluble. Se volvió a acercar a él y le dio un beso en la mejilla. No entendía que no le respondiera a sus preguntas. Podía hablar, pero no lo hacía. ¿Quizás era timidez? Pero no, era demasiado grande para ser tímido.

Volvieron a pasear por la catedral, por el patio del claustro, dieron de comer a

las ocas, rieron cuando él empezó a asustarlas y ellas salieron corriendo. La bestia le cortó una rosa del jardín y se la regaló, y cuando oyeron las primeras voces que anunciaban la apertura del templo a los feligreses, el Golem accionó una palanca dentro del sepulcro de Santa Eulalia y ambos se perdieron en los subterráneos de la catedral, donde las voces humanas cambiaban por los sonidos de los olvidados, donde la maldad del mundo era un vago recuerdo que quedaba lejos...

Él estaba mejor en su silencio. Nur pensó que quizás con el tiempo él le hablaría. En ese momento el Golem la sorprendió con su mirada. Era una mirada llena de amor. Ella tuvo un vuelco en el corazón. Era como si aquella criatura estuviera viviendo un sueño y no quisiera hablar para no despertar. Le acarició la cara con una mano y sonrió.

—Sois muy bella —dijo a media voz rompiendo un silencio oscuro y profundo de los que han permanecido menospreciados y apartados del mundo y jamás han sido dueños de sus vidas. Aquel ser estaba ilusionado porque se sabía amado.

—Y vos sois encantador —le respondió Nur desde el fondo de su corazón.

Él la llevó a su habitación sin puertas ni ventanas, iluminada por unos cenofales de bronce, único lugar en donde reinaba la magia del Golem, y aquella criatura tan falta de amor sintió la suma felicidad de la dicha más bella...

- Los días transcurrían al tiempo que el fuego de las piras llegaba a León, Navarra, Castilla y Portugal, acompañado por el voltear de las campanas de todas las iglesias de la cristiandad hispana. Y aquellas hogueras, nacidas de un juramento en tiempos de la invasión musulmana, volvieron a elevarse al azul del cielo, como lazo de unión entre los pueblos hispanos.

En cada pueblo, cada villa y cada caserío de los Pirineos, de los Picos de Europa, de los Montes de Toledo, pasando por la meseta, hasta llegar a los límites de la frontera mora, cerca de Sierra Nevada y Sierra Morena, la gente se arremolinaba alrededor de los ayuntamientos. Los críos corrían a dar las noticias, los campesinos dejaban los arados, las escuelas de los monasterios cerraban. Las fraguas se volvieron a encender, en los yunques los forjadores volvieron a moldear el hierro candente a golpe de martillo. Todos los habitantes se aprestaban en contribuir en algo. Los mozos se ponían a disposición de la tropa. Se ofrecían carros y caballos, alimentos y

oro. Y la gente de aquellos reinos, siempre enfrentada en pleitos inútiles, volvió a unirse por el anhelo de un ideal.

Los reyes de la península, haciéndose eco del fervor de sus pueblos, procedieron a cumplir su compromiso, salvo uno, Alfonso, el Baboso de León, que prefirió seguir con su vida licenciosa, negándose a cumplir el juramento de los antiguos reyes visigodos.

El señorío de Albarracín no fue una excepción, y así cuando el señor de Azagra vio las crestas del Idubeda y aun de más allá coronadas de hogueras que pregonaban la solicitud de ayuda del casal de Barcelona, se preparó para ir a ayudar al rey niño a recuperar el trono de sus ancestros.

CAPÍTULO XLVII. REBELIÓN DE LA CIUDAD DE BARCELONA

Los ciudadanos de Barcelona se jactaban de la libertad, fruto de luchas heroicas y de sacrificios seculares. Pero sin darse cuenta había vuelto a caer en la más profunda degradación de la servidumbre. Eran los trémulos esclavos del esbirro, el instrumento automático de una autoridad despótica; estaban despojados de todo derecho, toda dignidad, toda voluntad automática.

Fray Raymundo pensó que podría dominar la ciudad. No tuvo en cuenta que Barcelona era como una bestia, una bestia adormecida que estaba a punto de ser despertada. No fue capaz de ver que en esta ciudad iban a decidir los sentimientos, la voluntad de ser libres, del orden, de la razón. Y cuando los ciudadanos vieron las hogueras que venían del Montseny y anunciaban que los reyes cristianos contestaban la llamada del rey Jaime, se empezaron a movilizar contra la tiranía.

Esa noche corrió la noticia por la ciudad de que el rey Jaime se acercaba a Barcelona. Todas las puertas de las murallas fueron cerradas al toque de queda y en todas se habían reforzado los guardianes. Tras las murallas, los buenos ciudadanos velaban en sus casas, esperando el estallido que por fuerza había de suceder a la entrada de Jaime I en Barcelona.

Esa noche no sucedió nada. Pero la gente se iba excitando conforme pasaba el tiempo. Numerosos grupos de hombres se reunían cerca de las puertas de entrada de la ciudad con las manos apretadas sobre las empuñaduras de sus cuchillos de misericordia, de sus dagas o de sus espadas, dispuestos a intervenir contra los soldados de Fray Raymundo.

En el cuerpo de guardia de la puerta del Besós se armó un pequeño revuelo cuando, al filo de mediodía, el guardián avistó una nutrida cabalgata que avanzaba a la ciudad con el pendón de los reyes del casal de Barcelona.

El oficial ordenó que se cerraran las puertas y, casi al mismo tiempo que chirriaban los goznes roídos de orín, comenzaron a sonar dentro de la ciudad de Barcelona unos tambores, que fueron respondidos puntualmente. Desde la torre de la almadraba empezó a sonar la campana del viafor. Era la campana del pueblo frente a los poderosos, el grito de la ciudad adormecida, para que nadie

podiera dominarlos. Y la campana de la libertad fue respondida puntualmente por los gremios que se reunieron ante la catedral de los pobres o de Santa María del Mar, dispuestos a ayudar al rey niño. La ciudad renacía de sus cenizas, de la podredumbre, del servilismo, para volver al orden.

Era la señal que Barcelona tanto había esperado. La gente empezó a salir de las casas con lo que tenían, con lo maderos, con las hoces y los machetes. Era un río desbordado. Todas las bocacalles vomitaban hombres.

—¡A ellos! ¡A ellos! *Per el rei Jaume I, nostro senyor!*

Los soldados que guardaban la torre del Besós tuvieron un momento de indecisión, que provocó que la multitud ganara sus posiciones, detuvieran el cierre de las puertas y permitieran el acceso del rey a la ciudad.

Fray Raymundo reaccionó con calma. Tenía el dominio de los sitios estratégicos de Barcelona, y envió a luchar a sus tropas de mercenarios y a los niños que había entrenado previamente para luchar contra la plebe. La violencia de la lucha pronto se extendió por toda la ciudad. No había lugar en donde no sonara el ruido de las armas.

La lucha fue descomunal y encarnizada. Unos ciudadanos desesperados combatían con ilusión por su libertad. En el fragor de la batalla se sucedieron los gritos de los soldados, el batir de espadas y relinchar de caballos. En unos lugares el pueblo había dominado la situación; en otros se decidía a favor de las tropas de Fray Raymundo y en otros la batalla era tan despiadada que nadie podía pronosticar quién ganaría. Pero las escasas tropas del rey, unidas a los payeses de remesa y a los voluntariosos ciudadanos, poco podían hacer ante las entrenadas tropas de mercenarios con sed de sangre y victoria. El rey, junto a Cabeza Brava, Dalmacio Creixell, Hernán y otros bravos guerreros, estaban cercados por las tropas de Fray Raimundo. Desde la torre de la almadraba se volvió a llamar al viafor. El rey estaba en peligro. Los viejos, mujeres y niños también salieron de sus casas en un intento desesperado por defender a su rey.

Los altibajos del combate trenzaron y destrenzaron la victoria a lo largo del día, mientras las calles se llenaban de cadáveres. Al anoecer la victoria se decantaba a favor de las tropas de Fray Raymundo, por lo que el rey y los suyos se retiraron al palacio real donde se hicieron fuertes. La batalla se había suspendido, pero los soldados de Fray Raymundo no tardarían en atacar el palacio.

Hernán se quedó rezagado. Iba con las tropas del rey en retirada al palacio real

cuando Nur lo vio. Ella estaba en el terrado que cubría la nave de la catedral de la Seu o de los ricos. Sus miradas se cruzaron:

—¡Hernán! —gritó Nur.

Los ojos del muchacho relampaguearon, desbordándose en íntimo gozo:

—¡Nur! —Fue su breve respuesta. Él nunca la había dejado de amar.

La criatura vio la escena, comprendió y la apartó con celos.

Hernán no estaba dispuesto a perder otra vez a su amada. Fue a la puerta de San Ivo en la catedral, contempló las imágenes del grifo, el caballero y el elefante. Las letras hebreas. Entró. La catedral estaba vacía, vio las estatuas que miraban al sepulcro de Santa Eulalia, recordó haber visto a la bestia en la cripta, debajo del altar de la catedral. Quizás era esa criatura la que la había secuestrado.

Bajó al sepulcro de la santa, era una estancia abierta al exterior con una reja y cerrada a los lados con recios muros. En algún lugar tenía que haber un resorte. Empezó a palpar los muros, cerca de uno de los ángulos le quiso parecer que sonaba a hueco. Miró ahincadamente la superficie de la sepultura que estaba en medio de la estancia, buscando en vano el resorte secreto. No halló nada. Se desesperó, empezó a aporrear la tumba de la santa. En su desesperación recordó su infancia feliz en el monasterio de San Juan de la Peña y rememoró las palabras del prior del convento:

«Busca en el esfuerzo la luz».

También le vinieron a la mente las palabras de aquel israelita que lo escondió en su casa, cuando le preguntó sobre la puerta de San Ivo y le dijo que esa no era la correcta, pues la verdadera puerta se correspondía con la puerta de la luz. Este comentario casaba con las palabras de Dalmacio Creixell el día de la misa por la victoria en la guerra, cuando le habló sobre la traducción de las letras hebreas esculpidas en la puerta de San Ivo:

«Esta no es la puerta. Busca la luz».

Por último, recordó las palabras de Nur del día en que cruzaron delante de la catedral y contemplaron la pequeña ermita románica de Santa Lucía que estaba adosada a esta:

«... Esta es la parte más antigua de la catedral. Dedicaron esta iglesia a la

advocación de Santa Lucía, patrona de la vista, y no sé por qué, pues esta santa jamás se arrancó los ojos ni los perdió en momento alguno...».

«¿Por qué Santa Lucía es la patrona de la vista?», se preguntó intrigado. ¿No sería que estaban hablando de otro tipo de visión que no es la del cuerpo sino la de la iluminación, que era la puerta a un conocimiento superior? Allá tenía que estar la entrada, por eso los antiguos no destruyeron esta ermita y la mantuvieron adosada a la catedral.

Hernán entró en la ermita a través del claustro de la catedral, contempló la imagen de la Virgen. Efectivamente, la santa llevaba los ojos bien puestos y bien abiertos y, sin embargo, en la mano llevaba un platillo con dos ojos.

Volvió a escuchar las palabras del prior del monasterio de San Juan de la Peña:

«Busca en el esfuerzo la luz y dentro de tu corazón la armonía de Dios».

Se puso de hinojos ante la imagen de la Virgen. Le pidió perdón y le solicitó que jamás lo separara de Nur. En ese momento alzó la vista, vio la oscilante lamparilla de aceite que ardía al lado de la imagen de la Virgen. Entonces se le representaron los trece martirios que tuvo que sufrir aquella niña de trece años que no quiso abjurar de su fe. Ella fue encarcelada en una prisión oscura, azotada, desgarrada sus carnes con garfios, obligada a andar por un brasero ardiendo, quemados sus pechos, sus heridas fregadas por piedras hoscas, tuvo que sufrir aceite hirviendo, plomo fundido y enterrada en cal viva y en un tonel lleno de clavos. Fue lanzada en una calle en bajada, encerrada en un corral lleno de pulgas, fue paseada desnuda por la ciudad, para finalmente ser crucificada en forma de aspa. Al morir una paloma blanca salió de su boca y se elevó al cielo.

Entonces sucedió un hecho extraordinario: la luz de la lamparilla iluminó la imagen de una paloma que sobresalía de la pared. Hernán se alzó, puso su mano sobre la figura de la paloma y descubrió, emocionado, que se movía. La accionó y, como por arte de magia, se abrió un hueco en el muro.

- En la catedral-monasterio de los dominicos, Pedro Nonasco le decía a Fray Raymundo:
 - Señor, la ciudad se desangra, las bajas han sido innumerables, sería mejor pactar con el rey.
 - ¡Voto va, engendro del demonio! ¡Estáis delirando! ¿Y qué más me da

que la ciudad se desangre mientras yo logre mis intereses? Están ganando los nuestros —respondió, altivo y engreído.

—Quizás ganemos esta batalla, pero existe el grave riesgo de perderlo todo. En toda la ciudad hay gente dispuesta a la lucha. Y vos no podéis matar a un rey. Es el representante de Dios en el reino. Tenemos la guerra perdida. Esto significará nuestra muerte por un crimen de lesa majestad.

—¡Voto a mil pares de demonios! Si preferís podemos pedir al rey que capitule —dijo, altanero.

—No lo hará. Es orgulloso como su padre, pero, al contrario de Pedro II, es demasiado joven para estar sometido a los extravíos de una vida disipada. Señor, ved lo que ha pasado en Castilla con el rey Enrique, nadie quiere estar al lado del asesino de un rey.

Un tenso silencio se adueñó del ambiente.

—¿Qué me aconsejáis? —respondió el fraile, resignado.

—Que le enviéis un mensaje al Santo Padre, poniéndoos a sus órdenes, notificando que todo es culpa del tío del rey y ofreciéndole los impuestos recaudados. Siempre se puede decir que Jaime I fue asesinado por un tío traidor.

Fray Raymundo, muy pagado de sí mismo y reacio a mudar de opinión, se tomó unos minutos para repensar su postura, recapacitar y aceptar los argumentos de su subordinado.

—Así haré —afirmó plenamente convencido.

—Gracias —respondió Pedro Nonasco, sumiso, dispuesto a retirarse de la presencia del fraile.

—¡Alto! No os vayáis tan deprisa. Necesito que llaméis a dos de los muchachos. Debemos ir a la sala que delimita las tres catedrales. Los operarios han abierto el camino. Nos encontraremos en la puerta de la catedral de Santa Catalina. La ciudad vuelve a estar en calma y es preciso desvelar el secreto de la piedra que me fue entregada.

Fray Raymundo se retiró a escribir un mensaje, de acuerdo con lo convenido por Pedro Nonasco, al objeto de remitirlo de inmediato a Roma. En el mismo también incluyó que ponía a disposición del papado sus conocimientos sobre la cábala, bajo la instauración de una nueva orden sometida a la advocación de la Virgen de la Merced.

Un soldado vino a avisar al fraile de que los obreros de la plaza del Ángel

habían dado con algo hueco. Sin duda era la sala que habían estado buscando.

- En el palacio real, los vestigios de la dura refriega eran palpables. Las ropas de los presentes estaban desgarradas y manchadas de sangre. Los cuerpos sudorosos, las miradas cansadas, las arrugas de los rostros marcados por el dolor y el sufrimiento.

—Si discurrís con acierto, debéis rendiros —le aconsejó al rey su tío Sancho.

—¿Una capitulación honrosa? —respondió, sarcástico, Dalmacio.

—Lo más honrosa posible, dadas las circunstancias. Además, los reyes de la cristiandad no han respondido a la llamada de ayuda del casal de Barcelona. Si vos me autorizáis, yo me ofrezco para mediar con Fray Raymundo

—¡Jamás! —exclamó el rey.

—Pero el pueblo se desangra —objetó Sancho.

—¿Y creéis que no sufro al ver morir a mi pueblo? Vos sois un cobarde, tío mío, ahora que lo veis todo perdido queréis pactar. ¡Retiraos de mi presencia! ¡Jamás recibiré consejo de quien una vez ya me traicionó! Y en cuanto a vos, fiel Dalmacio, preparad a los hombres y ordenad volver a tocar la campana del viafor. Saldremos en una última intentona. ¡Que Dios nos coja confesados! ¡Pero la ciudad de Barcelona jamás podrá decir que tuvo a un rey que fue un cobarde!

De conformidad con las disposiciones del rey volvieron a repicar en la ciudad las campanas del viafor. Los valientes ciudadanos que quedaban dispersos volvieron a reunirse alrededor del palacio a defender a su rey. En la plaza del palacio real, el combate fue duro y sangriento. La lucha se extendió delante de la catedral de Santa María del Mar, la iglesia de los pobres. Delante de las escalinatas de la catedral de los que no tenían nada, la mano de un muchacho de rubia melena y ojos azules blandía con seguridad la espada que recordaba gestas heroicas. Agotados y sudorosos, rodeados por los soldados de Fray Raymundo y cubriendo al rey, quedaron Cabeza Brava, Dalmacio Creixell y José de Azagra.

Tras reiteradas embestidas, los soldados lograron separar a los caballeros del rey y se abalanzaron sobre el monarca. Los caballeros se miraron

horrorizados, lo dieron todo por perdido. El monarca se defendía haciendo honor a su noble estirpe de reyes y condes. Tuvo un último pensamiento para su madre María de Montpellier, se encomendó a ella. Los duros sufrimientos de esta santa mujer por su hijo no podían haber sido en balde. En ese momento, los soldados de Fray Raymundo se retiraron en desbandada. La población quedó en tensa calma, precursora de algo mucho más terrible de lo acontecido. El suelo tembló, ante el vigoroso repicar de miles de cascos de caballos.

Parecía que una nueva amenaza se cernía sobre ese desgraciado y nobilísimo pueblo catalán que tan valerosamente había defendido sus derechos y libertades, a costa de su sangre y mortandad. Pero la amenaza no era tal y los cascos de los caballos eran de unos ejércitos amigos. En ese momento entraron en la plaza situada ante la catedral de Santa María del Mar el señor de Albarracín, el rey de Navarra, Sancho VII, el Fuerte, (cuñado de Ricardo Corazón de León), el rey de Portugal, Alfonso II, el Gordo y el rey de Castilla, Fernando III, el Santo, con sus tropas. Renovando el juramento hecho por los reinos cristianos de la península cuando los musulmanes invadieron el reino visigodo.

El joven rey de Aragón y conde de Barcelona se situó en las escalinatas de la catedral de Santa María del Mar, rodeado por los reyes de la península y por sus bravos guerreros. Jaime I quiso distinguir al aliado natural de su reino, y se adelantó hacia Fernando III, el Santo, y ambos reyes ante el marco incomparable de una catedral construida con la sangre y el sudor de los pobres y los desheredados se fundieron en un caluroso abrazo, celebrando el fin del sufrimiento de sus pueblos ante la infamia y las luchas de poder. Así fue como la ciudad de Barcelona volvió a latir con el espíritu abierto y fraternal que siempre la había distinguido.

Mientras, los ciudadanos se habían ido congregando en la plaza de Santa María, aclamando con vítores a su joven monarca, felices por su regreso y deseosos de la paz que traería prosperidad y riqueza. El rey Jaime I se adelantó a ellos y alzó con vigor la espada legendaria en señal de victoria, bajo el delirio del buen pueblo catalán.

Al mismo tiempo empezaron a repicar todas las campanas de la ciudad. Todas menos una; la catedral-monasterio de Santa Catalina o de los dominicos. El tiempo apremiaba. Era preciso acabar con el tirano.

- El señor de Albarracín se reencontró con su hijo. Se dieron un fuerte abrazo:

—Hijo mío, hay una judía esperándote en el señorío de Albarracín, y cuando volvamos te has de desposar con ella, o yo no soy cristiano viejo.

—¡Por Cristo! Vos siempre habéis dicho que no me puedo casar con una judía, soy vasallo de la Virgen María —dijo con honda emoción.

—Las tradiciones están para romperlas, hijo, y por Dios que por esa hembra bien vale hacer una excepción —expresó el padre, tragándose su orgullo—. Además, me habréis de perdonar, los viejos a veces hacemos burradas...

Don José de Azagra sitió apaciguadas todas las inquietudes de su corazón. Su padre era el último impedimento para casarse con Constanza. Aun así, le hizo una última objeción:

—Pero yo estoy prometido.

—Ya no, esa hija del conde de Foix, ya no os interesa. Además, me han dicho que es muy fea y puede que sea estéril, como su hermana. ¡Tomad! —le dijo con autoridad, al tiempo que le ofrecía el velo de la doncella.

—¿Y esto, padre? Yo lo perdí —comentó sorprendido, cogiéndolo con ardoroso cariño.

—Sí, y la hermosa dama que lo encontró me mandó dároslo, con el compromiso de que fuera el padrino de la boda. Me contó que habíais sido muy valeroso en el torneo. Estoy muy orgulloso de vos. Sois mi digno sucesor —dijo emocionado, sin poder dejar de autocomplacerse.

—¡Padre! No sabéis cómo he esperado un reconocimiento de vos —exclamó el hijo lleno de dicha, al tiempo que ambos se fundían en un caluroso abrazo.

—Cuidado, hijo, que nos pueden ver —dijo el padre, sonriente.

—¡Voto a Dios y mi ánima! ¿Qué más da? Que por una vez sepan que los Azagra también somos humanos.

- Las campanas de la ciudad cambiaron el redoble y volvieron a llamar a rebato. La población se angustió. Otro peligro planeaba sobre Barcelona. En el puerto de la ciudad se divisaron los barcos del califa de Mallorca que venían a ayudar a las tropas de Fray Raymundo. El rey Jaime carecía de flota y por el mar la ciudad no tenía murallas. Su única protección era el

baluarte de las Drassanes, pero con la batalla todas las instalaciones habían quedado devastadas por el fuego. Si los agresores iniciaban el ataque, Barcelona estaba perdida. Pero cuando los musulmanes vieron que la catedral-monasterio de Santa Catalina estaba en llamas dieron media vuelta, al son del griterío entusiasta de la multitud y del furioso repique de las campanas.

- En medio de la alegría general, uno de los soldados que acompañaban a Fernando III de Castilla se desmarcó de sus compañeros y buscó entre la multitud a Dalmacio Creixell; le traía un mensaje urgente. Lo encontró ajeno a la celebración, sentado en uno de los bancos de la catedral del Mar o de los pobres, se adentró en medio de la impresionante nave, sin otro ornamento que una Virgen con un niño en el altar.

El soldado traía la cara desencajada y seria. Las noticias no eran buenas:

—Señor, por fin os encuentro —dijo el emisario a Dalmacio Creixell.

—¿Quién sois? —preguntó Dalmacio Creixell a aquel que venía a perturbar su ensimismamiento.

—Un soldado de Castilla a quien han encargado daros un mensaje.

—¡Voto a Dios! Ahora no, mozuelo, venid mañana a mi palacio. Siento que mi cometido ha acabado. Hoy es un día alegre, pero estoy cansado, amigo.

—Señor las nuevas son graves y no permiten dilación. —Su semblante era de gran preocupación.

—Decidme pues, os escucho —dijo resignado.

—Señor, debéis volver a Castilla, temo por la vida de doña Brianda. El conde de Lara la ha acusado de brujería y traición, y el justicia mayor del reino la ha condenado.

Dalmacio Creixell quedó conmocionado, no podía creer aquello que le decían. Sacó fuerzas de su interior. Sacudió al pobre soldado.

—¡Mentís, sucio excremento de rata! ¿Quién sois? ¿Quién os manda? ¿Es ese Fray Raymundo que me guarda una última celada?

—Señor, yo no miento —respondió, enojado—. Mi tío es el abad del monasterio de Regina Coeli.

Don Dalmacio dudó. Analizó los ojos y el rostro del muchacho, quizás le estuviera diciendo la verdad. Reaccionó con premura.

—Decidme quién fue el abad anterior a vuestro tío.

—Don Guillén de Moncada, señor, primogénito de la ilustre casa catalana, quien dejó las glorias humanas al hermano que le seguía en edad.

La respuesta tranquilizó a don Dalmacio Creixell.

—Habéis razón. Perdonad mi desconfianza.

—Señor, doña Brianda está a punto de morir. Mi cometido no admite dilación —dijo el soldado castellano, impaciente.

—¡Por Dios y mi ánima que hemos de salvarla! Apelaremos al rey aquí presente.

—No podéis. El rey ya no puede hacer nada. Fernando III necesitaba encontrar un culpable que pechase con todos los males que hubo en Castilla, incluida la muerte del rey Enrique y la única candidata fue esa desdichada mujer; sin poder, rentas ni influencias.

Dalmacio entendió, para luego añadir:

—¿Habéis visto esta catedral, sin adornos ni artificios? Fue hecha por los pobres y su única imagen es esa que hay en el altar de una Virgen con un niño. Una catedral magnífica, hecha bajo el cielo y al lado del mar, en la que sus piedras desnudas con su grandeza divinizan la pobreza y transmiten la paz del alma.

—No os entiendo —dijo el emisario, desconcertado.

—Quizás en la vida no hacen falta tantos lujos y excesos. Es suficiente con tener el amor de una mujer y la ternura de un hijo, y eso yo no lo he tenido...

Dalmacio Creixell salió de la catedral del Mar o de los pobres, pidió su montura y, a pesar del cansancio, el cariño que una vez tuvo hacía doña Brianda le dio fuerzas para cruzar la ciudad en fiesta y salir a galope hacia Castilla, jurándose a sí mismo no volver a luchar en favor de los poderosos. Debía hacer lo posible por salvar a su antigua amada.

CAPÍTULO XLVIII. VICTORIA

El pueblo de Barcelona se había girado contra los antiguos amos, la gente estaba asaltando la catedral-convento de Santa Catalina. La antigua sede de los dominicos ardía. Fue una noche histórica en que el poder del diablo pareció eclipsarse para siempre y dejó de brillar la estrella de Fray Raymundo.

Hernán estaba en la ermita de Santa Lucía anexa a la catedral de los ricos. La pared acababa de abrirse para descubrir un túnel. El muchacho sintió una gran alegría, que pronto se trocó en desagrado. Tenía que volver a adentrarse por aquellos túneles que odiaba tanto. Encendió una tea y empezó a andar.

Estuvo largo rato caminando hasta que desembocó en una capilla dedicada a la advocación de Santa Lucía, igual a la que había en la superficie, tal y como le había relatado Dalmacio Creixell. No tenía ninguna salida. Estaba desorientado. Tenía que haber un resorte secreto. Quizás fuera la figura de la paloma. La encontró, la accionó, pero la pared no se movió. Palpó todos los muros en busca de otro resorte, pero no lo halló. No podía haber llegado tan lejos para nada. De repente tuvo una premonición: Dalmacio le dijo que el primitivo sepulcro de Santa Eulalia estaba entre las catacumbas. Rebuscó en la capilla y en uno de los laterales halló lo que buscaba, la imagen de las dos niñas, Santa Eulalia y Santa Lucía, unidas por la palma del martirio. Presionó la piedra e inmediatamente se descubrió ante sus ojos una sala oval rodeada por letras hebreas, y en el centro un pilar.

Notó un terrible escozor en las marcas de sus muñecas. Vio una sombra que se abalanzaba sobre él. Era la monstruosa y temida figura del Golem. Hernán debía de recitar las palabras para darle muerte, pero no pudo, no tuvo tiempo. El Golem fue demasiado rápido, le asestó un golpe que lo tiró al suelo, al tiempo que alzaba las garras para rematar a su presa. Hernán lo dio todo por perdido. Cerró los ojos, pero para su sorpresa el monstruo huyó. El muchacho se levantó, desconcertado. Tenía miedo que volviese la bestia. Al rato apareció Nur, como salida de la nada. Se echó a los brazos de Hernán. Se besaron:

—Perdón, te traté muy mal —le dijo Hernán separando sus labios de los de ella, mientras le pasaba la mano por el pelo.

—Nada te he de perdonar. Al fin estamos juntos —respondió ella, volviéndole a besar los labios.

—¿Por qué ha huido esa bestia? Era mucho más fuerte y me podía haber matado.

—Te ha reconocido. Él sabía que nos amábamos —respondió Nur con tristeza.

—Ejem..., muchachos, siento interrumpir —dijo el príncipe Hayzam, apareciendo como salido de la nada—. Nos hemos de ir.

—¿Vos aquí? No entiendo —respondió Hernán, consternado, separándose de Nur.

—Llevo mucho tiempo buscando al Golem y, por lo que veo, lo habéis encontrado vosotros antes.

—¿Dónde estamos? —preguntó Hernán, sorprendido.

—Estamos en el centro del triángulo que forman las tres catedrales debajo de la plaza del Ángel.

—Exacto —dijo una voz que bajaba del exterior por un montón de piedras que había en un extremo—. Esta es la sala que tanto buscábamos. —Acababa de aparecer en la estancia Fray Raymundo con Pedro Nonasco y dos muchachos del convento de Santa Catalina. Uno era Pablo y el otro era aquel judas que tanto daño hizo a Hernán. Habían entrado por la apertura practicada por los operarios de Fray Raymundo.

—Vaya, nos volvemos a reunir —afirmó Hernán dirigiéndose a sus antiguos compañeros de la escuela de los dominicos.

Mientras el judas lo observaba con una risa sarcástica y cara desafiante, Pablo miraba al suelo con su rostro lleno de pecas, rehuyendo la mirada de su antiguo compañero. Hernán sintió pena por él, pensaba cuánto había tenido que sufrir ese zagal en el monasterio de los dominicos.

Los intrusos eran más numerosos, por lo que la posibilidad de victoria en caso de enfrentamiento era nula. Fray Raymundo se adelantó. Llevaba la piedra filosofal y la colocó sobre el pilar del centro de la estancia. Era una hermosa piedra de jade verde con varios orificios. El halo de luz que se colaba por una pequeña hendidura del techo penetró en el centro de la piedra e iluminó alguna de las palabras escritas en la pared.

—Hayzam, ahora veréis cómo convoco a un ejército que desbancará al rey Jaime —exclamó el fraile.

—Antes decidme —dijo Hayzam—: ¿vos provocasteis los asesinatos?

—Sí, yo los ordené. La mayoría de mis víctimas se correspondían con aquellos que me despreciaron cuando intenté encumbrar un puesto en el reino, fue una manera divertida de devolverles sus burlas y así sembrar el terror en Barcelona y

apoderarme de la ciudad. ¡Ja, ja, ja! —dijo con risa histriónica—. Tenías que haber visto la cara del pueblo cuando les ofrecí salvar a la ciudad de los males que yo mismo había provocado.

—¡Por el sagrado Yom Kipur^[4]! —dijo, abatido—. Lo intuí, pero no me podía creer tanta maldad. Matasteis a gente buena e inocente por nada. Sois un ser abominable, pero ¿y el cilicio?

—Con el cilicio destrozaba los cuerpos de los difuntos, creando un clima adecuado para que el pueblo pensase que era obra del maligno.

—Y lo era. Vos sois ese demonio con el que Dios castigó los pecados de los hombres —dijo volviendo a contemplar a aquel ser alto y huesudo, un poco encorvado, de grandes orejas y casi sin cabello.

—Ja, ja... Me halagáis, querido amigo —respondió Fray Raymundo, orgulloso de sus acciones.

—¡Teneos! Jamás fui vuestro amigo ni me tuve por tal. Además, vos no tenéis amigos. También matasteis a Robert de Blasi que era el más fiel de vuestros lacayos, aunque a este no le pusisteis un cilicio.

—¡Voto va que os equivocáis! Es al único que no maté yo, aunque ya no me era de ninguna utilidad. Fue al único que mató el Golem.

—¡No os creo! Sois un ser despreciable, aborrecéis el reino, la aristocracia y la iglesia. Tenéis un odio terrible a todos aquellos que de una u otra manera se interponen en vuestro camino —dijo Hayzam con asco.

—Callad, no sois más que un fracasado que ha sido incapaz de defender a su pueblo. ¡Basta de charlas! —dijo, al tiempo que Pedro Nonasco se avanzaba, desenfundando una espada, en actitud amenazadora.

El fraile empezó a recitar las letras en hebreo que el halo de luz había iluminado, y así durante un rato fue encadenando las frases, que sonaban a música celestial. Sin embargo, aquellas letras que debían despertar a la vida no surtieron el efecto esperado.

—¿Por qué no reviven las criaturas del inframundo? —preguntó el cura en voz alta.

—La piedra es falsa —le respondió Hernán—. Os dieron una copia. El muchacho se adelantó y la cogió. El cura se sorprendió. Pedro Nonasco hizo el amago de abalanzarse sobre Hernán. Este tiró la piedra al suelo, donde se rompió en mil pedazos.

—¿Vos cómo sabíais, muchacho? —preguntó Fray Raymundo, asombrado.

—Quizás porque perdí mi inocencia en vuestro templo. El mal con mal se

paga.

—¿Vos cambiasteis la piedra? —preguntó con desconfianza.

—No tal.

—¿Entonces, el original...?

—El original la reina María de Montpellier jamás os lo entregó. Se lo llevó a Roma, donde lo puso a buen recaudo — aclaró Hayzam.

—¿Queréis decir que la piedra está enterrada con ella en Roma?

—Eso parece. La reina os engañó —siguió diciendo Hayzam.

—¡Voto a mil pares de demonios! ¡Que ello no es cierto! — exclamó el cura, colérico.

—Señor, debéis afrontar la verdad —dijo Pedro Nonasco, asistiendo al fin de la buena estrella de Fray Raymundo.

—Vaya zorra. Engañó al marido, me engañó a mí y alzó a su hijo en el pavés de la inmortalidad —dijo Fray Raymundo.

—Teneos en vuestros insultos, sucio fraile. El sacrificio de esa santa mujer es algo que vos nunca haríais por nadie —expresó Hernán airado, con la aquiescencia de Hayzam que miraba con admiración a aquel cachorro convertido en león—. Vos hundisteis a la ciudad en el caos, asesinasteis, robasteis, y todo... por el maldito poder.

—¡Cierto! Amo el poder sobre todas las cosas. Una vez lo has probado, te atrae como un potente imán. Sentirte por encima de los demás hombres, tener honores, riquezas. El poder es como una droga, cuanto más tienes más quieres. Sin el poder la vida no tiene ningún sentido.

En ese momento, el gordito cara de judas intento apuñalar a Hernán. Pablo se puso en medio y paró el golpe con su cuerpo. La afilada hoja del arma le atravesó el corazón.

—Lo siento, tenías razón —le dijo a Hernán, disculpándose, al tiempo que caía al suelo ensangrentado.

El judas alzó el puñal para matar a Hernán, cuando se oyó una canción:

«Nai nai, jo tinc un ventall...

Nai nai, de palleta fina...

Nai nai, per ventar a una nina...

Que no tinga calor mai».

Y apareció el Golem como salido de la nada, y dio un manotazo al judas que le destrozó el cráneo. Fray Raymundo y Pedro Nonasco escaparon por uno de los

corredores. Nur, Hernán y Hayzam se quedaron solos frente a la terrible criatura. Hernán notó un terrible escozor en la marca de sus muñecas.

Hayzam convocó al Golem con unas palabras irreconocibles para el resto de los mortales no instruidos en la cábala hebrea. Hayzam y el Golem se miraron desafiantes, agresivos. Había algo en el príncipe Hayzam que le daba autoridad sobre la criatura. Hernán se adelantó, quería demostrar a Nur que él también podía dominar al Golem. El muchacho elevó sus brazos. En la frente de la criatura brillaba la palabra «emert». Hernán borró la letra *e*, dejándolo en la palabra «mert». La criatura cayó al suelo. Tenía unos ojos tristes que desprendían una gran bondad. De sus labios dejó escapar una palabra, «Nur», tras lo que expiró.

Se hizo un tenso silencio. Hayzam entendió aquello que ya había sospechado, que Hernán era el elegido. La Providencia había decidido por todos. Dio el asunto por terminado. No tuvo en cuenta la fuerza del amor de una mujer.

—¡Nooo! Por el profeta Mahoma, ¿qué habéis hecho? ¡Era inofensivo! —gritó Nur, arrodillándose donde yacía el cuerpo de la criatura.

—Era un monstruo —dijo Hernán.

—¡Mentís! ¡No lo era! Tenía más sentimientos que muchos de los humanos. Te pudo matar y no lo hizo. Devuélvelo a la vida, Hernán —le exigió Nur.

—No puedo —dijo, compungido. Solo Hayzam tenía la facultad de dar vida. Él era de estirpe real.

Hayzam se mantenida expectante, sabía que el Golem era cosa de Dios y no quería contradecir aquello que Dios había estipulado.

Nur se alzó, se situó delante de Hayzam y habló con la entereza de las mujeres que llevan en su interior el espíritu de todas las madres. Sus ojos tenían el reflejo del amor, sus palabras el aliento del alma:

—Sabéis... Es el único hombre que no me ha pedido sexo. Es el único que me ha amado y me ha tratado como a una princesa. Él sabe que no puedo vivir en las catacumbas de la ciudad y por eso me dejó ir con Hernán. Fue adorable. Jamás la malicia anidó en él. Sufrió mucho por su condición y estado. Y se vio obligado a vivir solo, alejado de la gente. Era como un niño sin padres. ¡Por el amor de vuestra hija, os pido que lo devolváis a la vida! —dijo Nur consternada, poniéndose de rodillas ante el príncipe hebreo y besándole la mano—. ¡Os lo pide una prostituta que ha sufrido en sus carnes la misma soledad que esta criatura! ¡Por Dios, por esa hija que tenéis tan bella! ¡Acceded, os lo suplico! — En ese momento Nur cayó a los pies de Hayzam en medio de los sollozos—.

Ese, al que todos llaman monstruo, es el único que me dio su amor cuando yo más lo necesitaba; él me salvó la vida, sin su cariño estaba hundida en el abismo de la desesperación y el dolor, solo pensaba en morir ¡Salvadlo, os lo implora esta desgraciada que no tiene nada que daros! —Sus palabras se ahogaron entre las lágrimas.

El hebreo recordó el juramento hecho ante el bufón. La misma súplica. No podía ir en contra de aquellos que habían sufrido tanto; de aquellos que habían luchado por sobrevivir; de su terrible bondad... Solo por ellos el Golem merecía seguir viviendo. Y aquel noble príncipe de las tierras de Oriente le dijo a Nur:

—Alzaos, mi dama, vuestras palabras han salvado al Golem. En este mundo traidor faltan personas como vos que, a pesar de haber sufrido tanto, solo irradian amor. Me habéis recordado que falté a un juramento hecho a un moribundo. —Nur seguía en el suelo sollozando.

Hayzam se avanzó al cuerpo inerte del Golem y volvió a cambiar las palabras de su frente, tras lo que la criatura volvió a la vida. Esta abrió los ojos, vio a Nur, que todavía estaba de espaldas, de rodillas. Fue a donde ella estaba, le rozó la espalda, y cuando ella vio a la criatura con vida, tuvo un sentimiento de infinita dicha. Ambos acercaron sus rostros y se miraron como nunca se habían mirado antes. La bestia recogió con esmerado cariño las lágrimas del rostro de Nur. La musulmana le acarició la mejilla y le dio un beso, tras lo cual el Golem desapareció por los pasillos.

La criatura había entendido que no tenía derecho a querer tanto a Nur, a pesar de que su alma le gritase y le pidiese cariño. Prefirió renunciar a su amor y que Nur fuese feliz con Hernán. Desde ese día algo cambió en el alma de todos los presentes... Por aquel cariño que la criatura entregó a Nur sin pedir nada a cambio.

—¿Por qué lo devolvisteis a la vida, Hayzam? —preguntó Hernán, que seguía muerto de celos.

—Por los ruegos de Nur, por un juramento hecho a un moribundo, y porque esa criatura tiene la facultad de amar. Fue creada para obedecer, vivió con la imperiosa necesidad de ser amada, y ha de sufrir el triste destino de estar condenada a vivir sola por el resto de la eternidad. No sigáis su camino, muchacho, y aprovechad la oportunidad que generosamente os ha ofrecido el Golem. Cuidad de Nur, se lo merece, ha sufrido mucho, y por Abraham que vale la pena envejecer al lado de esa gran mujer.

Hernán contempló a Nur, que seguía llorando. Se arrepintió de haber tenido

celos. Fue a donde ella estaba y la abrazó.

—Perdón, tuve envidia de ese Golem. Temí perderte como perdí a mi madre de pequeño. Juro que nunca más me separaré de ti.

Nur y Hernán se alejaron cogidos de las manos de aquellas catacumbas oscuras, en busca de la luz del sol y la libertad. Hayzam los miró satisfecho, tras lo que fue a la habitación sin puertas ni ventanas a consolar a la criatura.

El aire se llenó de la misteriosa leyenda del Golem, de la indefinible poesía de lo desconocido, de la hora tierna y casta de la más bella y sublime historia de amor.

4 Día del perdón.

CAPÍTULO XLIX. REENCUENTRO DE BRIANDA RODRÍGUEZ Y DALMACIO CREIXELL

En las tierras de Castilla y Aragón, alumbradas por la luz y la belleza de la primavera, se iniciaba un periodo de paz y prosperidad. Sin embargo, no todo era motivo de dicha. En la ciudad de Palencia, una mujer del pueblo se debía enfrentar a ese mismo pueblo encolerizado.

Los ciudadanos, sin necesidad de juicio, ya habían sentenciado a doña Brianda Rodríguez por haber tramado una guerra civil que hizo morir a miles de castellanos. El pueblo no se dio cuenta de que esa mujer, en su afán por sobrevivir, fue un mero instrumento de la intriga. Tuvo un juicio sin defensa en el que fue condenada a muerte por el justicia mayor del reino, pero antes debía sufrir el bochorno de pasear por las calles de la ciudad debidamente untada de miel y cubierta de plumas.

Cuando Dalmacio Creixell llegó a Palencia pudo comprobar los furores de la plebe indignada. La gente se agolpaba en la plaza mayor alrededor de una enorme bola toda erizada de hirsutas plumas de diversos pájaros que, al moverse, producía un efecto indescriptible. Andaba con dificultad, coreada e insultada por la gente. Tenía oprimidos sus miembros por una espesa capa de miel que le cubría el cuerpo. Era horrible ver sus facciones desencajadas.

—¿Qué es este espectáculo? —le preguntó Dalmacio Creixell a un transeúnte, incapaz de reconocer a su antigua amada.

—Es la justicia que manda hacer el rey a doña Brianda Rodríguez, condenada por brujería, asesinato, secuestro y adulterio. Hoy es el castigo. Mañana será la picota.

Dalmacio no se lo podía creer; bajo esas plumas no podía haber la mujer radiante y hermosa que él había amado. Tuvo una sensación de angustia. Volvió a mirar a aquel monstruo. Sus ojos se cruzaron, ella avergonzada, él interrogante. Era Brianda, no había duda, al final ella que quiso subir tan alto, fue utilizada por los poderosos y cuando no la necesitaron la devolvieron al lodo. Él no podía hacer nada por ella; solo rezar por su alma.

Por la noche, cuando el pueblo acabó de ensañarse con esa mala hembra, intrigante y caprichosa, Dalmacio Creixell se trasladó a la prisión y pidió ver a la

infeliz desdichada. El guardián, previo soborno de varios maravedíes alfonsinos, accedió con celeridad, no sin antes apercibirle que era una mujer en pecado mortal por cuanto había rechazado a un confesor.

Don Dalmacio entró en una celda oscura llena de humedad y mugre. La rea estaba echada en un camastro, agotada y moralmente saturada de odio, rabia y rencores. Miraba al vacío con insistencia, revisando sus días de poderío.

—Sabía que vendríais —murmuró con la boca seca—, aunque no hubiese querido que me vieseis así. Supongo que estáis contento —le dijo fríamente

—Os equivocáis, no tengo palabras —contestó con sinceridad, acercándose al camastro y arrodillándose al lado de la desdichada.

—Fui una prostituta, la vida me llevó a esto, yo solo quise salir del fango —reconoció con pena doña Brianda—. Y ahora me veo en ese mismo fango habiendo arruinado mi vida. —No podía articular ninguna palabra más, su boca se había secado del todo.

—No lo fuisteis, erais una mujer que buscó un sitio en el amor y yo no os supe comprender. Os ruego que me perdonéis —dijo Dalmacio al tiempo que se levantaba, llenaba un cuenco con el agua de una palangana, le alzaba la cabeza e intentaba que la desdichada calmase su sed. El agua se desparramó por el cuello y el cuerpo, pero unas gotas humedecieron la boca.

—¿Sois sincero, Dalmacio? —dijo ella, sintiendo como se doblegaba su ira.

—Sí, nunca fui tan sincero —respondió mientras depositaba el cuenco en el suelo y le acariciaba el rostro.

—Gracias, Dalmacio. Ya que habéis venido os he de decir aquello que turba mi espíritu y que me hubiese llevado a la tumba —dijo al tiempo que cogía la mano de su antiguo amado con fuerza.

—Decidme todo lo que yo pueda hacer por vos.

—No es por mí, ni por vos. Es por nuestro hijo.

—¿Yo? ¿Un hijo con vos? —exclamó, asombrado.

—Sí, os lo he ocultado todos estos años.

—¿Qué decís? ¡Eso no es posible! —dijo el caballero, al tiempo que se le iluminaba la cara por la emoción—. ¿Dónde está? ¿Quién es? —preguntó impaciente, sacudiendo el cuerpo de la moribunda.

—Tranquilizaos, Dalmacio. Es aquel muchacho que os acompaña siempre, de nombre Hernán.

—¡Voto a Cristo resucitado! No digáis más, él siempre me dio una sensación de familiaridad. Veía en él mis mismos rasgos, mis movimientos. No quise

compartir mis pensamientos con nadie, llegué a pensar que era cosa del diablo. Ser padre era la ilusión de mi vida. ¿Pero por qué no me lo dijisteis antes? — Preguntó con cierta desconfianza.

—Porque vos teníais un futuro y yo os amaba demasiado para ligaros a mí de por vida con un hijo. Además, yo era una prostituta.

—No es cierto, fuisteis una gran mujer que intentó triunfar en este mundo de hombres. Os ruego que me perdonéis —dijo con franco arrepentimiento, aborreciéndose y despreciándose a sí mismo por no haber sabido adivinar toda la oculta tragedia de aquella mujer.

—Nada os he de perdonar. Soy yo la pecadora.

—No sigáis. vuestras palabras me desgarran el alma. Juro por lo más sagrado que nuestro hijo crecerá bajo mi protección y cuando vuelva a Barcelona lo reconoceré oficialmente.

—Gracias —le dijo, emocionada—. Ella se tapó la cara con las manos sucias, flacas y las uñas roídas, al tiempo que le decía—: Lo único que tengo es mi hijo, por él lo hubiese dado todo, hasta mi vida. El momento más hermoso de mi existencia fue cuando estreché a mi pequeñín junto a mí y le besé la frente. Vos no podéis entender mi desdicha. —Ella cerró los ojos y cuando los volvió a abrir una fuente de lágrimas cayó rodando por sus mejillas, enflaquecidas por el hambre. Se calmó. Prosiguió con esfuerzo—. Me vi obligada a dejarlo abandonado en una posada para que lo entregasen a una familia respetable. Cuando supe que la hostelera incumplió lo pactado y lo habían entregado a la parroquia de Sarriá, me encargué de proveerle lo necesario para que tuviera una educación en un monasterio alejado de la ciudad. Aun así, por mi ambición lo volví a abandonar a su suerte.

»Años más tarde Fray Raymundo se enteró. Sabía que, por mucho que hubiera abandonado a Hernán al nacer, este siempre sería mi hijo. Y utilizó al mayordomo real para engañar al abad y hacerle creer que llamaban al niño a la Corte, cuando su único objetivo era retenerlo en el monasterio de los dominicos y tenerme controlada. Os lo pido, por lo más sagrado. Cuidad de él y nunca le digáis quién fue su madre. No quiero que se avergüence de mí. Ahora ya os podéis ir, Dalmacio.

El caballero dudó; se creía movido por la compasión, sin darse cuenta que su único objeto era el amor. Ella no podía morir así y le quedaba poco tiempo de vida.

—Brianda, me han comunicado que no os habéis querido confesar. Respeto

vuestra decisión, pero si morís impenitente no os enterrarán en sagrado, harto sabéis, ya que pesa sobre vos una excomunión, y para nuestro hijo sería muy doloroso que alguien le arrojase en la cara ser hijo de una mujer de...

—No quiero, Dalmacio. Dios me ha tratado muy mal. —Fue su única respuesta.

—No, no ha sido Dios, han sido los hombres, he sido yo al rechazaros, ha sido esta sociedad egoísta, hemos sido todos. Os pido perdón.

—No, vos me habéis dado lo único de bueno que tengo. También asumo mi parte de culpa, mi sed de dinero y avaricia me mató.

—Entonces, Brianda, ¿cómo podrá nuestro hijo ir a rezar a vuestra tumba si no la tenéis? ¿Cómo decirle a un cristiano como él que no podrá reunirse jamás con su madre, que ha renegado de nuestra santa religión y ha muerto encallada en sus odios, sus rencores, sus crímenes?

Ella recapacitó, entendió las palabras del padre de su hijo. Se sintió parte de aquella familia que siempre anheló.

—Habéis razón. Por el bien de mi hijo me confesaré. ¡Traedme un fraile!

Mientras el caballero iba a llamar al cura, doña Brianda se dijo a sí misma: «Y pensar que podíamos haber sido tan felices los tres...».

El fraile confesó a doña Brianda y, cuando ella le hubo expuesto sus pecados, el cura le preguntó:

—¿Os arrepentís de vuestra vida pasada?

—Sí, padre, me arrepiento con un arrepentimiento sincero. De lo único que no me arrepiento es de haber tenido un hijo con este hombre —dijo con lágrimas en los ojos, señalando a Dalmacio, que estaba apoyado en la puerta de la celda—. Por Dios, por mi hijo me hubiese ido al mismo infierno. ¡Ante todo soy madre!
— Dalmacio la oyó y sus ojos también se llenaron de lágrimas.

El cura los miró, entendió y le dijo a Doña Brianda:

—El hijo que tuvisteis fue fruto del amor, nada os he de perdonar. Si besáis esta cruz, Dios ya os habrá perdonado.

Ella besó la cruz que le ofrecía el fraile y se sintió llena de plenitud.

—Ahora ya puedo morir en paz —le dijo al cura.

—¡No! —exclamó Dalmacio Creixell, acercándose al cuerpo de la infeliz moribunda y abrazando a aquel deshecho humano que había amado tanto.

—¿Qué decís, Dalmacio? —preguntó ella, consternada.

—¡Casadnos! —le dijo al cura.

—¡Dalmacio! —exclamó ella.

—¡Por Dios, casadnos fraile! Por ella, por nuestro hijo, quiero reencontrar a mi mujer cuando Dios me llame a su lado.

Y el fraile casó a la pareja, y tras el «sí quiero» de ella, aquella mujer que tanto había sufrido en vida expiró con la paz de Dios en los brazos de su amante marido.

Dalmacio miró con arrepentimiento sincero el cuerpo de doña Brianda. La llenó de besos.

—No os preocupéis, amada mía, le diré a tu hijo que su madre fue una gran mujer, que vela por él en el cielo.

Tras un rato vinieron a retirar el cuerpo. Los sollozos de Dalmacio adquirieron un tono brillante, las lágrimas se unían a los besos. La reconciliación había sido completa, se despidió del cadáver con tristeza y emoción.

—Os amo, esposa mía, y no os digo adiós, sino hasta pronto...

Cada uno lleva dentro de su alma una ilusión, un ideal, unos sueños. El destino hizo nacer a doña Brianda pobre, desconocida y de condición villana. Luego se vio utilizada por los hombres que le hicieron promesas que jamás cumplieron. Hoy se había permitido ser dueña de su propio destino.

CAPÍTULO L. CORONACIÓN DE JAIME I. HERNÁN DESCUBRE QUIÉNES SON SUS PADRES, Y CÓMO DOS MUJERES EVITAN UNA GUERRA

La ceremonia de coronación de Jaime I fue fastuosa. Otra vez la hermosa catedral de la Seu o de los ricos oyó el canto solemne del *Tedeum* y contempló el resplandor de oros y de sedas. El buen pueblo de Barcelona llenaba la ciudad. El recién coronado rey salió del templo bajo palio, llevado por la mano de su preceptor, el mestre de los templarios, don Guillem de Monredón, quien llevaba el colgante de oro con la reliquia de la Vera Cruz.

El rey Jaime derramaba gallardía y gentileza. Era apuesto, dotado de una maravillosa simpatía avasalladora. Era un monarca sencillo, amable de sus buenos vasallos. Tenía un aire casi infantil al hablar, era un adolescente que tenía prisa por salvar los umbrales de la juventud. Y en ciertos aspectos era tan hombre... Se había ganado al pueblo de Barcelona, había cogido como consejero al caballero templario Guillem de Monredón y tenía muy presentes los consejos de aquel fraile del estanque de Sant Celoni.

Pedro Nonasco y Fray Raymundo habían sido apresados por las tropas del rey y ese día debían ser juzgados. El rey estaba reunido en la sala del trono, junto con los reyes de Navarra, Castilla y Portugal, así como los señores de Albarracín, padre e hijo, y el templario don Guillem de Monredón. A Dalmacio Creixell lo habían invitado a asistir, pero sin derecho a opinar. El héroe de las Navas de Tolosa había vuelto de Castilla más ascético, más callado, más negativo, como si ya nada le importase.

Cabeza Brava, Hayzam y Hernán estaban en la sala de recepciones, esperando lo que resolviera el rey. A Hayzam no le habían repuesto de sus honores, en un claro desprecio al judío. Hernán no le dio la mayor importancia, esperaba con ilusión la condena a Fray Raymundo y Pedro Nonasco por haber ocasionado tumultos, haber asaltado el barrio judío, y por toda la muerte y daño que habían ocasionado. Tras horas de espera vieron pasar a Fray Raymundo y Pedro Nonasco. Venían del calabozo, iban con las manos inmovilizadas en la espalda.

—Los condenarán a colgar de la picota —dijo Cabeza Brava.

—Como mínimo, aunque no sé, no me fio de los poderosos —añadió Hayzam.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Hernán, sorprendido.

—Ya habéis visto que el rey ha puesto a Guillem de Monredón en el lugar de Dalmacio Creixell. La política no tiene amigos ni enemigos, y yo me temo lo peor.

Hernán consideró la posibilidad de que Hayzam estuviera dolido porque no le habían dado un lugar en la Corte.

Dalmacio Creixell se trasladó del salón del trono a la sala donde estaban sus amigos, para anunciarles que Fray Raymundo y Pedro Nonasco habían sido sentenciados. Traía la cara apesadumbrada. El resultado no había sido bueno.

—Fray Raymundo y Pedro Nonasco son culpables de un crimen de lesa majestad, pero el nuevo sumo pontífice, Honorio III, ha pedido a nuestro rey clemencia para ellos; pues sería malo para la Iglesia que se condenase a un fraile. Y lo que es malo para la Iglesia es malo para el rey. —En ese momento hizo una pausa y miró a Hernán, disculpándose—. Hemos resuelto con el papado que los reos terminen a sus expensas la construcción de una iglesia que ofrecerán a la advocación de la Virgen de la Merced, cuyos frailes tendrán por objetivo contratar tropas para el salvamento de los cristianos hechos cautivos por los árabes, así como el estudio de las ciencias árabes y hebreas.

—¡Voto a Dios si esto no ha sido una burda celada! Hayzam, ¿vos qué pensáis? —le preguntó Hernán, enojado.

—Pienso que esto es alta política. Por un lado, el nuevo pontífice no ha querido que se diese muerte a uno de los suyos, y por el otro habrá pensado que de esta manera mantendrá los conocimientos hebreos y quizás algún día logre convocar al Golem.

—¿Vos que haréis? —Hernán se dio cuenta de que Hayzam ya no era necesario.

—El tiempo de mi pueblo se ha acabado. Nos iremos de España, de esta tierra hermosa, pero conservaremos el idioma y las llaves de nuestras casas por los siglos venideros, con la esperanza de volver un día —dijo, nostálgico.

Hernán se acercó a Dalmacio.

—Dalmacio, ¿cómo es posible que el rey los haya perdonado? Son malos.

—No podía hacer nada más, el rey tenía las manos atadas, el papado le había pedido una alianza; ese fraile tenía muchos contactos en el Vaticano, y mucho que ofrecer en oro y en conocimientos. Hijo mío, ¿acaso la política no es el arte de la intriga y el mal no es obra también de Dios?

—Es cierto. Sin mal no existiría misericordia, pero ellos no se han arrepentido.

Siento un inmenso dolor en el alma por todo el mal que hicieron y comprobar que existen personas crueles que son impunes al castigo —replicó Hernán con disgusto.

—Ya veréis cómo al final la Iglesia los hace santos a los tres. Es el hipócrita mundo de los poderosos —exclamó Cabeza Brava con rencor.

En ese momento salieron de la sala del trono Fray Raymundo y Pedro Nonasco. Ambos tenían la frente alta, orgullosa, en actitud de insolencia.

Cabeza Brava les cortó el paso. Estos se alarmaron.

—Voto a cien legiones de diablos colorados que no tenéis por qué asustaros ni poner esa cara espantada. —Rio cuchillo en mano—. Que no vengo a mataros como unos traidores que sois sino a desafiaros cara a cara. Esto es una vil jugarreta. ¡Sacad vuestros cuchillos, malandrines, hijos de perra, y dadle gracias a Dios de que aún os concedo el honor de medirlo con el mío! Con el de un cristiano viejo.

—No voy armado, pero aunque me matéis con vuestra daga, o muera por muerte natural, mis seguidores desvelarán los misterios del zohar o la piedra filosofal y yo también resucitaré al igual que el Golem— le respondió el fraile con los ojos llenos de maldad.

—¡Mentís!

—No, cuando Hayzam resucitó al Golem entendí que quien puede emular a Dios también se pone por un instante a su altura, participa de su tiempo y de su espacio infinito, y así puede alcanzar la inmortalidad.

—Morid pues e iros al infierno para no volver jamás —dijo Cabeza Brava elevando la daga, harto de las explicaciones del fraile.

No pudo continuar. Los soldados del rey lo detuvieron.

—¡Es decisión del rey y fuerza es que la respetéis! —exclamó Dalmacio Creixell.

—Pero no es justo —objetó Cabeza Brava.

—Las decisiones del rey no se discuten jamás. Por esta vez no os lo tendré en cuenta, pero teneos, caballero, u os tendré que enjuiciar por delito de lesa majestad. Y ahora soltad al caballero, soldados. Este debe pasar a la sala de recepciones junto a sus compañeros. Toca repartir mercedes a todos aquellos que han ayudado al rey.

Hayzam se quedó fuera, los miró desde la puerta y dio media vuelta. No lo volvieron a ver nunca más.

Cabeza Brava y Hernán se arrodillaron ante su señor y le besaron la mano.

Hernán miró al rey. Era un hombre poderoso, triunfante, en su hermosura espléndida. Tenía ante sí un reinado prospero. Pero Hernán sufría el desengaño de ver caer del pedestal al ídolo; su rey se estaba convirtiendo en maestro de intrigas y argucias.

El rey prometió tanto a Cabeza Brava como a Hernán un condado, tierras, vasallos y una mujer rica. Pero a Hernán nadie le iba a devolver a su madre...

Al salir, Dalmacio Creixell le dijo al muchacho:

—Piensa que la política de un reino como este es una peste que envenena y encadena a la gente y es horrenda y repulsiva para un carácter rectilíneo como el tuyo. Vete a vivir fuera de la Corte. Yo te acompañaré, hijo mío.

—Pero yo no soy hijo vuestro —dijo Hernán, sorprendido.

—Lo sois, vos no sois huérfano, sois fruto de un amor que por culpa de los convencionalismos sociales no pudo cristalizar. — Le confesó su padre con un franco sentimiento de culpabilidad.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué decís? ¡Eso no es posible! —Sus interrogantes ojos se alzaron hasta Dalmacio.

—Te pido perdón, Hernán. Tu madre me lo ocultó para no perjudicarnos ni a ti ni a mí.

—¿Quién fue mi madre? —Preguntó impaciente.

—Ella fue una gran dama que por culpa de este mundo cruel se vio obligada a dejarte en la escuela del monasterio de San Juan de la Peña. Aun así, nunca te abandonó. Soy testigo. Y ella no hubiera permitido que estuvieses abatido.

—¿Mi madre murió en la fe de Cristo?

—Sí, murió abrazada a mí con tu nombre en los labios, y habiendo recibido los santos sacramentos que la exculpan de todo pecado. Ella velará siempre por ti, y está en el Cielo acompañada de los ángeles custodios.

Hernán sintió cómo su cabeza le daba vueltas, había perdido el color. Estaba embargado por una gran emoción. Con voz flaca y afectada dijo:

—¡Padre! No sabéis cómo he deseado pronunciar esa palabra. Lo hubiera dado todo por conocer quién era mi padre y ahora que descubro que además sois mi mentor, mi compañero y mi amigo prometo no separarme de vos nunca más y a partir de ahora juntos seremos como una fortaleza, en la que elevaremos un trono en memoria de esa gran mujer que desde el cielo vela por nuestras vidas —dijo, al tiempo que padre e hijo se daban un abrazo.

Tras un momento de silencio, en que se dejaron llevar por los sentimientos de

dicha, amor filial y reencuentro, Dalmacio se separó de su hijo y añadió todavía conmovido:

—Tus palabras me enorgullecen y emocionan, hijo mío. Pero te ruego que vayas en pos de esa danzarina. Me consta que os amáis, y para un hombre no es bueno estar solo. Con la muerte de tu madre yo he perdido toda esperanza en la vida y mi única ilusión eres tú. Ve en pos de tu amada, no la hagas esperar más.

—Así haré.

—Pero antes, toma estos pergaminos, me los distes una vez a cambio de un anillo, y ya es hora que te los devuelva. Es extraño, recordaba que estaban immaculados, con un simple mapa, y ahora que te los devuelvo veo que están todos grafiados y solo tienen unos pocos folios en blanco.

Hernán los miró con susto, entendió las palabras del abad de San Juan de la Peña; en los pergaminos se debía de reescribir lo que ya estaba escrito en el Libro misterioso de la Providencia... Ya era hora de rellenar los últimos folios, el tiempo apremiaba. Rogó al cielo que sus últimas líneas fueran de amor y dicha.

Desde entonces, en la Corte del reino de Aragón, grande inteligencia y no menos valor y presencia de ánimo demostró el rey, que se reveló sabio y astuto en los manejos de las peligrosas intrigas cortesanas. Tanto es así que todos sus súbditos se felicitaron de haber ayudado a salir de su tutela a Jaime I. No recordó la historia del reino haber conocido monarca de la valía de este glorioso niño, al que llamaron con el sobrenombre del Conquistador.

- Al igual que el reino de Aragón, también los reinos de Castilla y León estaban a punto de lograr la paz y la unión gracias a la intercesión de dos reinas, las dos casadas con un mismo hombre y las dos madres.

Y así, las mismas campanas de muerte que sonaron en Aragón y Castilla, ahora sonaban en León. El Baboso había muerto. Se decía que murió mientras hacía el amor con una muchacha joven. Malas lenguas afirmaron que se tomó unas hierbas que le aceleraron el corazón y lo mataron. La situación se complicaba en Castilla. El Baboso había cambiado el testamento y había nombrado herederas del reino a las dos hijas habidas en su matrimonio con doña María Teresa de Portugal.

Doña Berenguela envió unos emisarios para reunirse con doña María Teresa de Portugal, al objeto de solventar las diferencias sobre la herencia,

y así evitar una guerra de bandos, entre los partidarios de las hijas de la portuguesa y los de su hijo Fernando.

Y así ambas mujeres acordaron reunirse en la localidad de Valencia de Alcántara, lugar fronterizo entre Castilla y Portugal. Doña María Teresa había estado en un monasterio de clausura desde la nulidad de su matrimonio con el Baboso, y ambas mujeres no se conocían.

La primera en llegar fue doña Berenguela, y dicen que cuando llegó doña María Teresa desde el convento de Larvaon donde estaba recluida, doña Berenguela se arrodilló ante ella y trató de besarle los pies. Doña María Teresa la alzó y la abrazó. Este gesto fue acompañado por los sollozos y las lágrimas de las dos mujeres, y así dijo el cronista:

«Quedaron buena pieza de tiempo ambas mujeres de rodillas en el polvo, abrazadas y sollozando».

Las dos fueron en un tiempo esposas del Baboso y por ende reinas de León. Las dos fueron objeto de los tiránicos caprichos de un marido que, cuando se cansó de ellas, las echó de su reino. Y al final de la amarga existencia de estas dos mujeres, su única luz y consuelo fueron sus hijos, en los que depositaron todas sus ilusiones y anhelos.

Tras varios días de reuniones y rezos, doña María Teresa declaró que renunciaba en nombre de sus hijas a los derechos a la corona de León que derivaban del testamento del Baboso.

A cambio, doña Berenguela se comprometió a dotar a las dos infantas con treinta mil doblas de oro al año «para cuyo pago se habían de hipotecar las rentas de doce lugares, en que podrían poner las dichas infantas justicias y recaudaciones de tributos».

Las capitulaciones fueron firmadas en Benavente un once de diciembre de 1230, por don Fernando y sus medio hermanas doña Sancha y doña Dulce. Fueron aprobadas por los prelados y ricohombres y confirmadas por el Santo Padre Gregorio IX. Fue una de las decisiones de más trascendencia en nuestra historia desde la derrota de Guadalete, hasta la conquista de Granada.

Y tanto doña Berenguela de Castilla como la desdeñada doña María de Montpellier, cuyos días fueron pródigos en dolores y sinsabores, se alzaron como dos de las mejores reinas de los reinos hispanos, en cuyas noches de

insomnio lograron alzar en el pavés a sus hijos, Fernando III, el Santo, y Jaime I, el Conquistador, que alumbraron su reinado con grandezas, victorias y hazañas. Por ello la labor de estas abnegadas madres perdurará para siempre en nuestra memoria en señal de respeto y gratitud.

CAPÍTULO LI

LA MUÑECA DEL GOLEM

Nur esperaba a Hernán en la puerta del claustro de la catedral que daba a la calle del Obispo. Iba cubierta con un velo para que no la reconocieran y no salpicase la honra de su amado. Ella era una mujer condenada por la Inquisición, que había desaparecido con la bestia. Si la descubrían la apedrearían por estar endemoniada.

Hernán salió del palacio real consternado por las decisiones del rey Jaime I y arropado por el cariño de su padre. Cruzó la calle de la Piedad y reencontró a su amada en la puerta del claustro de la catedral.

La musulmana lo recibió distante, él no entendía. Ella había comprendido que debía seguir un único camino, una única dirección y en él no estaba Hernán.

—Entiendo que te has venido a despedir —le dijo con frialdad Nur.

—No tal. Te he venido a buscar —respondió, sorprendido.

—Yo no tengo derecho a amarte, mi destino es cruel, yo no podré gozar jamás de la sublime dicha de formar una familia. Soy una mujer marcada por la fatalidad.

—¡Voto va! ¿Qué dices, Nur? ¿Tanto sufrimiento para esto? Estas delirando.

—¡Tente, Hernán, en lo que dices! ¿Qué sabes tú de sufrimiento? Los hombres no maduráis, os dejáis llevar por la desesperación ante cualquier contrariedad. Yo no te amo, lo nuestro fue solo una atracción pasional.

—Eso no es cierto, tú me quieres. ¿No ves que tu decisión nos hará infelices? ¿Qué será de ti?

—No te preocupes por mí, siempre me he espabilado sola. El mal de este mundo no ha logrado vencerme.

—Ese mismo mal que tú sufriste es el que a mí me trajo a estos lugares y me permitió conocerte. Amarte es lo mejor que me ha pasado.

—Yo no te creo y además no te amo —le dijo ella, dejando en su boca un rictus de forzada frialdad que desmentía el fulgor de su mirada.

La gente que pasaba por el portal del claustro los miraba sorprendidos. Hernán entendió, ella era una mujer sentenciada por la Inquisición y no quería malograr

su futuro. Leyó en los ojos de su amada un callado sufrimiento. Recordó las palabras de aquellos hombres allá en el campamento de Muret:

«Toda mujer nace libre, luego nuestra sociedad la relega a ser menos que los hombres...».

Hernán abrazó a su amada con fuerza. No estaba dispuesto ni a dejarla ir ni a olvidarla. Por ella, por su madre que nunca conoció, por él, por los hijos que iban a tener juntos... La besó, tras lo que le dijo, cogiéndole el rostro y mirándola de frente:

—Nur, escúchame. Haz lo que quieras. Yo no soy nadie para retenerte si quieres marcharte. Pero te voy a hablar desde el fondo de mi corazón. Yo soy hombre y me enseñaron a no expresar mis sentimientos. Que eso era cosa de mujeres. Pero estoy harto de ocultar lo que pienso. Te amo desde el fondo de mi corazón. No me volveré a separar de ti nunca más.

Paró, cogió aliento y luego añadió:

—Te he de volver a pedir perdón por mis agravios y el dolor que te causé. Te pido perdón por todos los hombres que en algún momento de tu vida te han tratado mal.

Hernán tenía claro que no podía vivir sin ella. Se arrodilló.

—Cásate conmigo. Para mí no puede haber reposo ni felicidad en este mundo sin ti.

Ella le pidió que se levantara y le dijo emocionada:

—Desde que te conocí, todas las ansias de mi vida están puestas en tu amor. Tú eres la luz que ilumina mi triste existencia. Si no te lo dije antes fue porque mis captores me negaron la posibilidad de tener sentimientos y no te quería perjudicar. Además —añadió sonriendo—, te aventuraste por mí dentro de los subterráneos de la ciudad y te enfrentaste al Golem. Eres mi caballero de la blanca armadura.

Y los dos enamorados entraron en el claustro, para alejarse del bullicio, donde se dieron un beso acompañado por el alegre graznar de las descaradas ocas que ahí moraban. Y rodeados del perfume de las magnolias que una noche vieron florecer otro amor, ella tuvo un fugaz pensamiento hacia el Golem. Recordó unas palabras que le dijo a Hernán una vez:

«No intentes comprender. El corazón de una mujer es un libro cerrado».

- Ambos se fueron a vivir a Salou en una masía rodeada de campos y situada junto al mar, que les fue entregada por el rey en agradecimiento por los servicios prestados. Dalmacio Creixell se fue a vivir con ellos y nunca le contó a Hernán la verdad de su madre, pues de una forma u otra ella siempre sería la madre que desde el cielo velaba por el amor de su hijo.

Hernán vio crecer a sus hijos y amó a Nur sobre todas las cosas, pero cuando la veía melancólica mirando cruzar en la inmensidad del océano los barcos que venían de Barcelona, sabía que entre ellos se interponía el recuerdo de otro hombre que supo amarla sin pedirle nada a cambio.

Guardó en una caja de metal en el alféizar de la ventana de su habitación los pergaminos en los que se había ido reescribiendo su vida, y en los que cada vez había menos espacio en blanco.

Un día, muerta Nur, cuando Hernán contemplaba desde la ventana de su habitación las olas del mar de Salou y escuchaba los inocentes chillidos de sus nietos que jugaban, ávidos de sol y de alegría, en la misma arena de la playa que fue cómplice de su amor, escuchó unos ruidos en el interior de la estancia, le pareció oír el estribillo de una canción. Se giró, pero no vio nada, pensó que deliraba. Quizás era la vejez.

Volvió a sus cavilaciones. Los años le habían dado otra visión de las cosas. Había visto correr el agua de la vida, sabía que el hombre no comprende la vida más que durante los días de su vejez, cuando la vida huye y no le ocurre ya nada. Una jornada puede parecerle más larga que un año o incluso dos, durante los cuales vive una vida sin cambios.

Fue al lecho, sus movimientos eran torpes, el tiempo había cubierto de blanco su cabello y de arrugas su rostro. Cuando apartó la manta y descubrió el interior de la cama quedó perplejo. En su interior alguien había puesto una muñeca de trapo.

Entendió. Aquella muñeca y aquella canción habían sido el anhelo de una bestia por amar y ser amada.

Hernán miró instintivamente el alféizar de la ventana y descubrió que alguien había sustraído la caja de metal con los pergaminos que narraban su vida. Se asustó, al tiempo que sintió un escozor en sus brazos. La muñeca le resbaló de las manos y cayó al suelo, rompiendo las costuras que la sujetaban y desparramando por la estancia los trapos que le daban forma. Entre ellos distinguió un mechón de pelo negro que adivinó era de Nur. Hernán lo cogió con veneración, miró sus manos y vio con horror que las

marcas en hebreo que tenía al nacer habían desaparecido. La criatura se había salvado, pero debía de sufrir por el resto de la eternidad el castigo de un amor imposible...

Epílogo

Apreciado lector, aquí termina la historia de aquellos manuscritos que me fueron entregados y he intentado traducir fielmente. Su contenido me ha revelado la verdad de lo que sucedió y lo que podría volver a suceder. Sé que he hecho lo correcto, y nada temo de aquellos que nos gobiernan, muchos de mi antiguo partido político, que me han boicoteado haciéndome la vida imposible para ocultar esta historia, repetir el pasado y volver a dominar a la ciudad de Barcelona.

Desde que terminé esta traducción paso las noches en vela, algo me inquieta y angustia. Visiono la imagen de la iglesia del Sagrado Cinturón de Santa María de Homs, que se eleva como una fortaleza sobre una pequeña colina que sobresale en una planicie yerma de arena y roca. Las piedras de la muralla yacen desperdigadas por el suelo, cubiertas de malas hierbas. El campanario sigue en pie. Macizas arcadas sostenidas por columnas cierran un espacio sin techo. Reina la soledad y el abandono. El rumor del viento se cuele silbando entre las ramas y pasa cual lúgubre gemido por las grietas de las paredes y los rotos marcos de puertas y ventanas acompañado por el triste canto de una melodía. Y entre las ruinas del edificio distingo la sombra de un espectro de ultratumba que me observa.

Veo los restos de lo que fue el altar y en los que se veneraba la reliquia de la Virgen, y descubro esculpidos un grifo, un guerrero y un elefante, y unas letras hebreas como los de la puerta de San Ivo de la catedral de la Seu de Barcelona, o de los ricos. Siento que he de volver a ese monasterio de Siria y encontrar una respuesta sobre el origen de los manuscritos...

Antes de terminar y para despejar cualquier duda sobre la veracidad de lo narrado, quiero añadir que he investigado los personajes y lugares de la presente traducción, y todo lo que he relatado se ajusta a la realidad, y se puede consultar en internet. Sin embargo, me gustaría puntualizar los siguientes sucesos históricos posteriores al relato:

- I. Fray Raymundo y Pedro Nonasco fueron declarados santos de la Iglesia católica y Jaime I fue designado beato.
- II. Fray Raymundo vivió más de cien años, edad imposible de llegar en su época. En la catedral de Barcelona se puede ver su tumba, en la que destaca

el manto blanco y negro de los dominicos, y una inmensa y descomunal llave de oro, emblema de los que han tenido acceso a la piedra filosofal.

III. Todavía hoy en día, y tal como ya expuse en el prólogo, subsiste una asociación en Barcelona de los herederos de San Raymundo de Peñafort, del que han sido y son grandes mecenas diferentes políticos, banqueros y patricios de la ciudad de Barcelona. Esta asociación fue domiciliada en el nuevo templo de los dominicos que fue reconstruido en la calle Bailén, y sus adeptos esperan recuperar algún día los secretos de la piedra filosofal. Dicha asociación está expresamente protegida por la Santa Sede y así consta en el concordato entre España y la Iglesia.

IV. El antiguo templo de los dominicos fue cubierto con sal y en la actualidad lo ocupa el *parking* del mercado de Santa Catalina, situado frente a la Vía Layetana. Se dice que en la construcción del garaje se sucedieron hechos extraños y que en el subsuelo se encontraron cuerpos humanos mutilados. Los vigilantes afirman que por la noche se escuchan sonidos angustiosos venidos del inframundo.

V. En la actualidad la ciudad de Barcelona tiene tres patronas, que recuerdan la existencia de las tres catedrales: Santa Madrona o patrona de los pobres; Santa Eulalia, patrona de los ricos, y la Virgen de la Merced, patrona de los padres mercedarios, creados por Fray Raymundo y Pedro Nonasco tras la destrucción del templo de los dominicos

VI. María de Montpellier escondió la piedra filosofal, distraída de la Corte de Bizancio, debajo del templete de Bramante en la basílica de San Pietro in Montorio de Roma. La Comunidad de San Egidio es la encargada de vigilar que dicha piedra nunca pueda ser robada.

VII. La espada del casal de Barcelona languidece en el museo del ejército de Toledo, a la espera de que vuelva a ser objeto de una de las hazañas de aquellos hombres de antaño que sabían morir por la quimera de un ideal.

VIII. Cabeza Brava volvió al señorío de Vizcaya, donde mantuvo su modo de vida disoluto y mujeriego, hasta que una vez cruzados los umbrales de la vejez, se arrepintió de su vida pasada, ingresando en un convento.

IX. La hija de Hayzam se casó con don José de Azagra, pero Hayzam no volvió nunca más a Barcelona y marchó con sus súbditos a Constantinopla, buscando la protección del rey de Bizancio.

X. Cada año, por la festividad de Santa Eulalia, los miembros del Ayuntamiento de Barcelona se desplazan al monasterio de Pedralbes,

renovando el agradecimiento de la ciudad por la ayuda prestada por las monjas en tiempos de Jaime I.

XI. Jaime I se casó con la hermana de doña Berenguela, la infanta Leonor, que era diecisiete años mayor que él. Ambos tuvieron que esperar un año para poder consumar su matrimonio por la corta edad del rey, que cuando llegó a la edad madura no tardó en repudiar a doña Leonor y buscar a una mujer mucho más joven.

XII. Por último, también se dice, y yo lo he comprobado, que el Golem, desde la tribuna de la catedral, vigila el sepulcro de San Raymundo de Peñafort, para que los miembros de su asociación no puedan resucitar al santo y volver a cubrir de maldad a la ciudad de Barcelona.

Todavía hoy en las noches sin tráfico se escucha una canción que surge de los subterráneos de la ciudad y reverbera por las callejuelas del casco antiguo, para morir en las playas de la Barceloneta junto a las olas de la mar cuando van a besar la arena...

«Nai, nai, yo tengo una muñeca...

Nai nai, de paja fina...

Nai nai, para abanicar a una niña...

Que no tenga nunca calor».

Es la canción triste de un ser que una vez conoció el calor de una caricia, la magia de un beso y el amor de una mujer.

Table of Contents

[PERSONAJES DE SANGRE REAL](#)

[OTROS PERSONAJES](#)

[Prólogo](#)

[CAPÍTULO I. Año 1207MARÍA DE MONTPELLIER, REINA DE ARAGÓN.
ENGAÑO REAL](#)

[CAPÍTULO II. Agosto 1195DERROTA DE ALARCOS-BERENGUELA DE
CASTILLA](#)

[CAPÍTULO III. Invierno de 1207. MONASTERIO DE San Miguel de Cuixá](#)

[CAPÍTULO IV. Septiembre de 1212HERNÁN Y LOS TRES CABALLEROS](#)

[CAPÍTULO V. RomaEL PAPA INOCENCIO III](#)

[CAPÍTULO VI. EL PUEBLO DE ISRAEL](#)

[CAPÍTULO VII. LAS TRES CATEDRALES](#)

[CAPÍTULO VIII. LA CIUDAD DE BARCELONA Y LA SUMISIÓN DE DON
ALFONSO VIII, «EL BUENO», REY DE CASTILLA](#)

[CAPÍTULO IX. DON ALFONSO IX, «EL BABOSO» REY DE LEÓN, Y LAS
PRIMERAS MUERTES EN BARCELONA](#)

[CAPÍTULO X. REUNIÓN DE LOS CABALLEROS CON EL CONDE-REY
PEDRO II DE ARAGÓN Y ASESINATO DEL DONCEL](#)

[CAPÍTULO XI. HERNÁN Y LA CATEDRAL. MONASTERIO DE LOS
DOMINICOS](#)

[CAPÍTULO XII. LAPIDACIÓN EN TOLEDO DE LA JUDÍA NOEMÍ Y
SUMISIÓN DE DOÑA BERENGUELA, EXREINA DE LEÓN Y PRINCESA
DE CASTILLA](#)

[CAPÍTULO XIII. CONSTANZA Y DON JOSÉ DE AZAGRA](#)

[CAPÍTULO XIV. BRIANDA RODRÍGUEZ, MADRE DE HERNÁN](#)

[CAPÍTULO XV. EL TORNEO DEL BORNE](#)

[CAPÍTULO XVI. PEDRO NONASCO](#)

[CAPÍTULO XVII. LA CATEDRAL DE LOS RICOS](#)

[CAPÍTULO XVIII. EL BAILE EN EL PALACIO REAL](#)

[CAPÍTULO XIX. HERNÁN ESCAPA DEL MONASTERIO DE LOS
DOMINICOS](#)

[CAPÍTULO XX. CALIFATO DE MALLORCA](#)

[CAPÍTULO XXI. LA PIEDRA FILOSOFAL O ZOHAR Y LA ORGÍA](#)

[CAPÍTULO XXII. EL PRESTAMISTA](#)

[CAPÍTULO XXIII. EXCOMUNIÓN DEL REY PEDRO II DE ARAGÓN](#)
[CAPÍTULO XXIV. CARCASONE. EL DESENGAÑO](#)
[CAPÍTULO XXV. LOS JUEGOS DEL BABOSO. EL PENITENTE. EN LAS CLOACAS](#)
[CAPÍTULO XXVI. INCENDIO DE LA JUDERÍA](#)
[CAPÍTULO XXVII. GUERRA CONTRA FRANCIA](#)
[CAPÍTULO XXVIII. BERENGUELA SE ENFRENTA A CABEZA BRAVA](#)
[CAPÍTULO XXIX. BATALLA DE MURET](#)
[CAPÍTULO XXX. CONTINÚAN LOS ASESINATOS](#)
[CAPÍTULO XXXI. FUNERAL DE PEDRO II DE ARAGÓN](#)
[CAPÍTULO XXXII. LA ESPADA DEL REY](#)
[CAPÍTULO XXXIII. MUERTE DE ALFONSO VIII DE CASTILLA](#)
[CAPÍTULO XXXIV. MONASTERIO DE PEDRALBES](#)
[CAPÍTULO XXXV. SECUESTRO DEL REY NIÑO ENRIQUE DE CASTILLA](#)
[CAPÍTULO XXXVI. PEDRO NONASCO ENTRA EN BARCELONA](#)
[CAPÍTULO XXXVII. EN EL SEÑORÍO DE ALBARRACÍN](#)
[CAPÍTULO XXXVIII. EL OJO DE DIOS](#)
[CAPÍTULO XXXIX. RESURRECCIÓN](#)
[CAPÍTULO XL. ANTE EL REY JAIME I](#)
[CAPÍTULO XLI. NUR Y LA INQUISICIÓN](#)
[CAPÍTULO XLII. ENAMORAMIENTO](#)
[CAPÍTULO XLIII. MAFALDA DE PORTUGAL Y ENRIQUE I DE CASTILLA](#)
[CAPÍTULO XLIV. EL RETORNO DEL REY JAIME I A BARCELONA](#)
[CAPÍTULO XLV. MUERTE DEL NIÑO REY ENRIQUE DE CASTILLA](#)
[CAPÍTULO XLVI. LAS PIRAS DE FUEGO](#)
[CAPÍTULO XLVII. REBELIÓN DE LA CIUDAD DE BARCELONA](#)
[CAPÍTULO XLVIII. VICTORIA](#)
[CAPÍTULO XLIX. REENCUENTRO DE BRIANDA RODRÍGUEZ Y DALMACIO CREIXELL](#)
[CAPÍTULO L. CORONACIÓN DE JAIME I. HERNÁN DESCUBRE QUIÉNES SON SUS PADRES, Y CÓMO DOS MUJERES EVITAN UNA GUERRA](#)
[CAPÍTULO LILA MUÑECA DEL GOLEM](#)
[Epílogo](#)